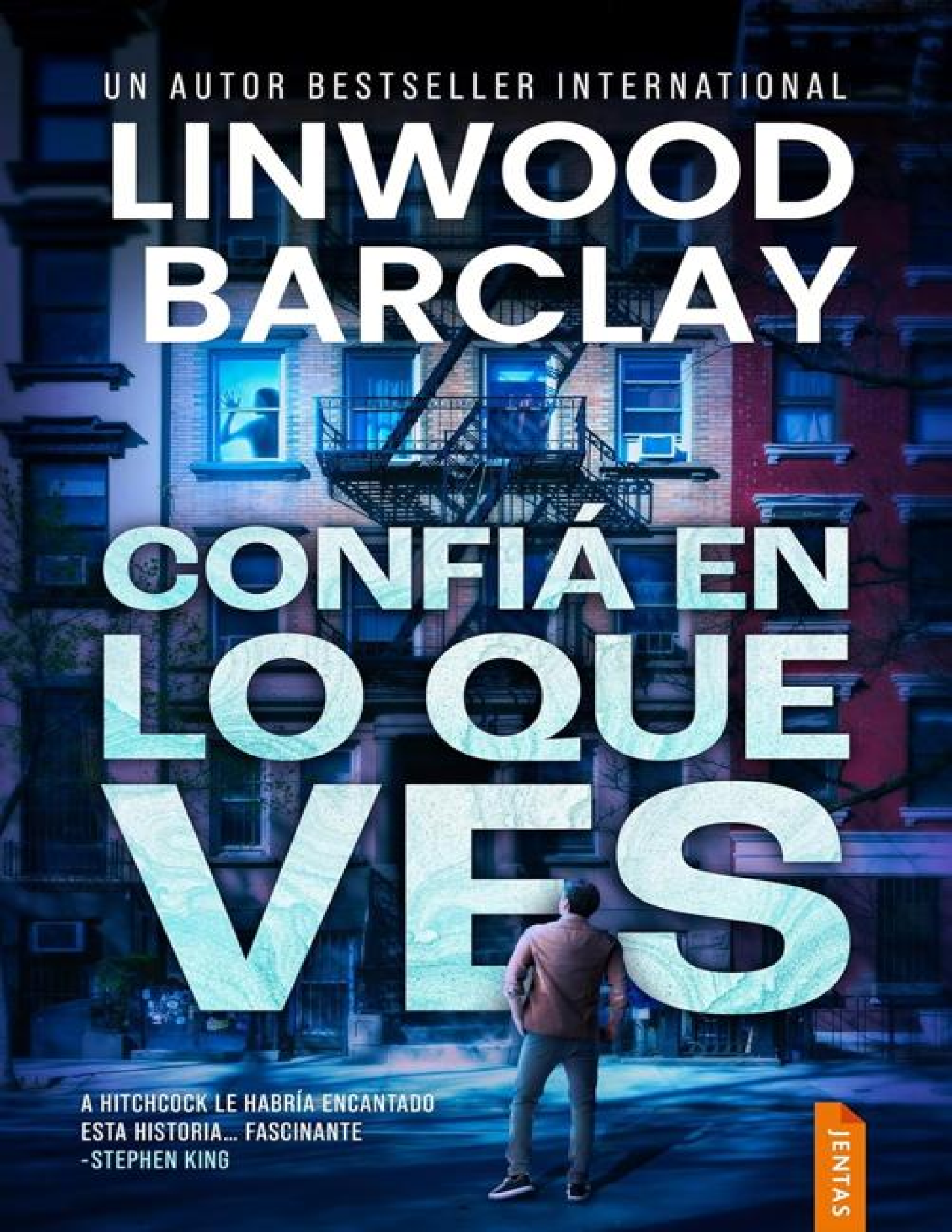

UN AUTOR BESTSELLER INTERNATIONAL
LINWOOD BARCLAY
CONFÍA EN LO QUE VES
A HITCHCOCK LE HABRÍA ENCANTADO ESTA HISTORIA... FASCINANTE
-STEPHEN KING
JENTAS

Confía en lo que ves

Linwood Barclay
Confía en lo que ves

Título original: *Trust Your Eyes*
© 2012, Linwood Barclay. Reservados todos los derechos.
© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Enrique Barrasa © Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1416-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Published by agreement with The Marsh Agency Ltd. and The Helen Heller Agency.

Para mi hermano

Prólogo

Fue casualidad que al girar por la calle Orchard viera la ventana justo en ese momento. Podría haber sido al cabo de una semana, un mes o incluso un año, pero resultó ser ese día.

Seguro que en algún momento habría ido hasta allí. Tarde o temprano, cuando llegaba a una nueva ciudad, recorría todas las calles. Siempre empezaba con la intención de hacerlo metódicamente —seguir una calle de principio a fin, luego avanzar una manzana y retroceder por una calle paralela, como si recorriera los pasillos de un supermercado—, pero después llegaba a una calle transversal y algo le llamaba la atención, y abandonaba todas sus buenas intenciones.

Eso fue lo que hizo cuando llegó a Manhattan, a pesar de que, de todas las ciudades en las que había estado, era la que más se prestaba a ser explorada de forma ordenada, al menos las partes de la ciudad situadas al norte de la calle Catorce, que estaban trazadas en una cuadrícula perfecta de calles y avenidas. Al sur, una vez que llegabas a West Village, Greenwich Village, Soho y Chinatown, todo era un caos, pero eso no le molestaba. Desde luego, no era peor que en Londres, Roma, París o incluso el North End de Boston, y le había encantado explorar esas ciudades.

Había girado hacia el sur por Orchard desde Delancey, pero su verdadero punto de partida para ese paseo había sido Spring y Mulberry. Había ido al sur hasta Grand, al oeste hasta Crosby, al norte hasta Prince, al este hasta Elizabeth, al sur hasta Kenmare; luego al este, continuando por Delancey y, al llegar a Orchard, decidió girar a la derecha.

Era una calle preciosa, y no se debía a que hubiera jardines y fuentes y frondosos árboles bordeando la acera. No era tan bonita como, por ejemplo, la calle Vaci de Budapest, la avenida de los

Campos Elíseos de París o la calle Lombard de San Francisco, pero era una calle rica en texturas y llena de historia. Estrecha, de una dirección, hacia el norte, con edificios de viviendas de ladrillo de un siglo y medio de antigüedad; algunos de cinco plantas, pero la mayoría solo de tres o cuatro. Era una calle que representaba muchas épocas diferentes de la historia de la ciudad. Los edificios, con sus sencillas escaleras de incendios aferradas a las fachadas, reflejaban el estilo italianizante popular a mediados y finales del siglo xix; con arcos sobre las ventanas, dinteles de piedra que sobresalían hacia el exterior y ornamentadas hojas talladas en las molduras, sus plantas bajas albergaban desde cafeterías de moda hasta tiendas de ropa de diseño. También había negocios más antiguos y convencionales: una tienda de uniformes, una inmobiliaria, una peluquería, una galería, una tienda de maletas... Muchas de las tiendas cerradas estaban protegidas con persianas de acero.

Deambuló por el centro de la calle, sin preocuparse especialmente por el tráfico, que en ese momento no suponía un problema. Siempre había pensado que para hacerse idea de cómo es un lugar, lo mejor era caminar por el medio de la carretera, para tener el mejor punto de vista. Podías mirar hacia delante o de lado a lado, o girar trescientos sesenta grados y ver por dónde habías pasado. Era bueno conocer tu entorno y tus opciones, por si tenías que hacer un movimiento rápido.

Como lo que más le interesaba eran los elementos básicos de una ciudad —su arquitectura, su trazado, su infraestructura—, prestaba poca atención a las personas con las que se cruzaba en sus viajes. No entablaba conversaciones. Ni siquiera le interesaba saludar a la mujer pelirroja que estaba en la esquina, fumando un cigarrillo. A él no le importaba qué intentaba expresar vestida con chaqueta de cuero, minifalda y medias negras que parecían rotas a propósito. No iba a preguntarle a la mujer de aspecto atlético con gorra de béisbol negra que estaba cruzando la calle delante de él cómo creía que les iba a ir a los Yankees ese año. Nunca veía el béisbol y no le importaba nada. Y no iba a preguntar por qué había una docena de

personas con guías de la ciudad asomando de los bolsillos escuchando a la mujer que estaba en el centro del grupo, aunque supuso que se trataba de una guía turística o algo parecido.

Cuando llegó a la calle Broome, vio un restaurante de aspecto acogedor en la esquina sureste, con mesas blancas y sillas amarillas de plástico colocadas en la acera. Pero no había nadie sentado fuera. El cartel del escaparate decía: «Pasa y entra en calor». Se acercó y miró a través del cristal a la gente que había tomando café, trabajando con el portátil o leyendo el periódico.

En la ventana del restaurante se reflejaba el coche que había visto durante sus viajes: un sedán común y corriente, tal vez un Civic, con un aparato en el techo. Había visto el coche antes, muchas veces. Si no supiera que era una tontería, pensaría que lo estaba siguiendo. Se lo quitó de la cabeza y miró a través del cristal, hacia el interior del restaurante.

Le gustaría poder entrar para tomarse un café con leche o un capuchino. Casi podía oler el café. Pero tenía que seguir adelante. Tanto mundo por ver y tan poco tiempo… Al día siguiente tenía previsto estar en Montreal y, dependiendo de cuánto terreno recorriera allí, quizá Madrid el día después.

Pero recordaría ese lugar, el cartel del escaparate, las mesas y las sillas del exterior. Los otros locales de Orchard. Las estrechas callejuelas entre los edificios. Además de todo lo que había visto en Spring y Mulberry y Grand y Crosby y Prince y Elizabeth y Kenmare y Delancey.

Lo recordaría todo.

Había recorrido un tercio de la manzana desde el cruce de Broome cuando miró hacia arriba.

Ahí era donde entraba el azar en realidad. No había sido nada raro que acabara en Orchard, fue porque estaba mirando por encima de los escaparates. No lo hacía siempre. Observaba los comercios y leía los carteles de sus escaparates, estudiaba a la gente en las cafeterías, tomaba nota mental de los números que había sobre las puertas, pero no siempre levantaba la vista por encima del primer o

segundo piso. A veces se le olvidaba y a veces le faltaba tiempo. Podría haber pasado fácilmente por esa calle y no haber mirado nunca esa ventana concreta de ese edificio de viviendas en particular.

«Por otra parte, puede que el azar no haya tenido nada que ver», pensó. Tal vez estaba destinado a ver esa ventana. Tal vez, de alguna extraña manera, fuera una prueba para determinar si estaba preparado, aunque él creía que sí. Pero los que querían hacer uso de su talento, a lo mejor necesitaban asegurarse antes de contratarlo.

La ventana estaba en el tercer piso, encima de un local que vendía cigarrillos y periódicos —ahí estaba otra vez aquel coche, reflejado en el escaparate— y de una segunda tienda especializada en pañuelos de mujer. Estaba dividida en dos partes y un aparato de aire acondicionado sobresalía del alféizar y ocupaba la mitad del cristal inferior. Algo blanco, encima del aire acondicionado, le había llamado la atención.

Al principio, parecía una de esas cabezas blancas de poliestireno que usaban en los grandes almacenes y en las peluquerías para exponer pelucas. Pensó: «*Qué gracia, poner una de esas en una ventana».* Una cabeza blanca, calva y sin rasgos que vigilaba la calle Orchard. Supuso que en Nueva York te podías encontrar casi cualquier cosa en las ventanas. Si hubiera sido suya, al menos le habría puesto unas gafas de sol, para darle algo de personalidad, un toque excéntrico. Aunque, tenía que admitirlo, la gente no solía considerarlo excéntrico.

Pero cuanto más la miraba, menos seguro estaba de que fuera una cabeza de espuma blanca. La superficie parecía más brillante, incluso resbaladiza. Tal vez de plástico, como las bolsas de los supermercados, o una bolsa de tintorería, pero no una de las transparentes.

Intentó verla mejor y fijarse bien.

Resultó que ese objeto blanco, casi circular, de la ventana seguía teniendo forma de cabeza. El material plástico se tensaba contra una protuberancia que solo podía ser una nariz. Se abrazaba con fuerza

a lo que parecía ser una ceja cerca de la parte superior y a una barbilla en la parte inferior. Incluso había un rastro de boca, con los labios abiertos como si jadearan en busca de aire o estuviera gritando.

Le pareció que era como si hubieran puesto una media blanca sobre la cabeza de alguien. Pero el brillo del material seguía haciéndole pensar que era plástico.

Sería una estupidez ponerte una bolsa de plástico en la cabeza: podrías asfixiarte haciendo una tontería como esa. Tendrías que estar tirando de la bolsa de plástico, retorciéndola por detrás, para que se ajustara tan bien al contorno de la cara. Pero no vio los brazos ni las manos de esta persona haciendo nada parecido.

Lo que lo llevó a preguntarse si lo estaría haciendo otra persona.

«Vaya. Ay, no».

¿Era eso lo que estaba presenciando? ¿Alguien poniendo una bolsa sobre la cabeza de otra persona? ¿Cortándole el suministro de aire? ¿Asfixiándola? ¿Podría eso explicar la boca que parecía falta de aire? ¿A quién le estaba pasando? ¿Era un hombre? ¿Una mujer? ¿Y quién se lo estaba haciendo?

De repente, pensó en el niño de la ventana. Una ventana diferente. Muchos años antes, pero la persona que había en la ventana en ese momento no parecía un niño ni una niña. Se trataba de un adulto.

Un adulto cuya vida estaba llegando a su fin.

Eso era lo que le parecía a él, sin ninguna duda.

Sintió que el corazón le latía más deprisa. Había visto cosas antes en sus viajes, cosas que no estaban bien, pero eran minucias comparadas con eso. Nunca había visto un asesinato, de eso estaba seguro.

No gritó; no intentó coger el teléfono móvil para llamar al 911; no entró corriendo en la tienda más cercana para decirle a alguien que llamara a la policía; no accedió al edificio y subió corriendo dos tramos de escaleras en un intento de detener lo que estaba ocurriendo detrás de la ventana del tercer piso.

Lo único que hizo fue extender la mano, despacio, como si fuera posible tocar el rostro asfixiado de esa persona del el tercer piso, sentir lo que envolvía su cabeza, hacer algún tipo de evaluación en cuanto a...

Toc, toc.

Entonces, tal vez entonces, tendría una mejor idea de lo que realmente le estaba pasando a esa persona en...

Toc, toc.

Había estado tan absorto con lo que ocurría en la ventana que, al principio, no se dio cuenta de que alguien intentaba llamar su atención. Había alguien en la puerta.

Quitó la mano del ratón y se giró en su silla de ordenador acolchada.

—¿Sí?

La puerta se abrió un centímetro.

—Baja a cenar, Thomas —dijo alguien desde el pasillo.

—¿Qué hay de cena? —preguntó.

—Hamburguesa, de la barbacoa.

—De acuerdo —respondió con tono monótono el hombre sentado en la silla del ordenador.

Se dio la vuelta y volvió a mirar la imagen congelada de la ventana en el enorme monitor de su ordenador. La cabeza borrosa, blanca y envuelta estaba allí suspendida. Un rostro fantasmal.

¿Lo había visto alguien en su momento? ¿Alguien había levantado la vista?

Nadie había visto al niño cuando estaba en la ventana. Nadie había levantado la vista. Nadie lo había ayudado.

El hombre dejó la imagen en su pantalla para poder estudiarla más detenidamente cuando regresara después de cenar. Entonces decidiría lo que iba a hacer.

DOS SEMANAS ANTES

UNO

—Entra, Ray.

Harry Peyton me estrechó la mano, me condujo a su despacho y me señaló el sillón de cuero rojo situado frente a su escritorio. Era de la misma edad que mi padre, aunque parecía más joven que él. Medía un metro ochenta, era delgado y tenía la cabeza lisa como un melón. La calvicie envejecía a algunos, pero a Harry no. Era corredor de fondo y ese traje caro le quedaba como una segunda piel. Su escritorio era la viva imagen del orden: un monitor de ordenador, un teclado, un *smartphone* último modelo y una carpeta. El resto del escritorio estaba tan limpio como un lienzo antes de la primera pincelada.

—Lo siento mucho, de verdad —murmuró Harry—. Se podrían decir cientos de cosas sobre tu padre, pero el reverendo Clayton lo resumió muy bien: Adam Kilbride era un buen hombre.

Forcé una sonrisa.

—Sí, el reverendo hizo un buen trabajo, considerando que no conocía a mi padre. No era muy religioso. Supongo que tuvimos suerte de encontrar a alguien que celebrara la misa. Gracias por asistir, éramos casi una docena.

Once personas acudieron al funeral, contándonos al cura y a mí. Allí estaban Harry y tres compañeros de trabajo de papá; entre ellos, su antiguo jefe, Len Prentice, y la mujer de este, Marie. También estaban allí un amigo de papá que tenía una ferretería en Promise Falls antes de que Home Depot abriera sus puertas a las afueras de la ciudad y lo dejara fuera del negocio; el hermano pequeño de papá, Ted, y su mujer, Roberta, de Cleveland, y una mujer llamada Hannah de la que no sabía el apellido, que vivía justo al final de la calle de papá. Y había una mujer que Thomas y yo conocíamos del instituto, Julie McGill, que trabajaba para el periódico local, el

Promise Falls Standard, y que había escrito el reportaje sobre el accidente de papá. No había ido a informar sobre el funeral; su muerte había salido en el periódico, pero no era el ciudadano del año ni el presidente del Rotary ni nada por el estilo. Su servicio a la comunidad no era digno de un reportaje. Julie había ido a presentar sus respetos, así de simple.

En la funeraria sobraron muchos sándwiches de ensalada de huevo e insistieron en que me llevara algunos a casa para mi hermano. Yo había explicado su ausencia diciendo que no se encontraba bien, pero nadie —al menos nadie que conociera a mi hermano— se lo había creído. Estuve tentado de tirar los sándwiches por la ventanilla del coche de camino a casa, para que los disfrutasen los pájaros en vez de mi hermano, pero no lo hice: me los llevé a casa y se comieron todos.

—Esperaba ver a tu hermano —dijo Harry—, hace tiempo que no coincidimos.

Al principio pensé que se refería a esa reunión en concreto, lo que me desconcertó, ya que mi hermano no era albacea. Entonces me di cuenta de que Harry se refería al funeral.

—Sí, bueno, hice todo lo que pude —dije—. En realidad no estaba enfermo.

—Me lo imaginaba.

—Intenté convencerlo, pero fue inútil.

Peyton sacudió la cabeza con simpatía.

—Tu padre trató de hacer lo mejor para él, igual que tu madre cuando aún estaba entre nosotros. Rose, que Dios la bendiga… ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Falleció en el dos mil cinco.

—Después de eso, debió de ser aún más difícil para él.

—Por aquel entonces, todavía estaba en P&L —dije. Prentice y Long, la imprenta—. Creo que, tal vez, después de que se prejubilara, no mucho después, se volvió más difícil. Tener que estar allí todo el tiempo le afectó, pero no era la clase de hombre que huye de los problemas. —Me mordí el labio—. Mi madre encontró la

manera de convivir con ello, tenía la capacidad de aceptar las cosas, pero fue más duro para él.

—Adam era todavía joven —comentó Harry—. Tenía solo sesenta y dos años, por el amor de Dios. Me quedé de piedra cuando me enteré.

—Sí, bueno, yo también —respondí—. No sé cuántas veces le dijo mamá, a lo largo de los años, que cortar hierba en aquella colina empinada, con el tractor cortacésped, era muy peligroso. Pero siempre decía que sabía lo que hacía. El caso es que esa parte de la propiedad está muy alejada de la casa, en la parte trasera, y no se puede ver desde la carretera ni desde ninguna de las casas de los vecinos. El terreno desciende casi cuarenta y cinco grados hasta el arroyo. Mi padre cortaba el césped allí de lado, apoyando el cuerpo en la colina para que el tractor no volcara.

—¿Cuánto tiempo creen que estuvo tu padre allí antes de que lo encontraran, Ray?

—Lo más probable es que papá saliera a cortar el césped después de comer, y no fue descubierto hasta casi las seis de la tarde. Cuando el tractor volcó encima de él, el borde superior del volante aterrizó en la mitad de su cuerpo —señalé mi propio estómago—, ya sabes, en el abdomen, y le aplastó las entrañas.

—¡Jesús! —exclamó Harry. Se tocó el estómago, imaginando el dolor que mi padre había debido de sentir durante Dios sabía cuánto tiempo. Yo no tenía mucho más que añadir—. Era un año más joven que yo —añadió Harry, haciendo una mueca de dolor—. Quedábamos para tomar algo de vez en cuando y, cuando Rose vivía, jugábamos a veces al golf. Pero no se fiaba de dejar a tu hermano solo durante el tiempo que se tarda en hacer dieciocho hoyos.

—De todos modos, a mi padre no se le daba demasiado bien el golf —dije.

Harry sonrió con pesar.

—No te voy a mentir. No era mal *putter*, pero el *drive* se le daba fatal.

—Sí —reí.

—Pero cuando Rose murió, tu padre no tenía tiempo ni para golpear un cubo de bolas en el campo de prácticas.

—Hablaba muy bien de ti —le dije—. Para él eras un amigo más que su abogado.

Se conocían desde hacía al menos veinticinco años, desde que Harry se divorció y, tras darle su casa a su exmujer, vivió durante un tiempo encima de una zapatería allí, en el centro de Promise Falls, al norte del estado de Nueva York. Harry solía bromear diciendo que tenía mucho valor al ofrecer sus servicios como abogado de divorcios después de que le hubiesen sacado hasta los ojos durante el suyo.

El teléfono tintineó una vez, señal de que había llegado un correo, pero ni siquiera le echó un vistazo.

—La última vez que hablé con mi padre —comenté, señalando el teléfono—, estaba pensando en comprarse uno de esos. Tenía un móvil que hacía fotos, pero era viejo y no quedaban muy bien. Y quería uno con el que resultara fácil enviar correos electrónicos.

—A Adam no le asustaban estos cacharros nuevos de alta tecnología —dijo Harry, y luego dio una palmada, indicando que era hora de pasar al motivo por el que había ido a verlo—. En el funeral me dijiste que aún conservabas el estudio de Burlington, ¿verdad?

Yo vivía al otro lado de la frontera, en Vermont.

—Sí —contesté.

—¿El trabajo va bien?

—Tirando. La industria está cambiando.

—Vi uno de tus dibujos, ¿los llamas así?

—Sí —dije—, o ilustraciones o caricaturas.

—Vi uno en el *New York Times Book Review* hace unas semanas. Siempre reconozco tu estilo. Todas las personas tienen la cabeza muy grande y los cuerpos muy pequeños; parece como si se fuesen a caer por el peso. Y todos tienen los bordes redondeados. Me encanta cómo sombreas los tonos de piel y todo lo demás. ¿Cómo lo haces?

—Con un aerógrafo.

—¿Trabajas mucho para el *Times*?

—No tanto como antes. Es mucho más fácil usar una foto de archivo que contratar a alguien para que haga una ilustración desde cero. Los periódicos y las revistas están recortando gastos. Últimamente trabajo más para páginas web.

—¿Tú diseñas esas cosas? ¿Páginas web?

—No, hago el material gráfico y se lo paso a los diseñadores de las páginas.

—Pensaba que, al trabajar para revistas y periódicos de Nueva York y Washington, tendrías que vivir allí, pero supongo que hoy en día no importa mucho.

—Todo lo que no se puede escanear y enviar por correo electrónico se puede mandar por FedEx —dije. Como no seguí hablando, Harry abrió la carpeta que tenía en su escritorio y estudió los papeles de dentro.

—Ray, supongo que has visto el testamento que redactó tu padre —empezó.

—Sí.

—Hacía mucho tiempo que no lo actualizaba. Solo hice un par de cambios después de la muerte de tu madre. El caso es que un día me encontré con él; estaba sentado en un reservado de Kelly's tomando un café y me invitó a uno. Estaba solo, en una mesa junto a la ventana, mirando la calle, con el *Standard* frente a él, pero sin leerlo. Lo veía allí de vez en cuando y parecía como si necesitara pasar tiempo solo, fuera de casa. Bueno, pues, me hizo señas para que entrase y me dijo que estaba pensando en modificar su testamento, que a lo mejor incluía algunas disposiciones especiales, pero nunca llegó a hacerlo.

—No lo sabía —dije—, pero supongo que no me sorprende. Tal y como han ido las cosas con mi hermano, no me extraña que quisiera darnos más a uno que a otro.

—Si te soy sincero, si Adam hubiera venido aquí con la intención de hacer algunos cambios, creo que habría intentado convencerlo de que no hiciera nada que favoreciera a un hijo sobre el otro. Le

habría dicho que lo mejor que puede hacer uno es tratar a todos los hijos por igual porque no hacerlo provocará resentimiento cuando no estés. Por supuesto, seguiría siendo su decisión, pero aunque el testamento existente es bastante sencillo, vas a tener que reflexionar sobre algunas cosas.

Me imaginaba a mi padre, sentado en la cafetería, con el resto del reservado desocupado. Había dispuesto de mucho tiempo para sí mismo en la casa desde que había muerto mamá; aunque, técnicamente hablando, no estaba solo. No tenía que salir de casa para estar solo, pero podía entender su necesidad de escapar. A veces necesitas saber que estás completamente solo, necesitas un cambio de aires. Me entristecía pensar en ello.

—Entonces, supongo que todo se va a repartir al cincuenta por ciento —supuse—. Una vez liquidada la herencia, la mitad es para mí y la otra mitad para mi hermano.

—Sí, las propiedades y las inversiones.

—Habrá unos cien mil invertidos, lo que él y mamá consiguieron guardar para la jubilación. Habían ahorrado durante años. Nunca gastaban nada en sí mismos. Esos cien de los grandes le habrían durado hasta el día de su muerte. —Me sorprendí a mí mismo—. Si hubiera vivido otros veinte o treinta años, quiero decir. Y supongo que hay un seguro de vida bastante pequeño.

Harry Peyton asintió y se reclinó en su silla, entrelazando los dedos en la nuca. Aspiró aire entre los dientes.

—Tendrás que decidir qué quieres hacer con la casa. Estás en tu derecho de ponerla en venta y repartir las ganancias con tu hermano. No tiene hipoteca y calculo que podrías conseguir trescientos o cuatrocientos mil por ella.

—Sí, más o menos —dije—. Tiene casi seis hectáreas de terreno.

—Lo que, si conseguís venderla a ese precio, os dejaría a cada uno con un cuarto de millón, más o menos. No es ninguna propinilla, todo sea dicho. ¿Cuántos años tienes, Ray?

—Treinta y siete.

—Y tu hermano es dos años menor, ¿no?

—Sí.

Peyton asintió lentamente.

—Invertido sabiamente podría durarle bastantes años, pero aún es joven y le queda un tiempo antes de poder pedir la pensión a la Seguridad Social. No es fácil que encuentre trabajo, por lo que me dijo tu padre.

—Es una manera de decirlo —titubeé.

—Para ti, bueno, el dinero es otra cosa. Podrías invertirlo, comprar una casa más grande para cuando tengas… Sé que ahora estás soltero, Ray; pero algún día puede que conozcas a alguien y que tengas hijos.

—Lo sé. Estuve a punto de casarme un par de veces a los veinte años, pero al final, no cuajó. No veo niños en mi futuro.

—Nunca se sabe. —Volvió a sacudir la mano—. En fin, no es de mi incumbencia, solo te lo digo como amigo, porque creo que tu padre esperaba que cuidara de sus niños, que os ofreciera orientación en lo que pudiera. —Se rio—. Por supuesto, ya no sois ningunos niños. Dejasteis de serlo hace mucho tiempo.

—Te lo agradezco, Harry.

—Lo que quiero decir, Ray, es que para ti es un pellizco, pero no lo necesitas para nada. Te ganas bien la vida y, si te quedas sin trabajo, encontrarás otra cosa, podrás apañártelas. Pero tu hermano lo único que va a tener en la vida es la herencia. Puede que necesite el dinero de la casa para mantenerse a flote, siempre que pueda encontrar un sitio adecuado para vivir, alguna vivienda con alquiler subvencionado o algo así.

—Ya he pensado en ello —asentí.

—Lo que me preocupa es si serás capaz de sacarlo de casa. Y no me refiero a que pase la tarde fuera, ya sabes, sino a que se vaya permanentemente.

Miré alrededor de la habitación, como si ahí estuviera la respuesta.

—No sé; no es que sea… ¿Cómo se dice?, ¿agorafóbico? Mi padre se las arreglaba para sacarlo, de vez en cuando. Sobre todo cuando tenía cita con el médico. —Me costaba decir la palabra «psiquiatra»,

pero Harry sabía a lo que me refería—. El problema no es sacarlo, es alejarlo del ordenador. Cada vez que mi padre y él salían, ambos volvían a casa bastante agotados. No me apetece nada sacarlo de casa e instalarlo en otro sitio.

—Bueno, me pondré manos a la obra —anunció Harry—. Como albacea, por suerte, no vas a tener mucho que hacer, excepto venir aquí de vez en cuando para firmar algunos papeles. Puntualmente necesitaré tu opinión y le diré a Alice que te llame. A lo mejor quieres que tasen la propiedad, para saber cuánto te podrían dar. —Revolvió sus papeles—. Tengo vuestros números de teléfono y las direcciones de correo electrónico por aquí, creo.

—Sí.

—Y probablemente ya sabes que tu padre me mandó una copia de la póliza para archivarla y que había una cláusula de muerte accidental en su seguro de vida.

—No lo sabía.

—Eso son otros cincuenta mil. Un poco más para echar a la saca. —Harry hizo una pausa mientras yo digería la noticia—. Entonces, ¿vas a quedarte por aquí un tiempo antes de volver a Burlington?

—Hasta que se arreglen las cosas.

Ya habíamos terminado; al menos, de momento. Mientras Harry me acompañaba a la salida, me puso la mano en el brazo.

—Ray —dijo tímidamente—, ¿crees que si tu hermano se hubiera dado cuenta de que tu padre llevaba mucho tiempo fuera de casa, que si hubiera salido a buscarlo un poco antes, habría cambiado algo?

Yo me había hecho la misma pregunta. Mi padre debió de estar inmovilizado varias horas en el suelo, justo al otro lado de la colina, antes de que mi hermano lo encontrara. Tuvo que haber bastante jaleo cuando ocurrió, con el tractor volcado y las cuchillas giratorias rugiendo.

¿Había gritado papá? Y si lo hubiera hecho, ¿se le habría oído con todo el ruido del cortacésped? ¿Habría llegado alguno de los sonidos hasta la casa?

Mi hermano probablemente no había oído nada.

—Me he convencido a mí mismo de que no habría cambiado nada —respondí—. No tiene sentido pensar lo contrario.

Harry asintió, comprensivo.

—Supongo que es la mejor manera de verlo. Lo pasado pasado está y no hay vuelta atrás. —Me pregunté si Harry iba a soltar otro tópico, pero en lugar de eso dijo—: Está muy metido en su mundo, ¿verdad?

—No te lo puedes ni imaginar —contesté.

DOS

Subí al coche y conduje de vuelta a casa de mi padre.

Después de la muerte de mi madre, durante mucho tiempo seguí considerándola la casa de mis padres, aunque papá viviese allí sin ella. Tardé más o menos un año en superarlo. Con papá fallecido hacía menos de una semana, sabía que iba a pasar un tiempo antes de que pudiera pensar en ella como algo más que su casa.

Pero no era así, ya no: era mía. Y de mi hermano.

Yo nunca había vivido allí. Cuando iba de visita, dormía en la habitación de invitados, en la que no había ningún recuerdo de mi infancia. Ni cajones con revistas *Playboy* y *Penthouse*, ni maquetas de coches en las estanterías ni pósteres en las paredes. Mis padres habían comprado esa casa cuando yo tenía veintiún años y ya me había ido de nuestra casa de Stonywood Drive, en el corazón de Promise Falls. Mis padres esperaban que uno de sus hijos fuera un hombre de provecho, pero aparcaron ese sueño cuando dejé la carrera que estaba estudiando en Albany y me puse a trabajar en una galería de arte de la calle Beekman, en Saratoga Springs.

Mis padres nunca habían vivido en una granja, pero ese lugar les iba como anillo al dedo. En primer lugar, estaba en el campo, a varios cientos de kilómetros del vecino más cercano y les proporcionaba intimidad y aislamiento, y se reducía la probabilidad de que se produjera otro incidente.

En segundo lugar, el trayecto al trabajo de mi padre seguía siendo relativamente corto. La única diferencia era que, en lugar de conducir hasta Promise Falls, atravesar el centro y salir por el otro lado, tomaba la circunvalación que habían hecho a finales de los años setenta. A papá le gustaba trabajar en P&L. No quería buscar algo más cerca de casa.

En tercer lugar, la casa era preciosa, con sus ventanas

abuhardilladas y ese porche que daba la vuelta a toda la casa. A mi madre le encantaba sentarse allí, durante tres de las cuatro estaciones del año. La casa tenía un granero que mi padre solo utilizaba para guardar las herramientas y el tractor. Pero a ambos les encantaba su aspecto, aunque no sirviera para almacenar heno en otoño.

Había mucho terreno, pero mis padres solo se ocupaban de unos ocho kilómetros cuadrados. Detrás de la casa, el patio se extendía llano durante unos veinte metros, luego descendía en pendiente y se perdía de vista hasta un arroyo que serpenteaba hasta el río que desembocaba en el centro de la ciudad y caía en cascada sobre las cataratas Promise.

Yo solo había bajado al arroyo una vez desde que había regresado a casa. Allí me esperaba una dura tarea cuando me sintiese con fuerzas.

Parte de la tierra llana y sin árboles, más allá de la zona que mi padre cuidaba, estaba alquilada a la granja vecina. Durante años, eso había proporcionado a mis padres unos ingresos extras, aunque la cantidad era simbólica. El bosque más cercano estaba al otro lado de la autopista. Al girar en la carretera principal y empezar a subir por el camino, la casa y el granero se erguían en el horizonte como si fueran un par de contenedores encima de un vagón. Mi madre siempre decía que le gustaban los caminos de entrada largos porque, cuando veía que se acercaba alguien —lo que no era frecuente, ella sería la primera en admitirlo—, le daba tiempo de sobra para prepararse.

—La gente no suele venir a verte con buenas noticias —había dicho en más de una ocasión. Lo decía por experiencia, sobre todo porque cuando era niña habían ido a su casa unos funcionarios del Gobierno para informar a su madre de que su padre no volvería de la guerra de Corea.

Acerqué el coche a los escalones que conducían al porche y aparqué mi Audi Q5 con tracción a las cuatro ruedas junto al monovolumen Chrysler de mi padre, que tenía diez años. No le

gustaban nada mis ruedas alemanas; no le parecía bien contribuir a la economía de países contra las que habíamos estado en guerra en el pasado. «Supongo —había dicho unos meses antes—, que cuando empiecen a importar coches de Vietnam del Norte, te comprarás uno». Como estaba tan preocupado, le pregunté que si quería que devolviera su querida televisión Sony de pantalla tan grande que podía ver perfectamente el disco cuando miraba las eliminatorias de la Copa Stanley.

—Como es una marca japonesa… —ironicé.

—Atrévete a tocarla y te parto la cara —respondió.

Subí los escalones del porche de dos en dos, abrí la puerta principal —no había tenido que coger las llaves de mi padre, tenía un juego propio— y entré en la cocina. El reloj de pared marcaba casi las cuatro y media, hora de empezar a pensar en lo que iba a hacer de cena.

Miré en el frigorífico para ver qué quedaba de la última compra de mi padre. No era un gran cocinero, pero sabía lo básico: hervir agua para hacer pasta y encender el horno para meter un pollo. Pero para los días en que no tenía fuerzas para preparar algo tan exquisito, había llenado el congelador de hamburguesas, palitos de pescado, patatas fritas y suficientes cenas precocinadas como para montar una franquicia de Stouffer's.

Esa noche podía arreglármelas con lo que había, pero tendría que ir al supermercado al día siguiente. A decir verdad, yo no era muy buen cocinero y en Burlington muchas noches no me atrevía a prepararme nada más ambicioso que un tazón de Cheerios. Creo que, cuando vives solo, es difícil motivarse para hacer una comida de verdad y para comerla en condiciones. Muchas noches cenaba de pie en la cocina mientras veía las noticias en la tele, o me llevaba el plato de lasaña calentada en el microondas al estudio y comía mientras trabajaba.

Abrí el frigorífico. Había seis latas de Bud. A mi padre le gustaba la cerveza asequible y básica. Me sentí un poco raro al manipular su

último *pack* de seis cervezas, pero eso no me impidió sacar una y abrirla.

—Por ti, papá —dije; brindé con la lata y me senté a la mesa de la cocina.

El lugar estaba casi tan ordenado como me lo había encontrado. Mi padre era muy meticuloso y por eso le costaba tanto aceptar la sala del piso de arriba. Yo atribuía que fuese tan cuadriculado a su paso por el ejército. Lo habían reclutado a la fuerza y había cumplido la mayor parte de sus dos años en el extranjero, en Vietnam. Nunca hablaba de ello. «Ya se acabó», decía cada vez que salía el tema. Él se inclinaba más por atribuir sus hábitos a su trabajo en la imprenta, donde la precisión y la atención al detalle lo eran todo.

Me senté allí, bebiendo la cerveza de mi padre, mientras reunía fuerzas para para descongelar o calentar algo. Abrí otra antes de sacar cosas del congelador. Como no conocía la cocina, tuve que abrir varios cajones hasta que encontré manteles individuales, cubiertos y servilletas.

Cuando ya estaba casi todo listo, atravesé el salón y apoyé la mano en la barandilla para subir al piso de arriba. Recorrí la habitación con la mirada: el sofá a cuadros que mis padres habían llevado hacía dos décadas desde la casa de Albany, el sillón reclinable en el que mi padre se sentaba siempre para ver su Sony. La mesa de centro desconchada que habían comprado al mismo tiempo que el sofá…

Aunque el mobiliario era anticuado, papá no había escatimado ni un centavo en tecnología. Estaba la televisión, con pantalla plana de treinta y seis pulgadas con HD que había comprado un año antes para ver el fútbol y el hockey. Le gustaban los deportes, aunque tuviera que disfrutarlos solo. Había un reproductor de DVD y uno de esos artilugios con los que podía pedir películas por Internet.

Las veía él solo.

El salón era como cualquier salón, normal, no tenía nada de extraordinario, pero todo cambiaba al subir las escaleras.

Mis padres habían intentado, sin éxito, mantener la obsesión de mi

hermano contenida en su propia habitación, pero era una batalla perdida. El pasillo, que mamá había pintado de amarillo pálido hacía años, estaba totalmente empapelado, casi cada centímetro cuadrado tapado. De pie, en lo alto de la escalera, mirando hacia el pasillo del segundo piso que conducía a los tres dormitorios y al cuarto de baño, pensé en el aspecto que podría haber tenido una sala de guerra subterránea en la Segunda Guerra Mundial, con enormes mapas de territorios enemigos clavados en las paredes del búnker, estrategas militares agitando sus punteros mientras planeaban las invasiones. Pero en una sala de guerra habría habido más orden en la disposición de los mapas. Los mapas de Alemania y los de las ciudades dentro de sus fronteras seguro que estarían colocados a lo largo de una parte de la pared; los de Francia estarían en otra, y los de Italia al lado.

Parecía improbable que un planificador de guerra que se preciara pegara con celo un mapa de Polonia junto a uno de Hawái; o tuviera un callejero de París superpuesto a un mapa de carreteras de Kansas; o un mapa topográfico de Argelia puesto con chinchetas al lado de imágenes de satélite de Melbourne y grapado, directamente en la pared, un mapa andrajoso de *National Geographic* de la India junto a otro de Río de Janeiro.

Ese tapiz, ese popurrí de mapas carente de sentido que tapaba cada milímetro de la pared del pasillo era como si alguien hubiera metido el mundo en una batidora y lo hubiera convertido en papel pintado.

Las rayas rojas de un rotulador mágico corrían de mapa en mapa, estableciendo conexiones extrañas y aparentemente irrelevantes. Había anotaciones escritas por todas partes. En un mapa de Portugal estaba garabateado: «236 millas», sin razón aparente. Había números de latitud y longitud anotados al azar por todo el pasillo. Algunos destinos estaban adornados con fotografías, como una foto impresa de la Ópera de Sídney pegada con un trocito de cinta verde de pintor a un mapa de Australia, o una foto hecha jirones del Taj Mahal pegada, con un trozo de chicle, en un mapa de la India.

No sabía el motivo por el que mi padre lo toleraba cuando se quedó solo. Cuando mi madre vivía, servía como amortiguador. Le decía a su marido que saliera de casa, que fuera a un bar deportivo a ver un partido con Lenny Prentice, o con algún otro compañero del trabajo, o con Harry Peyton. ¿Cómo lo llevaba mi padre al andar por ese pasillo todos los días, semana tras semana, mes tras mes, intentando fingir que no había nada en las paredes salvo la pintura amarilla pálida con la que las habían decorado su mujer y él hacía tanto tiempo?

Me dirigí a la puerta del primer dormitorio, que, como de costumbre, estaba cerrada. Levanté la mano para golpearla ligeramente, pero justo antes de tocar la madera con los nudillos, escuché algo.

Se oía hablar al otro lado de la puerta. Era una conversación, pero solo se oía una voz. No pude distinguir nada en particular.

Llamé a la puerta.

—¿Sí? —dijo Thomas.

Abrí, preguntándome si estaría hablando por teléfono, pero no tenía el auricular en la mano. Le dije que era hora de cenar y me dijo que bajaría enseguida.

TRES

—Vaya, me alegro mucho de tener noticias tuyas.

—Gracias por atender mi llamada.

—No le doy mi número privado a cualquiera; eres un cliente muy especial.

—Se lo agradezco mucho, señor. De verdad.

—Recibí tu correo electrónico. Parece que las cosas van muy bien.

—Pues la verdad es que sí.

—Me alegro de oírlo.

—Quería saber si tienen alguna idea del momento exacto del incidente, señor.

—Ojalá, es como si me hubieras preguntado si sabemos el momento exacto en el que va a haber un ataque terrorista. No tenemos ni idea, pero hay que estar preparados para cuando llegue ese momento, si es que llega.

—Claro.

—Y sé que estarás preparado. Nos vas a ser extremadamente útil; un recurso maravilloso.

—Puede contar conmigo, señor.

—Sabes que lo que estás haciendo es peligroso, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Hay fuerzas enemigas de nuestro Gobierno que estarían encantadas de ponerle las manos encima a alguien como tú.

—Soy consciente de ello, señor.

—Me tranquiliza saberlo. Oye, te tengo que dejar, mi mujer vuelve hoy de Oriente Medio.

—¿En serio?

—Sí; tiene muchas responsabilidades, la verdad.

—¿Lamenta no haber llegado a ser presidenta?

—Si te soy sincero, no creo que haya tenido tiempo de pensar en

ello.

—Ya, claro.

—Bueno, tengo que dejarte.

—Gracias, gracias, señor presidente. Puedo dirigirme a usted todavía así, ¿no?

—Por supuesto. El título se conserva, aunque ya no ocupes el cargo.

—Me mantendré en contacto.

—Sé que lo harás.

CUATRO

—Supongamos que te alojas en el hotel Pont Royal y quieres ir al Louvre, ¿por dónde irías? —me preguntó Thomas—. Venga, esta es superfácil.

—¿Qué? —pregunté—. ¿De qué ciudad estás hablando?

Suspiró y me miró con tristeza desde el otro lado de la mesa de la cocina, como si yo fuera un niño que lo había decepcionado por no saber contar hasta cinco. Thomas y yo nos parecíamos mucho: los dos rondábamos el metro setenta y teníamos el pelo negro y escaso, pero Thomas pesaba unos kilos más que yo. Yo era el Vince Vaughn estilizado de *Swingers* y Thomas el Vince Vaughn entrado en carnes de *The Break-Up*. Sin duda, yo tenía un aspecto más saludable, pero eso no tenía nada que ver con la complexión física. Cuando apenas salías a la calle y pasabas veintitrés horas al día en tu dormitorio —él se las arreglaba para tomar el desayuno, la comida y la cena en la cocina en tres interrupciones de veinte minutos—, tu cara tenía un aspecto insalubre y desvaído, con una palidez casi enfermiza. Probablemente sufría deficiencia de vitamina D. Necesitaba pasar una semana en las Bermudas. Y aunque nunca había estado allí, seguro que era capaz de recitarme los nombres de todos los hoteles y decirme en qué calle se encontraban.

—He dicho el Louvre. ¿No te da una pista del sitio del que estoy hablando? Louvre, Louvre… Piénsalo.

—Claro —dije—, París. Estás hablando de París.

Asintió de forma alentadora, casi frenética. Ya se había terminado su ración de pastel de carne congelado que yo había calentado en el microondas, a pesar de que yo ni siquiera me había comido la mitad de la mía y era poco probable que la terminara. Habría sido más feliz con un tablero de espuma con mantequilla. Él estaba sentado con el

cuerpo girado en dirección a las escaleras, como si se dispusiera a subir de un salto en cualquier momento.

—Correcto, y tú quieres ir al Louvre. ¿Por dónde vas?

—No tengo ni idea, Thomas —respondí, cansado—. Sé dónde está el Louvre. He estado en el Louvre. Pasé allí seis días enteros cuando tenía veintisiete años. Viví un mes en París. Asistí a un curso de arte. Pero no tengo ni idea de dónde está el hotel del que hablas. No me alojaba en un hotel, estaba en un albergue.

—El Pont Royal —repitió. Lo miré sin comprender, esperando—. En la Rue de Montalembert.

—Thomas, no tengo ni puta idea de dónde…

—Está justo al lado de la Rue du Bac. Venga, es un hotel antiguo, todo de piedra gris, tiene una puerta giratoria en la parte delantera que parece hecha de nogal o algo parecido, y justo al lado hay un lugar que hace radiografías o algo así, porque pone mamografía y radiología encima de las ventanas y encima hay unos apartamentos con unas plantas en las ventanas en macetas de barro y el edificio parece que tiene ocho pisos y a la izquierda hay un restaurante de aspecto muy caro con un toldo negro y ventanas oscuras y no tiene mesas ni sillas delante como la mayoría de las cafeterías de París y…

Todo eso de memoria.

—Estoy muy cansado, Thomas. He tenido que ir a hablar con Harry Peyton.

—Es facilísimo llegar al Louvre desde allí. Casi puedes verlo cuando sales del hotel.

—¿No quieres saber lo que pasó en la oficina del abogado?

Sacudió las manos de forma nerviosa delante de mí.

—Atraviesas la Rue de Montalembert y luego un triángulo de acera, y llegas a la Rue du Bac, y luego vas a la derecha y caminas un rato y cruzas la Rue de l'Université y sigues adelante y cruzas la Rue de Verneuil. No sé si lo estoy pronunciando bien porque no estudié Francés en el instituto… y hay un sitio en la esquina con unos pasteles preciosos en el escaparate, y pan también y luego cruzas la Rue de Lille pero sigues adelante y…

—El señor Peyton ha dicho que según el testamento, papá nos ha dejado la casa a los dos.

—… y si miras directamente a la calle puedes verlo. El Louvre, quiero decir. Aunque esté al otro lado del río. Sigues adelante y luego cruzas el Quai Anatole France a la izquierda, y a la derecha está el Quai Voltaire; supongo que ahí la carretera cambia de un nombre a otro y te desvías un poco a la derecha pero sigues por el puente, que es el Pont Royal. Creo que *pont* significa puente. Y cuando cruzas al otro lado, ya has llegado. ¿Ves lo sencillo que era? No tenías que desviarte ni nada. Sales por la puerta, giras y ya estás allí. Vamos con algo más difícil. Dime el nombre de un hotel en cualquier otra parte de París y te diré cómo llegar, por la ruta más corta. Aunque, a veces, hay cien formas diferentes de llegar al mismo sitio, pero sigue siendo más o menos la misma distancia. Como en Nueva York. Bueno, no como Nueva York, porque en París las calles están por todas partes y no en manzanas cuadradas, pero ya me entiendes, ¿no?

—Thomas, necesito que pares un segundo —pedí con paciencia.

Él parpadeó un par de veces.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar de papá.

—Papá ha muerto —dijo, mirándome de nuevo como si tuviera un coeficiente intelectual bajo. Luego, con algo que parecía tristeza bañando brevemente su rostro, miró por la ventana—. Lo encontré yo, junto al arroyo.

—Sí, ya lo sé.

—Era tarde y no habíamos cenado. Seguía esperando a que llamara a la puerta y me dijera que era hora de comer, y me estaba entrando mucha hambre, así que bajé a ver qué pasaba. Primero, recorrí toda la casa. Bajé al sótano, pensando que tal vez estaba arreglando la caldera o algo así, pero no estaba allí. La furgoneta estaba aquí, así que papá tenía que estar en alguna parte. Como no lo encontraba en casa, salí. Primero miré en el granero. —Yo ya

había oído todo eso antes—. Al no encontrarlo allí, di una vuelta y cuando llegué a lo alto de la colina lo vi con el tractor encima.

—Lo sé, Thomas.

—Le quité el tractor de encima. Fue muy difícil, pero lo hice. Pero papá no se levantó. Así que volví corriendo y llamé al nueve, uno, uno. Vinieron y dijeron que estaba muerto.

—Lo sé —repetí—. Lo pasarías fatal…

—Sigue ahí abajo.

El tractor. Tuve que volver a subirlo y guardarlo en el granero. Estaba allí, al pie de la colina, desde el accidente. No sabía si arrancaría. Pensaba que todo la gasolina se habría derramado cuando la máquina estaba bocabajo. Había una garrafa de gasolina medio llena en el granero por si me hacía falta.

—Tenemos que resolver algunas cosas —insistí—. Ya sabes, los pasos que tenemos que seguir ahora que papá ha fallecido.

Thomas asintió, pensativo.

—He pensado que, a lo mejor ya puedo poner mapas en las paredes de su dormitorio —dijo—, me estoy quedando sin espacio. Porque él y mamá dijeron que no podía poner ninguno en el primer piso, ni en la parte de abajo, pero su habitación está en el segundo piso, así que me gustaría saber qué te parece, ya que él ya no va a volver a dormir allí. Y como mamá tampoco está, nadie va a dormir ahí.

En realidad, eso no era así. Yo dormía en la habitación vacía junto a la de Thomas, la que mamá siempre tenía preparada para mí cuando iba de visita, que no era muy a menudo. Pero anoche acabé mudándome al pasillo, a la habitación de papá, porque oía los clics del ratón a través de la pared y no podía soportarlo más. Había ido una vez a decirle a Thomas que dejara de hacer ruido, pero me había ignorado, así que me había cambiado de cama. Al principio me sentía raro, bajo las sábanas de la cama de mi padre fallecido, pero se me pasó. Estaba cansado, y no soy nada sentimental.

—No puedes vivir en esta casa tú solo —dije.

—No estoy solo, estás conmigo.

—Tarde o temprano tendré que volver a casa.

—Ya estás en casa. Esta es tu casa.

—No es mi *hogar*, Thomas. Yo vivo en Burlington.

—Burlington, Vermont. Burlington, Massachusetts. Burlington, Carolina del Norte. Burlington, Nueva Jersey. Burlington, Washington. Burlington, Ontario, Ca…

—Thomas.

—No sabía si conocías el número de sitios que se llaman Burlington. Tienes que ser más específico. Tienes que decir Burlington, Vermont, o la gente no sabrá dónde exactamente.

—Pensaba que lo sabías —repliqué—. ¿Es eso lo que quieres que haga? Cada vez que te diga que tengo que volver a Burlington, ¿quieres que añada «Vermont», Thomas?

—No te enfades conmigo.

—No estoy enfadado contigo, pero tenemos que discutir algunas cosas.

—Vale.

—Me preocupará dejarte aquí solo cuando vuelva a mi casa.

Thomas sacudió la cabeza, como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Estaré bien.

—Papá se encargaba de todo —le recordé—. Hacía las comida, limpiaba la casa, pagaba las facturas, iba a comprar al pueblo, se aseguraba de que la caldera funcionara y llamaba al técnico si le pasaba algo. Y si se estropeaba alguna otra cosa, la arreglaba él. Si se iba la luz, bajaba y subía los plomos para volver a encenderla. ¿Sabes dónde está el cuadro eléctrico, Thomas?

—La caldera funciona bien —respondió.

—No tienes carné de conducir —dije—. ¿Cómo vas a traer la comida?

—Pediré que me la traigan.

—Estamos en medio de la nada. ¿Y quién va a ir físicamente a la tienda para elegir las cosas que te gustan?

—Tú sabes lo que me gusta —dijo Thomas.

—Pero yo no estaré aquí.

—Una vez a la semana puedes venir a comprar mi comida y pagar las facturas y ver si la caldera está bien y después te vuelves a Burlington. —Hizo una pausa—. Vermont.

—¿Y qué pasa con el día a día? Supongamos que tienes comida en casa. ¿Vas a poder prepararte la comida tú solo? —Thomas apartó la mirada. Me incliné un poco más hacia él, extendí la mano y le toqué el brazo—. Mírame. —Volvió la cabeza de mala gana.

—Quizá, si hicieras algunos cambios en tu rutina, a lo mejor podrías asumir tú mismo algunas de esas responsabilidades.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Pues que a lo mejor necesitas gestionar mejor tu tiempo.

Adoptó una expresión de desconcierto.

—Gestiono muy bien mi tiempo.

Retiré la mano y apoyé las dos palmas sobre la mesa.

—A ver, explícame bien eso.

—Que sí lo hago, que aprovecho muy bien mi tiempo.

—Descríbeme lo que haces en un día.

—¿Qué día? ¿Un día entre semana o uno del fin de semana? —Estaba ganando tiempo.

—¿Dirías que tu rutina de lunes a viernes es muy diferente a la del fin de semana?

Pensó en ello.

—Supongo que no.

—Entonces me vale cualquier día. Tú eliges.

Me miró con desconfianza.

—¿Intentas burlarte de mí? ¿Te estás metiendo conmigo?

—Has dicho que usabas tu tiempo sabiamente, así que cuéntame cómo lo haces.

—A ver —dijo—, me levanto sobre las nueve, me ducho, papá me prepara el desayuno sobre las nueve y media, y luego me pongo a trabajar.

—A trabajar —repetí—, explícame bien eso.

—Ya sabes…

—No creo haberte oído llamarlo trabajo antes. Háblame del tema.

—Me pongo a trabajar después de desayunar, y hago una pausa para comer, y luego vuelvo a trabajar hasta que llega la hora de cenar, y después trabajo un poco más antes de irme a la cama.

—¿Y eso es alrededor de qué hora?, ¿la una, las dos, las tres de la mañana? —Él asintió—. Háblame del trabajo.

—¿Por qué estás haciendo esto, Ray?

—Pues creo que porque pienso que, si dedicaras un poco menos de tiempo a ese trabajo, como tú lo llamas, estarías en mejores condiciones para cuidar de ti mismo Thomas. No es ningún secreto que tienes problemas con los que llevas lidiando mucho tiempo, y que no tienen solución, y lo entiendo. Como lo hacían papá y mamá. Y, en comparación con muchas otras personas a las que les pasa lo mismo que a ti, que no son capaces de acallar las voces ni de lidiar con otros síntomas, tú te las apañas muy bien. Te levantas y te vistes tú solo y eres capaz de sentarte aquí conmigo y tener una conversación racional.

—Lo sé —dijo Thomas, algo indignado—, soy perfectamente normal.

—Pero la cantidad de tiempo que dedicas a tu… trabajo interfiere con tu capacidad para cuidar de esta casa, o vivir aquí tú solo, y si no eres capaz de hacer eso, entonces vamos a tener que buscar una solución.

—¿Qué quieres decir con «una solución»?

Titubeé.

—Vivir en otra parte. En un apartamento, en la ciudad, por ejemplo; o, y esto es algo que acabo de empezar a mirar, algún tipo de vivienda donde vivirías con gente con problemas similares, donde hay personal que se ocupa de cosas de las que tú no puedes ocuparte por ti mismo.

—¿Por qué sigues diciendo «problemas»? No tengo problemas, Ray. He tenido problemas mentales, que están muy controlados. Si tuvieras artritis, ¿te gustaría que te dijera que tienes un problema en los huesos?

—Lo siento. Solo estaba…. —No sabía qué decir.

—¿Ese lugar donde viviría es un hospital? ¿Para locos?

—No he dicho que estés loco, Thomas.

—No quiero vivir en un hospital. La comida es horrible. —Miró el pastel de carne sin terminar que tenía en mi plato—. Peor que eso, incluso. Y no creo que haya Internet en una habitación de hospital.

—No he dicho nada de ningún hospital. Pero tal vez algún tipo de, no sé, una especie de casa supervisada. Seguro que podrías cocinar tú mismo. Yo puedo enseñarte.

—No puedo irme —replicó Thomas con naturalidad—. Todas mis cosas están aquí. Mi trabajo está aquí.

—Thomas, el tiempo que estás despierto, menos una hora, lo pasas en el ordenador, vagando por todo el mundo. Día tras día, mes tras mes. No es sano.

—No lo llevo haciendo tanto tiempo —protestó—. Hace unos años, solo tenía mapas, atlas y un globo terráqueo. No existía Whirl360. Ahora es mucho mejor. Llevo toda la vida esperando algo así.

—Siempre te han obsesionado los mapas, pero…

—*Interesado.* Siempre me han *interesado* los mapas. Yo no te digo que estás obsesionado con hacer dibujos estúpidos de la gente. Vi ese que salió en una revista, uno de Obama, con bata blanca y estetoscopio como si fuera un médico. Parecía idiota.

—De eso se trataba —dije—. Eso era lo que querían en la revista.

—Vale, ¿llamarías a eso una obsesión? Creo que es tu trabajo.

Se suponía que no estábamos hablando de mí.

—Esa nueva tecnología —continué—, el Whirl360, ha convertido tu *interés* por los mapas en algo perjudicial para ti. Te dedicas a deambular por las calles de ciudades de todo el mundo, lo cual reconozco que puede ser algo interesante, pero, Thomas, *no haces otra cosa.* —Volvió a mirar al suelo—. ¿Me estás escuchando? No sales a la calle. No ves a nadie. No lees libros ni revistas. Ni siquiera ves la televisión. Nunca bajas a ver una película.

—No ponen nada bueno —replicó—. Las películas son mediocres y

tienen muchos errores. Se supone que están en Nueva York, pero por el fondo se ve que es Toronto o Vancouver u otro sitio.

—Lo único que haces es sentarte delante del ordenador y recorrer con el ratón calle tras calle. Escucha, ¿quieres ver mundo? Elige una ciudad. Te llevaré a Tokio. Te llevaré a Bombay. ¿Quieres ver Roma? Iremos. Nos sentaremos en algún restaurante junto a la Fontana di Trevi y podrás pedir *pizza* o pasta y de postre un helado y será lo más divertido que hayas hecho nunca. Podrás ver la ciudad real en lugar de una imagen estática en la pantalla del ordenador. Podrá tocar esos lugares, sentir las piedras de Notre Dame con los dedos, oler el mercado nocturno de la calle Temple en Hong Kong, escuchar como cantan en un karaoke en Tokio. Elige un lugar y te llevo.

Thomas me miró sin comprender.

—No, no quiero hacer eso. Me gusta estar aquí. No pienso contagiarme de ninguna enfermedad, ni perder el equipaje, ni acabar en un hotel con chinches, ni sufrir un atraco ni ponerme enfermo en un lugar donde no hablo el idioma. Y no hay tiempo.

—¿Cómo que no hay tiempo?

—No hay tiempo para ir a todos los sitios del mundo en persona. Aquí puedo terminar el trabajo más rápido.

—Thomas, ¿qué *trabajo*?

—No puedo contártelo —murmuró—. Tengo que comprobar si está permitido que te lo diga.

Solté un largo suspiro y me pasé la mano por la cabeza. Estaba agotado. Decidí cambiar de tema.

—¿Te acuerdas de Julie McGill?, ¿del colegio?

—Sí —dijo Thomas—, ¿qué pasa con ella?

—Vino al funeral y preguntó por ti. Me pidió que te diera recuerdos.

Thomas me miró, expectante.

—¿Vas a contármelo?

—¿Qué? —Entonces lo entendí—. *Hola*. Si hubieras venido a la misa, te lo habría dicho en persona. —No reaccionó ante eso. Su negativa a asistir seguía molestándome—. ¿Estaba en tu clase?

—No —dijo—, iba un curso por delante de mí y un curso por detrás de ti. —Thomas hizo una pausa—. Vivía en el número treinta y cuatro de la calle Arbor; se trata de una casa de dos plantas con la puerta en medio y ventanas a cada lado y tres ventanas en el segundo piso y la casa está pintada de verde y hay una chimenea en el lado derecho y el buzón tiene flores pintadas. Siempre fue amable conmigo. ¿Sigue siendo guapa?

Asentí.

—Sí. Todavía tiene el pelo negro, pero ahora lo lleva corto.

—¿Todavía está buena? —lo preguntó sin un atisbo de lascivia, como si quisiera saber si seguía conduciendo un Subaru.

—Yo diría que sí —contesté—. ¿Vosotros dos… tuvisteis algo?

—¿Algo? —No sabía a lo que me refería.

—¿Salisteis juntos?

—No. —Lo suponía, Thomas nunca había tenido una novia estable y, que yo supiera, no había salido con más de cinco chicas. Su naturaleza extraña e introvertida no ayudaba mucho, pero yo nunca había estado convencido de que le interesaran las chicas. Cuando yo empecé a esconder revistas porno bajo el colchón, Thomas ya tenía una colección de mapas enorme.

—Pero me caía bien —añadió Thomas—, me rescató.

Ladeé la cabeza, intentando recordar.

—¿La vez esa, con los gemelos Landry?

Thomas asintió. Volvía a casa del colegio cuando Skyler y Stan Landry, un par de matones con el coeficiente intelectual de un cubo de imprimación, le cerraron el paso y se burlaron de él porque hablaba solo en clase. Estaban empezando a empujarlo cuando apareció Julie McGill.

—¿Qué hizo?

—Les gritó que me dejaran en paz. Se puso delante de mí. Los llamó cobardes y algo más.

—¿Qué más?

—Cabrones.

Asentí.

—Sí, me acuerdo.

—Fue un poco embarazoso que una chica me defendiera —meditó Thomas—, pero me habrían dado una buena paliza si ella no hubiera aparecido. ¿Hay algo de postre?

—¿Eh? Pues, no lo sé. Me ha parecido ver una tarrina de helado en el congelador.

—¿Podrías subírmelo? Llevo aquí más tiempo del previsto y tengo que volver. —Ya estaba de pie.

—Sí, claro —acepté.

—He visto algo —comentó Thomas.

—¿Qué?

—Que he visto algo, en el ordenador. Creo que no importa si le echas un vistazo. No creo que haga falta ninguna autorización de seguridad ni nada.

—¿Qué es?

—Deberías echarle un vistazo, es demasiado largo de explicar.

—¿Puedes adelantarme algo? —le pregunté.

—Deberías echarle un vistazo —repitió, e hizo una pausa—. Cuando me lleves el helado.

CINCO

Subí a la habitación de Thomas cinco minutos después. Había una tarrina de helado de vainilla en el congelador, pero solo me dio para una ración pequeña, aunque no importaba, porque yo no tenía hambre.

Debería haberme dado cuenta de que no iba a poder razonar con Thomas sobre cómo pasaba sus días. Mis padres lo habían intentado durante años sin éxito. Había sido un tonto por pensar que podría lograr algo diferente. Mi hermano era quien era. Siempre había sido así y había muchas razones para creer que siempre lo sería.

Las señales llegaron pronto. Al menos algunas. La fascinación por los mapas se manifestó cuando tenía unos seis años. En aquel momento, mis padres pensaron que era genial. Cuando venían visitas, presumían de Thomas como de la misma forma que los padres de un niño prodigio del piano cuando le hacen tocar algo de Brahms.

—Elegid un país —les decía papá a los invitados—, uno cualquiera.

A los amigos de mis padres, que no sabían muy bien qué hacía Thomas, al final se les ocurría uno.

—Argentina —decían, por ejemplo. Y entonces Thomas, lápiz y bloc de notas en mano, dibujaba la silueta del país; añadía algunos puntos para marcar las ciudades y las rotulaba. Escribía los nombres de los países vecinos y luego se lo daba para que lo vieran.

La cuestión era que, por lo general, nuestros invitados no distinguían Argentina de Arkansas y no tenían ni idea de si el mapa que les habían entregado era exacto, así que papá sacaba un atlas de la estantería y lo abría por Argentina.

—¡Mirad esto! —exclamaba—. ¿Lo habéis visto? ¿No es increíble? Hasta ha situado la ciudad de Mendoza en el punto justo. El niño va a ser cartógrafo o algo así, os lo garantizo.

Si a Thomas le molestaba ser un mono de feria, no llegó a decirlo. En aquel momento solo parecía un hermano pequeño muy inteligente. Algo retraído, tímido, pero sin indicios de ningún problema grave.

Eso llegaría pronto.

Mis padres estaban orgullosísimos de él. Yo, no tanto. Al menos en las vacaciones familiares no, cuando mamá preparaba las maletas de todos y papá las cargaba en el maletero y nos poníamos en camino hacia Atlantic City, Florida o Boston. Mamá no tenía sentido de la orientación y lo pasaba fatal leyendo los mapas de carreteras que regalaban en las gasolineras, aunque era una maestra doblándolos.

Así que era papá el que leía el mapa. Cuando hoy en día se habla de los peligros de enviar mensajes de texto mientras se conduce, me da la risa. Mi padre, de haber existido entonces los *smartphones*, podría haber escrito Moby Dick mientras conducía por la carretera de circunvalación de Búfalo. Le pedía a mamá doblara el mapa a un tamaño manejable, lo colocaba encima del volante y echaba un vistazo cada dos segundos mientras recorríamos América.

Hasta que Thomas cumplió siete años.

—Yo leo el mapa, papá —se ofreció.

Papá lo ignoró al principio, pero Thomas insistió. Al final papá pensó: «Qué demonios, dejemos que el chico crea que está siendo útil». Pero Thomas no estaba jugando. No fingía que sabía leerlo, igual que hacen algunos niños, que mucho antes de saber leer, recitan palabras al abrir las páginas de un libro.

Thomas solo tenía que echarle un vistazo durante unos segundos antes de decir algo así como «Quédate en la noventa otros quince kilómetros y luego sal y ve hacia el este por la veintidós».

—Déjame echarle un vistazo —dijo mi padre la primera vez; cogió de nuevo el mapa y lo puso sobre el volante para verlo—. Que me aspen, el niño tiene razón.

Thomas siempre tenía razón cuando se trataba de leer mapas.

Intenté quitárselo, pensando que, como hermano mayor, yo debía

ser el guía. Me había destrozado ver a mi padre pidiéndole ayuda a mi hermano pequeño.

—¡Raymond! —me gritó mi padre—. ¡Deja en paz a tu puñetero hermano para que haga su trabajo! Sabe lo que hace.

Miró a mamá, esperando apoyo.

—A ti también se te dan bien algunas cosas —me dijo ella—, pero a Thomas se le da muy bien esto.

—¿Qué cosas se me dan bien? —pregunté.

Tuvo que pensarlo.

—Dibujas muy bien. Podrías hacer dibujos de los lugares que visitemos en nuestro viaje, será divertido.

No me podía tratar con más condescendencia. Teníamos una cámara, ¿de qué demonios iba a servir que yo hiciera representaciones artísticas de las atracciones turísticas que visitábamos? ¿Qué utilidad tenía? Me sentí insultado y metí la mano en el estuche donde guardaba papel, lápices y tijeras de seguridad que llevaba para entretenerme en los viajes y le pasé una hoja intacta de cartulina negra.

—Son las Cavernas de Carlsbad —le dije. Habíamos estado allí el día anterior—. Puedes enmarcarlo cuando lleguemos a casa.

Hubo un indicio de lo que estaba por llegar, en lo que a Thomas se refería, durante un viaje de verano a un albergue del sur de Pensilvania; a una hora y media al sureste de Pittsburgh, cuando yo tenía once años y Thomas, nueve. Era un antiguo y majestuoso complejo construido en la ladera de una montaña; si echaba la vista atrás, el lugar me recordaba al Hotel Overlook de la película basada en la novela de Stephen King, *El resplandor*, pero sin la sangre saliendo de los ascensores ni una mujer muerta en una bañera ni un niño pequeño pedaleando en un triciclo a toda velocidad por los pasillos. Había minigolf, y piscina, y noches de bingo, y galletas y limonada en el porche todas las tardes a las cuatro. Pasamos una semana muy divertida, pero lo más memorable de las vacaciones resultó ser el viaje de regreso a casa, cuando papá decidió desviarse de la ruta que Thomas le había preparado.

Thomas había pasado varios días ignorando las súplicas de mamá de que fuera a nadar o a jugar a La herradura e investigando la mejor ruta, que resultó ser la noventa y nueve hacia el norte por Altoona; y aunque cuando salimos teníamos la intención de ir en esa dirección, mi madre decidió que quería volver a casa pasando por Harrisburg, para ir de compras, y eso significaba ir hacia el este por la setenta y seis. Y eso suponía desviarnos bastantes kilómetros de nuestro camino.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Thomas desde el asiento trasero en cuanto se enteró—. ¡Tenemos que coger la noventa y nueve!

—Tu madre quiere ir a Harrisburg, Thomas —dijo mi padre—, no es para tanto.

—¡Me he pasado toda la semana planeando el itinerario! —Se echó a llorar.

—¿Por qué no empiezas a trazar una ruta diferente a casa desde Harrisburg? —sugirió mi madre—. Seguro que te lo pasas muy bien.

—¡No! Tenemos que ir por donde dice el mapa —insistió Thomas.

—Escucha, hijo, solo vamos a…

—¡No!

—Madre mía… ¿Ray? ¿Por qué no juegas a algo con tu hermano? ¿Dónde está el libro de Mad Libs?

Pero Thomas se había quitado el cinturón de seguridad, se había puesto de rodillas en el asiento y estaba golpeando la ventanilla con la cabeza.

—¿Qué cojo…? —exclamó mi padre.

—¡Thomas! —gritó mi madre.

Lo agarré, pero me apartó. No paraba de golpearse la cabeza contra la ventanilla. Apareció una pequeña mancha de sangre en el cristal.

Papá paró el coche en el arcén. Mamá salió de un salto, por poco se resbaló con la gravilla, y abrió la puerta trasera. Rodeó a mi hermano con los brazos y acercó su cabeza magullada y ensangrentada a su pecho.

—No pasa nada —dijo—, vamos a coger la noventa y nueve. Iremos a casa por donde nos has dicho.

No me gustaba entrar en la habitación de Thomas. Ver sus dominios me incomodaba todavía más que el pasillo decorado. Había mapas pegados por toda la pared y esparcidos por el suelo. Las estanterías estaban repletas de atlas de distintas ediciones, guías TripTik antiguas del Auto Club con encuadernación en espiral —¿las seguía usando alguien?—, grandes tubos de cartón con mapas que Thomas había comprado por Internet y cientos de hojas impresas con trozos de mapas que había analizado *online*. Imágenes de satélite de ciudades que no pude reconocer a primera vista.

Resultaba bastante difícil ver la cama individual que había apoyada contra una pared, ya que estaba repleta de papeles. Parecía como si unos vándalos hubieran destrozado la sede del *National Geographic*. Me pregunté cuántas infracciones de incendios estaríamos violando. Entre esa habitación y el pasillo revestido de mapas, bastaba con que alguien se pasara por allí con una vela encendida para que nuestra casa se convirtiera en cenizas en cuestión de segundos.

Tenía que estudiarlo más a fondo.

Thomas estaba sentado delante de su ordenador. Tenía un teclado y tres pantallas planas, cada una con un navegador distinto. En las pantallas había tres imágenes de la misma calle: con vistas de la izquierda, del centro y de la derecha. En la parte superior de cada pantalla aparecía la dirección de la página web: *whirl360.com.*

Tuve que admitir que era una pasada de página web. Diez años antes no me podría haber imaginado nada parecido.

Una vez dentro, tenías el mundo prácticamente al alcance de la mano. Elegías un punto en cualquier parte del globo e inicialmente veías la ubicación desde arriba, bien en forma de mapa tradicional o en modo satélite, como si estuvieras flotando en el cielo. Podías enfocar hasta los respiraderos de los tejados de los rascacielos.

Una chulada.

Pero se volvía mucho mejor.

Podías hacer clic en una calle concreta y verla. Pero verla de verdad. Como si estuvieras allí, justo en medio. Con cada clic del ratón avanzabas varios metros. Al mantener pulsado el botón, podías moverte a la izquierda o a la derecha, o dar toda la vuelta para obtener una panorámica de trescientos sesenta grados. Si te llamaba la atención algo en el escaparate de una tienda o en un restaurante, podías hacer *zoom* sobre ello. Podías incluso leer el plato del día: «Hígado encebollado 5,99 $», si querías.

Era el tipo de página en la que me metía de vez en cuando. El año anterior, en un viaje a Toronto, había quedado un amigo de la universidad que vivía al sur de la calle Queen, en The Beach, un barrio de moda de la zona este. En un correo electrónico, me decía que fuera a su casa y que luego iríamos a un restaurante italiano que estaba al lado.

Fui a Whirl360, hice el recorrido desde su casa hasta Queen y luego exploré un par de manzanas en cada dirección. Solo vi dos restaurantes. Los busqué en Internet y solo uno se anunciaba como italiano; miré el menú *online* y decidí antes de llegar que iba a pedir los raviolis de bogavante.

Así que podía comprender la fascinación, entender cómo para alguien como Thomas la llegada de ese tipo de tecnología era un sueño hecho realidad. Como un fan de *Star Trek* que se despierta una mañana y descubre que en realidad vive en el USS Enterprise.

La calle que estaba mirando fijamente Thomas me resultaba desconocida. Era estrecha, con espacio suficiente para solo un carril de tráfico y coches aparcados en paralelo en el lado derecho. Supuse que se trataba de algún lugar de Europa.

Puse el helado junto al teléfono. Thomas tenía allí una línea propia, que habían puesto nuestros padres cuando la conexión a Internet se hacía por teléfono. Thomas pasaba tanto tiempo en la red que nuestros padres perdían llamadas y no podían hacer ninguna, así que instalar una segunda línea permitió a Thomas estar conectado todo el tiempo que quería. Pero desde que había Wi-Fi en

casa, Thomas no necesitaba casi el teléfono, y las únicas llamadas que recibía eran de teleoperadores.

Miró el helado.

—¿No lleva sirope de chocolate? —preguntó.

—Se ha acabado —respondí, aunque en realidad no había mirado si había—. ¿Dónde está ese sitio?

—Es la calle Salem.

—¿La calle Salem de dónde?

—De Boston, está en el North End.

—Ah, vale, claro… Creía que últimamente te pasabas todo el tiempo en París.

—Me muevo —dijo Thomas. No sabía si pretendía ser gracioso, pero me reí—. ¿Ves algo raro? —preguntó.

Miré. Había gente, con la cara desenfocada —que parecía ser un protocolo de Whirl360, desenfocar las caras que podían verse de frente, así como las matrículas— caminando por la calle. También había coches y algunas señales de tráfico que no podía distinguir bien.

—No —dije.

—¿Ves este todoterreno plateado de aquí? —preguntó mientras señalaba en la pantalla de la derecha una foto de perfil.

—Sí, lo veo.

—Mira lo que ha hecho. Ha dado marcha atrás y ha golpeado a ese coche, el de color azul. Se puede ver perfectamente el golpe en el faro del coche azul.

—¿Puedes ampliarlo? —pregunté.

Thomas hizo clic un par de veces. La imagen donde se veía el parachoques trasero del todoterreno y el frontal del coche azul se hizo más grande, pero estaba más borrosa.

—Puede que tengas razón —dije.

—Puedes verlo, ¿verdad?

—Sí. Entonces, justo en el momento en que la gente de Whirl360 estaba dando vueltas con su coche haciendo fotos, consiguieron una imagen de ese tipo chocándose marcha atrás contra el coche azul.

Qué puta casualidad, captan un accidente en progreso y tú lo ves. ¿Eso es todo?

—Apuesto a que el conductor del todoterreno ni siquiera se enteró de lo que había hecho —dijo Thomas, llevándose una cucharada de helado a la boca.

—Puede que no —dije—. Voy a ver la tele. ¿Quieres verla conmigo? Podemos alquilar una peli con localizaciones auténticas, que no te perturbe.

—Tenemos que informar de esto —dijo Thomas—, el dueño del coche azul necesita saberlo.

—Vamos a ver, Thomas; en primer lugar, las matrículas están difuminadas, así que es imposible averiguar quiénes son los dueños del todoterreno y del coche azul. Y segundo, esa foto, la imagen de esa calle, probablemente lleva ahí varios meses o años. O sea, que estás hablando de un daño menor que ocurrió Dios sabe hace cuánto tiempo. Por lo que sabemos, el dueño del coche azul lo arregló hace un año. Puede que ya ni siquiera tenga ese coche. No es una retransmisión en directo. Son instantáneas de un momento concreto. —Thomas no dijo nada—. ¿Qué pasa? Dímelo.

—No está bien quedarse de brazos cruzados…

—No estamos… Dios mío, no acabas de ver al todoterreno atropellando a alguien. Esto es exactamente lo que me preocupa, Thomas. Pasas demasiado tiempo aquí arriba. Tienes que salir. Ven a ver una película. Papá se compró una tele muy buena, con pantalla ancha y HD. Se va a echar a perder ahí abajo.

—Vete yendo tú y yo bajaré en un rato. Elige una película y la vemos juntos.

Bajé las escaleras y encendí la televisión, luego pulsé los botones adecuados en la colección de mandos a distancia para poder conectarme a un servidor de películas.

Encontré una película rodada en Nueva Zelanda, de hacía solo un par de años antes, que se titulaba *El lector de mapas*.

—¡Hay que joderse! —dije—. ¡Oye, Thomas! He encontrado una

película que te va a flipar. Es sobre un niño al que le encantan los mapas.

—Genial —dijo—, bajo en un minuto.

No bajó. Después de esperar quince minutos, apagué la tele sin haber visto nada, fui a la cocina y me bebí la última cerveza de papá.

SEIS

Nueve meses antes. Allison Fitch levanta la cabeza unos centímetros de la almohada de su sofá-cama y mira el reloj digital del reproductor de dvd situado al otro lado del pequeño salón. Son casi las doce de la mañana. Intenta acordarse de cerrar las persianas cuando llega a casa después de un turno de noche para que el sol no la despierte por la mañana, pero a menos que pegues papel negro en toda la ventana, o tengas cortinas de esas gruesas que lo tapan todo, no hay manera de mantener los rayos fuera.

Dios, hoy hace mucho sol. Se sube las sábanas hasta la cabeza.

Está bastante segura de que ahora mismo está sola en el apartamento que comparte con Courtney Walmers, que duerme en el dormitorio. A menos que encuentres una casa con renta controlada, no hay forma de vivir sola en esta ciudad, y menos con lo que gana una camarera. Courtney trabaja en una oficina, en Wall Street, así que sale del apartamento a las ocho. Allison suele empezar su turno sobre las cinco. A veces, si Courtney puede escaparse pronto del trabajo, se ven durante cinco minutos.

Allison espera que este no sea uno de esos días. Ver a Courtney no es algo que le haga especial ilusión. Sabe que Courtney quiere hablar con ella de algo serio, y es una conversación que Allison no quiere tener. Porque sabe exactamente de qué se trata: de dinero.

Siempre se trata de dinero. Al menos, es de lo único que Courtney ha querido hablar en los últimos meses. Desde que Allison no ha hecho frente a su parte del alquiler ni a otros gastos, como la televisión por cable e Internet. Courtney la ha amenazado con darlos de baja, aunque Allison está convencida de que no lo hará. Courtney no sale de Facebook cuando está en casa, y, por lo que cree Allison, también cuando está en el trabajo. No tiene ni idea de por qué no la han echado todavía de esa empresa de comercio internacional. Al

menos ella, cuando va al bar, trabaja. Se deja la piel, eso es lo que hace, sirviendo mesas, lidiando con clientes gilipollas, aguantando los desastres de la cocina que no hacen un puto pedido bien ni por casualidad.

Vamos, que se merece el dinero que gana. Lo que pasa es que no es suficiente. Los tres últimos meses solo ha pagado la mitad de su parte del alquiler. No ha repuesto nada del frigorífico. Le dice a Courtney que se lo devolverá cuando pueda y ella dice: «Sí, claro, me lo creeré cuando lo vea».

La muy zorra.

Gana mucho más dinero que Allison, ¿y para qué? Se pasa todo el día sentada en una cómoda silla delante al ordenador, negociando y ganando dinero para otros. Allison no entiende ni la mitad de lo que hace su compañera de piso.

Las cosas se pusieron bastante feas después de la llamada de Allison a casa de sus padres hace un par de meses. Allison le dijo a su madre, que vive en Dayton, que la Gran Manzana no era lo que esperaba.

—Cariño, deberías volver a casa —le dijo su madre.

—Mamá, no voy a volver.

—En Target les hace falta gente; en el periódico ponía que ofrecen trabajo.

—No voy a volver a Dayton para trabajar en Target —dijo Allison.

—¿Has conocido a alguien?

—¡Mamá!

—Me imaginaba que, trabajando en un restaurante, habría muchas oportunidades de conocer a algún chico.

—Por favor, mamá. ¿Por qué siempre sacas este tema? —¿Por qué demonios se cree su madre que se marchó de Dayton? Para huir de ese tipo de preguntas, por eso.

—No puedes culparme por esperar que mi pequeña encuentre un chico que la haga feliz. Tu padre y yo fuimos muy felices, ya lo sabes. Tuvimos una buena vida juntos. Has cumplido treinta y uno, ya no eres una jovencita.

Tenía que ponerle la miel en los labios a su madre.

—He conocido a alguien —comentó Allison, y ayudaba que fuera verdad. Siempre es más fácil hilar una historia cuando hay algo de verdad en ella, sobre todo cuando se trata de una historia para su madre. Ha conocido a alguien y han pasado tiempo juntos. Algunos momentos han sido bastante intensos. Todo empezó con una simple mirada.

A veces, dos personas se miran y lo saben.

Allison sintió que su madre se animaba al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —preguntó, emocionada—. Cuéntamelo todo sobre él.

—Es demasiado pronto —respondió Allison—, voy a ver cómo evoluciona todo. Si es el elegido, te lo haré saber, ¿vale? Nada de tercer grado. Ahora mismo, tengo cosas más serias de las que preocuparme. —Había echado el anzuelo.

—¿Cómo qué?

—Pues… los clientes ya no dan las propinas de antes. Y el negocio va peor. La gente prefiere comer y beber en casa. Y también está el incidente del diente astillado…

—¿Diente astillado? ¿De qué hablas?

—¿No te lo conté? —Claro que no lo había hecho. Se le acababa de ocurrir en ese momento. No había ningún diente astillado.

—No me dijiste nada. ¿Cuándo te rompiste el diente? ¿Cómo ocurrió?

—A ver, trabajo con una chica que se llama Elaine, y es una completa imbécil. Se acerca través de la multitud con una bandeja llena de bebidas, ¿vale? Esquivando a esos banqueros de mierda que…

—Ally.

—Lo siento. Esos banqueros imbéciles, y ella levanta la bandeja justo cuando me acerco desde la otra dirección, y el borde golpea justo en mi boca y las bebidas se caen y cuando voy al baño para mirarme en el espejo veo que tengo un poco astillada una de las paletas.

—¡Dios mío! —exclamó la madre de Allison—, qué horror.

—No era mucho destrozo, pero cada vez que pasaba la lengua por encima, sentía un pico afilado, ¿entiendes? Así que fui a un dentista en Madison y me lo arregló y te juro que si lo mirases con lupa no te darías cuenta.

Allison estaba totalmente segura de ello.

—Te habrá costado una fortuna —dijo su madre.

—Sí, pero, claro, los camareros no tenemos seguro dental —rio—. Pero no te preocupes, me las arreglaré. Seguro que Courtney lo entiende si tiene que esperar algo de tiempo por mi parte.

—Cariño, no puedes hacerle eso a tu compañera de piso. No es justo. Ahora mismo saco la chequera.

Ese mismo día le mandó mil dólares por correo.

Cuando llegó el cheque, Allison lo ingresó inmediatamente en su cuenta corriente, con lo que el saldo ascendió a mil cuatrocientos veintiuno con ochenta y siete dólares. No había suficiente para devolverle a Courtney todo lo que le debía, pero al menos podría empezar a hacerlo. Pero cuanto más miraba Allison el saldo en el resguardo del cajero automático, menos segura estaba de querer darle nada a Courtney.

Ese «alguien» que había mencionado a su madre se iba a las Bahamas al cabo de dos semanas y había invitado a Allison a acompañarla. Sin embargo, no había dicho nada de pagarle el viaje, así que Allison había dicho que lo sentía, pero que no podía permitírselo.

Todo eso había cambiado gracias al dinero para arreglar su diente astillado.

Así que reservó una semana en las Bahamas y fue entonces cuando las cosas se pusieron feas de verdad.

—¿Estás de broma? —dijo Courtney cuando vio a Allison haciendo las maletas antes de coger un taxi al aeropuerto JFK—. Dime que me estás tomando el pelo. ¿Me debes más de dos de los grandes y te las has apañado para pagarte unas vacaciones? ¿Me lo puedes explicar?

—No es mi dinero —dijo Allison—. Me lo ha dado mi madre.

—¿Perdón?

—Aún no he ahorrado suficiente dinero de mi sueldo para pagarte. Lo voy a sacar de ahí. Este dinero, que me ha dado mi madre, para mis vacaciones, es totalmente aparte. —Para Allison tenía todo el sentido del mundo. A veces Courtney era un poco espesa. Costaba creer que trabajando en el sector financiero no lo entendiera.

—No me lo creo —murmuró Courtney—. No me lo puedo creer.

—Mira, necesito este viaje, de verdad —explicó Allison—. ¿En cuántos lugares has estado en los tres últimos tres años? ¿Eh? En Múnich, por ejemplo. Y luego te fuiste de viaje a México. ¿Y Londres? Fuiste hace unos cinco meses. En todo ese tiempo, ¿a dónde he ido yo?

—¿Qué tienen que ver mis viajes con esto?

—No es justo que siempre seas tú la que va a sitios y yo no. No me puedo creer lo mezquina que eres a veces. Me tengo que ir. Mi vuelo sale en tres horas.

Courtney le había enviado más de cien mensajes y correos electrónicos mientras estaba en las Bahamas. Despotricando sobre lo perra egoísta, egocéntrica y pagada de sí misma que era Allison. Casi le echa a perder las vacaciones, por culpa de que su móvil no dejaba de sonar.

Pero aun así había merecido la pena.

Cuando Allison volvió, Courtney dijo que iba a echarla, pero Allison dijo que tendría que pensárselo dos veces, porque el contrato de alquiler estaba a nombre de las dos. Allison le aseguró que de verdad, de verdad, de verdad de la buena iba a devolverle el dinero, que iba a pedirle dinero a su madre, que estaba segura de que se le ocurriría una buena historia, para ablandar el corazón de su madre, y que en una semana llegaría un cheque por correo.

Eso fue hace una semana. No es probable que hoy reciba un cheque por correo. Aún no ha llamado a su madre para pedirle dinero. Allison cree que es demasiado pronto después de la historia

del diente. Piensa que, si se le ocurre un cuento igual de convincente, lo intentará con su madre dentro de una semana.

Tal vez una historia con chinches. Todo el mundo se caga de miedo con las chinches. Le dirá a su madre que hay en su edificio, que ella y Courtney deben mudarse a un hotel durante una semana mientras los de control de plagas fumigan y matan a los pequeños cabrones. Y le que le han dicho que tiene que tirar toda su ropa, porque los bichos pueden estar escondidos en ella y que se compre ropa nueva.

La madre de Allison le envía por correo electrónico todas las noticias que encuentra sobre chinches. Esa historia le vendrá al pelo gracias a sus miedos.

Su madre le enviará dinero. Allison está segura de ello. Solo tiene que controlarse para no gastárselo en otra cosa antes de dárselo a Courtney.

Empieza a sonar el móvil de Allison, que está sobre la mesa de centro.

Sale de debajo de las sábanas; supone que será Courtney, y acierta. Quiere ignorar la llamada, pero Courtney seguirá intentándolo, así que se acerca a la mesa, coge el teléfono y se lo pone en la oreja.

—Sí —responde.

—Ha pasado una semana —dice Courtney—. ¿Ya ha llegado el dinero de tu madre?

—Todavía no. No he bajado al buzón, pero no creo que haya llegado.

—¿Por qué lo crees, Allison?

—Vale, todavía no la he llamado. Estaba pensando en una historia creíble, y por fin la tengo, así que voy a llamarla hoy. En tres o cuatro días, el dinero debería estar aquí.

—Menuda pieza estás hecha.

—Lo digo en serio —dice—. Voy a pagarte todo lo que te debo.

—No me importa si estás en el contrato de arrendamiento. Si no pagas tu parte, cuando vuelvas a casa te encontrarás toda tu mierda

en el pasillo. Te lo juro por Dios. Ya estoy buscando otra compañera de piso.

—Madre mía, ¿qué clase de amiga eres?

—¿Que qué clase de amiga soy yo? ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Vale, mira, si no te he pagado a estas alturas la semana que viene, no tendrás que echarme. Me iré, y podrá venir otra persona.

—Una semana —dice Courtney, escéptica.

—Te lo juro, por mi vida y toda esa mierda.

—Soy una idiota, una idiota redomada —se lamenta Courtney, y cuelga.

No tiene sentido intentar volver a dormir. Allison se sienta en la cama, coge el mando a distancia de la mesa y enciende la televisión. Mientras emiten el último resumen de noticias de NY1, vuelve a coger el teléfono para ver si tiene algún correo electrónico o mensaje de Facebook.

Seguro que llamará a su madre esta tarde. Pero primero, se informará en Internet sobre las chinches para tener suficientes detalles convincentes que incluir en su historia. Piensa que, en cierto modo, a lo mejor su madre sabe que se está aprovechando de ella, pero no es ni mucho menos tan preocupante como las veces que Allison desapareció en el pasado unos meses. Al menos, cuando Allison le pide dinero, su madre sabe dónde está.

Allison cambia la mirada del teléfono a la televisión y viceversa. Escucha que habrá chubascos por la tarde y que estará despejado por la noche.

Abre Safari en su teléfono y hace una búsqueda de «chinches». Mierda, solo hay un millón de historias. Reduce la búsqueda añadiendo las palabras «Nueva York» y obtiene el mismo número de resultados.

Vuelve a mirar la televisión. Alguien ha saltado a las vías del metro en la línea de la Sexta Avenida. Vuelve a su teléfono. Piensa que, tal vez si consigue el nombre de una empresa real de fumigación y dice que el propietario los ha contratado, le daría a la historia un halo extra de autenticidad.

Vuelve a mirar la televisión. Está a punto de apartar la mirada cuando cree vislumbrar un rostro que reconoce.

«¿Qué cojones...?».

Se queda boquiabierta mientras un reportero que está en la acera de un edificio de oficinas del centro de la ciudad dice: «Morris Sawchuck, al que vemos aquí con su esposa Bridget, se perfila como un formidable contrincante del actual gobernador. Se le considera mucho más firme en cuestiones de ley y orden, y no ha ocultado que le gustaría ver un retorno a valores más tradicionales —es uno de los principales puntos de su programa electoral—, aunque no ha dicho exactamente cómo los restauraría si fuera elegido gobernador. Se dice que tiene a gente muy poderosa trabajando entre bastidores para él, incluido el exvicepresidente de Estados Unidos. Devolvemos la conexión…».

Apaga el aparato y se queda un momento mirando al vacío, intentando asimilarlo todo. Todavía tiene en la cabeza la imagen de la pareja saliendo de la parte trasera de un coche con chófer, saludando a los simpatizantes, mientras entran en un edificio para dar un discurso o algo así.

—¿Sawchuck? —susurra Allison—. ¿El tío es un puñetero político?

Se lleva las manos a la cabeza, se pasa los dedos por el pelo negro que le llega hasta los hombros y suelta un largo suspiro.

—No me jodas —se dice a sí misma.

Allison se alegra de no haber llamado ya a su madre, porque puede haber otra solución a su problema de liquidez.

SIETE

—Tienes una cita hoy con la doctora Grigorin —dije mientras Thomas les echaba leche a los cereales—. Papá pidió cita hace unas semanas.

—No necesito verla, Ray —respondió sin mirarme.

—Bueno, te agradecería que fueras. Sé que papá pensaba que era bueno que la vieras de vez en cuando.

—No quiero ir —dijo—, tengo trabajo que hacer.

—Puedes hacerlo cuando vuelvas. Sé que puedes salir de casa si es necesario, lo que pasa es que prefieres no hacerlo.

—Si tuviera un motivo para ir, iría, Ray. Pero no hay ninguno.

Me llevé la taza de café a los labios y bebí un sorbo. Papá solo tenía en casa café instantáneo y era bastante asqueroso, pero al menos tenía cafeína. Añadí una segunda cucharada de azúcar.

—Hay un motivo, Thomas. Tú y yo acabamos de pasar por algo bastante traumático. Hemos perdido a nuestro padre. Y por muy difícil que me resulte, sospecho que a ti te afecta aún más. Vivíais bajo el mismo techo.

—Se enfadaba mucho conmigo —comentó Thomas.

—¿Por qué motivo?

—Siempre me decía que hiciera cosas que no quería hacer. —Me miró—. Como estás haciendo tú.

—Pero papá nunca fue malo contigo —dije—. Resultaba molesto de vez en cuando, pero no mezquino.

—Puede ser… No le gustaba que me quedara en mi habitación todo el día. Quería que saliera. No entendía lo ocupado que estoy.

—No es sano. Necesitas tomar el aire. Thomas, estoy seguro de que en el fondo sabes que tienes un problema cuando eres tan adicto a lo que haces que ni siquiera has ido al funeral de papá.

—Ese día tenía que ir a Melbourne —replicó Thomas.

—Joder, Tomás, no tenías que ir a Melbourne ese día. No tenías que ir a Melbourne, ni a Moscú, ni a Múnich ni a la puta Montreal. Tenías que ir al funeral de nuestro padre. —Sabía que no estaba siendo justo al culpar a Thomas por eso. Sabía que lo más probable era que no pudiera evitarlo. En cuanto pronuncié las palabras, me arrepentí. Enfadarse con Thomas por no superar su obsesión era como enfadarse con un ciego por no ver por dónde iba—. Lo siento mucho. —Él no dijo nada. Ninguno de los dos lo hizo durante casi un minuto hasta que rompí el silencio—. Creo que es importante, mientras intento resolver algunas cosas, que vayas a ver a la doctora Grigorin. Me gustaría hablar con ella.

Thomas me miró con curiosidad.

—¿Tú también tienes problemas?

—¿Qué?

—La verdad, creo que es una buena idea. Deberías hablar con ella, podría ayudarte.

Parpadeé.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme con qué?

—Con tu necesidad de controlar a otras personas. Ella podría mandarte algo para eso. A mí me ha recetado algo para ayudarme con las voces, seguro que puede hacerte una receta a ti también.

—Vaya, menuda idea.

—Puedes ir tu solo —sugirió—, y cuando vuelvas me cuentas lo que te ha dicho.

—Vamos a ir los dos juntos.

Se pasó la lengua por los labios y empezó a abrir y cerrar los dedos. Se le estaba secando la boca. La ansiedad se estaba apoderando de él.

—La cita es a las once —aclaré.

—Once, once, once —repitió, mirando hacia arriba, como si intentara recordar lo que estaba anotado en su agenda.

—Estoy bastante seguro de que no tienes nada que hacer a esa hora. Tendremos que salir de aquí sobre las diez y media.

Thomas se levantó de la silla, llevó el cuenco al fregadero y lo

enjuagó bajo el grifo. Siempre me dejaba la limpieza a mí, así que me hice una idea de lo mucho que quería evitarme.

—No te vayas, Thomas.

—Tengo muchas cosas que hacer, de verdad —dijo, dirigiéndose hacia la puerta de la cocina—. No entiendes lo importante que es.

—Puedes trastear con el gps en el coche.

Eso hizo que se detuviera.

—¿Tienes un sistema de navegación?

—Integrado en el salpicadero.

Miró al armario que había junto a la puerta principal, donde colgaba su chaqueta.

—Podríamos irnos ya.

—Solo son las ocho y media. No vamos a estar sentados esperando a la doctora durante dos horas.

Se quedó pensando.

—Vale, estaré listo a las diez y media. Pero tienes que prometerme que hablarás con la doctora sobre tu comportamiento.

—Te lo prometo —acepté.

Thomas subió a su habitación y cuando terminé de fregar los platos del desayuno, decidí que había llegado el momento.

Salí por la puerta de atrás, atravesé el jardín que, una semana después de haber sido cortado por última vez, necesitaba una poda, y me detuve donde el camino descendía hacia el arroyo.

Era, como le había dicho a Harry Peyton, una colina empinada, de esas que, si tuvieras que cortar la hierba, sería mejor que lo hicieras con una desbrozadora, o tal vez con un cortacésped manual. Si se te escapara, lo peor que podría pasar era que rebotara colina abajo y acabara en el agua.

Mucha gente, de haber sido propietaria de ese lugar, se habría conformado con terminar las tareas de jardinería en la cresta de la colina y dejar que la hierba y la maleza crecieran salvajes en la ladera. Pero a mi padre le gustaba la idea de un terreno cuidado hasta el agua. El arroyo no convertía exactamente la granja de los

Kilbride en una casa de playa, pero papá pensaba que era lo más parecido que iba a tener nunca. Así que cada semana, en primavera, verano y otoño, cortaba también la hierba de la colina cuando arreglaba la del resto de la propiedad.

Recuerdo que mamá me había pedido, durante una de nuestras charlas telefónicas un año antes de morir, que lo convenciera de que dejara de usar el cortacésped en esa colina, ya que lo hacía de lado a lado, apoyándose en la pendiente para evitar que la máquina volcara.

—Va a acabar matándose —había dicho.

—Sabe lo que hace, mamá.

—Ah, ¡hombres! —había exclamado, exasperada—. He intentado que Harry y Len lo hicieran entrar en razón y dijeron lo mismo.

Resultó que los hombres estaban equivocados.

El tractor, con capó y guardabarros verdes y asiento amarillo, estaba bocarriba al pie de la colina. El capó estaba torcido sobre el motor y la parte superior de los guardabarros traseros estaba arañada. El volante estaba doblado.

Por lo que tenía entendido, el tractor había rodado una vez y había caído sobre papá. Cuando Thomas llegó allí, no le fue posible hacer rodar el tractor colina arriba. Habría sido demasiado difícil ir en esa dirección. Así que había dado un empujón al tractor hacia abajo. Había rodado un par de veces más y había aterrizado sobre las ruedas en terreno llano justo en el borde del arroyo.

Había estado allí desde entonces.

Bajé la colina con cuidado. Era fácil ver dónde había ocurrido todo. La hierba tenía unos cinco centímetros de altura bajando por la ladera de la colina y de repente saltaba a unos trece. En ese punto, el suelo estaba desgarrado justo donde el cortacésped había excavado mientras rodaba.

Me quedé un momento de pie, con un pie delante del otro para mantener el equilibrio, mirando hacia el lugar donde mi padre había exhalado su último suspiro. Donde se le había extraído el último

aliento al ser aplastado. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Luego bajé el resto del camino hasta llegar a la máquina.

No sabía si sería capaz de llevarla al granero. El accidente podría haber dañado el motor. Al volcar, era posible que se hubiera vaciado toda la gasolina del depósito. Y la batería seguro que estaba agotada.

Con cuidado, balanceé una pierna y me dejé caer en el asiento. Me sentía raro allí, sabiendo que era la primera persona que se sentaba en esa máquina desde que mi padre había muerto. La llave seguía en el contacto, en la posición *off*. Fui a levantar la carcasa de la cuchilla, que se bajaba solo para cortar la hierba, pero ya estaba levantada.

Puse el estrangulador al máximo, subí el acelerador hasta el tope y giré la llave.

El motor tosió un par de veces y salió humo negro por el tubo de escape. El aparato del demonio volvió a la vida con un rugido. Volví a bajar el estrangulador, solté el acelerador, pisé el embrague y metí la marcha más corta para subir la cuesta.

Contuve la respiración durante toda la subida.

Una vez superada la colina, conduje el tractor hasta el granero, lo aparqué dentro, cerré la puerta tras de mí y volví a entrar en casa.

Thomas estaba abajo a las diez, listo para salir. Llevaba una camisa de cuadros azules, pantalones color oliva, zapatos negros, calcetines blancos y un cortavientos del color de un cono de tráfico.

—¿De dónde has sacado esa chaqueta? —pregunté—. ¿Has conseguido trabajo como guardia de cruce?

—No —respondió sin comprender—, ya sabes que nunca haría un trabajo así. No me gusta estar con niños pequeños.

—Era solo un chiste malo. ¿De dónde lo has sacado?

—Una vez, papá me dejó ir a Walmart a comprar unos libros de mapas y vi que estaba de oferta y me lo compró.

—Es fosforescente.

—¿Podemos irnos?

—Es un poco pronto —refuté.

—Creo que deberíamos salir ya.

—Vale. —Cogí mi chaqueta, que era mucho menos fluorescente, y me la puse.

Salimos al porche y cerré la puerta tras de mí. Pensé que a lo mejor Thomas quería quedarse allí un momento, para asimilarlo todo. Soplaba una brisa fresca, pero brillaba el sol. Hacía un día precioso. Pero Thomas se dirigió hacia el Audi y tiró de la manilla de la puerta del acompañante un par de veces.

—Está cerrado —anunció.

—Dame un segundo. —Saqué el mando del bolsillo, apunté y pulsé el botón. Thomas subió, se puso el cinturón y me observó impaciente mientras yo rodeaba el coche, subía, me ponía el cinturón y accionaba el contacto. La pantalla del salpicadero, que permitía al conductor controlar decenas de funciones del vehículo, incluido el gps, cobró vida.

—Mira, funciona así…

—Puedo averiguarlo yo solo —me interrumpió Thomas. Empezó a girar los mandos y a tocar la pantalla—. Entonces, si quiero introducir una dirección…

—¿Ves esa cosa de ahí? Solo tienes que…

—Ya está. Hay que poner la ciudad primero, ¿verdad? —Lo vi teclear: «McLean».

—¿Qué estás haciendo? —La oficina de la doctora Grigorin estaba en Promise Falls.

—Quiero ver qué indicaciones da para McLean, Virginia —dijo.

—¿Por qué demonios querríamos ir a Virginia? —pregunté—. Está a cientos de kilómetros. La consulta está a diez minutos. Tardaríamos todo el día en llegar a Virginia.

—La verdad es que no quiero ir allí. No tengo cita ni nada. Quería comprobar si nos indicaba la mejor ruta. —Estudió la pantalla un momento más, pareció frustrarse y dijo—: Está bien, introduciré las coordenadas de la consulta de la doctora. Es el 2654 de Pennington, consulta 304.

—No hace falta que introduzcas el número de la consulta. No vamos a *enviarle* nada por correo, vamos en coche.

Thomas dejó de examinar el sistema el tiempo suficiente para mirarme.

—¿Crees que soy estúpido?

La pregunta, viniendo de cualquier otra persona, habría sido sarcástica o de confrontación. Pero el tono de Thomas sugería que lo preguntaba en serio.

—No —respondí—, por supuesto que no. Lo siento si te he dado esa impresión.

—Piensas que me visto de forma estúpida. Lo he notado. Te estabas burlando de mi abrigo. Y ahora crees que soy demasiado estúpido para darme cuenta.

—No… Quiero decir, vale, el abrigo es un poco fosforito. Pero no creo que seas estúpido. Parece que eres capaz de intuir estas cosas casi al instante. Venga, sigue poniendo la dirección de la doctora.

La escribió y esperó un par de segundos a que el sistema de navegación lo procesara todo.

«Proceda por la ruta resaltada», dijo el ordenador del coche.

—Esa es María —dije, dirigiendo el coche hacia el camino de entrada.

—¿Qué?

—Así es como llamo a la señora que habla por el salpicadero, María.

—Ah —dijo Thomas—. ¿Y por qué María?

—No sé, me suena como una María. Quizá debería llamarla Gretchen o Heidi o algo que suene más alemán, pero me gusta María.

Thomas estudiaba la pantalla mientras yo conducía por la carretera y me incorporaba a la autopista. No apartaba la vista del mapa digital.

—Estamos pasando por Miller’s Lane —dijo.

—Te habrías dado cuenta también si estuvieras mirando por la ventanilla. Te voy a hacer una pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre el momento en el que encontraste a papá. ¿Te parece bien que hablemos de eso?

—Esta línea roja —dijo, señalando con el dedo—, ¿es la ruta que el coche quiere que tomemos?

—Sí, correcto. ¿Te importa que te pregunte una cosa de cuándo encontraste a papá?

—¿Qué quieres saber?

—Antes o después de quitarle el tractor de encima, ¿tocaste alguno de los mandos?

—¿A qué te refieres?

— A que si giraste la llave o levantaste las cuchillas.

—No, ni siquiera sé conducirlo. Papá nunca me dejó usarlo. El ordenador se ha equivocado. —No había quitado la mirada de la pantalla de navegación en todo el tiempo que habíamos estado hablando.

—Entonces, no tocaste nada —insistí—. En el tractor.

—Sí, correcto.

—¿Y cuando vino la ambulancia o la policía?, ¿algún paramédico tocó algo?

—Solo se ocupaban de papá y no vi a ningún policía tocar nada, pero yo no estuve allí todo el tiempo. A lo mejor volvieron más tarde.

—Pero no se ha movido en toda la semana. Lleva junto al arroyo todo este tiempo.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó Thomas.

—¿Sobre qué?

—Esta cosa se ha equivocado. —Seguía mirando la pantalla.

—¿Cómo que se ha equivocado?

—En la ruta. No es la correcta.

«En trescientos metros, gire a la derecha».

—María funciona mal —se quejó Thomas.

—¿En serio?

—Te está llevando por una camino equivocado. Hay una ruta más

rápida.

—Hace eso a veces. Suele preferir las carreteras principales. Y ni siquiera sabe que existen algunas carreteras nuevas. No te preocupes. Piensa en María como en una asesora. Puedes elegir seguir su consejo o no.

—No debería dar consejos si no sabe lo que hace. —Empezó a juguetear con los botones—. ¿Cómo le dices que está cometiendo un error?

—No sé si…

«En cien metros, gire a la derecha».

—¡No! —gritó Thomas a la pantalla—. Si vamos por donde ella sugiere, nos llevará por la calle Saratoga. No quiero ir por la calle Saratoga.

—¿Qué más da?

—¡No quiero ir por ahí! —empezaba a sonar histérico.

—Dime por dónde quieres que vaya. Podemos decirle a María que se vaya a tomar viento.

Thomas dijo que quería ir al centro por Main, no por Saratoga. Le dije que de acuerdo, ya que estaba más o menos a la misma distancia. Ignoré a María cuando, al pasar Saratoga, me imploró que diera la vuelta. Cuando seguí conduciendo en la misma dirección, recalculó la ruta, pero seguía queriendo que volviéramos a la calle Saratoga.

—Cállate —le ordenó Thomas.

María dijo: «En trescientos metros, gire a la izquierda».

—No me lo creo —dijo Thomas. Estaba cada vez más agitado. —Haz que pare, que deje de hablar. —Dio un manotazo encima del salpicadero, como hacía mi padre con la televisión años atrás cuando le salían rayas.

—Cancela la ruta. Es en ese botón de ahí.

Thomas, al que no le había costado nada introducir los datos, se puso nervioso cuando llegó el momento de deshacer lo que había hecho.

«Gire a la derecha».

—¡No!, no lo haremos —le gritó Thomas al salpicadero.

Me acerqué, jugueteé con los ajustes y se calló.

—Ya está, la he apagado.

Thomas se recostó en el asiento de piel y respiró hondo varias veces. Finalmente, me miró.

—Deberías deshacerte de este coche —dijo.

OCHO

Cuando el gps del coche dejó de resultarle divertido, Thomas se puso de mal humor y me pidió que diera media vuelta para volver a casa. Pero me mantuve firme y le dije que tenía una cita y que teníamos que ir.

Se enfurruñó.

Me senté en la sala de espera mientras Thomas entraba para tener su sesión con la doctora Grigorin. Había otro paciente esperando para verla. Era una chica muy delgada, de unos veinte años, con el pelo rubio, largo y despeinado, que no paraba de enroscar alrededor de su dedo índice. Miraba fijamente a un punto de la pared con gran interés, como si allí hubiera una araña que solo podía ver ella.

Miré el reloj, supuse que disponía de algo de tiempo y salí al pasillo. Saqué el móvil, busqué un número en Internet y pulsé para llamar.

—Promise Falls Standard —dijo la voz grabada de una mujer—. Si conoce la extensión, introdúzcala ahora. Para utilizar el directorio de la empresa, pulse dos.

No sin dificultad, hice lo que me dijo hasta que sonó el tono de un teléfono de verdad.

—Julie McGill.

—Hola, Julie, soy Ray Kilbride.

—Ah, hola, Ray. ¿Qué tal va todo?

—Pues, va todo bien, gracias. Oye, ¿te pillo en mal momento?

—Estoy esperando otra llamada —respondió Julie, enseguida—. Pensé que eras el director del instituto Promise Falls. Estoy intentando averiguar algunos detalles sobre una pequeña explosión que ha habido en el aula de química.

—Madre mía.

—Nadie ha resultado herido, pero podría haber pasado algo más grave. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quería, en primer lugar, darte las gracias por asistir al funeral de mi padre. Ha sido un detalle por tu parte.

—No tienes por qué dármelas —dijo ella.

—Me preguntaba si podrías escaparte un ratito para tomar un café conmigo; necesito hacerte un par de preguntas sobre mi padre. Como hiciste aquel artículo del periódico hablando de él…

—Era bastante corto, un poco más largo que una noticia breve. No dispongo de muchos detalles. —Por su tono, noté que le preocupaba que entrara la llamada que estaba esperando. Estaba a punto de decirle que lo olvidara y de disculparme por entretenerla, cuando me dijo—: Claro, ¿por qué no vienes sobre las cuatro y vamos a tomarnos una cerveza? Te veo en la entrada al periódico.

—Sí, claro, eso sería…

—Tengo que dejarte. —Y colgó.

Cuando volví a la sala de espera, la doctora y Thomas estaban saliendo de la consulta. La doctora Grigorin estaba hablando con él.

—No tardes tanto en volver la próxima vez. Necesitas venir a verme más a menudo. Es bueno que estemos en contacto.

Thomas me señaló.

—Ahora tienes que hablar con él.

—Lo haré.

—Dile que deje de decirme lo que tengo que hacer.

—Entendido.

La doctora Grigorin —su nombre de pila era Laura— tenía el pelo de color rojo fuego, que le habría caído hasta los hombros si no se lo hubiera recogido en un moño, y medía alrededor de metro setenta con los tacones, que calculé que le añadían al menos cinco centímetros de altura. Era una mujer bastante espectacular de unos sesenta años. En lugar de llevar el típico atuendo de médico, vestía una blusa roja y una falda negra recta que le llegaba justo por debajo de las rodillas.

—Señor Kilbride —me dijo—, ¿me acompaña?

—Ray —la corregí—. Llámame Ray.

Le dijo a Thomas que se sentara en la sala de espera mientras hablábamos.

—Se supone que tengo que recetarte algo —sonrió, indicándome que me sentara. En lugar de sentarse detrás de su escritorio, puso una silla delante a mí y se sentó con las piernas cruzadas. Tenía unas piernas bastante bonitas.

—Para mantener a raya mi naturaleza controladora —supuse.

—Sí, correcto. —Me gustaba su sonrisa. Tenía un hueco minúsculo entre las paletas—. ¿Cómo crees que está? —preguntó.

—Es difícil saberlo. Sé que la muerte de mi padre tiene que haberle afectado, pero no lo demuestra.

—Aunque se lo guarda todo, he notado que está enfadado —dijo la doctora Grigorin.

—Sobre todo con María —apunté.

—¿Quién es María? —preguntó. Se lo expliqué y ella meneó la cabeza de forma divertida—. A tu padre le preocupaba mucho todo el tiempo que pasa Thomas con su obsesión. Tu hermano me ha dicho que está dedicándole algo menos de tiempo y que el otro día visteis una película juntos.

—Eso no es verdad. Fue lo único que se me ocurrió para conseguir que saliera de casa para venir hoy aquí. No quería dejar su «trabajo».

—¿Te ha explicado lo que hace?

—No sabía que hubiera nada que explicar. Le gusta explorar *online* ciudades de todo el mundo. Es lo que se le da bien. —Sacudí la cabeza y sonreí—. Aunque el otro día mencionó que yo iba a necesitar una autorización de seguridad para ver lo que estaba haciendo.

La doctora Grigorin asintió.

—Thomas me ha dado permiso para contarte a lo que se dedica.

Me incorporé ligeramente en la silla.

—¿Qué quieres decir con «A lo que se dedica»?

—Thomas cree que trabaja para la cia, como asesor.

—¿Cómo? ¿Para quién? ¿Para la Agencia Central de Inteligencia?

—Sí, exactamente.

—¿Y a qué se dedica? ¿Cuál es su trabajo?, o mejor dicho, ¿qué trabajo *cree* él que está haciendo?

—Es algo complicado, y no todo encaja del todo bien, como en los sueños, en los que diferentes elementos chocan entre sí. En primer lugar, Thomas cree que se va a producir un cataclismo, algún tipo de implosión o explosión digital o electrónica, no estoy segura de cuál. Puede que un fallo informático global, o incluso algo orquestado por alguna potencia extranjera, como un virus informático superpotente, que paralice la capacidad de recopilación de información de nuestro país.

—Jooder…

—Cuando eso ocurra —continuó—, lo primero que caerá serán los mapas *online*. Desaparecerán todos de repente, sin dejar rastro. Todos los trabajadores de la comunidad de inteligencia que dependen de ellos estarán perdidos, porque han recibido órdenes de las altas esferas de reducir el gasto en papel. —Debió de darse cuenta de que había enarcado las cejas y sonrió—. De verdad, el gasto en papel… Los recortes presupuestarios ahora afectan también a los delirios. —Parecía un poco avergonzada, como si se hubiera arrepentido de haber hecho esa broma—. De todos modos, la cuestión es que el Gobierno ya no tiene copias impresas. —Yo estaba pasando del asombro a la fascinación. Conociendo a Thomas como lo conocía, todo tenía sentido, de una manera extraña—. Y cuando eso ocurra —continuó Laura—, ¿a quién supones que va a recurrir la cia?

—No me digas más.

Ella asintió.

—Será capaz de dibujarles, de memoria, todos los callejeros de las principales ciudades del mundo. Los tiene todos aquí arriba. —Se golpeó la sien con el dedo índice. Llevaba las uñas pintadas de rojo.

—Pero un momento… —dije—. Todavía habrá mapas antiguos por

ahí en papel, en bibliotecas y en las casas de la gente. Hay millones de atlas escolares, por el amor de Dios.

—Estás pensando de manera lógica —me reprendió Laura Grigorin—. Tal y como tu hermano visualiza este acontecimiento apocalíptico, esos recursos ya han sido destruidos. Las bibliotecas de todo el mundo se deshicieron de ellos y los digitalizaron. Todo el mundo ha tirado sus viejos mapas junto con los periódicos al contenedor azul y ahora dependen exclusivamente del ordenador. Por eso va a haber una catástrofe. Será un mundo sin mapas, y el único que podrá reproducirlos es Thomas. Y no solo mapas, también cómo son todas y cada una de las calles de todo el mundo. Cada escaparate, cada patio delantero, cada intersección.

Sacudí la cabeza con asombro.

—Así que se está preparando por si ocurre esto.

—No por si ocurre —me corrigió—, va a pasar seguro. Por eso se pasa todo el tiempo en su habitación viajando por el mundo, memorizando todas las ciudades que puede antes de que estalle todo. Tuve un paciente hace varios años que trabajaba en un periódico de Búfalo, y cada noche, cuando se iba a casa, se llevaba consigo todas las ediciones del periódico de ese día porque estaba convencido de que un día se quemaría el edificio entero, y él sería el único con un registro completo de la historia del periódico, al menos durante el período en el que había estado allí.

—Increíble.

—En su casa, los pasillos, las habitaciones, todas las superficies, estaban llenas de periódicos. Para llegar a cualquier sitio tenía que abrirse paso entre pilas de papel de periódico.

—Parece que me estás contando un capítulo de uno de esos programas sobre gente con síndrome de Diógenes.

—Lo más interesante es —dijo Laura— que el periódico se quemó de *verdad*.

Me quedé boquiabierto.

—Es coña, ¿no?

Ella sacudió la cabeza.

—Y encontraron la garrafa de gasolina que lo inició en la casa de mi paciente.

Me quedé en *shock* un segundo y luego me reí.

—No estarás sugiriendo que Thomas va a infectarlo todo con un virus global destructor de mapas, ¿verdad? Porque creo que eso está fuera de su alcance.

—Solo te he mencionado la historia para que supieras que la obsesión de tu hermano, aunque inusual, no es del todo única. Aunque tiene matices diferentes.

—Dios mío —murmuré—, me he acordado de algo. McLean.

—¿Qué?

—¿No es allí donde está el cuartel general de la cia? Thomas quiso programar una ruta en el sistema gps de mi coche para llegar hasta allí, pero luego se lo pensó mejor. Quizá porque yo aún no tenía autorización. —Me reí—. Supongo que, como te ha permitido que me cuentes todo, ya dispondré de ella.

—Tu hermano confía en ti. Eso está muy bien. Las personas con esquizofrenia suelen perder la confianza en sus allegados. Tienen miedo de todo el mundo. —Tomó aire—. A ver, ya te he dicho antes que esto era complicado.

—Sí.

—Mientras tanto, antes de que se produzca el incidente que destruirá todos los mapas, Thomas cree que la cia podría pedirle que los ayude con otras cosas. Supongamos, por ejemplo, que tienen un agente en peligro en, no sé, Caracas o donde sea. Los malos lo han encontrado y se ha escapado, y no sabe por dónde ir. La cia llama a Thomas para pedirle una ruta de escape, porque puede darles una más rápido que si la buscasen en un ordenador.

Me pasé la mano de la frente a la nuca.

—Es perfectamente capaz de hacerlo.

Thomas menciona muy a menudo las vías de escape, para poder ayudar a gente que está atrapada, acorralada de alguna manera.

Sacudí la cabeza despacio, mientras intentaba meterme en su cabeza.

Grigorin continuó.

—Y los gobiernos también podrían necesitar que los ayudase en caso de catástrofe, natural o no. Piensa en todos los tornados que hemos tenido últimamente, o en los terremotos de Christchurch, en Haití o el tsunami de Japón. Comunidades enteras aniquiladas, desparecidas. O, Dios no lo quiera, otro suceso como el del 11S. Los rescatadores pueden llamar a Thomas, decirle que están en tal o cual esquina, y él les dirá qué hay allí y lo qué deben buscar.

—¿Algo más?

Grigorin sonrió con tristeza.

—Eso es todo.

Apoyé las palmas de las manos sobre los muslos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—No estoy muy segura. Entiendo que, como resultado de la muerte de su padre, puede haber una necesidad de cambiar el modo de vida de Thomas.

Le comenté mi preocupación por que viviera solo en casa.

—Tienes razón en preocuparte —aceptó—. Debería vivir en la ciudad, en un entorno donde se le pueda controlar. No de forma restrictiva, pero que tenga a alguien que lo cuide. Si quieres puedo recomendarte un sitio.

—¿Crees que él accedería a ir allí?

Se reclinó en la silla y cruzó los brazos.

—Creo que, si le presentas la idea de forma gradual, a lo mejor lo hace. Le permitirían llevarse el ordenador y así podría seguir con su… afición. Pero es importante que lo saques más de casa. Llévalo de pícnic, al cine, a la tienda o al centro comercial. Cuanto más tiempo pase fuera de su dormitorio, más cómodo se sentirá y más fácil será trasladarlo a un entorno nuevo. Supongo que no quieres mudarte a casa de tu padre para cuidar de tu hermano a tiempo completo.

—Yo no… no quiero que pienses que no me preocupo por él.

Ella sacudió la cabeza.

—Para nada. De hecho, no estoy segura de que sea lo mejor para

él. Necesitamos que sea más independiente. Tu padre tenía buenas intenciones, pero permitió que Thomas se volviera totalmente dependiente de él. Se lo hacía todo. En muchos sentidos, permitió que creciera la obsesión de tu hermano al liberarlo de cualquier responsabilidad.

—Creo que mi padre pensaba que era más fácil si lo hacía él todo —expliqué—. ¿Crees que Thomas está peor desde que murió?

—No sé, le he preguntado si todavía oye voces, a menudo asociadas a la esquizofrenia, y me dijo que de vez en cuando. Habla con el expresidente Bill Clinton, que actúa como enlace con la cia. La medicación de Thomas hace que oiga las voces como en un susurro, y no quiero subirle la dosis. Toma su medicación todos los días, ¿verdad? ¿Le has visto tomarse la olanzapina?

—Sí.

—Una dosis más alta haría que Thomas estuviera aletargado. También podría causarle mareos, aumento de peso, sequedad de boca y más cosas que no le gustarían. Lo que buscamos es un buen equilibrio. Con tu apoyo, podemos seguir gestionando la situación de forma adecuada.

—Ayer se puso nervioso porque había visto lo que creía que era un pequeño percance de tráfico en Boston. Quería que hiciera algo al respecto, que intentara ponerme en contacto con algún conductor anónimo al que le rompieron el faro probablemente hace meses.

—Debes tener paciencia. Es fácil desanimarse. Pienso que, considerando todo lo que ha pasado, Thomas lo está llevando bastante bien. Tiene problemas y de algunos no quiere contarme nada, pero…

—¿Qué tipo de problemas? ¿Qué es lo que no te está contando?

—A ver, lo sabría si me hubiera hablado de ellos —replicó—. Sé que hay algo que lo atormenta de su infancia, pero nunca se ha sincerado al respecto.

Pensé en aquel infame viaje en coche, en el que Thomas se golpeó la cabeza contra la ventanilla hasta hacerse sangre. Le conté la historia y le pregunté si la había oído.

—Sí, ya la conocía. —Así que no se trataba de ese episodio… Cambió de tema—. Lo bueno es que Thomas te admira mucho. Me ha traído recortes de tus ilustraciones para enseñármelas.

—No lo sabía.

—Creo que siempre ha sentido envidia de tu talento, de que seas capaz de plasmar en un papel una imagen que tienes en la cabeza.

—Es lo mismo que hace él con los mapas —dije.

—Tenéis talentos similares, pero se manifiestan de formas distintas —comentó Laura Grigorin.

—¿Hablaste con mi padre cuando vino con Thomas?

—Sí.

—¿Y cómo lo viste?

—¿Qué quieres saber exactamente?

—No sé… Cuando hablé con Harry Peyton, el abogado que se ocupa de la herencia, que también era amigo de mi padre, me dio la impresión de que puede que estuviera deprimido.

—No puedo decirte si tenía una depresión clínica —dijo—, no lo traté como paciente. Pero parecía… *cansado.* Creo que la tensión de cuidar a tu hermano él solo le estaba pasando factura.

—Tenía un seguro de accidentes, y si sumamos el dinero por su muerte junto con algunas otras cosas, daría para mantener a Thomas por lo menos durante un tiempo.

Los ojos verdes de la doctora Grigorin me miraron de forma penetrante.

—¿Estás insinuando algo, Ray?

Me limité a negar con la cabeza.

—No lo sé. —Sacudí la mano—. Vamos a dejarlo.

—¿Y tú? —preguntó—, ¿cómo estás tú?

—¿Yo? —La pregunta me cogió por sorpresa—. Estoy bien.

—Se nos ha acabado el tiempo. —Me puse de pie—. Vaya, casi se me olvida. Se supone que debo darte algo para lidiar con lo mandón que eres.

Metió la mano en su escritorio y sacó un bote opaco lleno de pastillas de gran tamaño de varios colores brillantes.

—¿Qué es esto? —le pregunté mientras me las ponía en la mano.
—M&M —respondió.

NUEVE

Aturdida tras reconocer a su amante en la televisión, Allison Fitch enciende su portátil para investigar un poco.

—Hay que joderse —susurra en voz baja.

Aunque Morris Sawchuck tiene la vista puesta en la mansión del gobernador, ya tiene mucho poder como fiscal general del Estado.

—Hay que joderse —repite.

Tiene cincuenta y siete años y Bridget es su tercera esposa. Se casó con ella hace tres años, y sigue siendo tema de cotilleo entre los intelectuales, ya que ella es veintiún años más joven y, además, bastante guapa. Se rumorea que van de vacaciones por separado, pero eso Allison ya lo sabe.

Sawchuck conoció a su primera esposa, Kathleen Wolcott, mientras estudiaba en Harvard. Se casaron poco después de que él se licenciara en Humanidades y ella trabajó como secretaria jurídica para mantenerlo mientras él estudiaba Derecho en Harvard. Cinco años después, se divorció de ella para casarse con Geraldine Kennedy —que no tiene ningún parentesco con los Kennedy famosos, o al menos no lo suficientemente cercano como para recibir invitaciones al complejo familiar de Hyannis Port, como sugiere una de las historias que Allison encuentra—. Sawchuck no se divorció de Geraldine. Ella se suicidó en 2001. Se sentó en su bmw con la puerta del garaje cerrada y el motor en marcha y dejó que el monóxido de carbono hiciera de las suyas. Al parecer, había estado entrando y saliendo del hospital, y le habían diagnosticado un desorden maníaco-depresivo. Hay una cita atribuida a Katherine, que ella niega haber dicho: «No sé por qué no lo hice yo también. Dios sabe que cuando estaba casada con ese infiel hijo de puta, lo pensé muchas veces».

Había historias y perplejidad. Katherine era muy guapa, y

Geraldine también había sido una belleza. ¿Por qué siempre acababan buscando otra cosa los hombres con mujeres guapísimas?

Sawchuck nunca se dignó a responder a los rumores. Respetó un tiempo de luto apropiado, volcándose en su trabajo como fiscal. Acaparó mucha atención imputando a jefes sindicales corruptos, mafiosos rusos y a una banda de pornografía infantil. De estos últimos, Sawchuck dijo que, si encontrara la forma de poder colgarlos por los huevos en Times Square, lo haría. Esto le granjeó bastantes puntos, aunque, según un experto, le haría perder el voto de los pornógrafos infantiles.

Ha recibido varias amenazas de muerte. Al parecer, ahora lleva un arma escondida siempre que sale.

Un par de años después de la muerte de Geraldine, se le vio en alguna ocasión con varias mujeres diferentes y muy atractivas. Salía en los periódicos en inauguraciones de obras, recaudaciones de fondos y actos políticos, normalmente con mujeres diferentes colgadas del brazo. Algunos tertulianos expresaron su preocupación por la posibilidad de que, en algún momento, su gusto por las mujeres se convirtiera en un lastre político. Todo el mundo admira a los *playboys,* hasta cierto punto, pero tenían demasiados secretos que podían salir a la palestra más tarde y sacarles los colores. Como aquel viejo presidente italiano que tenía un harén de *strippers*; aunque ese tío convirtió el ser un mujeriego en deporte olímpico. Esos mismos expertos dijeron que antes de que Sawchuck ambicionara un cargo más alto, tendría que sentar la cabeza, o al menos aparentar que lo había hecho.

Y entonces llegó Bridget.

Una antigua modelo de pasarela con el pelo negro azabache que mide un metro setenta y cinco sin tacones —tiene un ligero parecido con la propia Allison—, trabaja para una prestigiosa empresa de relaciones públicas con oficinas en el SoHo, Londres, París y Hong Kong. Ella había organizado un acto para recaudar fondos para construir un campo de béisbol infantil en una zona desfavorecida —una de las causas favoritas del fiscal general— y, al parecer, habían

congeniado desde el primer momento. A eso le siguió un noviazgo relámpago, como suele decirse, y en menos tiempo de lo que canta un gallo, se prometieron. Tres meses después, se casaron.

Según la investigación de Allison, Sawchuck tiene amigos poderosos en todo el espectro político, pero la mayoría de ellos son de derechas. Conoce lo bastante bien a dos exvicepresidentes, uno republicano y otro demócrata, como para invitarlos a cenar a su casa siempre que están en la ciudad.

Ah, y hay algo más que interesa especialmente a Allison. El tipo está forrado.

La riqueza que se le atribuye entra en la categoría de «¡santo cielo!». La mayor parte es heredada. No se gana tanto dinero trabajando para el Estado, a menos que uno sea muy *muy* corrupto, y no hay nada que sugiera que Morris Sawchuck lo sea, aunque su mejor amigo y asesor, Howard Talliman —apodo: Howard el Talibán — es conocido por haber tomado algunos atajos aquí y allá. El padre de Morris, Graham, había sido un importante promotor inmobiliario y poseía un par de docenas de rascacielos en Manhattan. Sawchuck heredó el negocio a la muerte de su padre, que ahora dirige a distancia para evitar cualquier acusación de conflicto de intereses. A Sawchuck no le llena tener propiedades y más dinero del que alguien como Allison pueda siquiera imaginar, lo que realmente ansía es atención e influencia y notoriedad, y ha descubierto que la mejor forma de conseguirlo es mediante la persecución implacable a quienes infringen la ley. Todo el mundo ama a los cruzados.

No siempre por las mismas razones.

Allison salta de página web en página web, buscando más información sobre cuánto dinero tiene Sawchuck. Millones, seguro, si no miles de millones.

Lo suficiente para que te dé vueltas la cabeza.

Parece que podrá conseguir lo que necesita para devolverle el dinero a Courtney y comprarse un nuevo par de Manolo Blahniks. Una chica siempre necesita zapatos nuevos.

Se pasea por el apartamento durante casi una hora, ensayando lo que va a decir. No quiere que parezca un chantaje. Lo que busca en realidad es un préstamo. Excepto que, a diferencia de la mayoría de los préstamos, este tendría un plan de pagos muy especial, que se extendería durante, por ejemplo, los dos mil próximos años. Así que, vale, quizá sea más bien un regalo lo que busca. ¿Pero es para tanto? Con todo ese dinero, ¿qué importancia puede tener darle unos cuantos miles de dólares? Y Allison puede devolverle el favor. De eso no cabe duda. Allison sabe perfectamente cómo va a darle las gracias. Y no es poniendo su boca en algún lugar especial para hacer feliz a alguien.

Puede mostrar gratitud manteniendo la boca cerrada. Será su forma de decir gracias.

Puede decidir no ir al *Daily News*, al *Times* o al *Post*. O a uno de esos programas de televisión, tipo *Dateline*.

¿No sería eso un acto de buena fe?

Porque si algo así saliera a la luz… En fin, no ayudaría mucho al señor Yo Quiero Ser Gobernador; ni un poquito.

Quizá ni siquiera tenga que llegar a ese punto. A lo mejor no le hace falta mencionar los periódicos ni los programas de televisión. Quizá tenga un cheque en sus manos segundos después de decir la frase: «Sé quién eres».

Allison coge el móvil, empieza a introducir el número que le dio y se detiene. Su corazón late con fuerza. Inventarse historias para sacarle dinero a su madre, es una cosa, pero esto es algo totalmente distinto.

Esto es lo que pasa cuando una chica se marcha de Dayton para ir a la gran ciudad.

—¿Hola?

—Soy yo, Allison.

—¿Quién?, ¿Allison?

—Sí, Allison. ¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto que… Oye, no puedo hablar ahora, de verdad.

—Tenemos que vernos.

—No es un buen momento.

—Te he visto en las noticias.

—¿Que tú qué?

—No tenía ni idea de quién eres. ¿Cómo olvidaste mencionar algo así? En primer lugar, tu matrimonio, y en segundo lugar, que…

—Mira, Allison, intentaré llamarte dentro de una semana o dos. Ahora mismo tengo mucho lío. Si has visto las noticias, sabrás que las cosas están empezando a calentarse en la campaña y… y… hay otros problemas. Una posible investigación por…

—¿Recuerdas dónde nos enrollamos por primera vez?

—Sí, por supuesto.

—Te espero allí a las tres, antes de que se llene de gente, y así podrás llegar a tiempo al Lincoln Center o a Broadway o a la cena de mil dólares el cubierto a la que tengas que ir esta noche.

—No puedo quedar contigo. Es imposible. Lo siento mucho, pero no puedo arriesgarme a que nos vean.

—A las tres en punto.

—Joder, ¿de qué demonios va esto?

—A ver, puedes tener la absoluta seguridad en algo: no estoy embarazada.

A las dos y media, Allison espera en un bar de Gramercy Park, a la vuelta de la esquina de ese lugar donde O. Henry escribió *El regalo de los Reyes Magos*. Se las arregla para conseguir la misma mesa con sofás que compartieron en su primera cita. ¿Cita? ¿Era realmente una cita? ¿«Cita» no implica algún tipo de adhesión a las convenciones sociales? ¿«Reunión clandestina», tal vez? ¿Cuál es esa palabra tan anticuada? ¿«*Rendez-vous*»?

Pide un *gin-tonic* y no quita ojo de la puerta. Sigue ensayando lo que va a decir, aunque se pregunta por qué se molesta en hacerlo. A pesar de todo el tiempo que ha pasado ensayando sus frases antes de llamar para concertar esta reunión, en cuanto ha dejado de sonar el tono y han contestado al móvil, ha dicho lo primero que le ha

venido a la cabeza, improvisando. Incluyendo esa frase sobre estar embarazada, que, tenía que admitir que había sido bastante divertida.

A las tres en punto, alguien entra por la puerta y ve a Allison en la mesa.

No es Morris Sawchuck.

Es su esposa, Bridget.

No se parece a la Bridget Sawchuck que Allison ha visto en las noticias. Tiene el pelo envuelto en un pañuelo rojo y negro que Allison supone que es de Hermès. Lleva gafas de sol que le tapan media cara.

Pero es ella. La mujercita sexi del fiscal general. Llega pavoneándose sobre sus tacones de diez centímetros, con las manos metidas en los bolsillos de su gabardina. Algunas cabezas se giran cuando pasa por delante de la barra, pero no la reconocen. Llama la atención tanto si la reconoces como si no.

Bridget Sawchuck se dirige directamente al lugar donde está sentada Allison y se desliza en el asiento de piel que hay enfrente de ella.

—Pareces un puta espía —dice Allison, sonriendo.

—Solo tengo unos minutos —dice Bridget Sawchuck—. ¿Por qué tanta urgencia?

—Como te he dicho por teléfono, tenemos que hablar de algunos asuntos.

DIEZ

—No quiero que pienses que soy el tipo de persona a la que le importan los cargos, pero ¿cuál va a ser el mío?

—Vaya, pues no lo sé. Reconozco que no lo he pensado. ¿Se te ocurre algo?

—Subdirector. No de toda la agencia, solo de la división en la que trabajo.

—¿Qué te parece subdirector de Cartografía?

—¿Cartografía?

—Se me acaba de ocurrir, ya pensaré un nombre mejor. Y tenemos que hablar de tu despacho.

—No voy a necesitar despacho, señor presidente. Trabajaré desde casa. Me gusta trabajar desde casa. Mi hermano vive ahora conmigo y mi ordenador está aquí.

—Sí, pero no olvides que, una vez que se produzca la catástrofe, puede que te veas reducido a papel y lápiz, o bolígrafo. El virus, o lo que sea, inutilizará los ordenadores. Vas a necesitar muchas mesas grandes, mucho espacio plano para colocar los mapas que nos dibujes.

—Podría ponerlos en la mesa de la cocina y en el suelo del salón.

—¿Tu hermano va a estar de acuerdo con eso?

—Eso espero. Es como nuestro padre, siempre está intentando que haga cosas que no quiero hacer. Mi padre me hacía enfadar mucho a veces. ¿Se lo había mencionado ya?

—Sí.

—Me siento mal por lo que le pasó.

—Nunca entendió la importancia de tu trabajo. ¿Y tu hermano? ¿Se interpone en tu progreso?

—No, le hablé de él a mi doctora y le dio unas pastillas. Le di permiso para que le contara lo que estoy haciendo.

—¿Crees que fue buena idea?

—Es mi hermano. También se lo había dicho a mi padre. Y además, si usted me necesita para una emergencia, algo inmediato, él tendrá que saber lo que estoy haciendo. Podría haber otro terremoto, o un tsunami.

—Si crees que no pasa nada por decírselo, me parece bien.

—¿Y está seguro de que no le importa que me comunique con usted directamente? Siempre lo he admirado. Al principio trataba con el director de la cia, Goldsmith, pero tuvo que dimitir después de todo ese lío y luego, como por supuesto ya sabe, se suicidó, así que pensé que lo más lógico era hablar con usted.

—No me importa en absoluto.

—Me alegro, B… Vaya, ¿sabe lo que he estado a punto de hacer? Casi le llamo Bill.

—No pasa nada, todo el mundo me llama así. Nos estamos haciendo buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, claro que sí. Luego le envió otro informe por correo electrónico. Hasta luego.

ONCE

A papá no le preocupaba dejar a Thomas solo, y a mí tampoco. Aunque mi hermano tenía algunas ideas raras y hábitos peculiares, nada hacía pensar que fuera una amenaza para otras personas ni para sí mismo. Nunca había mostrado tendencias suicidas ni había atacado a nadie. Mi padre dejaba solo a Thomas cuando iba a Promise Falls a comprar comida o a hacer otros recados. Y, como Harry me había contado, también para sentarse en una cafetería, pedir una taza de café y mirar por la ventana.

Thomas se había quedado en casa durante el funeral de papá porque se había negado a asistir. Aunque eso me había cabreado mucho, no me preocupaba que se metiera en algún lío mientras yo no estaba. La única ventaja aparente de que no saliera nunca de su habitación porque estaba haciendo sus visitas virtuales era que no la liaba. ¿Qué podría pasarle por estar todo el día mirando las pantallas, aparte de acabar con fatiga visual o lesiones por estrés repetitivo en la muñeca de hacer clic con el ratón?

Así que, esa misma tarde, no tuve ningún reparo en decirle a Thomas que iba a estar fuera un tiempo.

—Traeré la cena.

—kfc —dijo, de espaldas a mí, mientras avanzaba por alguna calle de Bolivia o Bélgica o quién sabía de dónde demonios.

—No me gusta esa mierda —protesté—. Había pensado en coger unos bocadillos.

—Sin aceitunas negras —respondió, sin apartar la mirada de la pantalla.

Tenía el Audi aparcado en el aparcamiento de *Promise Falls Standard* un cuarto de hora más tarde, un par de minutos después de las cuatro. Temía que Julie McGill estuviera esperando en el vestíbulo, pero no estaba allí cuando entré. Le habría pedido al

recepcionista que la avisara de que estaba allí si hubiera habido alguien en recepción, pero solo había un teléfono en el mostrador que me invitaba a marcar una extensión de la lista que había pegada en el mostrador de al lado.

Estaba buscando su nombre cuando oí una serie de chasquidos rápidos en unas escaleras cercanas.

—Hola —saludó Julie—, ya veo que has conocido al recepcionista.

Me dijo que el sitio más cercano para tomar una cerveza era Grundy's, un lugar nuevo para mí, que había abierto después de que me fuera a Burlington. Lo que significaba que podía tener más de una década y media. Iba vestida con botas negras, vaqueros, una camisa de vestir blanca masculina con cuello con botones y una chaqueta de piel negra muy desgastada. De un hombro le colgaba un bolso negro de gran tamaño en el que parecía caber poco más que un martillo neumático y media docena de bloques de hormigón, lo que la hacía caminar ligeramente ladeada. Su pelo negro tenía media docena de mechas grises que no parecían haber sido puestas allí a propósito.

Nos sentamos en una mesa con sofás y el bolso de Julie hizo un ruido sordo cuando lo dejó caer a su lado.

—Llevo un montón de mierda encima —comentó. Levantó la mano para llamar a la camarera, que la vio y sonrió—. Hola, Bee, lo de siempre y lo que quiera el señor.

Bee se me quedó mirando.

—Lo mismo que ella —dije.

La camarera se alejó.

—Siento lo de tu padre, de verdad. Pero me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo —sonrió.

—Sí. —Había algo en la voz de Julie que sugería que había pasado algo entre nosotros.

Se le dibujó una sonrisa en la cara.

—No te acuerdas.

Abrí la boca, pero no salió ni una palabra de ella. Sonreí.

—Iba a intentar marcarme un farol, pero me lo he pensado mejor.

Pareces alguien difícil de engañar.

—El baile de Sadie Hawkins. A ti te faltaban seis meses para graduarte y yo iba un curso por detrás de ti. Te invitó Ann Paltrow, habías bebido antes del baile y estabas bastante borracho cuando llegaste. Se enfadó y te dejó, y entonces empezaste a ligar conmigo. Resulta que yo también me había bebido unas cuantas Buds y antes de que te dieras cuenta estábamos en la parte de atrás del coche de tu padre y nos enrollamos durante una hora. Dime que no te acuerdas.

Sonreí de nuevo y tragué saliva.

—No me acuerdo.

—Entonces supongo que también has olvidado que me fui de la ciudad unos meses después de eso, y nueve meses y medio más tarde…

—¡Madre mía!

Sonrió y me dio una palmadita en la mano.

—Solo te estoy tomando el pelo. Bueno, solo sobre la última parte. O sea, me fui de la ciudad, pero solo porque necesitaba salir de este lugar. Nunca sentí que encajara aquí. Tú también parecías siempre un poco fuera de lugar, pero lo llevabas bien porque, y espero que no te moleste que te lo diga, eras una especie de niñito perfecto.

—Supongo que es verdad —acepté—. Y tú, todo lo contrario.

Sonrió.

—Tuve mis momentos.

—Recuerdo que en la época de exámenes alguien llamaba continuamente a los bomberos diciendo que el instituto estaba en llamas o que había una bomba. Se decía que eras tú.

Se quedó estupefacta.

—No tengo ni idea de quién haría algo así. Es una irresponsabilidad absoluta. —Hizo una pausa—. Pero, desde luego, puedo entender que alguien que no estaba totalmente preparado para hacer un examen difícil sintiera que no tenía más remedio que recurrir a medidas extremas —Otra pausa—. Y solo fueron dos veces.

—Mierda, entonces, sí que fuiste tú.

—En quinto —respondió Julie—. Pero fue una razón más para salir de la ciudad.

—Sí, yo tampoco aguanté mucho más.

—Y ahora hemos vuelto los dos —dijo mientras la camarera traía dos Coronas—. Al menos tú tienes una excusa. Una muerte en la familia.

—¿Cuál es la tuya?

—Viajé por ahí y conseguí trabajo en varios periódicos de ciudades pequeñas. Por aquel entonces, a nadie le importaba demasiado si tenías el título de Periodismo, que yo no tenía. Cuando solicité trabajo en *Los Angeles Times* ya tenía mucha experiencia. Pero luego empezaron a reducir personal y me quedé sin trabajo. Todos los demás periódicos también estaban recortando costes, pero resultó que, a pesar de que eran tiempos difíciles, la redacción del *Standard* tenía vacantes. Habían despedido a una mujer, y había otro tipo, Harwood… Dios, los problemas que tenía ese tipo… que dejó la ciudad para empezar una nueva vida en otro lugar. Así que volví. El periódico no tiene dinero y es una auténtica mierda dirigida por una panda de gilipollas, pero me paga una décima parte de las facturas hasta que encuentre otra cosa. Y créeme que no dejo de buscar. —Me reí—. ¿Qué?

—Cómo te has referido a la gente para la que trabajas. Thomas dice que así llamabas a los hermanos Landry.

Ahora le tocaba a ella intentar recordar.

—Dios mío, *esos* dos. Tontos de remate. ¿Los llamé gilipollas?

—Una vez que se estaban metiendo con Thomas. Interviniste y los ahuyentaste. Sé que probablemente sea un poco tarde para darte las gracias, pero gracias.

—Dios, me había olvidado de eso. —Agarró la Corona por el cuello y dio un trago muy largo, apoyando la espalda en el asiento—. ¿Sabes que están muertos los dos?

—¿De verdad?

—Los dos borrachos, parados a un lado de la carretera en una

camioneta. Uno estaba colocando algo en la parte trasera, el otro dio marcha atrás, sin saber que estaba allí, oyó el golpe, salió a ver qué pasaba, pero se olvidó de poner el freno de mano, comenzó a correr detrás, tropezó y quedó atrapado debajo de la rueda trasera. Lamento que ocurriera antes de que yo llegara. Me encantaría haber escrito el artículo. —Me miró y puso cara de disculpa—. Lo siento, lo he dicho sin pensar. Querías hablar conmigo por la historia que escribí sobre tu padre.

Sacudí la cabeza, rechazando sus disculpas.

—No pasa nada. He leído el artículo. Me preguntaba si sabías algo más al respecto.

—La verdad es que no.

—¿Sabes si hubo algún tipo de investigación después?

—Sí, lo normal en un caso de muerte por accidente. Los hechos fueron bastante claros. Se cerró el caso. Escribí un breve artículo, pero no había nada nuevo, así que ni siquiera llegó a publicarse. Ya, pero cuando es algo que te pasa a ti, es importante, todos los detalles cuentan. Pero para el *Standard* fue una noticia de un día, y solo de unos cinco centímetros. Me llamó la atención en los registros policiales de ese día porque sabía que Adam Kilbride era vuestro padre.

—No debería haberte molestado para esto.

—No te preocupes —dijo Julie—. Sé que este tipo de cosas son difíciles. Oye, ¿hay algo que pueda hacer por ti o por Thomas?

—No, es… Sí, podrías venir a vernos alguna vez. Sé que Thomas se alegraría mucho de verte. Él es… Supongo que sabes que es un poco especial.

—Siempre lo fue —asintió Julie.

—Creo que ahora lo es aún más.

Julie sonrió.

—Le gustaban mucho los mapas. ¿Todavía le gustan?

—Sí.

Di un trago bastante largo de mi Corona. Julie casi había terminado la suya.

—Tú también eras un poco raro. Siempre dibujando cosas. No eras exactamente un deportista.

—Lanzaba la jabalina —repliqué a la defensiva. Era verdad. Era el único deporte, si podía llamarse así, que practicaba. Y se me daba muy bien. Eso, y jugar a los dardos en la sala de juegos del sótano.

—La jabalina —repitió Julie—. ¿En serio? Uno de los grandes deportes con contacto corporal. Aunque veo que lo de dibujar te ha dado buenos resultados. Tus ilustraciones han llegado hasta Los Ángeles. Y salen en el *Times* de vez en cuando. Son bastante buenas.

—Gracias.

—¿Te has casado?

—No. Estuve cerca un par de veces. ¿Y tú?

—Viví unos meses con un tipo que compone música relajante, ya sabes, como la que ponen cuando te dan un masaje, con el canto de los pájaros y el murmullo de los arroyos de fondo, que te deja medio ko. Él tenía ese efecto en mí. Casi caigo en coma media docena de veces con él. Luego tuve algo con un entrenador de la nba, un productor de *realities* y un tipo que criaba iguanas. —Hizo una pausa reflexiva—. Tengo el don de atraer a gente fuera de los límites de la normalidad. Pero, bueno, así es California. Puede que me haya venido bien volver aquí.

De repente, tuve un *flashback*.

—Morada —dije.

—¿Qué?

La señalé sacudiendo el dedo índice.

—Tu ropa interior, era morada.

Julie sonrió.

—Me había dolido un poco no haberte dejado ninguna huella.

DOCE

Al día siguiente, durante el desayuno, hablaba con Thomas.

—Me cayó bien la doctora Grigorin.

—No está mal —dijo, mientras cogía un plátano del frutero—. ¿Qué tipo de pastillas te dio?

Me encogí de hombros.

—A saber cómo demonios se llaman todas esas drogas.

Peló el plátano hasta la mitad.

—¿Te lo contó?

—¿Qué me tenía que contar?

—Lo que estoy haciendo. Le dije que podía decírtelo.

—Sí, me lo contó.

—Pensé que ya era hora de que supieras en qué estoy trabajando.

—¿Por qué no me lo dijiste tú mismo?

Le dio un mordisco al plátano.

—Me imaginé que, si venía de ella, te lo creerías. Porque es médico.

—¿Crees que la doctora Grigorin cree que lo que estás haciendo, memorizar mapas y planos de calles es para poder ayudar a agentes secretos a la fuga? ¿Y que un día no habrá ningún mapa y tendrás toda la información almacenada aquí? —Me di un golpecito con el dedo índice justo encima de la sien.

Dejó el plátano y apoyó las palmas de las manos en la mesa de la cocina.

—Si no lo creyera, ¿por qué iba a hacer tantas preguntas al respecto? Si no lo creyera, lo descartaría de plano. —La decepción inundó su rostro—. Supongo que tú no te crees lo que hago. Me equivoqué al creer que la doctora Grigorin podría convencerte.

—Piénsalo, Thomas. Solo eres un tipo que vive en una casa a las afueras de Promise Falls, al norte de Nueva York. Nunca has

trabajado para las fuerzas del orden ni para ningún tipo de agencia gubernamental. No tienes una licenciatura en lo que sea que uno se licencie si es experto en mapas y…

—Cartógrafo.

—¿Qué?

—Una persona experta en hacer y estudiar mapas es un cartógrafo. Pero en realidad no se puede obtener un título en Cartografía. Probablemente tendrías que licenciarte en Geografía y aplicar lo aprendido mientras adquirías ese título cuando empezaras a trabajar como cartógrafo.

Me había despistado por un momento, pero no tardé en volver a centrarme.

—Vale, pues no te has licenciado en Geografía, y nunca has trabajado como cartógrafo.

—Así es —asintió Thomas.

—Entonces, lo que crees es que tú, sin ninguna cualificación y sin conexiones con los mandamases, has atraído la atención de la Agencia Central de Inteligencia, una organización multimillonaria con operativos por todo el mundo, y quieren que seas su chico de los mapas.

Thomas asintió.

—Lo sé. Es increíble, ¿verdad?

—Eso está claro.

—Pero tengo buena memoria y por eso me han elegido.

Me recosté en la silla.

—Tú eres el elegido.

—Te estás burlando otra vez de mí —dijo.

—No me… Vale, supongo que parece que me estoy burlando. Lo que intento, Thomas, es hacerte ver lo increíblemente absurdo que es todo esto. La doctora Grigorin incluso me dijo que has estado en contacto con el expresidente Clinton.

La noche anterior, de pie junto a la puerta parcialmente abierta de Thomas, lo había visto mantener una conversación con alguien que no estaba allí. El teléfono no estaba descolgado y él no estaba

delante del teclado ni mirando el monitor. Lo había oído decir «Casi te llamo Bill».

—Es verdad —dijo Thomas—. Pero puedes seguir llamándolo «señor presidente». A los expresidentes se les sigue llamando así.

—Ya lo sé.

—No quiero hablar más de esto —se quejó Thomas—. Esas pastillas que te ha dado la doctora no funcionan. Pensé que te volverían más tolerante y comprensivo, pero eres igual que papá.

Dejó su plátano sin terminar sobre la mesa, se levantó, subió a su habitación y cerró con un portazo.

Necesitábamos comida. No podía seguir saliendo a comprar bocadillos y *pizza*. Estaba comprando comida congelada en Price Chopper cuando me encontré con Len Prentice y su mujer, Marie. Len y mi padre habían mantenido la amistad después de que papá dejara la imprenta. Aunque normalmente tenía la tez blanca lechosa, parecía que había tomado el sol, pero se le había aclarado un poco el moreno desde el funeral. La cara de Marie, sin embargo, estaba pálida y desvaída. Que yo recordara, siempre había tenido problemas de salud. No me acordaba exactamente de lo que le pasaba, pero estaba seguro de que tenía algo que ver con el síndrome de fatiga crónica. Siempre estaba cansada. Hacía más de tres décadas que los conocía, aunque no muy bien. Tenían un hijo, Matthew, que era más o menos de mi edad, y con el que había salido algunas veces cuando era adolescente. Por aquel entonces era contable en Siracusa, estaba casado y tenía tres hijos.

—Hola, Ray —saludó Len, que iba empujando el carrito. Marie lo seguía de cerca—. ¿Cómo estáis Thomas y tú?

Antes de que pudiera responder, Marie se adelantó.

—Ray, me alegro de verte.

—Hola —les dije a los dos—, estamos bien. Haciéndonos a la idea. He venido a comprar algunas provisiones.

—Fue un funeral precioso —aprobó Marie con seriedad. Papá siempre se había referido a ella como «Mary Rayo de sol», aunque

no se lo había dicho nunca a la cara. A pesar de sus problemas de salud, estaba siempre alegre. Si el ministro se hubiera bajado los pantalones y se hubiera meneado la polla, ella habría comentado lo bonitas que eran las flores antes que cualquier otra cosa.

—Sí, y os agradezco mucho que vinierais, de verdad. —Miré a Len y sonreí—. Quería preguntarte el otro día si te habías quedado debajo de una lámpara de rayos uva.

Marie me dio una palmadita juguetona en el brazo.

—Ay, cómo eres. Len volvió de vacaciones hace un par de semanas.

—¿Adónde fuiste? —pregunté—. ¿A Florida?

Len negó con la cabeza, como si realmente no importara.

—A Tailandia.

—Cuéntale lo bonita que es —pidió Marie.

—Oh, sí, es absolutamente impresionante. El agua es de un color azul coral increíble. ¿Has estado allí, Ray?

—No —dije—, pero he oído a gente decir que es un país maravilloso. ¿Tú no fuiste, Marie?

Suspiró.

—No tengo fuerzas para viajar tan lejos. No me importa hacer las maletas y pasar una semana en un alojamiento al que se puede llegar en coche en un par de horas, pero lo de caminar por los aeropuertos, hacer cola en la aduana, tener que quitarse los zapatos y volver a ponértelos… Es demasiado para mí. Pero que yo no tenga ganas de viajar por todo el mundo no significa que Len no deba irse con otros que se tienen más ganas de viajar que yo.

—Ray —intervino Len—, quería venir a verte antes de que te vayas a Burlington.

—No estoy seguro de cuándo me voy a ir —reconocí—. Primero tengo que arreglar la situación de Thomas. Tengo que decidir qué hacer con la casa. Thomas no puede vivir allí solo.

—Oh, claro que no —dijo Marie—. Ese chico necesita que se ocupen de él.

Sentí un escalofrío por la espalda, pero no se notó. Tenía razón,

Thomas necesitaba que lo cuidasen. Pero era un hombre. No un niño. No merecía ser tratado como si lo fuera. Y entonces sentí una punzada de culpabilidad y me pregunté si había sido demasiado duro con él, por la forma en que le había estado confrontando con lo de su misión.

—Sí, lo necesita —dije—. Pero voy a intentar que pueda ser un poco más autosuficiente.

Era algo en lo que había estado pensando. Que Thomas creyera en cosas que no eran reales no significaba que no pudiera hacer cosas del mundo real. Quería que se preparara su propia comida y que ayudara en casa. A lo mejor, si empezara a darle responsabilidades, eso le mantendría fuera de su habitación durante intervalos más largos. Implicarlo, si no era posible en el mundo exterior, por lo menos en las tareas del hogar.

—Bueno, te dejamos ya en paz —dijo Len—. Me alegro de verte.

—Quiero pasarme a llevaros un guiso —comentó Marie—, o a lo mejor preferís venir a cenar a casa.

—Eres muy amable —agradecí—. Se lo comentaré a Thomas. «*Ni de coña*», pensé, aunque como era ir a cenar con gente que conocía, igual accedía. Un pequeño paso fuera de casa. Ya habíamos conseguido ir al psiquiatra sin mayores incidentes, si no teníamos en cuenta los rifirrafes de Thomas con María.

—¿Thomas sigue memorizando mapas para cuando llegue el gran virus informático? —preguntó Len, con un atisbo de sonrisa en la comisura de los labios.

Me pilló desprevenido.

—¿Sabéis eso?

—Me lo dijo tu padre. Supongo que necesitaba contárselo a alguien.

Lentamente, asentí.

—Len, no saques ese tema, no es asunto tuyo —le recriminó Marie.

—Lo es, Adam me lo dijo —le espetó, y Marie parpadeó—. Tu padre estaba sintiendo el peso de todo eso, ¿sabes?

Eso parecía decirme todo el mundo.

Golpeé la puerta de Thomas y la abrí lo suficiente para meter la cabeza.

—Ya he vuelto.

Thomas, haciendo clic con el ratón mientras viajaba, estaba de espaldas a mí.

—Vale.

—Te toca hacer la cena.

Eso hizo que se diera la vuelta.

—¿Qué?

—He pensado que esta noche voy a dejar que hagas tú la cena.

—Yo nunca hago la cena.

—Más motivos entonces para que empieces a hacerla. Hay comida congelada. Será sencillo.

—¿Por qué no haces la cena tú? Papá siempre hacía la cena.

—Yo también tengo un trabajo —dije—. Tú tienes el tuyo y yo tengo el mío. Tengo que hacer algunas llamadas, y puede que tenga que traer algunas de mis cosas de Burlington…

—Vermont.

—Claro, de Burlington, Vermont, para poder trabajar aquí mientras arreglamos las cosas.

—Mientras arreglamos las cosas —repitió Thomas en voz baja.

—Sí, correcto. Yo te enseño a encender el horno y todo lo demás. Pero tienes que bajar sobre las cinco.

Guardé en la memoria la expresión conmocionada de Thomas mientras cerraba la puerta.

Casi en el momento justo, sonó mi móvil. Era mi agente, Jeremy Chandler, que llevaba diez años consiguiéndome trabajo.

—Tengo tres trabajos para ti, pero no te creas que es como si la Capilla Sixtina te pidiera que pintaras un techo y tuvieras cuarenta años para hacerlo. Se trata de revistas y una página web, Ray, con plazos de entrega. Plazos inminentes. Si no puedes hacerlos, necesito saberlo ahora para poder subcontratar a otros artistas que,

aunque no tengan tanto talento como tú, sí tengan mucha más hambre.

—Ya te lo he dicho, estoy en casa de mi padre.

—Ah, mierda, es verdad, se me había olvidado. Ha fallecido, ¿verdad?

—Sí, eso es exactamente lo que ha pasado.

—Entonces, ¿ya ha sido el funeral y todo eso?

—Sí.

—¿Y cuándo volverás a tu estudio?

—Necesito ocuparme de algunos asuntos, Jeremy. Puede que tenga que montar un estudio improvisado aquí temporalmente.

—Buena idea. Si no, tendré que ofrecerle las ilustraciones a Tarlington.

—Oh, Dios —protesté—. Ese tío dibuja con los pies. Sus Obamas se parecen a Bill Cosby. Todos los negros que hace se parecen a Bill Cosby.

—Mira, si no puedes aceptar el trabajo, no tienes derecho a criticar. ¿Te dije que me contactó la gente de Vachon?

—Madre mía. —Carlo Vachon, conocido jefe de una familia criminal de Brooklyn, se enfrentaba a una serie de posibles acusaciones por todo tipo de delitos, desde asesinato a multas de aparcamiento pendientes de pago. Una revista neoyorquina me había encargado un dibujo suyo en el que había exagerado todos sus rasgos físicos, en particular su corpulencia, mientras apuntaba con una pistola a la Estatua de la Libertad. En mi versión, tenía los dos brazos en alto. Empecé a sudar al instante—. ¿Quiere matarme?

—No, no es eso. Al parecer, le encantó la ilustración y quiere comprar el original. Lo que pasa con los mafiosos es que les encanta la atención, incluso cuando no es precisamente positiva.

—¿Tienes el original?

—Sí.

—Envíaselo. Contra reembolso.

—Vale, pero no te he llamado por eso.

—¿Por qué me has llamado?

—Hay una nueva página web que está a punto de arrancar, respaldada por gente muy importante, y quieren ser la competencia del *HuffPo,* pero buscan algo diferente, y les dije: «¿Qué os parece una viñeta política animada, como las que aparecen en la página web de *The New Yorker*?». La duración es de diez segundos, pero en realidad la animación es mínima, se crea movimiento recorriendo la imagen y…

—Sé cómo podría hacerse —lo interrumpí—. ¿Les hablaste de mí?

—No tuve que hacerlo, me contactaron ellos. La mujer que lo está organizando se llama Kathleen Ford. Tiene un respaldo financiero increíble. Mucho dinero de los medios. Quiere reunirse contigo lo antes posible.

—Vale, pero ahora mismo yo…

Llamaron a la puerta principal. Un golpe firme, decidido, como el de alguien que va en serio. No había oído llegar ningún coche, pero Jeremy tendía a hablar como si intentara ahogar a un 747, incluso cuando no había ninguno en las inmediaciones.

—Ha venido alguien —dije.

—Ray, esto es enorme. Tienes que reunirte con esta mujer. Es mucho dinero.

—Me pondré en contacto contigo.

Dejé el teléfono en la mesa de la cocina y me dirigí a la puerta.

Había dos de ellos de pie en el porche y un sedán negro aparcado detrás de mi Audi, bloqueándolo, supuse, por si decidía salir corriendo. Eran un hombre y una mujer, los dos en la cuarentena y vestidos en tonos grises. Ambos de traje, aunque el hombre llevaba una corbata estrecha.

—¿Señor Kilbride? —preguntó la mujer.

—¿Sí?

—Soy la agente Parker, y este es el agente Driscoll.

—¿Eh?

—fbi —dijo de forma seca.

TRECE

Bridget Sawchuck cree que si va a tener que discutir su situación con el amigo más íntimo y principal asesor de su marido, Howard Talliman, mejor que sea en un lugar público. Quizá sea capaz de resistir la tentación de estrangularla si hay testigos, aunque no está segura al cien por cien de que eso la vaya a salvar. Lo invita a comer en el Union Square Café y reserva mesa para la una.

Talliman lleva siendo el mejor amigo de Morris Sawchuck desde que Matusalén era pequeño. Fueron juntos a Harvard, se han emborrachado juntos, han ejercido juntos la abogacía, se han ido de vacaciones juntos, probablemente incluso se acostaron juntos en un viaje conjunto a Japón un par de años después de la muerte de Geraldine. Howard empezó muy pronto a trabajar entre bastidores en campañas políticas, ya fueran republicanas o demócratas. Lo importante era ganar. Si un jugador de *hockey* puede ser traspasado de los Rangers a los Bruins y luego estrellar a sus antiguos compañeros contra las tablas, Talliman podía elaborar una estrategia para cualquier partido que estuviera dispuesto a pagar su precio. Nunca ha querido ser el candidato. Es bajito y barrigón, y dice que tiene el sexapil de un *gnomo* de jardín, pero sabe jugar al juego de la política desde la barrera y convertir a otros en ganadores.

—Puedes llevar esto tan lejos como quieras —le dijo Howard a Morris hacía más de una década—. El único límite es tu propia ambición. Si tienes suficiente, te llevará hasta la cima. Pero tienes que ir subiendo peldaños cada vez más altos. Un fiscal duro, luego un fiscal general… Trazas una línea y ves adónde te lleva. Te lleva a la puta cima, ahí es donde te lleva.

Howard Talliman prepara el Kool-Aid, y Morris se lo bebe.

Todo el trabajo duro está dando sus frutos, con creces. Morris se

dirige sin duda a la mansión del gobernador, y quién sabe adónde demonios irá después.

Por muy orgulloso que esté Howard de haber convertido a su mejor amigo en una estrella de la política, lo que de verdad lo llena de satisfacción es haberle encontrado una nueva y bella esposa joven que esté a su lado durante los discursos de victoria. Conoció a Bridget en la empresa de relaciones públicas que había contratado en nombre de otro cliente, un juez de circuito que se había encontrado con el agua al cuello después de que detuvieran a su hijo por haber montado un laboratorio de metanfetamina en la casa de veraneo del juez en New Hampshire. En cuanto Howard la vio, supo que quedaría perfecta de pie junto a Morris en todas las actividades de campaña que se llevaran a cabo en el estado de Nueva York. Era sexi al estilo de Michelle Obama y Jackie Onassis. De aspecto escultural, con cuello largo y buen tipo pero no demasiado pechugona. Con desparpajo de sobra.

Bridget se ha dado cuenta ahora de que Howard conspiró para que Morris y ella estuvieran juntos sin que ellos lo supieran. Fue él quien la contrató para que organizara un partido de béisbol infantil para recaudar fondos y que coincidiera con Morris. Howard los presentó y susurró al oído de cada uno de ellos que el otro estaba interesado.

Maquiavelo con una flechita de Cupido, eso es lo que era Howard.

Pero surgió algo. Al cabo de una semana, Bridget se encontraba tumbada en el asiento trasero de la limusina de Sawchuck, con los cinturones desabrochados, los botones desabrochados y la cabeza de un aspirante a gobernador entre sus piernas.

Fue muy divertido, aunque Bridget no siempre ha sido, estrictamente hablando, exclusivamente heterosexual. Pero qué demonios. Una vez que descubrió el tipo de vida que le esperaba acostándose con alguien como Morris Sawchuck, pensó que podría jugar en un solo equipo para siempre.

Resultó que se equivocaba, pero no se dio cuenta hasta después de casarse con Morris.

Tampoco es que Allison fuera la primera chica con la que recaía. Pero fue la primera con la que Bridget se había escapado unos días. Ella no lo consideraba algo serio, y por lo que parecía, Allison tampoco. Bridget no había utilizado su verdadero nombre —se aseguró de que Allison no viera su pasaporte— y, cuando salían, nunca se quitaba sus enormes gafas de sol ni el sombrero de paja. La verdad es que, aunque la gente reconocía a su marido y a veces incluso le pedía autógrafos, muy pocos se daban cuenta de quién era cuando estaba sola. Claro que los hombres se fijaban en ella, y las mujeres también, por muchas razones. Pero la gente no la miraba de arriba abajo por ser quién era, sino por cómo era: guapísima.

Y ahora Bridget está metida en un lío.

Echa un vistazo a la carta de la cafetería y, cuando levanta la vista, ahí está él.

—Bridget —saluda; se agacha y le da un beso al aire en la mejilla —. Estás deliciosa, como siempre, como para comerte con cuchara.

—Y tú tienes muy buen aspecto.

—Oh, por favor. Cuando pasaba por la barra he oído que alguien susurraba que acababa de ver a Danny DeVito.

Bridget se ríe de forma rara mientras Howard se acomoda en una silla frente a ella. Se lo nota en la cara. Sabe que pasa algo. No estaría donde está si no supiera calar a la gente.

Aunque a ella nunca la había calado bien, por lo menos cuando la conoció. Si lo hubiera hecho, no estarían donde están ahora, ¿verdad?

—Sospecho que nos va a hacer falta algo de beber —dice él—. ¿Qué quieres tomar?

—Pues, un *spritzer* de vino blanco —responde.

Howard arquea las cejas.

—¿Tan mal están las cosas? ¿Un *spritzer*? Es el tipo de bebida al que recurres cuando el *Times* aparece en tu puerta quince minutos tarde. —Se gira en su silla y llama la atención de un camarero que pasa—. La señora tomará un *spritzer* de vino blanco y para mí un

güisqui solo. A ver, ¿qué tienes en mente, Bridget? Me imagino que no me has traído aquí para que tengamos una aventura. La verdad, no creo que pueda encajar una en mi agenda. —Howard nunca se ha casado y, si tiene vida amorosa de algún tipo, aparte de su amor por las argucias políticas, nadie lo sabe.

Pero, bueno, todo el mundo tiene secretos.

Bridget traga saliva.

—Sabes que nunca haría nada que le pudiera causar problemas a Morris de forma intencionada.

—Dios mío —murmura Howard.

—Nunca querría avergonzarlo. Nunca.

Howard la analiza.

—Bueno, veamos… —La mira de arriba abajo, como si intentara adivinar cuánto se ha gastado Morris en sus pendientes de diamantes. Si hubiera supuesto que veinte de los grandes, habría acertado, pero no pensaba en eso, sino en qué clase de lío se había metido Bridget—. Se trata de dinero o de sexo. O de las dos cosas. No puede ser nada más. No importa lo que hayas hecho, siempre tiene que ver con una de ellas o con las dos.

—Es ambas cosas —responde.

—Ya veo —dice Howard—. ¿Cómo es de grave?

Bridget mira hacia su regazo y luego vuelve a mirar a Howard.

—Muy grave. —Se recompone—. Me están chantajeando, Howard.

—Ahí está el tema del dinero, y la influencia que tu chantajista tenga sobre ti será la parte sexual. A menos, claro, que me equivoque y hayas matado a alguien.

—No he matado a nadie.

—Vaya —comenta Howard, mientras les sirven las bebidas—, eso hay que celebrarlo. Aunque he visto a gente salir indemne de condenas por asesinato. —Da un sorbo a su güisqui y observa cómo se retira el camarero. Hay una parte de él, sospecha Bridget, que probablemente esté disfrutando con esto, porque a Howard le encantan los problemas. Pero si está disfrutando, no cree que le

vaya a durar mucho la alegría—. Y no hay fotos tuyas por ahí de ti teniendo sexo con una cabra o algo parecido, ¿verdad? —pregunta.

—No.

—Bueno, cualquier otra cosa debería ser pan comido en comparación. Suéltalo ya.

—Tuve una aventura —dice Bridget.

Howard asiente, como si se lo esperara.

—Estamos hablando de algo reciente, algo que ha ocurrido desde que tú y Morris hicisteis los votos del sagrado matrimonio.

—Sí.

—¿Y ese asunto?, ¿ya se ha terminado?

—Sí.

—¿Lo conozco?

Bridget tarda un poco en contestar.

—No.

Howard ladea ligeramente la cabeza.

—Esa vacilación me preocupa, Bridget. Significa que lo conozco y me estás mintiendo, o que estás respondiendo con la verdad, pero me ocultas algo. A ver si puedo averiguar cuál es. —Su mirada se clava en ella—. Creo que es lo segundo. —Bridget no dice nada. Howard es, si puedes dar un paso atrás, lo que es bastante difícil para Bridget en este momento, digno de ver. Mantiene la mirada en ella un segundo más y luego pregunta—: ¿Quién es ella?

Howard es increíble.

—Se llama Allison Fitch.

Los párpados de Howard se agitan rápidamente. Es lo que hace cuando busca en su base de datos mental.

—Tienes razón, no la conozco. —Bebe otro trago de su güisqui—. ¿Sabes, Bridget?, cuando hice de celestino entre tú y Morris, y te pregunté en voz baja si había algo comprometedor en tu vida, podrías haber mencionado que eras una comechochos. —Bridget se sienta rígida en su silla sin decir nada—. ¿Le dijiste a esta Allison Fitch que eras la esposa de un gobernador en potencia y actual fiscal general del Estado?

—No, le di un nombre completamente distinto. Pero me vio en la televisión, en las noticias, en un acto con Morris, y ya no pude hacer nada más. —Bridget le da la versión *Reader's Digest* de la historia. Dónde se habían conocido, cuántas veces se habían visto, cuando se habían ido juntas de viaje…

Howard sonríe sin humor.

—Hace un momento he mencionado fotos tuyas con una cabra. ¿Y con esta mujer? ¿Hay fotos? ¿Alguna cámara oculta o algo por el estilo? Una cabra, ahora que lo pienso, podría ser menos perjudicial políticamente hablando.

Bridget entorna los ojos.

—¿Te preocupa su potencial para chantajearme o solo quieres que te consiga una copia?

—Entonces, ¿existen?

—No lo creo. Allison no lo ha mencionado. No veo por qué me iba a grabarme. En ese momento, ella no sabía quién era mi marido.

—Entonces, ¿qué pruebas tiene? Una posible estrategia es aguantar el tipo. Sería un feo, pero nos mantenemos impasibles, lo negamos y sugerimos que los oponentes de tu marido han coreografiado todo el episodio. Mientras tanto, indagamos en su pasado, encontramos algo impactante sobre ella que destruya su credibilidad y, confía en mí, encontraremos algo aunque tengamos que inventárnoslo, y después de que la prensa se divierta un tiempo hablando del tema, se aburrirán y seguimos como si nunca hubiera ocurrido. De hecho, si no tiene ninguna prueba, puedo hacer algunas llamadas para que se inicie una investigación policial y, antes de lo que canta un gallo, será acusada de extorsión. Lo podemos manejar como ese presentador…, no sé cómo se llama, el de los dientes, al que le estaba chantajeado un tipo que le dijo que, si no le pagaba, contaría que se había acostado con la mitad de su plantilla. Llamó a la policía, hicieron una redada y el payaso acabó en la cárcel. En tu caso, será diferente, jurarás y perjurarás que no conoces a esa mujer. Puede que hayáis coincidido en algún sitio, de vacaciones, en algún acto, pero no tienes ni idea de quién es. Para

cuando acabemos con ella nadie la creerá aunque diga que está lloviendo en pleno Katrina.

—Hay mensajes de texto —reconoce Bridget.

—¿Perdón?

—No hay fotos, pero hay mensajes. Entre nosotras. Registros de llamadas y mensajes.

—¿Y qué pone en esos mensajes, Bridget? ¿De qué tipo son?

—Son… Supongo que la palabra más adecuada es «picantes».

—¿Y tú eres la autora de alguno de estos mensajes picantes o los ha escrito todos la señorita Fitch?

—Al cincuenta por ciento, diría yo.

Howard se pasa la lengua por los dientes.

—¿Cuánto pide y qué piensa hacer si no cumples sus exigencias?

—Cien mil o lo hace público, en el medio que pague más por la historia.

—Ya veo. No tiene mucha imaginación, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Si yo fuera ella habría pedido al menos un millón. ¿Y cómo sabemos que cuando tenga el dinero no venderá su historia de todas formas?

—Ha dicho que no lo haría —responde Bridget.

Howard se reclina en su silla y abre los brazos.

—Aaah, bueno, entonces, no hay de qué preocuparse.

—Sé lo que estás pensando; que volverá a pedir dinero una y otra vez.

—Creo que es muy probable, Bridget. Quizá, con el grado adecuado de persuasión, pueda contentarse con una suma razonable. Y luego acepte irse y nunca volvemos a saber de ella.

Bridget suspira.

—Sabía que podrías manejar esto. Eres tan… tan frío y sereno con estas cosas.

—Se trata de apagar fuegos, querida. Queremos apagar este antes de que consuma un bosque entero, eso es todo.

—Howard. No quiero que Morris se entere de esto. A ver, Morris y

yo hemos sido muy francos el uno con el otro sobre nuestras… idiosincrasias, pero él no tiene ni idea de que me he acostado con otra persona desde que nos casamos. No se lo dirás, ¿verdad?

Sacude la cabeza y estira la mano para tocar la de ella.

—¿De qué serviría eso? Os quiero demasiado a los dos para hacerlo. Tenéis un precioso futuro por delante si aprendes a controlar tus… impulsos.

—Fue un desliz —dice—. No volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no —aprueba, sin dejar de acariciarle la mano —, porque no permitiré, y repito: no permitiré, que nadie se interponga en el destino de Morris, y eso te incluye a ti. Así que, si se repite este tipo de comportamiento, yo mismo te estrangularé con tu propio sujetador, te cortaré en pedacitos, se los daré de comer a las ardillas de Central Park y encontraré la manera de culpar de todo al contrincante de tu marido. ¿Está claro?

Bridget asiente.

—Clarísimo.

CATORCE

—Nos gustaría entrar para hablar con usted —dijo la agente Parker del fbi. No estaba pidiendo permiso.

—¿Qué pasa?

—Lo discutiremos con usted dentro.

Les pedí que me enseñaran sus acreditaciones, me las mostraron, y les hice un gesto para que entraran en la casa. Hice un gesto señalando el sofá y las sillas del salón, pero prefirieron quedarse de pie. Yo hice lo mismo.

—Necesitamos ver una identificación —pidió Driscoll.

—¿Necesito un abogado?

—Nos gustaría establecer exactamente con quién estamos hablando —respondió Parker.

Sin saber si debía cooperar o no, pero temiendo las consecuencias de no hacer lo que le estaban pidiendo, fui a por mi cartera y saqué mi carné de conducir. Parker lo cogió.

—Usted es el señor Kilbride —dijo.

—Sí, exactamente.

—Ray Kilbride.

—Sí.

—¿Alguna vez ha usado otro nombre? —preguntó. Había un tono acusador en su voz, como si sospechara que yo tenía un montón de alias.

—No, claro que no.

—¿A qué se dedica, señor Kilbride?

—Soy artista. Ilustrador.

—¿Y qué tipo de cosas ilustra? —preguntó la agente Parker. Su tono sugería que probablemente estaba pensando en cómics porno.

—Mi trabajo ha aparecido en periódicos, revistas y páginas web.

La semana pasada publicaron algo mío en la sección de crítica literaria del *Times*.

—Entonces, si trabaja para páginas web, supongo que gran parte de su trabajo lo realiza en un ordenador.

—Sí —contesté.

—¿Y vive y trabaja aquí?

—Yo no vivo aquí, vivo en Burlington.

El agente Driscoll intervino.

—Entonces, ¿de quién es esta casa?

—Es de mi padre. —Me aclaré la garganta—. Era de mi padre.

—¿Qué significa eso? —saltó la agente Parker.

—Significa que está muerto —respondí, mirándola a los ojos. Pensé que eso la pondría en su sitio, aunque fuera brevemente, pero no se inmutó.

—¿Qué le pasó a su padre?

—Murió en un accidente en la parte trasera de la casa hace unos días. Un tractor cortacésped le pasó por encima y lo mató. Se llamaba Adam Kilbride.

—¿Su padre tenía ordenador? —quiso saber el agente Driscoll

Sacudí la cabeza, aún preguntándome de qué demonios iba todo eso. Ya debería haber caído.

—¿Qué? Sí, tenía un portátil.

La agente Parker había sacado una libreta.

—¿Qué día murió su padre?

—El viernes, cuatro de mayo.

Le dio un codazo a su compañero y le enseñó la libreta.

—Mensajes ese día, y desde entonces.

Empezaba a entenderlo todo.

—Usted es Ray, y su padre era Adam —dijo la agente Parker—. ¿Reside aquí algún Thomas Kilbride?

—Sí.

—¿Y cuál es su relación con usted?

—Es mi hermano.

—¿Está aquí ahora? —preguntó Driscoll.

—Sí —repetí—, arriba. —Ya me encontraba mal, pero mi malestar se había multiplicado exponencialmente. ¿Qué demonios había hecho Thomas para que hubiera venido el fbi? ¿Y cómo iba a reaccionar cuando supiera que habían venido a verlo?—. Mi hermano pasa la mayor parte del día en su habitación. No sé qué quieren de él, pero es totalmente inofensivo.

—¿Qué hace en su habitación? —preguntó Parker.

—Usar el ordenador.

—Lo usa mucho, ¿verdad? —insistió.

—Mire, mi hermano tiene algunos problemas psiquiátricos. Prefiere pasar mucho tiempo solo.

—¿Qué tipo de problemas psiquiátricos? —preguntó Driscoll.

—Nada de lo que deba preocuparse nadie más. Tiene problemas, pero nunca molesta a nadie. Es muy… dócil.

—Pero le gusta enviar correos electrónicos —dejó caer Parker.

La cosa no mejoraba.

—¿Qué tipo de correos electrónicos?

—¿Supervisa las comunicaciones de su hermano? —preguntó Driscoll.

—¿Qué? No. Ni siquiera estoy *al tanto* de que se comunica. Ya les he dicho que es bastante reservado.

—¿Es usted consciente de que Thomas Kilbride ha estado enviando correos electrónicos a la Agencia Central de Inteligencia de forma regular?

—¡Madre mía! —exclamé.

—¿Y que muchos de estos mensajes han sido dirigidos al expresidente Bill Clinton?

Sentí que me derretía por dentro.

—Por favor, díganme que no eran mensajes amenazadores, que no están aquí para arrestarlo ni nada parecido.

Los dos se miraron, intercambiando alguna decisión tácita, y fue Parker quien respondió.

—No, no son amenazas. Pero son preocupantes. ¿Prefiere decirle usted que baje o subimos a buscarlo?

Agaché la cabeza y la sacudí.

—Esperen aquí.

Subí las escaleras y abrí la puerta de Thomas sin llamar.

—Es demasiado pronto para empezar a hacer la cena —se quejó —. Déjame en paz.

—Necesito que bajes, Thomas.

—¿Por qué?

—Tienes visita. —Esperaba que preguntara quién era, pero en lugar de eso se limitó a decir: «Ah». Se levantó de la silla y, cuando se dirigía al vestíbulo, lo agarré suavemente del brazo—. Son del Gobierno —le advertí.

Eso hizo que se detuviera. Tardó un segundo en procesarlo, y luego asintió rápidamente un par de veces, como si hubiera estado esperando que ocurriera tarde o temprano.

—Vaya —respondió—, eso es genial.

—Thomas, no es genial. ¿Qué tipo de mensajes has enviado a la cia?

—Informes de progreso —dijo; me adelantó y se dirigió a las escaleras. En cuanto llegó al salón, fue directamente hacia ellos y estrechó primero la mano de la mujer y luego la de Driscoll—. Soy Thomas Kilbride. Es un placer conocerlos. El presidente no me dijo que fueran a venir.

—El presidente —repitió la agente Parker.

—Bueno, el expresidente —aceptó Thomas—; aunque el señor Clinton me dijo que aún se le puede llamar así. Pero no hace falta que se lo diga si es él quien los ha enviado.

—¿Por qué nos habría enviado? —preguntó Driscoll, inmutable.

Por primera vez, Thomas pareció preocupado.

—¿No son de la cia?

—No —respondió Parker—, el agente Driscoll y yo somos del fbi.

Thomas no pudo ocultar su decepción.

—¿Del fbi? Pensaba que eran de la cia. —Me recordó a un niño que abre un regalo de Navidad que cree que es un videojuego, y resulta que son calcetines—. He estado en contacto con ellos.

—En realidad —dijo Parker—, ellos se pusieron en contacto con nosotros. Hoy los estamos ayudando.

—¿Se trata del sitio desde el que voy a hacer mi trabajo? Porque me gustaría poder trabajar desde casa. No quiero ir a Washington. Díselo, Ray. Me gusta estar aquí.

—Señor Kilbride —dijo Driscoll—, ¿por qué no nos sentamos todos? —Los agentes ocuparon las dos sillas y Thomas y yo nos sentamos en el sofá, al otro lado de la mesa de centro.

—No me malinterpreten —dijo Thomas—. No quería ofenderlos. El fbi también hace un buen trabajo. Pero esperaba a la cia.

—Bueno, todos trabajamos juntos —comentó Driscoll—. Estamos todos del mismo lado, ¿verdad?

Detectaba en él un ligero cambio de tono. Menos borde. Ya habían conocido a Thomas y podían ver, o eso esperaba, que no representaba una amenaza.

—Ha estado escribiendo a la cia sobre un virus informático que se avecina —dijo Parker. Quizá Driscoll había suavizado el tono, pero Parker no.

—Bueno —respondió Thomas—, ya lo he explicado en mis mensajes a la cia, y el presidente Clinton y yo hemos hablado de ello. —«Hace poco», pensé. Thomas continuó—: Pero no me importa volver a contarlo. En realidad no tengo ninguna información privilegiada sobre el virus. Es pura especulación por mi parte. Ni siquiera sé si *será* un virus. Podría ser una erupción solar, o algún tipo de explosión nuclear. Incluso podría deberse al impacto de un meteorito contra la Tierra. Ese tipo de cosas pueden ser muy «cataclísmicas».

—Ajá —dijo Parker—. Sea lo que sea, ¿qué cree que va a hacer?

—Borrar todos los sistemas GPS y los mapas que se almacenan en los ordenadores. Desaparecerá todo, en un abrir y cerrar de ojos. —Chasqueó los dedos, pero nunca se le había dado muy bien, y la acción apenas hizo ruido. Thomas explicó entonces su papel en la ayuda al país durante esa catástrofe y que estaba memorizando las calles de todas las grandes ciudades del mundo—. Y, como ya saben,

estoy a su disposición, en caso de que algún agente del gobierno de Estados Unidos se encuentre en peligro en una zona metropolitana de cualquier parte del mundo, para ofrecerle orientación. Ubicaciones de calles, callejones, ese tipo de cosas.

—Ajá —dijo Parker—. Thomas, no estará intentando crear usted mismo algún tipo de virus que paralice los sistemas informáticos del gobierno de los Estados Unidos, ¿verdad?

—No —dijo, sin ofenderse lo más mínimo—. No se me dan muy bien los ordenadores. A ver, paso mucho tiempo *delante* del mío. —Me miró, quizá esperando que le hiciera un comentario crítico—. Sé cómo encenderlos y mandar correos electrónicos y usar Whirl360 para desplazarme, pero eso es todo. No sé desmontarlos. Cuando hay que arreglar mi ordenador, mi padre lo lleva a una tienda de la ciudad. —Hizo una pausa—. Pero ya no. Mi padre ha muerto.

—Sí, lo sabemos —respondió Driscoll—. Lo sentimos mucho.

—Yo lo encontré —explicó Thomas—. El tractor lo mató. —Su tono era formal, como si quisiera que nuestros invitados tuvieran muy claro lo que había ocurrido.

—Eso nos ha contado su hermano —reconoció Parker.

—¿Y qué es lo que quiere de la cia, Thomas? —preguntó Parker.

Thomas se sentó un poco más erguido.

—No quiero nada *de* ellos. Quiero darles yo algo. Les estoy ofreciendo mis servicios. Ya deberían saberlo si han visto los correos electrónicos. Cuando todos los mapas informáticos se caigan, podré ayudar al Gobierno.

—¿Y cómo va a poder hacerlo? —preguntó.

Thomas me miró, como diciendo: *«Esta gente es tonta o qué le pasa?».*

Suspiró.

—Porque los tengo en la cabeza. Todos los mapas. Todas las calles. Qué aspecto tiene todo. —*Chascó* la lengua en señal de irritación—. Cuando fallen todos los ordenadores, podré dibujar los mapas o hacer de guía, si es necesario. Aunque, para ser sincero, preferiría trabajar desde casa. Me gusta esto. Aunque me quedara

aquí, podría darle indicaciones a cualquiera, en cualquier parte del mundo, por teléfono.

—A ver —dudó Parker—. ¿Me está diciendo que puede memorizar cómo son todas las calles de un montón de ciudades diferentes con solo mirarlas en Internet?

Thomas asintió.

Parker se pasó la lengua por la cara interna de la mejilla.

—Vale. ¿Ha estado alguna vez en Georgetown, Thomas?

—¿Georgetown, Texas? ¿O Georgetown, Kentucky? ¿O Georgetown, Ontario? ¿O Georgetown, Delaware? O…

—Georgetown, en Washington, D.C.

Thomas asintió, como si debiera haberlo adivinado desde el principio, dado que se trataba de gente del fbi.

—No, pero la verdad es que nunca he estado en ninguno de ellos.

—Digamos que estoy en Georgetown y quiero comprar un libro y…

Thomas cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos.

—Hay una librería Barnes & Noble, en la calle M Street NW con esquina en la calle Thomas Jefferson. Y si tiene hambre, hay un restaurante vietnamita justo enfrente, aunque no sé si es bueno o no. Nunca he comido comida vietnamita. ¿Es como la comida china? Me gusta la comida china.

La agente Parker, por primera vez, pareció quedarse fuera de juego por un segundo. Miró a su compañero; sus expresión decía: *«¿Qué cojones…?».*

—Sé que el Gobierno está intentando ahorrar dinero últimamente, así que es importante que sepan que no quiero un gran sueldo —continuó mi hermano—, solo necesito lo justo para cubrir mis gastos. No tengo un estilo de vida nada extravagante. Estoy ofreciendo mis servicios porque creo que es mi deber como ciudadano.

—Thomas, al agente Driscoll y a mí nos gustaría ver dónde trabaja.

—Claro —aceptó.

Me sentí como si se me licuaran los órganos internos mientras

seguía a los demás escaleras arriba. Cuando llegaron al segundo piso, los agentes se detuvieron y contemplaron la pared llena de mapas. Ni siquiera se le ocurrió a Thomas señalarlos mientras abría la puerta de su dormitorio.

—Aquí trabajo —dijo—, y también duermo.

—Por lo clavos de Cristo —murmuró Driscoll, observando la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó Parker, señalando los tres monitores. Uno de ellos mostraba un edificio de oficinas con las letras cibc encima de las ventanas. Parecía una institución financiera. La segunda y la tercera eran imágenes de la misma calle, una mirando hacia arriba; la otra, hacia abajo.

—Calle Yonge, Toronto —respondió Thomas—. Va de norte a sur, empezando en el lago Ontario, en Queen's Quay Boulevard. Empecé por el extremo sur y he llegado hasta Bloor. Es una calle muy larga, así que en vez de ir hasta arriba, recorreré las calles de este a oeste.

—¿Cuánto tiempo se pasa haciendo esto? —preguntó Parker.

—Duermo desde la una de la una hasta las nueve de la mañana, hago pausas para comer y me ducho todas las mañanas, pero el resto del tiempo estoy trabajando. Ayer tuve que ir a ver a mi psiquiatra, así que perdí algo de tiempo, pero díganles a los de la cia que no se preocupen, que lo recuperaré. Y ahora también estoy perdiendo algo de tiempo, pero está relacionado con el trabajo, así que supongo que no pasa nada.

Vi a los agentes intercambiar miradas cuando Thomas dijo «psiquiatra».

—Enséñenos lo que hace —pidió Parker.

—Vale. —Thomas se sentó en la silla y puso la mano derecha en el ratón, luego movió el cursor alrededor de la calle en el monitor central—. Hago clic continuamente y me muevo calle arriba, y luego mantengo pulsado el botón y puedo moverme trescientos sesenta grados así y ver todas las tiendas y los negocios, pero normalmente no se ve bien a la gente y las matrículas de los coches y los camiones están borrosas, pero todo lo demás se ve muy claro.

—¿Puedes abrir tu servidor de correo electrónico, Thomas? —preguntó Parker.

—Claro.

Hizo clic en un icono con la imagen de un sello en la parte inferior de la pantalla y aparecieron sus correos electrónicos. Su bandeja de entrada —y yo no recordaba haber visto nunca una bandeja de entrada así— estaba vacía.

—¿Borras todo tu correo de inmediato? —inquirió Driscoll.

—No me llega ninguno —confesó Thomas—. No tengo amigos que me escriban a menudo. A veces recibo *spam*. Del tipo… —giró el cuello, miró a la agente Parker y se sonrojó—, pues… Cómo hacer tu cosita más grande o algo parecido. Esos los borro inmediatamente.

Estaba pensando que tal vez debería poner alguna objeción, decirles que, si querían husmear en los correos electrónicos de mi hermano, deberían tener una orden judicial. Pero me preocupaba que eso los hiciera sospechar. Tenía la esperanza de que una vez que vieran lo que hacía Thomas, lo inocente que era su propósito, lo que fuera que les preocupaba de él se evaporaría.

—Enséñenos lo que hay en la papelera —dijo Driscoll. Evidentemente, necesitaba que lo convencieran.

—Siempre me olvido de vaciarla —comentó Thomas—. Aquí está.

La carpeta estaba, como había dicho Thomas, llena de correos basura del tipo alargamiento de pene.

—Y ahora la carpeta con los mensajes enviados —dijo Parker.

Thomas hizo clic con el ratón y apareció la carpeta de enviados. Los mensajes llenaban la pantalla de arriba abajo. Cientos y cientos de mensajes. Escritos por Thomas Kilbride.

Todos, del primero al último, dirigidos a la misma dirección de correo electrónico: la de la Agencia Central de Inteligencia.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Me gusta mantener a todo el mundo al corriente de lo que hago —dijo Thomas.

QUINCE

Estaba aturdido. Los agentes Parker y Driscoll, no tanto. Al fin y al cabo, para eso estaban allí. Como esos correos se habían enviado a la cia, supuse que ya los habían visto.

—¿Por qué no abrimos un par de esos correos al azar? —preguntó Driscoll a pesar de eso.

—¿Qué les parece este? —preguntó Thomas, señalando uno, y Driscoll asintió. Hizo clic en uno que, como todos los demás, había sido enviado a la dirección de correo electrónico de consultas generales de la cia, que supuse que estaba disponible en Internet para cualquiera. Thomas había escrito: «whirl360update» en el asunto.

Ponía:

Estimado expresidente Clinton: Hoy he recorrido todas las calles de Lisboa y mañana empezaré con las de San Diego. Atentamente, Thomas Kilbride.

—El siguiente —dijo Driscoll.

Estimado expresidente Clinton: Los Ángeles va a tardar mucho más de lo que había previsto, pero es algo de esperar en las ciudades en expansión. San Francisco era más fácil porque está contenida por las montañas. Espero que todo le vaya bien. Atentamente, Thomas Kilbride.

—Uno más —dijo el agente Driscoll.

Thomas hizo clic.

Estimado expresidente Clinton: Estoy seguro de que tiene muchas conexiones con todas las agencias gubernamentales, no solo con la cia, así que le instaría a que empezara a investigar cuál es el

acontecimiento catastrófico que se avecina. Tiene sentido hacerlo ahora porque, una vez que ocurra, será mucho más difícil de afrontar. Como los ordenadores se verán afectados, quiero darles un número de teléfono donde pueden localizarme y mi dirección. Llámeme y dígame qué mapa necesita y me pondré manos a la obra. Atentamente, Thomas Kilbride.

A continuación, aparecían los datos de contacto. Hasta ese momento me había estado preguntando si el fbi había rastreado los mensajes hasta nuestra casa a través de una dirección ip o algo así, pero estaba claro que ese tipo de trabajo de investigación de alta tecnología no había sido necesario.

—Thomas —dijo la agente Parker—, ¿te has metido en algún lío alguna vez?

Él se pasó la lengua por el interior de las mejillas antes de contestar.

—¿Qué clase de lío?

Me pregunté si lo que estaba sintiendo yo era lo que se sentía cuando tu coche se estaba hundiendo en el agua.

—No lo sé, Thomas. ¿Problemas con la policía?

—No, nunca he tenido problemas con la policía.

—¿Y qué me dices de 1997? —preguntó Driscoll.

«Ay, no».

—¿Qué pasa con 1997? —preguntó Thomas.

—¿No hubo ningún incidente entonces? ¿Algo en lo que intervino la policía?

Thomas me miró y contesté yo.

—Eso no fue nada. No puedo creer que hayan sacado eso a relucir. La policía nunca presentó cargos.

—¿Te importaría contárnoslo, Thomas? —insistió Parker.

—Ray —me pidió Thomas en voz baja—, ¿puedes contárselo tú? No me acuerdo de algunas cosas.

—Cuando noso… Cuando Thomas y mis padres vivían en el centro,

y por aquella época yo acababa de mudarme, hubo un malentendido con los vecinos.

Parker y Driscoll esperaron.

—Thomas había encontrado los mapas topográficos originales de nuestra casa, ya saben, esos que te dan cuando compras o vendes una propiedad. Los mapas muestran exactamente dónde está situada la casa en la propiedad. Y los mapas mostraban las casas que había a cada lado y enfrente.

—Estaban mal —intervino Thomas.

Ella lo miró y sonrió.

—Sí, Thomas creía que los planos no eran exactos, así que quiso comprobarlo haciendo un mapa de nuestra propiedad y la de los vecinos. Así que cogió una cinta de quince metros de largo y…

—Todavía la tengo —interrumpió Thomas—. ¿Quieren verla?

—No, gracias —respondió Parker.

—Pues cogió ese metro y empezó a medirlo todo. Lo lejos que estaban las casas de la acera unas de otras, lo grandes que eran. No le dijo a nadie lo que iba a hacer. Solo empezó a hacerlo. Y el caso es que tenía razón. Algunas de las mediciones de los planos eran erróneas, aunque ligeramente. Lo cual habría sido bastante satisfactorio si no hubieran descubierto a Thomas frente a la ventana del dormitorio del primer piso de nuestros vecinos…

—Los Hitchens —añadió Thomas.

—Sí, correcto. Justo en el preciso momento en el que la señora. Hitchens se estaba vistiendo.

—Mmm —dijo Parker.

—Estaba desnuda —aclaró Thomas con naturalidad—. Esa ventana estaba exactamente a ocho metros con ochenta centímetros de la acera. En el plano ponía que estaba a ocho metros con cincuenta y siete centímetros.

—La señora Hitchens se enfadó mucho y llamó a la policía. Mis padres consiguieron convencerla, y convencer también a la policía, de que las acciones de Thomas eran totalmente inocentes, pero después de eso los vecinos nunca volvieron a ser los mismos con mi

hermano. La situación se volvió muy incómoda para mis padres. Fue entonces cuando decidieron mudarse aquí.

—El plano de *esta* propiedad es perfecto —aprobó Thomas.

Parker y Driscoll volvieron a intercambiar miradas. Había perdido la cuenta de cuántas veces lo habían hecho.

—¿Por qué no vuelve al trabajo mientras su hermano nos acompaña a la puerta? —le sugirió Parker a Thomas.

—De acuerdo —aceptó, volviendo al ratón y al teclado.

Cuando los tres estuvimos abajo, me dirigí a Parker.

—¿Y ahora qué?

—Haremos un informe. Esta visita ha sido para evaluar la amenaza, señor Kilbride. No creo que el agente Driscoll vea ninguna, y yo estoy de acuerdo. El Gobierno de Estados Unidos escucha a diario a muchas personas… —hizo una pausa para elegir cuidadosamente sus palabras—, cuyas interpretaciones del mundo que les rodea son en cierto modo únicas. El noventa y nueve por ciento de ellos no representa ninguna amenaza perceptible, son inofensivos, pero dedicamos mucho tiempo a localizar al uno por ciento que sí lo es.

Sentí que había estado conteniendo la respiración durante una hora. Me tomé lo que me dijo como una buena noticia, pero mi nivel de estrés estaba por las nubes. Además, estaba furioso con Thomas. Sabía que tenía que hacer ciertas concesiones con él, pero ¿conseguir que el fbi llamara a nuestra puerta? La sangre que corría por mis venas estaba cargada eléctricamente.

Parker continuó.

—Su hermano necesita encontrar otras aficiones. Si sigue comunicándose con las agencias gubernamentales con sus cuentos de un colapso de la infraestructura informática, van a recibir más visitas. Si no lo hacemos nosotros, lo harán otros.

—Entendido.

—Es un mundo diferente al de hace veinte años —dijo—. Nadie se toma estas cosas a la ligera. Mire lo que pasó en Tucson. Thomas mencionó a un psiquiatra. ¿Ve a alguien regularmente?

—Sí.

Volvió a sacar su libreta.

—¿Nombre?

No quería dárselo, pero ¿cuánto habría tardado en descubrirlo por sí misma? ¿Cinco minutos? ¿Diez como máximo? Recé para que Laura Grigorin para que pintara bien a Thomas o les dijera a esos dos que se fueran a la mierda, sin más. Le di el nombre—. Que pase un buen día, señor Kilbride.

Driscoll asintió pero no dijo nada. Los vi bajar los escalones del porche y volver a subirse en su coche oficial.

No estaba orgulloso de lo que hice después.

DIECISÉIS

Howard Talliman entiende por qué Bridget Sawchuck quería contarle los detalles de su dilema en un lugar público. No lo había hecho solo para mantener a raya su reacción, sino que tampoco había nada sospechoso en que se les viera juntos. Es perfectamente natural que Howard quede con la mujer de su mejor amigo para comer. Es tan consejero de ella como de Morris.

Pero Howard no quiere encontrarse con Allison Fitch donde puedan ser vistos juntos. No quiere que nadie se entere de esa reunión.

Así que reserva una *suite* para ese día en el Roosevelt de Madison con la Cuarenta y Cinco. Quiere una habitación con una sala de estar separada, pensando que Allison podría encontrar un poco desconcertante estar en un espacio pequeño con un hombre que nunca ha visto antes, con una cama *king-size* como el mueble dominante de la habitación, como si les estuviera haciendo señas. Encarga a Bridget que se ponga en contacto con Allison y la invite al hotel a las dos de la tarde para discutir la propuesta de la mujer. Lo que Allison no sabe es que es Howard el que asistirá a la reunión.

Pide café para dos al servicio de habitaciones con instrucciones de que se lo sirvan diez minutos antes de la hora de llegada prevista de Allison. No sabe si ella es proclive a la puntualidad, pero supone que cien mil dólares en juego es una razón bastante buena para ser puntual.

A las dos menos un minuto, las tazas y las jarritas de porcelana están colocadas sobre la mesa de centro, con las cucharas de plata y las servilletas de lino blanco a su lado y se oye un suave golpe en la puerta. Howard se levanta del sofá, donde ha estado sentado de forma despreocupada con una pierna sobre la rodilla. Abre la puerta un palmo.

Allison se queda con la boca abierta.

—Lo siento, creo que me he equivocado de habitación.

—Señora Fitch, un placer conocerla —saluda, abriendo la puerta de par en par e indicándole que entre con el brazo—. Llega justo a tiempo.

Ella duda, pero entra en la habitación.

—¿Dónde está Bridget? —pregunta.

—Yo voy a representar los intereses de Bridget hoy —responde.

—¿Quién demonios eres tú?

—Me llamo Howard Talliman. —No le ve sentido a usar un alias. Si esa mujer ha estado buscando cosas de a Bridget y Morris en Internet, y está seguro de que lo ha hecho, no le cabe duda de que se habrá topado con su nombre y su foto en algún momento—. Soy un amigo de la familia.

—Ah, sí, sé quién eres —dice—. Eres como… Eres su jefe de campaña o algo así.

—¿No quiere sentarse? He pedido café.

Allison observa la habitación mientras se acerca al sofá.

—¿Dónde está la cama? —pregunta—. Lo digo porque nunca he visto una habitación de hotel sin cama, no por otra cosa.

Howard señala una puerta cerrada.

—El dormitorio está ahí.

Allison está impresionada.

—¿Una habitación de hotel con el dormitorio aparte?

—Sí.

—¿Puedo verlo? —Señala con la cabeza hacia la puerta cerrada del dormitorio.

—Adelante.

Abre la puerta del dormitorio y silba.

—Guau. —Vuelve al sofá y se sienta—. ¿Cuánto cuesta una habitación así por un día?

—Eso no es lo que hemos venido a discutir, ¿verdad? —dice él.

—Solo digo que, si Bridget puede permitirse una habitación como

esta solo para que tú y yo podamos charlar, quizá estoy apuntando demasiado bajo.

Howard ya ha pensado que su petición de cien mil dólares carece de ambición, pero decide no decirlo. Coge la cafetera de plata por el asa.

—¿Le sirvo una taza? —ofrece.

—Sí, claro.

El café desprende vapor mientras lo vierte en las tazas. Allison añade crema de leche y azúcar al suyo, mientras que Howard lo toma solo. Él se reclina cómodamente en su silla, con el plato en una mano y la taza en la otra.

—Así que, señora Fitch, ha puesto las cosas patas arribas, ¿no es así?

—Sí, bueno, no sé qué te ha contado Bridget exactamente.

—Me ha dicho lo necesario: que se hicieron amigas, amigas muy especiales, que pasaron un tiempo juntas en Barbados y que posteriormente usted se enteró que está casada con Morris Sawchuck.

—Sí, eso es, más o menos. —Sorbe el café, hace una mueca, echa más azúcar y remueve.

—Y una vez que se enteró de eso, vio una oportunidad.

Allison Fitch se sonroja.

—No sé si yo lo llamaría así.

—¿Cómo lo llamaría?

—Vale… Supongo que lo llamaría hacerle un favor a Bridget.

Las pobladas cejas de Howard se enarcan brevemente.

—Explíqueme eso.

—Pues me imaginé que ella no querría que se supiera que nosotras dos, en fin…, que habíamos tenido algo, y le estaba ofreciendo una forma de que estuviera segura de que eso no iba a ocurrir.

Howard asiente.

—Ya veo. Es usted una persona de buen corazón, ¿verdad? ¿Cómo esperaba asegurarse de que esta información no se hiciera pública?

Sus ojos se entrecierran.

—Eres un hijo de puta bastante engreído, ¿no?

—Soy muchas cosas, señora Fitch.

—Mira, ya sabes la respuesta. Le dije que últimamente tenía problemas de liquidez y que, si me ayudaba, me aseguraría de que no saliera a la luz nada sobre ella que pudiera arruinar las posibilidades de su marido de ser gobernador o presidente o jefe del coro o lo que quiera ser de mayor. Es decir, la noticia de que su mujer se acuesta con alguien que no sea él ya sería bastante mala, ¿pero con otra mujer? A todos sus partidarios, que cuando no están gastando quinientos dólares por plato en alguna cena para recaudar fondos para él, están gastando millones para luchar contra el matrimonio entre personas del mismo sexo, les va a encantar. Venga, vamos, ¿qué son cien de los grandes para ella y su marido? Eso es como, ¿qué?, ¿dinero para el almuerzo?, ¿un viajecito a Gucci o Louis Vuitton? Eso no es nada para ellos. Podría haber pedido mucho más.

Howard Talliman sonríe.

—¿Cómo sabe que la policía no está escuchando esta conversación en la otra habitación? ¿Cómo sabe que no están a punto de irrumpir aquí y arrestarla por extorsión y chantaje?

Allison se tensa. Él puede ver en sus ojos que, por un segundo, espera que suceda de verdad. Pero entonces sus músculos parecen relajarse.

—No creo que vayas a hacer eso, porque entonces saldría a la luz que la mujer del gobernador ha tenido una aventura lésbica.

—¿Cree que podría sobrevivir a ese tipo de publicidad?

—Por supuesto.

—¿Y cómo cree que lo llevaría su madre en Dayton?

Eso le llega al alma. Casi se puede oír como traga saliva. Sabe que él ha hecho los deberes. Pero vuelve a serenarse.

—Creo que mi madre lleva años sospechándolo.

—No ha salido del armario con ella.

—No, pero esto me ahorraría la molestia de una dolorosa

conversación, supongo. La verdadera pregunta es si Bridget y su marido podrían sobrevivir al escándalo.

—Se limitarían a negarlo —dice Howard—. Sería su palabra contra la de ella. Está casada con un fiscal general y usted, querida, es una camarera.

—Una camarera con pruebas.

Estaba esperando a ver si ella jugaba esa carta. Los mensajes de texto. Los registros de llamadas.

—Pruebas —repite él—. ¿De qué pruebas estamos hablando?

—Tuvimos muchas conversaciones, de las que hay constancia.

—En su teléfono.

Ella asiente.

—Déjeme verlo. Demuéstremelo —pide.

Allison sacude la cabeza.

—¿Te crees que soy imbécil? —Él no contesta—. ¿Te crees que te lo voy a dar?

—Si quiere los cien mil, tendrá que presentar tu teléfono en el momento de la entrega para que pueda estar seguro de que esos mensajes han sido borrados.

Allison parece estar procesando lo que le ha dicho, como si no quisiera perder su ventaja.

—Me parece bien, supongo —acepta.

Howard deja la taza y el plato sobre la mesa y se aclara la garganta.

—¿Y qué garantías tiene Bridget de que no volverá a pedirle más dinero?

—Tendrás que creer en mi palabra —dice Allison, con una sonrisa pícara.

—Sí, supongo que tendré que hacerlo —responde Howard. Se golpea la parte superior de las rodillas—. Bueno, muchas gracias por venir. Seguiremos en contacto.

—Haces que parezca una audición. ¿No tienes mi dinero?

—Ahora mismo no —contesta Howard, poniéndose en pie—. Quizá esperaba que Bridget lo trajera hoy, pero antes quería hacerme una

idea de la situación. Llevará tiempo reunir esa cantidad de dinero. Supongo que no esperaba que le diera un cheque.

Se levanta avergonzada.

—No, claro que no. Pero ¿va a ser todo en efectivo?

—Creo que estaremos de acuerdo en que es mejor que no quede constancia de esa transacción —dice él

—Dios, ¿qué voy a hacer con todo ese dinero?

—Le sugiero que alquile una caja de seguridad y vaya sacando lo que vaya necesitando.

Hay un brillo en sus ojos. Se da cuenta de que ella ya se está imaginando todo ese dinero, preguntándose cómo de grande es un montón de cien mil dólares.

—Si, vale, puedo hacer eso. ¿Dónde se consiguen esas cajas?

Howard suspira.

—Yo probaría en un banco.

—¿Te pondrás en contacto conmigo cuando tengas el dinero?

—Por supuesto.

Howard está pensando en el futuro, preguntándose cuánto daño haría esto si saliera a la luz. ¿Y si va a la prensa? Howard confía, como le ha dicho a Bridget, en que podrán encontrar lo suficiente sobre esa mujer para desacreditarla. La arruinarán ante la opinión pública. Podría ser un camino difícil, no cabe duda. Pero no hay que olvidar que Bridget no es la que se presenta a las elecciones. Si este escándalo acaba destruyéndola, que así sea. Morris probablemente puede sobrevivir, incluso si eso significa dejar marchar a Bridget. Es posible que todo este asunto le granjee cierta simpatía, una vez que se calme el alboroto. Relaciones extramatrimoniales, manchas en los vestidos azules, coqueteos con las camareras de hotel… Los políticos parecían capaces de recuperarse de infinidad de cosas.

Pero pagarle cien de los grandes… ¿Cómo se vería eso si se supiera? La mente de Howard se acelera. Cree que hay una manera de darle la vuelta. Asumirá la culpa, dirá que lo hizo para evitar dolor y vergüenza a su amigo y a su mujer. Dimitir como asesor de

Sawchuck si se ve obligado a hacerlo, al menos públicamente, y seguir gestionando las cosas entre bastidores.

Aun así, será un desastre si sale a la luz. Aunque no será un golpe mortal, retrasará un poco los planes. Ya han tenido que poner las cosas en suspenso debido a ese otro asunto, preguntándose si la dichosa bomba va a estallar, pero a medida que pasan los días, las cosas parecen más prometedoras. Y en cuanto a esta mujer, tal vez, solo tal vez, una vez que tenga su dinero, se irá para siempre.

Las cosas que se ve obligado a hacer.

Y entonces Allison Fitch vuelve a hablar.

—No intentes nada raro. Porque, no lo olvides, sé cosas.

Howard parpadea.

—¿Perdón?

Ahora está de pie, dirigiéndose a la puerta.

—Ahora que sé quién es Bridget, con quién está casada, si pienso en el pasado, en cosas que vi, cosas que oí por casualidad, todo empieza a encajar.

Howard siente un escalofrío.

—¿De qué está hablando exactamente?

—Tú reúne los cien mil y no tendrás que preocuparte —es lo último que dice antes de salir al pasillo.

Howard se queda mirando la puerta mientras se cierra.

Se va a ver obligado a tener otra charla con Bridget. Y antes de eso, llamará a Lewis. Cuando parece que las cosas van a empeorar, habla con Lewis.

DIECISIETE

Cuando entré en su habitación, Thomas estaba mirando la pantalla de espaldas a mí.

—Me han parecido simpáticos, pero deberían haber enviado a la cia.

Me acerqué a un lado de su escritorio, que estaba lleno de cosas entre los mapas y el ordenador, me agaché y me acerqué a los enchufes de la pared. Y los arranqué. El suave zumbido del ordenador se detuvo al instante con un *pop* apenas audible.

Thomas gritó.

—¡Oye!

Luego me acerqué unos centímetros más, al lugar donde la línea telefónica entraba en el enchufe, y también la saqué. Thomas se quedó boquiabierto mirando los monitores negros.

—¡Enciéndelos! —exclamó—. ¡Vuelve a encenderlos!

—¡¿En qué coño estabas pensando?! —respondí con un tono aún más alto—. ¿Puedes decírmelo? ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Contactar con la cia? ¿Enviarles correos electrónicos? ¿Estás loco?

Incluso mientras lo decía, sabía que estaba mal. Pero no podía contenerme.

—Jesús, no puedo creerlo. ¡El fbi! ¡El maldito fbi en nuestra puerta! Tienes suerte de que no te arrestaran, Thomas. ¡O a los dos! Como mínimo, me sorprende que no se hayan ido de aquí con tu ordenador. Gracias a Dios que no amenazaste a nadie. ¿Tienes idea de cómo es el mundo hoy en día? ¿Empiezas a enviar correos electrónicos a las agencias gubernamentales diciéndoles que se avecina un cataclismo? ¿Tienes *idea* de cuántas alarmas hace saltar eso?

—¡Enchúfalo de nuevo, Ray! —Se levantó de la silla, se arrodilló y buscó el cable que salía de la regleta.

Lo agarré por los hombros y tiré de él.

—¡No!, ¡Ya está bien, Thomas! ¡Ya me he cansado! ¡Basta!

Pero Thomas se me adelantó y se metió debajo de la mesa como un cangrejo. Lo agarré de las piernas y lo arrastré fuera.

—¡Te odio! —gritó. Había lágrimas corriendo por sus mejillas rojas y llenas de ira.

—¡Todo esto se ha acabado! —exclamé—. ¡Para siempre! ¡Saldrás de esta habitación e irás a la calle! Vas a empezar a vivir como una persona normal.

—Déjame en paz, déjame en paz, déjame en paz —gimoteó. Lo arrastré hasta el centro de la habitación, los dos tirados en el suelo. La madera desnuda había facilitado su traslado, pero varios mapas y hojas impresas se habían amontonado bajo él en el proceso. Agarró uno de los papeles arrugados que tenía atrapados bajo el muslo, lo abrió e intentó aplastarlo sobre la parte superior de esa pierna.

—¡Mira lo que has hecho! —protestó. Le quité el mapa de las manos, lo arrugué y lo lancé al otro lado de la habitación—. ¡No!

Sabía que no estaba bien gritarle a Thomas, desenchufar su ordenador y, quizá lo peor de todo, tratar uno de sus preciados mapas como si fuera un pañuelo de papel usado. Había perdido el control de la situación y de mí mismo. Perder a mi padre, volver allí, intentar averiguar qué hacer con la casa y con Thomas, y ahora un par de agentes federales en la puerta… Había estallado. Pero no había excusa para atacar tan duramente a Thomas.

Así que tal vez no debería haberme sorprendido cuando Thomas estalló también.

Vino hacia mí como si le hubieran disparado de un cañón. Se abalanzó, estiró la mano y me agarró por el cuello. Caí de espaldas y él aterrizó encima de mí, con las piernas enredadas y las manos aferradas a mi cuello.

—¡Eres igual que papá! —gritó. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de ira. Asfixiándome, lo agarré de las muñecas, pero no pude soltarme.

—¡Thomas! —grazné—. Suéltame.

Levanté la mano, le agarré la oreja izquierda con mi mano derecha y tiré.

Thomas chilló y me soltó. Rodé y me retorcí para zafarme de él. El tirón de orejas parecía haberlo aturdido. Miró el caos que nos rodeaba, luego a mí, y negó con la cabeza.

—No, no, no —dijo, y en lugar de volcar más ira contra mí, empezó a golpearse a sí mismo. Se clavaba la parte baja de las manos, alternando izquierda y derecha, en la frente. Muy fuerte.

—¡Thomas! —dije—, para.

Intenté rodear sus brazos, pero eran como pistones. Se golpeaba la cabeza con tanta fuerza que sonaba como madera contra madera. Me lancé sobre él, inmovilizándolo para que parara.

Emitió unos gruñidos ininteligibles de frustración.

—No pasa nada —lo serené— ¡Thomas, para! —Mantuve mi peso sobre él, con la esperanza de que restringiendo sus movimientos lo calmaría—. No pasa nada —repetí—. Lo siento.

Se detuvo como si le hubiera dado a un interruptor. Su frente estaba roja y empezaba a ponerse morada. Entre la paliza que se había dado y sus ojos rojos e hinchados, parecía que acababa de perder una pelea de bar.

Estaba llorando.

Me sentí sobrepasado. Tenía la garganta seca y la respiración acelerada.

Empecé a llorar yo también.

—Thomas, lo siento. Lo siento. Voy a quitarme de encima de ti, ¿vale?

—Vale —dijo.

—Me estoy levantando. Prométeme que no te vas a pegar más, ¿de acuerdo?

—No lo haré.

—Vale, eso está muy bien. No pasa nada. —Lo senté y le pasé la mano por la espalda.

Miró hacia la regleta.

—Voy a volver a enchufarlo —anunció.

—Deja que lo haga yo. —Me arrastré y metí el enchufe en la toma de corriente. La torre del ordenador empezó a zumbar. Antes de que Thomas pudiera levantarse, le dije—: Pero tenemos que establecer algunas normas, ¿vale? Antes de que empieces a explorar de nuevo.

Asintió lentamente.

—Lo primero que tenemos que hacer es ponerte una bolsa de hielo en la cabeza. ¿Te parece bien?

Consideró mi oferta.

—Vale —aceptó.

Le tendí la mano y me sentí aliviado cuando la cogió. Noté que sus manos también estaban magulladas.

—Jesús, estás hecho un cromo.

Me miró.

—¿Cómo tienes el cuello?

Me dolía.

—Bien.

—Siento haber intentado matarte.

—No intentabas matarme. Solo estabas enfadado. He sido un gilipollas.

Él asintió.

—Sí. Un cabrón.

Se sentó a la mesa de la cocina mientras yo buscaba una compresa de hielo en el congelador. Papá siempre sufría algún tipo de distensión o tirón muscular y allí había suficientes compresas como para enfriar un Dairy Queen.

—Ponte esto en la cabeza —dije, dándole uno a Thomas. Acerqué una silla para poder pasarle un brazo por el hombro—. No debería haber actuado así.

—No —contestó Thomas.

—He perdido los papeles.

—¿Has estado tomando la medicación? —preguntó.

No me había tomado ni un solo M&M desde que volvimos de la consulta de la doctora Grigorin.

—No, supongo que me he olvidado.

—Cuando no tomas tu medicación te metes en problemas —dijo.

Continué con el brazo alrededor de él.

—No hay excusa para lo que hice. Sé que… Sé que eres como eres, y gritarte no va a cambiar las cosas.

—¿Cuáles son las normas? —preguntó.

—Yo solo… Solo quiero que me consultes antes de enviar correos electrónicos o hacer llamadas telefónicas. Pero puedes seguir recorriendo todas las ciudades que quieras durante el tiempo que quieras. ¿Trato hecho?

Se lo pensó, todavía sujetando la compresa helada en la cabeza.

—No sé.

—Thomas, no todos en el Gobierno entienden que intentas ayudarlos. No entienden que eres un buen tipo. Quiero asegurarme de que no haya malentendidos. No eres el único que podría tener problemas, yo también.

—Puede ser. —Se quitó la compresa de la cabeza—. Está muy fría.

—Intenta mantenerla ahí. Evitará que te salga un chichón.

—Vale.

—Nunca te había visto tan enfadado —dije—. A ver, me lo merecía, pero no sabía que lo llevabas dentro.

Mientras Thomas mantenía la compresa fría en la cabeza, no se le veían los ojos.

—Ahora voy a volver al trabajo. —Se zafó de mi brazo y se dirigió a las escaleras, tras dejar la compresa sobre la mesa. De espaldas a mí, dijo—: ¿Sigo teniendo que hacer la cena esta noche?

Lo había olvidado.

—No —respondí—, no te preocupes por eso.

DIECIOCHO

Bridget está saliendo del edificio de la calle Treinta y cinco donde tiene su sede la empresa de relaciones públicas para la que trabaja cuando lo ve esperándola allí.

La agarra firmemente por el codo y empieza a guiarla por la acera.

—¡Howard! —exclama ella, mirándole la mano—, suéltame el brazo. Me haces daño.

Howard Talliman no dice nada. Bridget lucha por mantener el equilibrio sobre sus tacones. La conduce al vestíbulo de un edificio, el primer lugar que ha visto donde puede hablar con ella sin que nadie los escuche.

—¿Qué sabe? —pregunta Howard una vez que están dentro. Ha colocado a Bridget contra una pared de mármol y aún no la ha soltado.

—Howard, ¿qué demonios…?

—Dice que oyó cosas —sisea como una serpiente.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Me reuní con ella. Cuando se iba, dijo que había oído cosas.

—¿El qué? ¿Qué oyó?

—No me lo dijo, pero dio a entender que era algo perjudicial. Cosas que habías dicho, cosas que tenían sentido una vez que ella supo quién eres.

—Howard, te juro que…

—¿Hablaste con Morris mientras estabas en Barbados?

—Por supuesto, hablamos continuamente.

—¿Hablaste con él en presencia de Allison Fitch?

—Sí, sí, seguro que sí. Howard, no siento la mano. Me estás cortando la circulación. —Se la suelta, pero sigue a escasos centímetros de ella, con la cara pegada a la suya—. ¿Estaba ella presente cuando tuvisteis esas conversaciones?

—No, bueno, puede que estuviera en la otra habitación. Hablaba con él en el baño, o cuando Allison estaba en el baño. Un día hablé con él en la piscina, cuando ella se fue a por bebidas.

—Entonces, podría haberte oído en cualquiera de ellas. Podría haber estado detrás de ti, o al otro lado de una puerta —dice Howard.

—Vale, supongo que es posible, pero incluso si lo hizo, nosotros no… Estoy segura de que nunca dije nada que…

—Conoces la situación de Morris —interrumpe Howard de forma sombría.

—No me lo cuenta todo.

—Pero tú lo sabes.

—Vale, sé lo que están investigando. ¿Cómo podría no saberlo? Morris se está volviendo loco con el tema, piensa que tarde o temprano saldrá a la luz, que Goldsmith lo va a implicar.

Así que sí lo sabía.

Howard nunca había podido convencer a Morris de que no hablara de asuntos políticos con su mujer. Estaba claro que le había contado a Bridget que Barton Goldsmith, el director de la cia, había involucrado a Sawchuck en su plan para hacer tratos con un puñado de sospechosos de terrorismo. Goldsmith argumentó que lo hacía para proteger al pueblo de Estados Unidos, pero resultó que el pueblo de Estados Unidos no lo veía del todo así después de que el *New York Times* sacara a la luz que Goldsmith se había apoyado en varios fiscales y organismos encargados de hacer cumplir la ley de todo el país para permitir que ciertos sospechosos de terrorismo salieran indemnes a cambio de información.

Como esos dos locos que estaban a punto de hacer estallar una bomba en un parque temático de Florida cuando los atraparon. En el momento en que le notificaron las detenciones, Goldsmith se apoyó en los más altos mandos policiales de Florida para retener a los dos hombres hasta que llegara su gente. Los expertos en inteligencia de Goldsmith dijeron que se avecinaba algo mucho mayor, y esos payasos de Florida accedieron a contar todo lo que sabían a cambio

de un par de billetes de avión de vuelta a Yemen. «El gobierno estadounidense incluso les pagó el billete de avión de vuelta a casa», señaló el *Times*, un hecho que sentó casi tan mal como la perspectiva de la devastación que habían estado a punto de causar.

Goldsmith atribuyó al acuerdo el mérito de haber frustrado la acción de otro terrorista con una bomba antes de que embarcara en París en un avión con destino a Washington. Pero el artículo del *Times* no pudo encontrar ningún vínculo definitivo entre ambos sucesos. Sugería que Goldsmith estaba inflando el valor de la información que había recibido de los dos terroristas del parque temático para justificar su regreso a casa.

Goldsmith fue puesto en la picota. Dimitió. Le siguió el fiscal general de Florida.

Lo que el *Times* no sabía era que el de Florida no era el primer incidente de ese tipo.

Un emigrante saudí ilegal con simpatías por Al Qaeda había intentado hacer estallar una Ford F-150 llena de explosivos a la vuelta de la esquina del Guggenheim. Lo había aparcado en mitad de la noche y lo había programado para que estallara a las nueve de la mañana. Pero a una mujer que miraba por la ventana de su casa de piedra rojiza le pareció raro que hubiera un hombre que no dejaba de mirar algo en la parte de atrás de una camioneta y llamó a la policía. Un equipo táctico llegó e inutilizó el dispositivo antes de que los carritos de *bagels* se hubieran puesto en marcha. Rastrearon la matrícula de la camioneta y llegaron hasta su propietario, el hombre detenido. Goldsmith estuvo al tanto desde el principio, descubrió al sospechoso y se enteró de que tenía un grupo de amigos de ideas similares a los que estaba dispuesto a delatar a cambio de un viaje a casa.

Goldsmith llamó a Morris.

Morris se resistió al principio. Imputaría al hijo de puta. Le dijo a Goldsmith que no estaba interesado en hacer tratos con terroristas.

—¿Sabes? —habría respondido Goldsmith—, los sospechosos de

terrorismo no son las únicas personas sobre las que tenemos información, ya me entiendes.

No había político ambicioso vivo que no tuviera secretos que esperaba que se mantuvieran enterrados para siempre. Morris Sawchuck solo podía adivinar lo que Goldsmith podría tener sobre él. Conocimiento, tal vez, de uno o más trucos sucios que Howard había realizado en su nombre. Donaciones a las campañas que no habían pasado por los canales oficiales. Tal vez incluso algo sobre la historia sexual de Bridget. O incluso la suya propia.

Sawchuck se dejó desautorizar.

El terrorista se fue a casa.

Cuando se publicó la historia del *Times*, Howard y Morris esperaron a que cayera el siguiente golpe. El *Times* seguiría indagando y descubriría que Morris había cedido. Podían ver los titulares: «El fiscal de Nueva York permite al terrorista del Guggenheim salir del país».

Habría acabado con él.

Nadie que dejara libres a terroristas llegaba a la mansión del gobernador, y mucho menos a la Casa Blanca. Morris habría tenido suerte de formar parte del consejo de una universidad pública después de que eso saliera a la luz.

De todo eso es de lo que Howard teme que Allison Fitch haya oído hablar a Bridget por teléfono con Morris.

—Madre mía, Bridget, ¿cómo puedes ser tan tonta? —Howard sacude la cabeza—. ¿Y cómo puede ser Morris tan tonto?

—Nunca me contó nada en concreto. Solo hablaba en términos generales. Es que está muy preocupado y espera que todo esto pase pronto.

—Esa es la cuestión, Bridget. Creemos que todo pasará pronto. Hay muchas posibilidades de que todo esto desaparezca. —Su voz es muy grave—. Pero no pasará si empiezas a cotorrear sobre ello por teléfono, donde una lesbiana chantajista puede oírte.

—Howard, de verdad, va de farol. No escuchó nada. Estoy segura.

Él se da la vuelta, se aleja dos pasos de ella, se gira, vuelve a

mirarla y se acerca.

—Podríamos salir airosos de lo del chantaje, pero si esa mujer realmente escuchó algo, tiene información más jugosa que la del sexo entre chicas. Tiene dinamita. ¿Entiendes lo que digo, Bridget? Tiene dinamita. Tiene una maldita arma nuclear.

—Howard, estoy completamente segura, aunque hubiera oído todas y cada una de las palabras que dije no habría escuchado nada…

—Basta —la frena—. Basta ya. —Sacude lentamente la cabeza, pensativo. La señala con el dedo y le dice—: Ni una palabra de esto a Morris. Ni una sola palabra.

Entonces, de repente, sale a grandes zancadas del vestíbulo a la acera y se dirige al este, dejándola allí.

Bridget se apoya contra la pared e intenta recuperar la compostura. Howard no tiene que preocuparse de que se lo cuente a Morris, le tiene más miedo a él que a su marido.

DIECINUEVE

—El fbi ha mandado a unas personas para que hablen conmigo, señor presidente.

—Sí, claro, eso tiene sentido.

—¿Los ha enviado usted?

—Es el procedimiento habitual.

—Vale, porque no eran nada simpáticos. Me preguntaron si había tenido problemas alguna vez.

—¿Y qué dijiste?

—Sabían que una vez vi a la señora Hitchens desnuda, pero lo otro no.

—Y tú no se lo contaste.

—No, y creo que se referían al tipo de problemas en el que era yo el que había hecho algo malo. Pero eso no fue culpa mía. No me gusta hablar de ello. Papá quería hablar de eso justo antes de morir; quería que yo hablara de ello. Era muy raro, porque durante años y años no me dejó hablar de ello con nadie. Y nunca lo hice. Ni siquiera lo sabe la doctora Grigorin.

—Lo sé.

—No lo sabe nadie, de verdad, solo usted.

—¿Y qué pasa con tu hermano? ¿Deberías decírselo?

—No, creo que no.

VEINTE

Mientras conduce de vuelta a casa, Michael Lambton quiere marcha.

Puede conseguirla allí —solo tiene que sacudir a Vera para que se despierte lo suficiente para que se ponga bocarriba—, pero eso no es lo que tiene en mente. Al fin y al cabo, está de celebración. Si vas a celebrar algo, ¿de verdad quieres el mismo coño que puedes conseguir cualquier día de la semana?

Y no hay duda de que tiene motivos de celebración. Lo ha conseguido. Al menos, parece que lo ha conseguido. La votación es el domingo y todo indica que los tontos de los cojones van a aprobarla. Por los pelos, probablemente, pero van a ratificar un contrato con un aumento salarial cero, un retroceso en las prestaciones y ninguna cláusula de seguridad laboral. Pero siguen teniendo trabajo, y no quieren que se trasladen a México, China, Taiwán o cualquiera de esos malditos lugares.

Quieren seguir fabricando piezas de automóviles —paneles de puertas, salpicaderos y volantes— y enviarlas a las plantas de GM, Toyota, Honda y Ford, no solo aquí, en los viejos Estados Unidos, sino también en el extranjero. Han visto lo que lleva varios años ocurriendo en todo el país, adónde se van los empleos. Y si los empleos se van, ¿volverán alguna vez? Ni de coña.

Eso es lo que les dice Lambton cuando les presenta la oferta de la empresa. Dice que es «deficiente». Dice que es «un puto insulto». Dice que es «un puñetazo en el estómago a todos y cada uno de los trabajadores y trabajadoras de esta planta».

Dice que es todas esas cosas y también dice que es «lo mejor que podemos hacer para mantener nuestros trabajos».

«Afrontémoslo, amigos. Estos hijos de puta pueden cerrar el negocio e instalarse en Asswipe, Corea del Sur, antes incluso de que hayáis llegado a casa del turno de noche, os hayáis abierto una

cerveza y hayáis puesto el programa de Leno. ¿Me gusta este contrato? Odio este contrato. Y como líder de vuestro sindicato, esta noche estoy aquí para deciros que el domingo voy a votar a favor de esta mierda de contrato. ¿Y sabéis por qué? Porque soy realista. Porque tengo bocas que alimentar, y sé que vosotros también. Porque tengo una hipoteca que pagar, y sé que vosotros también. Porque tengo que pagar la universidad a mis hijos, y sé que vosotros también. Porque tengo gente que depende de mí todos los días, y sé que vosotros también».

Se oyen quejas en la sala del sindicato, pero no son tan graves como Lambton esperaba. Hubo un tiempo en que le habrían tirado sillas. Pero eso era entonces, cuando aún existían las divisiones Pontiac y Oldsmobile. Antes de que vendieran Hummer y Saturn. Antes de que Chrysler casi se fuera a la mierda. Esto es ahora. Es un juego totalmente nuevo. Y aunque hay indicios de que las cosas están volviendo a su cauce, de que las grandes empresas automovilísticas van a seguir comprando piezas a esta planta de fabricación a medio plazo, la gente sigue estando nerviosa. No quieren que fracase la recuperación. Quieren conservar sus casas.

En el fondo saben que Michael Lambton tiene razón. No les gusta oír lo que tiene que decir, pero saben que es un tipo sin pelos en la lengua. Saben que Michael Lambton vela por ellos. Saben que Michael Lambton es de fiar.

No saben una mierda.

Hace unas semanas, los jefes de la empresa lo invitan a una reunión en la sala de juntas. Eran tres y están sentados en un lado de una larga mesa de caoba y Lambton en el otro.

Le pasan unos papeles por encima de la mesa y el presidente de la empresa se dirige a él.

—Vas a vender esta oferta a tu gente. Puedes hablar mal de ella todo lo que quieras. Puedes decirles que se merecen algo mejor. Puedes decirles que la empresa los obliga a comer mierda y sonreír mientras se la tragan y dicen «¿Me da un poco más, señor?». Pero al final, vas a venderles esta oferta, porque es lo mejor que van a

conseguir en la situación actual. Diles que voten en contra si les parece bien que alguien llamado Juan o Felipe o Dong Hung Low fabrique las piezas. Pero que, si quieren conservar su trabajo, tienen que firmar este contrato.

Michael Lambton aparta tranquilamente su silla, se levanta, se baja la cremallera de los vaqueros y lanza un chorro de orina sobre la mesa de caoba, empapando el contrato en el proceso.

Los jefes, que están sentados al otro lado de la mesa, empujan un poco sus sillas hacia atrás mientras el charco de pis se extiende.

Lambton vuelve a meterse el pene en los pantalones y se sube la cremallera.

—Eso es lo que pienso de vuestra oferta —dice—. La economía se está recuperando. GM está teniendo un buen año; Chrysler también. El rescate ha funcionado. Vosotros estáis ganando mucho dinero y podéis permitiros seguir dando a mis trabajadores un salario decente, ni se os ocurra pensar en trasladar la fábrica —sonrió—. ¿Ya hemos terminado?

El presidente se vuelve hacia el hombre que tiene al lado.

—Coge papel de cocina y limpia eso —ordena. El hombre no puede creer lo que le ha pedido, pero lo hace. Cuando ya está todo limpio, el presidente coloca una cartera de piel sobre la mesa—. Ahí hay medio millón. Puedes contarlo si quieres. Lo único que tienes que hacer es conseguir que tu gente vote a favor de este contrato.

Lambton se toma un momento para considerar la nueva táctica de negociación.

—Eso cambia las cosas —aprueba.

No será la primera vez que hace cosas malas por dinero. Es un hombre práctico.

—La mitad ahora, la otra mitad después de la votación, suponiendo que salga como tiene que salir —dice el presidente de la empresa.

A la salida de la reunión sindical, está seguro de que recibirá el otro cuarto de millón. Dentro de unos días, votarán los miembros del sindicato. Michael Lambton lleva mucho tiempo haciendo ese tipo de

cosas, se ha dirigido a muchas multitudes y sabe reconocer el estado de ánimo. Nunca se ha equivocado en ninguna votación.

Votarán a favor. Lo harán muy a su pesar, pero votarán a favor.

Conduciendo de vuelta a casa al salir de la reunión, sentado en el asiento calefactado de piel de su suv, piensa en todo el dinero que se le viene encima; le ha tocado la lotería.

Piensa, durante un momento, en ir a un bar, a ver si tiene suerte. Pero eso puede funcionar o no. Podría pagarlo, y puede permitírselo perfectamente, pero siente que eso está por debajo de él. Se considera un tipo guapo. Tal vez un poco rellenito por el centro, pero Tony Soprano también tenía barriga y eso no le impedía liarse con desconocidas cuando le apetecía.

Avanza por la autopista de dos carriles, accionando los limpiaparabrisas cada diez segundos aproximadamente para despejar la ligera llovizna que cae, cuando ve un coche parado en el arcén unos cien metros más adelante.

Una berlina japonesa de importación, con el maletero abierto de par en par. Según Lambton, en cierto modo, es culpa de los japoneses que haya aceptado el dinero y que haya renunciado a sus principios. Fueron los japoneses los que casi acabaron con la fabricación de automóviles en Norteamérica. Los alemanes también. Dos antiguos enemigos, vengándose al fin. Los *japos* y los *krauts* son los que han forzado la mano de Lambton para que coja el dinero y permitir que sus chicos puedan seguir trabajando. Porque si lo piensas en profundidad, ellos…

Espera, ¿qué es eso?

Una chica está intentando sacar una rueda de repuesto del maletero. Solo puede verla de espaldas, pero le gusta lo que ve. Pelo rubio hasta los hombros, chaqueta negra, vaqueros azules y botas de piel por encima de la rodilla. Está delgada. A Lambton le gustan con un poco más de carne en los huesos, pero no está mal.

Ha abierto el panel del suelo del maletero y el neumático está ya medio fuera.

Lambton aminora la marcha al pasar, observándola a través de la

empañada ventanilla del copiloto. Ella le echa un vistazo y ve que tiene unos treinta y muchos. Es guapa.

¿Se para para ayudarla o no?

No tiene que pensárselo mucho. Mira por encima del hombro en dirección a la parte delantera del coche de la chica, se dirige allí, apaga el motor y saca la llave. Tiene la mano en la puerta cuando suena su móvil.

—Mierda.

Mete la mano en la chaqueta y mira el número. Es un número desconocido. Pero le llama mucha gente y a algunos les gusta usar teléfonos diferentes, de esos que son difíciles de rastrear. Michael Lambton sabe lo importante que puede ser eso.

Pero ahora no quiere hablar con nadie. Tiene que atender a una damisela en apuros. Vuelve a meter el teléfono en la chaqueta.

Lambton no ve venir ningún coche por ese tramo de carretera. «*No hay mucho tráfico por aquí*», piensa. Si le pasara algo allí, no se enteraría nadie. «*No pienses en eso*», se dice a sí mismo y luego piensa: «*Vale, solo va a ser un momento*».

Se ajusta el chubasquero por delante y se lo abrocha. No solo para no mojarse con la llovizna. No quiere asustar a esa chica nada más llegar enseñándole el bulto creciente que hay en la parte delantera de sus pantalones.

—¡¿Problemas?! —grita.

Planea ayudarla, cambiarle la rueda y luego invitarla a tomar un café en algún sitio. Para entonces estará completamente empapado. Ella sentirá lástima por él, estará en deuda. Le resultará difícil decir que no. Quizá lo invite a ir a su casa, a secarse.

La mujer se asoma desde la parte de atrás de su coche.

—¡Dios mío, gracias por parar! —exclama—. ¡Creo que he pasado por encima de un clavo o algo así!

—¿Has llamado a Triple A? —pregunta, esperando que ella diga que no. No quiere que un conductor de grúa se entrometa en su plan.

—Debería darme de bofetadas, recibo sus notificaciones por

correo para que me haga socia y siempre las tiro a la basura. Soy imbécil, ¿a que sí?

Él se encuentra ahora en la parte trasera del coche, mirándola de arriba abajo. Uno setenta y cinco, unos sesenta y cuatro kilos, pómulos altos. Tetas pequeñas, pero no se podía tener todo. Parece europea o algo así. Piernas largas, vaqueros que le quedan perfectamente ajustados, como si fueran mallas, metidos dentro de las botas. Guantes de piel. Hay algo atlético en su postura.

—Deberías hacerte socia —sugiere, y luego le preocupa que ella le sugiera que llame él utilizando su número de socio. Ahora solo está a medio metro de ella. No quiere agobiarla ni asustarla. Parece desconfiada, del tipo «*Me alegro de que hayas parado, pero por favor no empieces a ligar conmigo, ¿vale?*».

—Supongo que he tenido mucha suerte de que pasaras por aquí —dice.

—¿Cómo te llamas?

—Nicole.

—Yo me llamo Frank —¿Por qué usar su nombre real en lo que claramente no es el comienzo de una relación seria?—. ¿Quieres esperar en mi coche mientras pongo la rueda?

—Oh, no hace falta, gracias —dice Nicole.

El móvil de Lambton vuelve a sonar pero él lo ignora.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta Nicole—. Puedo sostener una linterna o lo que sea.

—¿Tienes? Yo llevo una en el coche.

Saca su móvil del bolsillo de la chaqueta, lo que a Michael le parece bastante interesante, ya que la mayoría de las mujeres las guardan en el bolso.

—Tengo una aplicación que convierte el teléfono en linterna.

—Se te va a mojar —dice. Ha agarrado el neumático y está haciendo palanca sobre el parachoques trasero, preparándose para tirarlo al suelo.

—¿Qué rueda está pinchada? —pregunta. Se le ocurre, en ese

momento, que no se ha notado que el coche se desvíe hacia un lado o se asiente en una esquina.

—La del lado del copiloto —dice Nicole.

Cuando se asoma a la parte delantera del coche, Nicole se agacha, como si estuviera subiéndose una de las botas hasta la rodilla.

—Nicole, ese neumático no parece desinflado…

Siente calor cuando el picahielos, rápido y silencioso, entra en su costado derecho, justo por encima de la cintura. En el segundo que tarda en notar el dolor, Nicole ha retirado el picahielos, que tiene la punta roja y brillante, y se lo clava de nuevo, esta vez más arriba, entre las costillas.

Nicole lo vuelve a sacar y se lo clava por tercera vez.

Con mucha fuerza.

Michael Lambton jadea y cae sobre la gravilla húmeda. Intenta hablar, pero lo único que sale de sus labios es sangre.

Nicole se arrodilla.

—Tu gente quiere que te diga que saben que los has vendido —dice—. Saben lo de la doble traición. Saben que los has jodido.

Luego, para asegurarse, le clava el picahielos por cuarta vez y le atraviesa el corazón.

Se levanta y vuelve la cara hacia la lluvia. Qué gusto estar limpia.

Hace rodar a Michael Lambton hasta la cuneta y vuelve a deslizar la rueda de repuesto en el hueco que hay bajo el suelo del maletero. Una vez al volante en marcha por la carretera de dos carriles, suena su teléfono.

—Sí.

—Soy yo. —Ni hola, ni presentación. Pero reconoce la voz del hombre. Es Lewis.

—Hola —saluda.

—Te llamo para saber si estás disponible. A ver, ya no trabajas en exclusiva para Víctor.

—Ahora mismo estoy ocupada —responde.

—Puede que tenga algo para ti.

—Estoy al norte de la frontera, a punto de tomarme un descanso.

—Pero si tuviera algo para ti, ¿lo aceptarías? Vale la pena.

—¿A qué te refieres con «Si tuviera»?

—Tengo que consultarlo con mi jefe, pero creo que aceptará. Lo sabré muy pronto.

Ella se lo piensa. Tiene muchas ganas de tomarse un tiempo libre, pero no le gusta rechazar ningún trabajo.

—¿Cuál es el trabajo?

—Una chica que trabaja en un bar —responde–. Pan comido.

—Parece un trabajo que podría hacer cualquiera —dice Nicole.

—Necesitamos guardar las distancias.

—Avísame cuando hayas hablado con tu jefe.

Cuelga.

Hay algo en su voz que le recuerda un poco a la de su padre, aunque hace muchos años que no habla con él. El miserable hijo de puta.

Pero el viejo y querido papá siempre está en su cabeza.

Aún puede oírle decir «Dios mío, ¿plata? ¿Hemos venido hasta Australia para que ganes solo la plata? Sabes lo que dicen, ¿no?, que, si ganas el bronce en los Juegos Olímpicos, te alegras de volver a casa con una medalla, pero si ganas la plata, cuando te quedas a una milésima de ganar el oro, eso te consume para el resto de tu vida. Como el segundo hombre que piso la luna, ¿quién se acuerda de él?».

Aún recuerda la bofetada que recibió cuando respondió «Buzz Aldrin».

VEINTIÚNO

A la mañana siguiente, parecía que no hubiera ocurrido nada.

Thomas bajó a desayunar como cualquier otro día. Aunque no había dejado de sentirme culpable por cómo me había comportado después de la visita del fbi, Thomas seguía haciendo las cosas como siempre, es decir, se quedaba en su habitación y viajaba por el mundo.

Me desconcertaban muchas cosas de él y me encantaría poder entrar en su mente. Siempre había sido un misterio para mí, incluso cuando éramos niños. Había una burbuja a su alrededor, algo que me impedía entrar a mí y salir a él. Siempre me había preguntado por qué él y no yo; por qué era él quien tenía problemas psiquiátricos y no yo. Era tan injusto… ¿Miró Dios a mis padres y pensó: «Les daré uno con los pies en el suelo y con el otro me divertiré un poco»?

No faltaban teorías sobre el motivo por el que Thomas era esquizofrénico. Cuando éramos pequeños, se les echaba normalmente la culpa a los padres —o, más concretamente, a las madres—, lo que no le gustaba nada a la nuestra, que era una mujer paciente y cariñosa. Los más normal era que una madraza hubiera mitigado los efectos de la angustia mental de alguien en lugar de exacerbarla. Con el tiempo, surgieron otras teorías. Que si era genético, medioambiental, un desequilibrio químico en el cerebro, estrés, un trauma infantil, culpa de los alimentos procesados, una combinación de todas esas cosas o quizá algo totalmente distinto.

En resumidas cuentas, no se sabía. No se podía explicar por qué Thomas era como era, como tampoco se podía explicar por qué yo era como era. Y aunque Thomas tenía problemas, era tremendamente inteligente. Su capacidad para recordar todo lo que

veía mientras estaba en Whirl360 superaba mi capacidad de comprensión. Una vez le pregunté si sería más feliz sin ese don, y me contestó que si yo sería más feliz si no tuviera ninguna habilidad artística. Lo que yo consideraba su maldición, él lo veía como su talento. Eso era lo que le hacía diferente. Eso era de lo que se sentía orgulloso. Su obsesión era su fuente de placer. Y pensándolo bien, ¿no les pasa lo mismo a todas las personas con talento? No tenía ni idea, pero lo que sí sabía era que mis padres habían hecho todo lo posible por ayudar a Thomas y lo habían querido sin reservas. Lo llevaban a médicos y especialistas, hablaban con todos sus profesores y nunca dejaron de preocuparse por él. A menudo, como hermano mayor, me veía arrastrado a ese círculo de ansiedad. Una vez, creo que tenía quince años, Thomas estuvo desaparecido durante horas. Solía montarse en la bici y pasear por Promise Falls, cartografiándola, aprendiéndose cada centímetro cuadrado. Volvía con su cuaderno lleno de planos de calles, detallados hasta tal punto que incluían también las señales de *stop* y las bocas de incendios.

Ese día en concreto, no había vuelto a casa a tiempo para cenar. Eso no era propio de Thomas.

—Ve a ver si lo encuentras —me había dicho mi madre.

Me subí a la bici y me dirigí al centro. Pensé que lo encontraría allí. Los cruces de calles eran más intrincados en el centro, y resultaban más entretenidos para alguien con los intereses de Thomas. No pude localizarlo, pero sí su bicicleta.

Estaba escondida en un callejón de Saratoga, entre una barbería y la panadería Promise Falls Bakery, que hacía las mejores tartaletas de limón de la historia del universo. Pensé que tal vez Thomas había ido a por una, pero la señora del mostrador no lo había visto.

Subí y bajé por la calle, preguntando en todos los negocios si alguien había visto a mi hermano. En un momento dado, me paré en la acera frente a una zapatería, superé mi miedo a llamar la atención y grité: «¡Thomas!».

Cuando volví al lugar donde había encontrado su bici, ya no estaba.

Pedaleé a casa furiosamente y llegué unos diez minutos después que él. Thomas estaba especialmente hosco y no dijo ni una palabra durante toda la cena, pero aquella noche lo oí en el sótano: estaba discutiendo con nuestro padre o, mejor dicho, papá le estaba hablando bastante enfadado. Supuse que a Thomas le estaban echando la bronca por ausentarse sin permiso, pero cuando le pregunté después, me dijo que no era nada.

Fuera lo que fuese lo que había estado haciendo ese día, nunca volvió a salir el tema.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, reflexionando sobre esas y otras cuestiones de peso y observando a Thomas mientras se comía los cereales.

—En lugar de la cena, puedes hacer otra cosa —sugerí.

Levantó la vista del bol.

—¿Qué? —parecía alarmado.

—La casa necesita una limpieza.

Escaneó con la vista la cocina y el salón.

—A mí me parece que está bien.

—Hay que aspirar, aquí entra mucha porquería. Yo limpio los baños y tú aspiras la casa.

—Papá era el que se encargaba siempre de limpiar —dijo. Como respondí, añadió—: Siempre lo hacía él, yo nunca he usado la aspiradora.

—¿Estás de acuerdo con que hace falta limpiar la casa? —pregunté.

Tardó en contestar.

—Supongo que sí —dijo por fin.

—A ver, como papá ya no está, ¿cómo crees que deberíamos resolver ese problema? Aquí vivimos dos personas, al menos de momento, y quiero que participes en la resolución de los problemas que surjan.

—Podrías hacerlo tú —respondió, pensativo.

—Yo ya me ocupo de hacer la compra y de las comidas y de tratar

con el abogado; y, además Thomas, tengo un trabajo. Voy a tener que volver a Burlington… —Abrió la boca para contestar, pero levanté el dedo a modo de advertencia y se calló—. Voy a tener que volver a Burlington o trabajar desde aquí. En cualquier caso, tengo cosas que hacer.

—Yo también —replicó.

—Es verdad, pero he pensado que, si yo he tenido que reducir mi jornada laboral para hacer recados, es justo que tú también hagas lo mismo.

Los ojos de Thomas se movían de forma nerviosa.

—No sé dónde está la aspiradora.

Señalé el armario que había al lado de la puerta trasera.

—Está justo ahí.

—¿Cuándo quieres que te haga ese favor? —preguntó.

—Tienes que entender, Thomas, que no me estás haciendo un favor a mí. Es algo que hay que hacer por nuestro hogar. Colaborando los dos, compartiendo las tareas, lo hacemos el uno por el otro y por nosotros mismos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, supongo que sí. ¿Cuándo quieres que lo haga?

Levanté las manos.

—¿Qué te parece ahora? Así te lo quitas de encima y tienes el resto del día libre. Hoy no te voy a pedir que hagas nada más.

—¿Cuántas habitaciones tengo que aspirar?

—Todas.

—¿Y el sótano?

—Vale, sáltate el sótano.

—¿Y las escaleras?

—Sí, las escaleras, sí. —Hundió los hombros como si sintiera el peso de la tarea—. Coge la aspiradora, te enseñaré lo básico.

Apartó la silla, fue al armario y sacó la máquina con la misma gracia y familiaridad que tendría un yak con un juego de palos de golf.

—¿Cómo se enchufa? —preguntó—. El cable solo sale dos centímetros. No llegará a la pared.

—Presiona con el pie ese botón de ahí. Ese no, el de al lado. Ahora tira del cable y sigue haciéndolo hasta que no salga más. —Me levanté—. Deja que te enseñe un par de cosas. —Le di unas nociones básicas: cómo encenderla y apagarla, cuándo utilizar el cabezal motorizado y para qué servían los distintos accesorios. —Esto es para moqueta y esto para suelos de madera.

—¿Y para las plaquetas? —preguntó.

—Lo mismo que para los de madera. Solo tienes que hacer varias pasadas por todo el suelo hasta que esté completamente limpio. —Habría tenido la misma expresión de Thomas si alguien me hubiera dejado solo en la cabina del transbordador espacial. Ante mi insistencia, accionó el interruptor y la máquina se puso en marcha—. Tengo que ocuparme del correo y de un par de cosas más, así que te dejo solo.

Había ido a Promise Falls con tanta prisa que no había metido en la maleta el portátil; utilizaba el programa de correo electrónico del móvil y resultaba un suplicio escribir cualquier respuesta que requiriera más de unas pocas palabras en ese teclado. Además, sabía que tenía algunas facturas pendientes y podía hacer el pago por Internet.

Papá tenía un portátil, el segundo que había tenido en su vida.

—Este es más ligero, más rápido —me había escrito en un mensaje unos meses antes. Había empezado a leer los periódicos en Internet, pero seguía comprando uno impreso cada día. Decía que era por los anuncios locales, pero en realidad le gustaba el ritual de subirse al coche y conducir hasta la tienda para comprar uno. Era su aventura matutina diaria. Además, siempre se tomaba un café y llegaba a casa a tiempo para prepararle el desayuno a Thomas.

Tenía el ordenador en la encimera de la cocina. Me lo llevé al porche. La señal inalámbrica funcionaba allí y quería alejarme del ruido de la aspiradora. Observé la técnica de Thomas al pasar. Caminaba encorvado mientras aspiraba, como si estuviera cazando el polvo que tenía que aspirar. Evidentemente, creía que el cabezal motorizado necesitaba reposar sobre cada sección de la alfombra

durante varios segundos para hacer bien su trabajo. Al paso que iba, no llegaría a su habitación hasta el mediodía.

Me senté en uno de los sofás de mimbre, abrí el ordenador y pulsé el botón de encendido. Probablemente me habría ido bien un jersey ahí fuera, pero no hacía tanto frío como para molestarme en volver a entrar a por uno.

Introduje la contraseña para entrar en mi programa de correo electrónico. Había *spam*, un par de notas de Jeremy Chandler y un mensaje de un redactor del *Washington Post* elogiando mi última ilustración, que representaba al Congreso como un arenero lleno de niños.

Dentro, se oyó un ruido, como si la aspiradora se hubiese tragado una ardilla. No había duda de que Thomas había enganchado los flecos de la alfombra. Ya se las arreglaría.

Busqué la página web del *Promise Falls Standard*. No pude encontrar una dirección de correo electrónico específica para Julie, pero en la sección «Contacto» ponía que se podía contactar con un periodista escribiendo la inicial de su nombre seguida de su apellido y luego «@pfstandard.com».

Así pude escribir a Julie:

Gracias por la cerveza y por dedicarme tu tiempo. Ha sido un placer volver a verte.
Como te dije, si pasas por aquí cerca, ven a casa y así saludas a Thomas.

Le di a «enviar».

Llevaba pensando en ella desde nuestro encuentro en Grundy's, y esperaba que aceptara mi invitación. No había pasado mucho tiempo con ella, pero había sido suficiente para darme cuenta de que era fácil hablar con ella. Podías hablarle claro, sin tonterías. Y, últimamente, no tenía nadie con quien hablar. No se podía hablar en serio con Thomas. O sea, ¿cómo iba a hablar con él si lo único que le importaba de verdad era volver a su Whirl360? Estaba más preocupado por ayudar a la cia con una catástrofe mundial

inexistente que por ayudarme a averiguar qué hacer con la casa y con él.

Suspiré y abrí Safari. Quería echar un vistazo a la residencia que Laura Grigorin había sugerido que podría ser un buen lugar para Thomas. Me acerqué a la esquina de la pantalla para introducir algunas palabras clave en Google.

En cuanto empecé a teclear, apareció en la pantalla una lista de búsquedas anteriores. Serían cosas que papá había buscado la última vez que usó el ordenador, antes de morir.

Eché un vistazo a la lista. Era corta, solo había tres cosas: «*smartphones, depresión y prostitución infantil*».

Me quedé mirando la lista un rato largo. Sentí que la tierra estaba a punto de abrirse para tragarme entero.

Se abrió la puerta.

—Creo que se ha roto el aspirador —dijo Thomas.

VEINTIDÓS

Howard Talliman está sentado en un banco de Central Park, justo al norte del Arsenal, al sur de la Sesenta y cinco, esperando a Lewis Blocker.

Howard lleva muchos años teniendo de empleado al expolicía de Nueva York. Empezó como un trabajo ocasional por cuenta propia, pero eso significaba que podía haber ocasiones en las que Howard necesitara a Lewis cuando estaba ocupado haciendo trabajos para otras personas, y eso no le valía a Howard. Así que le puso a Lewis un sueldo anual, el doble de lo que ganaba como policía, para que pudiera estar seguro de que siempre que necesitara las habilidades de Lewis, estaría disponible.

Howard necesita a Lewis ahora más que nunca. Nunca ha tenido una crisis como esta.

Howard mira hacia el sur, ve a Lewis. El hombre mide algo más de un metro ochenta y, si tuviera algo de pelo en la parte superior de la cabeza, probablemente llegaría al metro ochenta y cinco. Cuello grueso, hombros anchos y un poco fofo en la zona central, pero se trata solo de un poco de acolchado por encima de sus abdominales. Howard sabe que, si clavara su puño en las tripas de Lewis con todas sus fuerzas, el tipo no se inmutaría y Howard acabaría con la muñeca rota. Sus ojos son pequeños y penetrantes, flanqueando una nariz ligeramente inclinada hacia la izquierda. Hace años que se la rompieron y decidió no arreglársela para que la gente supiera que le habían hecho daño, que había sobrevivido y que no tenía reparos en volver a sufrirlo.

Lewis Blocker hace una señal a Howard con la cabeza y se sienta a su lado.

—¿Y bien? —pregunta Howard.

—Podrías darle los cien mil —dice—, pero eso no será el fin de tu

problema.

—Continúa.

—He investigado por ahí. —Howard no tiene que preguntarle a Lewis si ha sido discreto, le paga para que lo sea. Lewis sabe descubrir las cosas sin llamar la atención.

—Allison Fitch debe dinero. Le devuelven los cheques. Pide dinero prestado y no lo devuelve. No ha pagado su parte del alquiler y su compañera de piso quiere matarla. Cuando consigue dinero, en vez de devolvérselo a la gente a la que se lo debe, se lo gasta en ella misma.

—Vale.

—Creo que, si le das el dinero, se volverá loca. Se lo gastará en menos que canta un gallo. Si quieres mi opinión, creo que con esos cien mil dólares se endeudará aún más en poco tiempo. Se comprará una casa, alquilará un coche llamativo, abrirá una cuenta en Bloomingdale's. Los cien mil se habrán evaporado, y volverá a por otros cien en poco tiempo.

Howard asiente, pensativo.

—Entonces, volverá.

—No tengo ninguna duda. Y por la forma en que se va a gastar el dinero, va a llamar la atención, y mucho. La gente se preguntará de dónde ha sacado esa fortuna. Algunas personas, te sacan la pasta y son inteligentes al respecto. Guardan el dinero, lo reservan por si les hace falta para un imprevisto, ese tipo de cosas. Pero ese tipo de personas son una minoría. Las personas cuidadosas con el dinero no suelen ser chantajistas, ¿sabes?

—Ya entiendo —dice Howard—. ¿Y si, y no puedo creer que esté sugiriendo esto, le diéramos más dinero, desde el principio, pero dejáramos claro que no habrá más, ni un centavo más?

Lewis lo mira con desaprobación.

—Vale, ya lo sé, he dicho una tontería —reconoce Howard—. A lo mejor puedes darle tú los cien y decirle unas cuantas cosas. Puedes ser muy persuasivo. Le das un susto de muerte y le haces entender

que no le conviene gastarse el dinero en cosas caras, ni llamar la atención ni pedir más.

—Hacerle daño —deduce Lewis. —Un poco.

Howard no puede mirar al expolicía a los ojos. Observa cómo una niñera filipina agrupa a tres niños pequeños del Upper East Side, todos vestidos con Burberry, mientras se dirigen al zoo.

—Tú decides, Lewis —dice Howard—, eres el experto.

—Sí, por eso creo que deberías escuchar lo que creo que tienes que hacer, porque ni siquiera hemos abordado tu otro problema.

Howard lo mira.

—El relativo a lo que podría saber.

Lewis asiente.

—He hablado con Bridget —comenta Howard— y cree que es posible que Fitch haya escuchado una de sus conversaciones telefónicas con Morris. Y es posible que hablaran de su problema.

—Pero no lo sabe con seguridad.

Howard sacude la cabeza.

—No.

—Y con ese tipo de cosas no se puede tener dudas.

Howard se frota las manos.

—Quizá, si tuvieras una charla con ella, podrías determinar lo que sabe y lo que no.

Lewis se mira los pies. Un par de palomas picotean unas migajas de palomitas de maíz cerca de la punta de su zapato izquierdo. De repente, da una patada y alcanza a una de las palomas en la cabeza. El pájaro se tambalea como si hubiera bebido demasiado.

—No creo que sea una buena idea, Howard. Si en realidad no sabe nada, le estaremos diciendo que tenemos algo más que ocultar aparte del hecho de que a Bridget le gusta la carne y el pescado. Le daría aún más ventaja.

—Madre mía —se queja Howard en voz baja—, qué puto desastre. Lewis, ¿cómo demonios se te pasó esto de Bridget?

Entrecerró los ojos.

—Tal vez porque me pediste que hiciera solo una investigación

superficial, finanzas, antecedentes penales, multas de aparcamiento sin pagar… Su expediente estaba limpio como la patena. Era tan perfecta para Morris que no quisiste profundizar demasiado para no correr el riesgo de joderlo todo.

Howard suspira porque sabe que es cierto. Pero no puede evitar añadir una aclaración.

—Bueno, deberías haberlo hecho por iniciativa propia, deberías haber hecho lo que en tu opinión era más prudente.

—Es gracioso que digas eso —murmura Lewis.

—¿Qué?

—Voy a recomendarte lo que creo que debes hacer con Allison Fitch.

Howard parece receloso.

—¿El qué?

—Tienes que conseguir que no sea un problema recurrente.

—¿Y cómo demonios lo hacemos? —Lewis no dice nada, espera a que Howard se dé cuenta. Una vez que lo ha hecho, palidece—. Ah, no, no puedes hablar en serio. —De nuevo, Lewis no dice nada—. Dios mío —susurra Howard—. No, eso no es… Mira, en mis tiempos hice ciertas cosas, porque me vi obligado; pero Lewis, nosotros no matamos gente.

Lewis asiente con mesura.

—No lo haríamos nosotros, Howard.

—¿Qué?

—Que no lo haríamos nosotros, ni tú ni yo. No podrían conectarlo con nosotros.

Howard tiene la boca muy seca.

—Entonces…

—Ya he tenido una conversación preliminar con alguien sobre nuestra situación —explica Lewis con calma—. Sé cómo trabaja y ella puede ocuparse de esto por nosotros.

—Madre mía, Lewis, joder. —Howard respira hondo y suelta el aire lentamente. De repente, se gira y dice—: ¿Ella? —Lewis asiente. Howard sacude la cabeza—. No sé, no estoy seguro.

—Tienes que preguntarte cuánto tiempo quieres que continúe este problema. Si estás dispuesto a soportarlo indefinidamente, a que esa mujer siga volviendo a por más dinero, a que les cuente a sus amigos cómo consiguió ese dinero, a correr el riesgo de que sepa algo que podría ser muy perjudicial para Morris, entonces, adelante, dale los cien mil ahora mismo.

Howard apoya la cabeza en las manos durante unos segundos, luego se sienta erguido y mira fijamente al frente.

—Haz lo que tengas que hacer —dice.

VEINTITRÉS

—La aspiradora se ha tragado el borde —dijo Thomas cuando entré en casa, después de dejar el portátil de papá en la silla del porche. Al parecer, el cabezal motorizado había digerido la mitad de una alfombra que iba desde la puerta principal hasta la cocina. La máquina se había apagado sola al atascarse.

—Thomas, tira de la alfombra para sacarla.

—¿Con la mano?

—Sí.

—¿Y si se enciende y me absorbe los dedos?

—No va a… —Sonó el teléfono—. Maldita sea —mascullé antes de contestar—. ¿Sí?

—¿Es usted Ray Kilbride? —preguntó una voz femenina.

—Sí.

—Ray, soy Alice, de la oficina de Harry Peyton. Nos preguntábamos si podría pasarse a firmar unos papeles relacionados con la tramitación de la herencia de su padre.

—Sí, claro —dije, tratando de ordenar mis pensamientos—, por supuesto. ¿Cuándo quiere Harry que vaya?

—Pues la verdad es que ahora mismo estamos bastante tranquilos. A lo mejor no le viene bien, pero si pudiera…

—Claro, en cinco minutos estoy allí.

Colgué. Cuando me di la vuelta, estuve a punto de chocar con Thomas, que había estado todo el rato a solo un palmo de distancia, esperando instrucciones, con la aspiradora estropeada detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tengo que ir a la oficina del abogado para firmar unos papeles.

—Voy a volver al trabajo —anunció Thomas, con la mirada perdida —, llevo mucho retraso.

—Claro, arreglaré lo de la aspiradora más tarde. Vuelvo en un

rato.

Mientras conducía hacia la ciudad, no podía dejar de pensar en por qué mi padre estaría buscando en Internet información sobre la prostitución infantil. Los dos primeros elementos de búsqueda me parecían comprensibles. Me había dicho que quería comprarse un teléfono nuevo con el que pudiera conectarse a Internet, hacer fotos y otras muchas cosas. Y, basándome en lo que le había oído últimamente a Harry y a Len, a lo mejor papá estaba deprimido. A lo mejor se estaba diagnosticando a sí mismo, ¿pero prostitución infantil?

Todos a lo que me llevaba mi mente eran lugares a los que no quería ir. Intenté pensar en algunas razones lógicas por las que papá pudiera haber hecho semejante búsqueda. Tenía que haber alguna.

«Piensa».

Vale, a lo mejor había visto algo en la televisión, algún programa de noticias sobre la explotación sexual de niños. Estaba tan horrorizado por ello que quería saber más. ¿Y si la razón era… que quería hacer una donación a una organización benéfica que trabajaba para liberar a niños de todo el mundo de ese tipo de esclavitud?

¿Sería algo que haría mi padre? ¿Había dado dinero en el pasado a alguna ong? No.

Era un buen hombre. De eso no había duda. Cuando la gente necesitaba ayuda, podían contar con él. Recuerdo que, cuando era pequeño, la casa de nuestros vecinos —no los Hitchens, sino los del otro lado— se había incendiado. Los bomberos llegaron antes de que la casa quedara destruida, pero la cocina sufrió daños considerables. No tenían seguro y no podían permitirse contratar a alguien para reformarla, así que optaron por hacer el trabajo ellos mismos. El único problema era que, aunque tenían mucha voluntad, carecían de las habilidades necesarias. Y aunque papá nunca había trabajado como fontanero ni carpintero, se le daba bien el bricolaje, ya que lo

había aprendido de su padre. Durante un mes, siempre que tenía tiempo, papá trabajaba en esa cocina.

Le gustaba ayudar, pero de forma práctica. Donaría tiempo y esfuerzo, pero no era la clase de hombre que cogía el teléfono para darle el número de su tarjeta de crédito a alguna organización humanitaria.

Eso desmontaba *ese* motivo para investigar la prostitución infantil.

Tal vez había oído que algo así ocurría en la zona norte del Estado de Nueva York y quería asegurarse de que no se convertía en un problema en Promise Falls, pero e*so* parecía aún *más* improbable.

¿Qué otra razón podría haber?

La que no me atrevía a considerar era que a papá le *interesaba* el tema. Cuando volviera a casa, comprobaría el historial de páginas web a los que había llevado la búsqueda a mi padre. Quizá esas páginas, fueran las que fuesen, arrojaran luz sobre sus motivaciones.

A lo largo de los años había oído historias de gente que descubría cosas sobre sus padres después de muertos: una madre que había tenido un hijo y lo había dado en adopción antes de casarse; un padre que había tenido una aventura con su secretaria; una madre que durante años había ocultado su adicción a las pastillas; un padre que había llevado una doble vida y que tenía una familia secreta en otra parte del país…

Cualquiera de esos descubrimientos sería impactante, pero nada comparado con enterarte de que tu padre era un pervertido. Y no se trataba de que me costara creerlo: no podía y punto.

Había otra posibilidad: que no fuera papá el que hubiera hecho una búsqueda sobre prostitución infantil, que otra persona hubiera usado su portátil.

—¿Estás bien, Ray? —me preguntó Harry Peyton mientras acercaba mi silla al borde de su mesa para firmar unos documentos.

—Sí, claro —dije.

—Pareces estresado.

Garabateé mi firma en los lugares que me señalaba.

—Estoy bien.

—No tienes que preocuparte por nada, todo el papeleo va viento en popa.

—Me alegro.

—¿Qué tal van las cosas en casa? ¿Cómo está Thomas?

Solté el bolígrafo y me recosté en la silla.

—¿Que cómo está Thomas? —repetí, bajando la vista—. Buena pregunta.

—Ray, ¿qué ronda por la cabeza?

—Harry, tú también eres algo así como mi abogado, ¿no?

—Por supuesto que sí, Ray.

—Me refiero a que sé que eras el abogado de papá, y que te encargas de todo este asunto de la herencia, pero ¿también eres mi abogado para otras cosas?

—Sí —respondió—, soy tu abogado. Puedes contarme lo que quieras.

Iba a hablar, pero no sabía por dónde empezar; no quería decir todavía lo que había encontrado en el portátil de papá. Pero aquel descubrimiento no era lo único ocurrido en las últimas veinticuatro horas que me había dejado conmocionado.

—Dos agentes del fbi nos hicieron una visita —dije.

—¿Que hicieron qué? Dios mío, Ray, deberías haberme llamado. ¿Tenían una orden?

—Solo me enseñaron sus identificaciones.

—Madre mía.

Se lo conté todo. Cómo entraron, nos hicieron preguntas a Thomas y a mí. Cómo descubrí que Thomas había enviado todos esos correos electrónicos a la cia, dirigidos a Bill Clinton. Cómo lo había oído mantener una conversación imaginaria con el expresidente.

Harry puso las palmas de las manos sobre la mesa.

—Increíble. Tienes mucho con lo que lidiar, Ray.

—Quería contarte algo más…

—¿Qué?

—Es sobre mi padre.

—Continúa.

—¿Alguna vez…? ¿Sabes algo de cómo era su vida privada?

—¿Qué quieres decir con vida privada? ¿Estás hablando de su vida sexual?

—Supongo —contesté.

Harry se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Te refieres a desde que tu madre falleció?

En realidad no, pero respondí de otro modo.

—Claro.

—La verdad es que no sé nada. No lo vi llevando a nadie a casa, y Adam nunca pasaba largos períodos de tiempo fuera por culpa de tu hermano. Estoy seguro de que no salía de noche, pero, bueno, si hubiera conocido a alguna mujer, podría haber quedado con ella durante el día, cuando no tenía ningún reparo en dejar a tu hermano durante unas horas.

—¿Alguna vez lo viste con alguien? ¿Alguna vez habló de que estaba saliendo con alguien?

Harry negó con la cabeza.

—No, pero, ya sabes, un hombre de su edad…, hay muchas razones para pensar que sería sexualmente activo. ¿Te importa que te pregunte por qué es eso un problema, Ray? ¿Has pensado que a lo mejor sale alguna mujer de la nada diciendo que tiene derechos sobre la finca?

—No, no es un problema. ¿Sabes qué?, olvida que te lo he preguntado. No es nada.

Tal vez eso era lo que debería haber hecho yo, olvidarme de ello, fingir que nunca había visto esas dos palabras en el ordenador de mi padre.

Pero antes de dejarlo pasar, iba a ver a qué páginas web lo había llevado esa búsqueda. No quería saberlo, pero tenía que saberlo.

Cuando llegué a casa, Thomas estaba donde esperaba que

estuviera y el portátil de papá estaba sobre la mesa de la cocina, cerrado. Thomas debía de haberlo cogido del porche y apagarlo.

Abrí la tapa, pulsé el botón y esperé el medio minuto que tardó el ordenador en encenderse. Entonces abrí el navegador web.

Fui al campo de búsqueda y escribí una sola letra para que aparecieran las búsquedas anteriores.

No había nada.

Nada sobre *smartphones,* depresión o prostitución infantil.

—Qué cojones… —murmuré.

Desplacé el cursor hasta «Historial» e hice clic. Estaba vacío. Se había borrado la lista de todas las páginas web que se habían visitado con ese dispositivo.

VEINTICUATRO

Muchas noches, incluso después de los años que han pasado, sueña con estar en las barras.

Es el año 2000. Se celebran los Juegos Olímpicos en Sídney. Nicole tiene quince años y está ejecutando su rutina en las barras asimétricas ante miles de espectadores, cientos de cámaras, sus compañeros del equipo de gimnasia rítmica y su entrenador. Nota el magnesio en las manos, salta hacia la barra inferior, la agarra con firmeza, siente el tirón en los brazos, da dos vueltas alrededor de ella antes de tener suficiente impulso para saltar a la barra superior, y entonces se pone en marcha, girando; el estadio y la gente vuelan más allá de su campo de visión, pero ella no los ve. Ahora no están ahí fuera. No hay espectadores, ni cámaras, ni compañeros de equipo ni entrenador. Solo están Nicole y esas dos barras. No hay nada más en todo el universo durante el siguiente minuto, que parece mucho más largo que un minuto. Cuando sueña, ese minuto puede durar horas. Se está elevando y vuela como un pájaro, ingrávida. No hay una sensación igual y es imposible describirla. Piensa en que lo mismo debe de ocurrirle a alguien que haya paseado sobre la superficie de la Luna: no puede describir la experiencia. No está caminando sobre la luna, pero cuando está en las barras, el subidón que siente tiene que ser muy parecido. Olga también lo sabe, y Nadia. No hay manera de expresarlo con palabras. Están las barras y luego está todo lo demás.

Las noches que no sueña con las barras, sueña con los asesinatos.

A su manera, son igual de elegantes. Abalanzarse sobre la presa tan silenciosa y rápidamente como se pasa de la barra superior a la inferior. Sin esfuerzos inútiles. Sin movimientos superfluos. Una belleza a su manera.

Una ejecución perfecta.

Tanto si sueña con rutinas de barras asimétricas como con asesinatos, siempre se trata de actuaciones que le valen una medalla de oro. Nunca una de plata; nunca una de bronce. A veces, sus sueños se mezclan: al bajar de la barra alta, mientras hace su maniobra final y se prepara para el desmontaje, con las manos ya libres, ve en ellas una daga. A medida que su cuerpo, instrumento por derecho propio, desciende, también lo hace la daga. Ay de quien espere abajo.

Está en la calle Orchard. Nicole tiene la dirección. Le han dado información. Tiene una foto. Es alta, con pelo largo y oscuro. El objetivo estará allí. Allison Fitch. Comparte piso con una amiga, pero trabaja de día. Allison trabaja en un bar por la noche, así que duerme todo el día.

Nicole no sabe quién es Allison Fitch ni lo que ha hecho. No sabe exactamente quién quiere librarse de esa mujer, pero dado que es Lewis quien la ha contratado, puede adivinar que representa una amenaza para alguien muy importante. Fitch tiene algo sobre alguien y puede que esté en su teléfono. Le han dicho a Nicole que se asegure de recuperarlo. Pero a Nicole le da igual todo eso: solo es un trabajo.

Se ajusta la gorra negra de béisbol sobre la frente mientras cruza la calle Orchard. Busca en su bolsillo la bolsa de plástico. Es muy resistente y, aunque la mujer la arañe, no se romperá. Nicole no usa pistolas. No le gustan las pistolas. No le gusta el ruido que hacen. No tiene que hacer mucho autoanálisis para averiguar por qué. Desde sus inicios en el atletismo, odiaba el pistoletazo de salida. Músculos tensos, respiración contenida, esperando a que detone. Lo que más odiaba eran esos últimos milisegundos antes de la detonación del arma.

Ahora no le gustan, ni siquiera cuando llevan silenciador. Una pistola es pesada, difícil de ocultar y requiere un uso del cuerpo mínimo. Cualquiera puede usarlas. A Nicole le gusta que haya implicación física. La asfixia implica fuerza, y pasa lo mismo con el picahielos, pero hoy va a utilizar una simple bolsa de plástico.

Nunca han detenido a nadie por llevar una bolsa de plástico, aunque ella lleva otros dispositivos que sin duda interesarían a la policía si le dieran el alto por cualquier motivo. Se detiene en la entrada del edificio y, antes de entrar, echa un vistazo a la calle.

Nicole no ve coches de policía ni nada preocupante. A una manzana de distancia hay un coche con un extraño artilugio atado al techo atascado en el tráfico, pero no va con ella.

Nicole entra en el vestíbulo del edificio y observa el directorio de nombres y timbres. Llama a varios a la vez, con cuidado de no pulsar el de Allison Fitch. Unos segundos después, se oye una voz.

—¿Hola?

Pero otro inquilino, menos precavido, ha pulsado el botón de apertura. Nicole abre la puerta, entra en el edificio y espera un par de minutos. No quiere que la vean si alguien ha abierto la puerta de su apartamento para ver quién llamaba el timbre. Se asomarán, no verán a nadie y volverán a entrar.

Es un edificio sin ascensor. Sube los dos largos tramos de escaleras y se siente aliviada al no encontrar a nadie. Sin embargo, aunque se cruzase con alguien, sabe que todo lo que pudiera recordar sobre ella, aparte de que es una mujer blanca de unos veinte años, sería erróneo. La visera de su gorra, así como las gafas de sol, le cubren gran parte de la cara. Esa tarde lleva el pelo negro, pero por la noche lo tendrá rubio.

Una vez en el pasillo, deduce que el apartamento que da a Orchard es el que está al final del pasillo. Se acerca a la puerta del apartamento trescientos cinco, pero antes de tomarse la molestia de forzar la cerradura, intenta girar el pomo con la mano enguantada por si estuviera abierto.

No ha habido suerte. Está cerrada. Busca en el bolsillo interior de su cazadora y encuentra la herramienta que lleva para esas ocasiones. Parece una cerradura sencilla. Si hay una cadena en el interior, tardará unos treinta segundos más. Lleva varias gomas elásticas en el bolsillo. Lo único que hay que hacer es atar la cinta a

la cadena y luego pasar el extremo por el pomo y al cerrar la puerta, la cadena se extrae desde la ranura.

Lo ha practicado un millón de veces. Ahora, puede hacerlo con los ojos cerrados.

La puerta se abre.

La cadena no está puesta.

Abre unos centímetros y escucha. Puede ver un trozo de la cocina y, un poco más lejos, un pequeño salón. Hay un sofá-cama abierto, con las sábanas desordenadas. Dos personas comparten el apartamento. Si el objetivo no duerme en el sofá-cama, debe de estar en el dormitorio. Nicole supone que esa habitación está a la izquierda del salón.

Con un movimiento suave, Nicole abre la puerta, entra y la cierra tras de sí, todo sin hacer ruido.

Ahora que está dentro del apartamento, se queda parada, escuchando. Debe de haber una ventana abierta, porque los sonidos de la calle son inconfundibles. Eso está bien. Aunque se mueve con sigilo, un poco de ruido de fondo no hace daño.

Nicole escucha con atención por si oye a alguien. Ronquidos, respiración suave. Una ducha abierta.

Un corazón latiendo.

No oye nada, pero siente una presencia. Da un par de pasos hacia el salón, esperando ver la puerta del dormitorio.

Pasa junto a una mesa de cocina y dos sillas que parecen de ikea. Un calendario impreso, con los turnos de bar de Allison Fitch escritos a lápiz, está sujeto al frigorífico con un imán con forma de gato.

«Joder —piensa—. Que no haya ningún gato». No percibe ninguno. No huele ninguno. No hay ningún cuenco en el suelo, pero la cocina está algo desordenada. El fregadero está repleto de platos. Sobre la mesa hay una taza de café medio llena.

Nicole puede ver la puerta del dormitorio y el interior de la habitación. Es el típico dormitorio pequeño de los apartamentos de Nueva York. Medirá unos dos metros por tres. El espacio justo para

una cama de matrimonio sin hacer. Hay una ventana en la pared del fondo, abierta.

Por fin la ve, pero no está en la cama, sino de pie junto a la ventana, de espaldas a Nicole. Pelo oscuro que le llega hasta los hombros; tiene las manos apoyadas encima del aparato de aire acondicionado y mira hacia la calle. Está vestida: falda azul oscuro, blusa blanca. Por la forma en que está de pie, probablemente lleva tacones, pero Nicole es incapaz de ver por debajo de su rodilla; la cama está en medio.

Solo las separan tres metros.

Está midiendo la distancia en su cabeza. No hay tiempo suficiente para rodear la cama, tiene que pasar por encima. Echar a correr, saltar, apoyar el pie izquierdo en la cama y el pie derecho aterrizará en el otro lado. Estará sobre ella en medio segundo. Se ha puesto las zapatillas Nike y se da cuenta de que a los pies de la cama hay un bolso. Lo más probable es que encuentre el móvil ahí. Nicole se mete la mano en el bolsillo y saca tranquilamente la bolsa de plástico blanca. La sacude un poco para abrirla.

En un segundo, salta sobre la cama, utilizándola como trampolín para llegar al otro lado. Cuando su presa se da cuenta de que no está sola, ya es demasiado tarde. Nicole le ha puesto la bolsa sobre la cabeza.

Suelta un grito ahogado, pero entonces, tal como Nicole sabía que haría, empieza a arañar la bolsa, intentando arrancársela de la cara. Pero Nicole ha dado varias vueltas a la muñeca y está apretando tanto que la bolsa es como una segunda piel.

La mujer, en sus últimos y agónicos segundos, se desploma sobre el aire acondicionado justo en el momento en el que pasa el coche que tiene el artilugio ese tan raro en el techo. Descansa allí un segundo y luego se deja caer al suelo.

Nicole, arrodillada, mantiene la bolsa apretada alrededor de la cabeza de la mujer durante un minuto entero, solo para asegurarse. Luego, una vez que está segura de que la mujer ha muerto, saca la

bolsa, la envuelve en una bola apretada y se la guarda en el bolsillo de la cazadora.

Lo siguiente es el teléfono.

Coge el bolso que está sobre la cama, abre la cremallera y encuentra el teléfono casi de inmediato, metido en un bolsillo lateral. Se lo guarda en el bolsillo en el que lleva la bolsa.

Entonces saca su móvil, lo desbloquea y pulsa dos veces.

—Hecho. ¿El servicio de limpieza está listo? —En este trabajo el cliente quiere que desaparezca el cuerpo. Nicole es buena en lo que hace, pero las limpiezas no son su especialidad.

—Sí —responde Lewis.

Cuelga sin decir nada más y guarda el teléfono. Una representación digna del oro. Sin caídas. Sin pérdidas de puntos por baja forma o giros inútiles. Sin titubeo en el desmontaje. Sin ningún motivo para que le resten puntos, en su humilde opinión.

No hay espectadores para animarla, pero no se puede tener todo.

Se levanta, echa un último vistazo a la mujer muerta y se dispone a marcharse cuando oye abrirse la puerta de entrada.

Es demasiado pronto para que haya llegado el equipo de limpieza.

VEINTICINCO

Llamé a la puerta de Thomas para decirle que la cena estaba casi lista.

—¿Qué hay de cena? —preguntó.

—Hamburguesas a la barbacoa.

Cuando terminamos de cenar y los platos ya estaban en el fregadero, le puse la mano en el brazo para que no saltara de la silla y volviera arriba.

—Tengo que irme, de verdad —dijo.

—Necesito hablarte de algo. —Le quité la mano de encima, pero sentí que tendría que volver a agarrarlo para que no se fuera.

—¿De qué quieres hablar?

—Has cogido el portátil de papá del porche.

Él asintió.

—Para que no se lo llevase nadie.

—¿Qué has hecho con él?

—Lo he dejado en la cocina.

—Me refiero a que si has hecho algo en el portátil.

Él asintió.

—Lo he apagado. Si lo hubiera dejado encendido, la batería podría haberse agotado para cuando llegaras a casa.

—¿Has hecho algo más?

—¿Cómo qué?

—Algo con el historial.

—Lo he borrado —respondió Thomas.

—¿De verdad? —Él asintió—. ¿Por qué lo has hecho?

—Siempre lo hago. Antes de apagar un ordenador siempre borro el historial. Todas las noches, cuando me acuesto, borro el historial de mi ordenador. Es como, no sé, cepillarme los dientes o algo así, como limpiar el ordenador para la mañana siguiente.

Me sentía muy cansado.

—Vale, eso es lo que haces con tu ordenador. ¿Por qué lo has hecho con el de papá?

—Porque tenía que encargarme de él.

—¿Siempre borrabas el historial del portátil de papá?

—No, porque papá apagaba el ordenador él mismo. ¿Puedo irme ya? Hay algo muy importante en mi pantalla.

—Puede esperar. ¿Has mirado el historial antes de borrarlo?

Thomas negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Thomas —dije con firmeza—, quiero que me respondas con sinceridad. Esto es muy importante.

—Vale.

—¿Alguna vez usas el portátil de papá?

Negó enérgicamente con la cabeza.

—No, nunca. Tengo mi propio ordenador.

—¿Papá le prestó alguna vez su ordenador a alguien? ¿O vino alguien aquí y lo usó?

—No lo creo. ¿Puedo irme ya?

—Espera un segundo.

—Ya he perdido bastante tiempo esta mañana pasando la aspiradora.

—Thomas, por favor. Si nadie ha usado ese ordenador desde que murió papá, ¿por qué había todavía algo en el historial cuando lo he usado esta mañana? ¿Por qué no lo habías borrado?

—Porque cuando papá lo usaba, él mismo lo apagaba. Yo le decía que borrara el historial, pero a él no le preocupaba como a mí.

Apoyé la espalda en la silla.

—Vale, gracias.

—Entonces, ¿puedo irme?

—Sí, puedes irte. —Pero en lugar de levantarse y volver a su habitación, se quedó en la silla, como si quisiera preguntarme algo —. ¿Qué pasa?

—Sé que todavía estás enfadado por lo del fbi. No he enviado

ningún correo electrónico a la cia ni al presidente Clinton desde entonces.

—Es bueno saberlo.

—Pero ¿qué pasaría si viera algo y tuviera que contárselo?

—¿Como qué?

—Si viera algo que pensara que debía ver la cia, como un crimen, ¿podría enviarles un correo electrónico breve?

—Thomas, no me importa si has visto a alguien poniendo una bomba nuclear en un autobús escolar, no vas a ponerte en contacto con la cia. —Pude ver la frustración en su rostro—. Thomas, ¿qué pasa? ¿Has visto otro choque o algo parecido?

—No, algo más gordo.

—Porque te pusiste muy pesado con eso y no era para tanto.

—No es nada por el estilo.

—Entonces, ¿qué es?

—Se trata de una ventana.

—Una ventana…

—Sí, exactamente.

—¿Alguien ha roto una ventana y quieres informar a la cia?

Él negó con la cabeza.

—Se trata de algo que está pasando en una ventana. A veces pasan cosas en las ventanas.

—Thomas, mira, sea lo que sea, no te preocupes.

Bruscamente, apartó la silla y se puso en pie.

—Vale. —Se marchó hacia las escaleras.

—Thomas, no envíes un mensaje a la cia, te lo digo en serio. —Siguió avanzando. Cuando estaba al pie de la escalera grité—: ¡Thomas!, joder, ¿me estás escuchando?

Se detuvo, con la mano en la barandilla.

—Tú eres el que no está escuchando, Ray. Estoy intentando hablar contigo. Estoy intentando hacer lo que me pediste. No quieres que llame a la cia, así que te he preguntado qué debo hacer con lo que está pasando en la ventana y no me escuchas.

—¡Vale, vale! ¿Quieres que eche un vistazo?

—Sí —dijo.

—Claro, echaré un vistazo.

Lo seguí escaleras arriba e iba a entrar en su habitación cuando me sugirió que cogiera una silla para no tener que inclinarme todo el rato sobre su hombro. Lo que significaba que nos iba a llevar un tiempo.

Había una silla plegable de plástico metida en un armario del dormitorio de papá. La cogí, volví a la habitación de Thomas y la puse junto a su silla de ordenador. Thomas había movido el ratón para que los monitores volvieran a la vida.

—A ver, ¿dónde diablos estamos esta noche? —pregunté.

—Esta es la calle Orchard.

—¿Y dónde está la calle Orchard?

—En Nueva York. En Lower Manhattan.

—Vaaalee —dije—. Enséñame lo que tienes.

Thomas señaló con el dedo a medio centímetro de la pantalla: me mostró una ventana, una de las que había perfectamente dispuestas en el lateral de lo que parecía ser un bloque de cinco plantas; un viejo edificio de viviendas, probablemente de finales del siglo xix, aunque yo no estaba muy puesto en la arquitectura neoyorquina temprana.

—¿Ves esa ventana? —preguntó—, ¿en el tercer piso?

Miré. Había una mancha blanca en la mitad inferior de la ventana.

—Sí, la veo.

—¿Qué crees que es eso?

—No tengo ni idea.

—Voy a hacer *zoom* —anunció Thomas. Pulsó dos veces sobre la imagen. El efecto fue que se hizo más grande, aunque se distinguía un poco peor; pero empezaba a parecerse a algo.

—¿Y ahora qué crees que es? —me preguntó mi hermano.

—Parece… parece una cabeza —respondí—, pero con algo por encima.

—Sí —dijo Thomas—. Si miras aquí, puedes ver la forma de la

nariz y la boca, y ahí está la barbilla, y aquí arriba está la frente. Es una cara.

—Creo que tienes razón, Thomas. Es una cara.

—¿Qué te parece que es?

—La verdad es que no sé qué pensar. Parece alguien con una bolsa en la cara.

Thomas asintió.

—Sí, pero como se ven tan bien todos los rasgos de la persona, la bolsa tiene que estar muy apretada.

—Supongo. A lo mejor es una máscara o algo así.

—Pero no hay agujeros para los ojos, ni para la boca, ni para la nariz. Si eso es una máscara, ¿cómo se supone que va a respirar la persona?

—¿Puedes ampliarlo más? ¿Puedes acercarte?

—Podría hacerlo más grande, pero se pondría borroso. Esta es la mejor imagen que puedo conseguir.

Me quedé mirando la pantalla, sin saber qué pensar.

—No lo sé, Thomas. Es lo que es, alguien haciendo el tonto con una bolsa en la cabeza. La gente hace muchas tonterías. Quizá sabían que iba a aparecer el coche de Whirl360 y se les ocurrió hacer alguna chorrada para que lo grabara la cámara cuando pasara.

—¿En el tercer piso? Si quisieras hacer una tontería, ¿no la harías en la acera?

—Tal vez, no lo sé.

—No creo que esa persona esté haciendo el tonto —se obcecó.

—Vale, entonces dime qué crees que está pasando.

—Creo que a esa persona la están matando —dijo Thomas—. se trata de un asesinato.

—Claro que sí… Vamos, Thomas…

—A esa persona la están asfixiando.

Dejé de mirar la pantalla para mirar fijamente a mi hermano.

—Eso es lo que crees.

—Sí.

—¿Y qué demonios quieres que haga? —pregunté.

—Quiero que lo compruebes.

—Que lo compruebe —repetí.

—Sí, quiero que vayas allí.

—Quieres que vaya a Nueva York a ver esa ventana… Ni de coña.

—Pues, entonces, supongo que tendré que hacer algunas llamadas —amenazó Thomas—, y lo siento, pero no voy a tener más remedio que enviar un correo electrónico a la cia y pedirles que lo investiguen.

—Thomas, escúchame con mucha atención: en primer lugar, no vas a hacer ninguna llamada a la cia ni a la Agencia de Seguridad Nacional ni al Departamento de Bomberos de Promise Falls ni a nadie. Y en cuanto a que vaya a la ciudad a mirar esa estúpida ventana, eso no va a pasar.

Bajé las escaleras.

Unos minutos después, mientras me acomodaba en el sofá preguntándome qué podía ver en la enorme tele de papá, Thomas bajó las escaleras.

No me dijo nada, ni siquiera miró en mi dirección. Se dirigió al armario que había junto a la puerta principal, lo abrió y cogió una cazadora. Metió los brazos dentro y estaba subiendo la cremallera cuando le pregunté adónde iba.

—A Nueva York —respondió.

—¿En serio?

—Sí.

—¿A qué parte de Nueva York?

—Voy a ver esa ventana.

—¿Y cómo vas a llegar hasta allí?

—Andando. —Hizo una pausa—. Conozco el camino.

—Vas a tardar bastante —dije.

—Son trescientos nueve kilómetros y medio; si camino treinta y dos kilómetros al día, llegaré en…

—Oh, ¡por el amor de Dios!

VEINTISÉIS

Si no hay mucho tráfico, se puede llegar de Promise Falls a Nueva York en unas tres horas y media. Pero eso es un gran «*si*», sobre todo en la última parte del viaje. Puedes ir a toda velocidad mientras ves el horizonte de Manhattan tan cerca que podrías sacar la mano por la ventanilla y tocarlo, y, de repente, un idiota en una furgoneta de reparto le corta el paso a un taxista, provoca un choque en cadena y te chupas dos horas de caravana.

Así que opté por el tren. El plan era cogerlo por la mañana temprano, hacer lo que había prometido hacer y coger otro a casa el mismo día para no dejar a Thomas solo toda la noche. Tal vez, en otro momento, habría confiado en que se quedara solo de un día para otro, pero desde el incidente del fbi no me gustaba perderlo de vista más tiempo del necesario.

Me había prometido que no haría nada que pudiera enfadarme durante mi ausencia, siempre que yo cumpliera mi parte del trato.

Si Thomas quería pensar que estaba haciendo ese viaje a Nueva York solo por él, bienvenido fuera. Pero en cuanto empezó a presionarme para que fuera a la ciudad, pensé en la mujer que Jeremy quería que conociera. Tenía que ocuparme de ese asunto sí o sí, ya que significaba dinero futuro para mí y, por lo que parecía, se trataba de una cantidad bastante alta. En cuanto salí de la habitación de Thomas, llamé a Jeremy y le pregunté si podía organizar una reunión para el día siguiente. Una hora más tarde, me informó de que, aunque Kathleen Ford ya tenía un compromiso para el almuerzo, podría reunirse con nosotros para tomar una copa después en el Tribeca Grand Hotel.

Le dije que allí estaría.

Jeremy propuso que quedáramos antes para comer en el Waverly Restaurant, en la Sexta Avenida entre Waverly Place y la Calle Ocho,

que estaba bien situado para ir al hotel y para hacer el pequeño recado de Thomas.

Cuando le conté a Thomas dónde iba a comer, cerró los ojos.

—En la Avenida de las Américas, o Sexta Avenida, como creo que se llama más comúnmente, y Waverly Place —explicó—. Hay un cartel de neón colgado sobre la puerta el que pone: «Waverly» en letras verdes y «Restaurant» en rojo, justo enfrente de una farmacia Duane Reade, y al sur, al otro lado de Waverly Place, hay una tienda que vende vitaminas. La «t» de «Restaurant», la primera, no se ilumina cuando miras el cartel si vienes por Waverly desde el oeste.

Me levanté antes de que saliera el sol, conduje hasta Albany, cogí el tren en Rensselaer y conseguí dormir un poco durante el viaje de dos horas y media. Mientras estaba despierto, mirando por la ventanilla el paisaje que pasaba volando, tuve tiempo de pensar si aceptar pasar por la dirección de la calle Orchard, donde Thomas había visto la cabeza asfixiada en la ventana era una estupidez porque podría darle alas.

Pero si así evitaba que Thomas enviara otro mensaje a una agencia federal y atrajera más atención no deseada, merecía la pena. Sin usar una camisa de fuerza, no había forma de evitar que Thomas entrara en contacto con el mundo exterior. No iba a volver a desenchufarle el ordenador y, aunque hubiera estado dispuesto a aguantar las consecuencias de hacerlo, Thomas siempre podía coger el teléfono y llamar a alguien. Podía escribir una maldita carta y echarla al correo. Y aunque Thomas era el que prefería quedarse en casa, no quería que se sintiera como una especie de prisionero cuyo acceso a los demás estaba totalmente controlado.

El problema de ceder ante Thomas en esa ocasión concreta era que pasaría si al día siguiente veía algo más, en otra ventana, en otra ciudad, y esa ciudad resultaba ser Estambul. ¿Esperaría que lo comprobara también?

Supuse que tendría que lidiar con Thomas caso por caso. Si en uno de sus viajes virtuales se encontraba con otra cosa y me pedía que lo investigara, podría recordarle que la última vez que le había

dado el gusto me había costado un día entero, por no hablar del billete de tren. No había forma de saber si eso convencería a mi hermano de que dejara pasar algo.

Había conseguido disuadirlo de hacer algo precipitado cuando se había enfadado por aquel posible percance de tráfico sin importancia en Boston, por lo que era posible disuadirlo de perseguir asuntos triviales. Pero había algo en ese rostro cubierto de la ventana que lo había impactado.

«La gente no mira lo suficiente hacia arriba», me había dicho.

Una vez en el tren, agradecí tener tiempo para mí, para pensar. Mis mente volvía una y otra vez a mi padre. Quizá le estaba dando demasiada importancia a esas dos palabras que había introducido en el campo de búsqueda.

Vio algo sobre prostitución infantil en las noticias.

Estaba horrorizado.

Decidió profundizar más.

Fin.

Me reprendí a mí mismo por permitir que mi mente fuera a lugares a los que nunca debería haber ido.

Había salido de casa con una copia impresa de la imagen de la ventana y la saqué del bolsillo mientras el tren circulaba junto al Hudson. Tenía que admitir que había algo intrigante en la imagen. No estaba dispuesto a creer la teoría de Thomas de que el coche con cámara Whirl360 que pasaba por allí, en su misión de grabar en vídeo todas las calles de Manhattan, hubiera captado un asesinato en curso. Eso era bastante inverosímil. Pero cuanto más observaba la imagen, más convencido estaba de que la interpretación de Thomas no era del todo descabellada. Parecía una persona a la que estaban asfixiando, como si alguien se hubiera acercado por detrás, le hubiera puesto una bolsa en la cabeza y la estuviera apretando.

Pero también sabía que podía ser cualquier otra cosa. Por ejemplo, parecía una de esas cabezas blancas de poliestireno que se utilizan para exponer pelucas; a lo mejor había una de esas sobre la unidad

de aire acondicionado. O alguien, en el momento en que se tomó la imagen, pasaba delante de la ventana con una.

Era una imagen muy pixelada.

Antes de embarcarme en la misión, le sugerí a Thomas que investigáramos un poco en Internet. A Thomas se le daba muy bien usar el ordenador para lo que hacía, pero cuando se trataba de buscar información específica en la red, se me daba mejor a mí. Así que cogí el portátil de papá con el historial limpio e introduje en el campo de búsqueda «Calle Orchard Nueva York» y después, antes de darle al botón para iniciar la búsqueda, añadí la palabra: «Asesinato».

La verdad, mi objetivo solo era cortarle las alas a Thomas. Si nuestra búsqueda no resultaba en ninguna noticia sobre personas asfixiadas en ventanas, esperaba que Thomas se tranquilizara un poco.

Y no había ninguna noticia sobre gente asfixiada en ventanas. Pero aparecieron algunos artículos interesantes. La búsqueda me llevo a una página del *New York Times* en la que se enumeraban todas las noticias en las que se mencionaba la calle Orchard. Leí varios artículos de personas que habían muerto allí, y no por causas naturales. En mayo de 2003, un hombre había sido atropellado por alguien que conducía un Mercedes-Benz descapotable que se había dado a la fuga. A mediados de los años noventa, las rencillas entre los dos propietarios de una tienda de bolsos llevaron al hijo de uno de ellos a contratar a un sicario para matar al otro. La policía efectuó una detención antes de que se produjera el asesinato. Siete años antes, un joven ejecutivo de banca había recibido un disparo en el pecho en la calle Orchard, entre Grand y Broome. La policía investigaba teorías contrapuestas: ¿disparó al banquero alguien que lo conocía o un completo desconocido?

Todos esos sucesos habían ocurrido antes de que existiera Whirl360. Aunque no sabíamos cuándo se había tomado la foto de la cabeza de la ventana, podíamos suponer con seguridad que había sido en los dos o tres últimos años. En ese tiempo no había nada

sobre ninguna muerte sospechosa en Orchard, al menos ninguna que implicara que alguien había muerto porque le habían puesto una bolsa en la cabeza. Lo único que me llamó algo la atención fue una breve noticia sobre una camarera de treinta y un años llamada Allison Fitch, de la calle Orchard —sin dirección concreta—, cuya desaparición se había denunciado la última semana del mes de agosto anterior. La noticia había aparecido la primera semana de septiembre, pero no vi ningún artículo posterior hablando del tema, por lo que parecía probable que el asunto se hubiera resuelto por sí solo. En Estados Unidos desaparecían miles de personas cada día y, al cabo de unas horas, aparecían prácticamente todas. Las estadísticas estaban ahí si querías verlas.

Bajé del tren en Penn Station y me dirigí primero a Canal Street, a Pearl Paint, una enorme tienda de suministros para artistas. Me perdí deambulando por sus plantas durante casi dos horas y acabé comprando una docena de agujas de aerógrafo Paasche y un par de capuchones de aire, una caja de rotuladores Sharpie negros de punta fina, y otra caja con rotuladores de punta gruesa. Ya tenía muchos en Burlington, pero nunca se tienen demasiados Sharpies.

Luego cogí un taxi que me dejó delante del Waverly. Antes de entrar, me fije en lo bien que lo había descrito Thomas, que nunca había estado allí en persona.

Estaba la tienda de vitaminas y el Duane Reade al otro lado de la calle, e incluso había acertado con la letra fundida del cartel.

Era la hostia de increíble, de eso no había duda.

Cuando entré por la puerta, Jeremy ya estaba en una mesa con sofás junto al ventanal, mirando la carta con una taza de café delante de él. Me senté frente a él.

—No te vas a creer al lado de quién he meado —dijo. Jeremy siempre intentaba impresionarte con historias de sus encuentros con famosos.

—No tengo ni idea —respondí.

—De Philip Seymour Hoffman, en el baño de caballeros de uno de esos teatros del Lincoln Center.

—Por favor, dime que no entablaste ninguna conversación. —No lo había hecho. Señalé las viejas fotos enmarcadas en blanco y negro de famosos que adornaban las paredes—. ¿Has meado al lado de alguno de esos?

—Están todos muertos —respondió Jeremy.

Pedí café y un sándwich de queso con *bacon*. Jeremy pidió huevos revueltos y patatas fritas caseras, servidos directamente en la sartén. Hablamos del declive de la industria de los periódicos y las revistas, y del crecimiento de páginas como la de *The Huffington Post*, y de cómo esa nueva oportunidad llegaba en el momento *justo.*

Jeremy dijo que Kathleen Ford quería un dibujo animado a la semana y estaba dispuesta a pagar mil quinientos dólares por cada uno. Podría parecer mucho dinero, pero en realidad suponía hacer docenas de dibujos para llegar hasta el definitivo.

—Apuesto a que hay un programa o algo que puede facilitar el trabajo —comentó.

Sabía de un par que harían que el trabajo fuese mucho menos laborioso. Cuando se me ocurriera una idea, probablemente podría hacer un dibujo en un par de días, con lo que dispondría de tiempo suficiente para dedicarme a otros trabajos *freelance*.

Jeremy cogió la cuenta cuando la trajeron y luego fuimos en taxi al hotel. Ford llegó quince minutos tarde, pero parecía el tipo de mujer que nunca había tenido que disculparse por un retraso: la gente agradecía verla cada vez que aparecía. Un metro setenta, delgada, en torno a los cincuenta años, pelo rubio brillante y, si hubiera podido ver las etiquetas de su ropa y accesorios, supongo que serían de Chanel, Gucci, Hermès y Diane Von Whatserface. Me cautivo al momento; dijo que era una gran admiradora de mis ilustraciones, una vez que *atracamos —he aquí una palabra que nunca antes se me había ocurrido utilizar en ese contexto— en el bar; habló casi sin parar de todos los neoyorquinos importantes que conocía y que iban a ser colaboradores de su nueva página web, incluido Donald Trump, a quien, por cierto, conocía muy bien, pero*

seguía sin poder entender cómo hacía lo de su pelo. Ni una sola vez me preguntó nada, salvo cómo estaba mi padre, de quien había oído que no se encontraba bien. Entonces, justo cuando se iba a su siguiente compromiso, me dijo que el trabajo era mío. La página estaría en funcionamiento en tres meses.

Acepté.

Una vez que ella se fue, Jeremy dijo que se sentía como si le hubiera pasado un tornado por encima. Jeremy y yo acordamos que hablaríamos pronto y me fui. Fuera del hotel, paré un taxi.

—A Houston con Orchard —pedí. Mientras el conductor me llevaba a esa dirección, me recosté en el asiento negro de vinilo. Aquello no se parecía en nada a ninguna otra entrevista de trabajo que hubiera tenido.

Me reí para mis adentros y luego pensé en qué demonios iba a hacer a continuación. Pensé en lo que había hablado con Thomas la noche anterior.

—Y cuando llegue a esa dirección de la calle Orchard —dije—, ¿qué se supone que tengo que hacer exactamente? A ver, no es probable que esta cabeza siga en la ventana después de todo este tiempo.

—No lo sé —respondió Thomas—, ya se te ocurrirá algo.

VEINTISIETE

Howard Talliman no había dormido bien.

Howard Talliman llevaba nueve meses sin dormir bien. No pasaba una buena noche desde finales de agosto.

También había perdido peso. Siete kilos. Se tenía que poner el cinturón dos agujeros más apretado. Si no fuera por las bolsas bajo los ojos y su palidez gris, tendría muy buen aspecto, o al menos todo el buen aspecto que puede tener un tipo con cuerpo de gnomo de jardín.

El aspecto de Talliman y su mal genio, provocado por la falta de sueño, eran fuentes de vergüenza para él. Enviaban la señal de que algo le preocupaba, y Howard no quería que nadie pensara que estaba preocupado.

No estaba en la naturaleza de Howard preocuparse: Howard hacía que otras personas se preocuparan; no estaba en la naturaleza de Howard sentirse ansioso: Howard hacía que los demás se sintieran ansiosos.

Últimamente, le costaba mantener las apariencias.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo Morris Sawchuck—. ¿Has ido al médico, Howard?

—Estoy bien —insistió Howard—. El que me preocupa eres tú, Morris. Siempre has sido mi preocupación número uno.

Howard normalmente funcionaba mejor bajo presión. Era su oxígeno. En todas las campañas electorales en las que había trabajado, no importaba lo sombrías que parecieran las cosas o lo rezagado que estuviera su candidato, nunca se había rendido. No sudaba en ningún momento, ni siquiera cuando los que lo rodeaban decían que todo había terminado. Evaluaba los problemas y los resolvía. Una vez, en una campaña de reelección a una concejalía, la oponente era una mujer que presumía de su considerable

experiencia como voluntaria social; había dedicado cientos de horas más a ayudar a los pobres y desfavorecidos que el hijo de puta egoísta de Talliman.

—Tenemos que encontrar la manera —comentó Talliman—, de que su voluntariado se vea como algo negativo.

A lo que todos en la campaña dijeron: «¿Eh?».

Talliman dijo que, si el servicio de John Kerry en Vietnam podía utilizarse en su contra, todo era posible. Iría a por el mayor punto a favor de esa mujer y encontraría una manera de socavarlo. Talliman encargó a Lewis Blocker que se ocupara de ello. Encontró pruebas que podían utilizarse para apuntalar la sugerencia de que el compromiso de la mujer de ayudar a los demás había sido a expensas de sus hijos y su marido. A su hijo adolescente lo habían detenido por posesión de cocaína, aunque el caso nunca había llegado a los tribunales. Su marido pasaba mucho tiempo en los bares del barrio y no había camarera a la que no le quisiera pellizcar el culo. Talliman se aseguró de que la prensa se enterara, aunque nunca les pasó la información directamente. Si esas historias no eran prueba suficiente de que la mujer pasaba de su hogar, ¿qué lo era? A falta de un par de semanas para el final de la campaña, Talliman inundó el distrito con panfletos en los que se presentaba a su candidato como un perfecto hombre de familia, dando a entender que su oponente se preocupaba más por los extraños que por los suyos.

A nadie le importaba si un hombre anteponía su carrera a su familia, pero ¿una mujer?

Era repugnante y turbio y una tergiversación de la verdad, pero funcionó. «Positivamente roviano», lo llamaron sus admiradores, y también sus detractores, cuando la mujer perdió por más de tres mil votos.

Fue por entonces cuando Howard puso a Lewis Blocker en nómina.

No podía llegar en mejor momento para Lewis, que necesitaba el dinero. Había dejado la policía antes de tener derecho a la pensión.

Los habían llamado a él y a otros agentes a una toma de rehenes. Un hombre se había encerrado en su casa y amenazaba con matar a su familia. Se oyeron disparos en el interior del piso. Entonces la puerta se abrió de golpe y alguien salió corriendo. Lewis, situado al final del pasillo, disparó.

Lástima que fuera el hijo de dieciséis años del tirador, que estaba intentando huir.

No se presentaron cargos, pero la carrera de Lewis Blocker como policía terminó ese día.

A veces, reflexionaba Howard Talliman, las cosas suceden por alguna razón. Si un joven tenía que morir para que Lewis Blocker pudiera ayudar a impulsar las carreras políticas de grandes hombres, bueno, ¿quién era Howard para discutir el plan de Dios?

Pero Howard pensaba que Dios no podía querer que las cosas salieran como habían salido en agosto.

La acción que había aprobado entonces, los engranajes que había permitido poner en marcha a Lewis Blocker, con la intención de proteger a Morris Sawchuck, tenían el potencial de destruirlos a todos.

Sawchuck era más que un amigo íntimo de Howard. Era el billete de Talliman para el Gran Espectáculo. Howard sabía que, una vez que Sawchuck fue gobernador de Nueva York, era solo cuestión de tiempo que él pudiera subir en el escalafón. Sawchuck tenía la personalidad, el talento e incluso la dentadura perfectos para llegar a la Casa Blanca.

Howard creía que la aventura lésbica de Bridget con Allison Fitch, y —lo que era aún más crítico— lo que esa mujer pudiera saber sobre los problemas políticos de Morris, podría desbaratar todo aquello. Había confiado en el instinto de Lewis sobre lo que había que hacer. También había confiado en el instinto de Lewis sobre quién era la persona más adecuada para hacerlo.

Tampoco era que Howard no esperara que se produjeran algunas consecuencias una vez ejecutado el trabajo, por así decirlo. Cuando

una joven es asesinada o desaparece, es probable que llame la atención.

Había una noticia en el *Times*. La policía estaba intentando dar con el paradero de Allison Fitch porque no se había presentado en el trabajo. El artículo informaba de que era originaria de Dayton, y había una frase de su madre que decía que no había tenido noticias de ella.

El *New York Post* también publicó algo, en el interior, justo antes de la sección de Deportes. Y salió también en la cadena NY1 un día; enseñaron su cara sonriente en pantalla durante no más de cinco segundos.

Después, no hubo mucho más. Una persona desaparecida en Manhattan no era noticia durante mucho tiempo. ¿Que una chica de Ohio no se presentaba en el trabajo un día? Era lo normal. Tal vez no le iba bien en la gran ciudad y se había ido a casa. A menos que alguien se tropezara con un cadáver, una persona desaparecida saldría como mucho una vez en las noticias, y nadie había tropezado con ningún cuerpo.

Normalmente, el hallazgo de un cadáver habría tranquilizado a Howard Talliman. Porque aunque el resto del mundo no supiera lo que le había ocurrido a Allison Fitch, él sí lo sabría.

Pero no era el caso.

Lewis tampoco lo sabía.

Nadie lo sabía desde hacía tiempo.

Poco después de enviar a Nicole a hacer el trabajo, Lewis llamó a Howard.

—He tenido noticias suyas. Hay un problema.

—¿Qué tipo de problema?

Lewis había explicado que normalmente, Allison Fitch, que trabajaba por las noches, estaba en casa durante todo el día, durmiendo, mientras que su compañera de piso, Courtney Walmers que trabajaba en horario normal, no.

En ese momento, Howard Talliman empezó a tener un mal presentimiento.

Pero ese día en particular, había explicado Lewis, se produjo un acontecimiento imprevisto.

—La mujer del apartamento no era Allison Fitch. Se ha eliminado al objetivo equivocado.

Howard, sentado en su despacho, había luchado por mantener la calma. Pero, joder, ¿la compañera de piso? ¿Muerta? ¿Alguien que nunca había supuesto una amenaza? ¿Alguien a la que él ni siquiera conocía? Claro que Howard había causado daños colaterales en el pasado. Sus tejemanejes políticos habían destruido algo más que la reputación de sus oponentes. Había visto a candidatos derrotados perder sus casas para pagar deudas de la campaña. Dejaron a sus esposas, o sus esposas los dejaron a ellos. Uno se volvió alcohólico, estrelló su coche contra el contrafuerte de un puente y nunca volvió a andar.

Pero nada como eso. Nunca había muerto nadie.

Y por inesperada y mala que fuera la noticia, Howard seguía preguntándose si la mujer que Lewis había contratado, una vez que se había dado cuenta de su error, se las había arreglado para hacer el trabajo original. ¿Qué había pasado con el objetivo previsto?

—¿Y Fitch? —le había preguntado a Lewis.

—Desaparecida —había dicho Lewis—. Entró en la casa, vio lo que había pasado y se marchó como alma que lleva el diablo.

En los meses siguientes, Allison Fitch siguió desaparecida. Probablemente estaba cagada de miedo, aterrorizada de mostrarse en público.

Mientras estuviera por ahí, en algún lugar, era una bomba de relojería a punto de estallar.

Cuando Howard recibió la primera llamada de Lewis, estalló de rabia y terror.

—Dios mío, esto es una cagada colosal.

—Pues todavía hay algo peor —había dicho Lewis.

VEINTIOCHO

Pensé que la confianza que Thomas tenía en mí igual era desproporcionada. Parecía muy seguro de que volvería de Manhattan con «El misterio de la cabeza en la ventana» resuelto. No me apetecía mucho ir a la calle Orchard.

A ver, cuando observara con mis propios ojos la ventana en cuestión, ¿qué se suponía que debía hacer? Mi esperanza era que la cabeza siguiera allí, y que fuera, de hecho, una de esas cabezas de espuma de poliestireno que se usan para exhibir pelucas, y que verla en persona confirmara mis sospechas.

Mientras caminaba hacia el sur por Orchard, tras bajarme del taxi en East Houston, frente a Ray's Pizza, un par de puertas al oeste de Katz's Delicatessen, me preocupaba que la cabeza no estuviera allí, pues entonces no tendría ni idea de qué hacer.

Lo más probable era que me diera la vuelta y volviera a casa.

Esa parte de la ciudad no era ni el Village ni el SoHo, pero tenía su propio encanto. Sus edificios antiguos eran ricos en detalles arquitectónicos e historia. Empecé en la manzana doscientos, pasando por delante de una tienda de regalos y una cafetería y de algunos edificios que estaban siendo ampliamente renovados. En Stanton olí la *pizza* de Rosario's.

Continué paseando hacia el sur por el lado oeste, pasé junto a una tienda de equipajes que tenía un expositor de maletas que cubría media acera, luego junto a varias tiendas de ropa y una tienda de guitarras. Ninguno de esos escaparates se parecía al paisaje urbano de la foto que tenía en el bolsillo de la chaqueta, doblada. La saqué para echarle otro vistazo rápido y me di cuenta de que el número del edificio que Thomas había señalado era el sesenta y algo. Resultó que me había bajado del taxi demasiado al norte. Tendría que cruzar Delancey antes de llegar al barrio correcto.

Así que seguí caminando.

Un par de minutos más tarde, me pareció que estaba en la zona. Debajo de la ventana del tercer piso que buscaba debía haber una tienda especializada en pañuelos y, al lado, un estanco que vendía periódicos. La entrada a los apartamentos era una puerta entre los dos negocios. Debía de estar en el lado oeste de la calle.

Pensé que sería más fácil mirar el edificio desde el lado este, así tendría una mejor vista.

Y entonces, de repente, apareció la ventana.

Volví a mirar la imagen que Thomas me había imprimido para asegurarme. Analicé la disposición de las ventanas vecinas, por dónde bajaba la escalera de incendios y el escaparate de abajo.

La había encontrado.

No había ninguna cabeza blanca en la ventana sobre el aire acondicionado.

Mierda.

Aparte del aire acondicionado, no había nada más, ni siquiera una maceta. La ventana estaba cerrada y el cristal, sin cortina detrás, parecía negro y reflejaba el edificio de enfrente.

Saqué el teléfono, abrí cámara e hice una foto del edificio con la ventana centrada.

Así que había ido hasta Nueva York, había conseguido llegar hasta allí, hasta la escena del… ¿qué, exactamente? y había tomado una instantánea que podía enseñarle a Thomas para demostrar que había hecho lo que me había pedido.

Qué logro tan asombroso.

¿Bastaría esa foto para que se quedara tranquilo? Lo dudaba. Tenía que admitir que, si yo estuviera en su lugar, mi esfuerzo me parecería poco entusiasta.

Supuse que no me iba a morir por subir hasta allí, llamar a la puerta y saludar a quienquiera que viviera allí. Tal vez, si echara un vistazo al apartamento, vería la cabeza de poliestireno que estaba tan desesperado por encontrar sobre en una mesa de la cocina o algo así.

Otro caso resuelto por Ray Kilbride, ilustrador de día, batallador del crimen de noche. Excepto que aún era de día.

Estudié la ventana para tener la oportunidad de averiguar de qué apartamento se trataba cuando estuviera dentro del edificio, y luego crucé la calle. Entré en el vestíbulo, que en realidad no era más que un casillero con buzones y un directorio. Intenté abrir la puerta interior y la encontré cerrada. Lo esperado.

A juzgar por el directorio, parecía haber cinco apartamentos en el tercer piso y los apellidos estaban indicados con finas tiras de cinta negra brillante de una de esas pistolas Dymo de etiquetas prensadas. Recuerdo que mi padre tenía una de esas cuando éramos pequeños y yo había etiquetado todo lo que estaba en mi habitación. «Estantería», «Cama», «Puerta», «Ventana».

Las tiras de cinta adhesiva parecían todas desgastadas por el paso del tiempo, algunas empezaban a despegarse y a la del apartamento trescientos cinco le faltaba la mitad y ponía «ch/Walmers». Kazinski vivía en el trescientos cuatro, Goldberg en el trescientos tres, Reynolds en el trescientos dos y Michaels en el trescientos uno. Saqué el teléfono e hice una foto por si necesitaba recordar alguno más tarde. También hice una foto de una nota que había colocada junto al directorio, con un número para consultas sobre alquileres.

«¿Qué hago ahora?».

Mientras reflexionaba, un chico de unos veinte años salió corriendo por la puerta en dirección a la calle. Sin ni siquiera pensarlo, alargué la mano y agarré el picaporte antes de que se cerrara.

Subí dos tramos de escaleras. Cuando llegué en el tercer piso, me tomé un segundo para orientarme y poder averiguar cuál podía ser el piso que daba a la calle, encima de la tienda de pañuelos.

Me decidí por el trescientos cinco.

Podía actuar de varias maneras: llamar a la puerta y, suponiendo que alguien respondiera, decir: «Hola, qué tal, me llamo Ray Kilbride y mi hermano Thomas, que es un poco, bueno, ya sabes, estaba navegando por la red y se dio cuenta de que había alguien

asfixiándose en tu ventana, ¿sabes algo de eso? Porque no sé tú, pero yo me acordaría de algo así».

Tenía que haber un enfoque mejor.

Podía sacar la copia impresa de mi chaqueta, enseñársela a quien acudiera a abrir la puerta y decir: «Hemos visto su casa en Whirl360 y nos hemos fijado en esto que hay en su ventana y, si no le importa, me gustaría saber qué demonios es».

Tampoco era la bomba, pero lo prefería a lo otro.

A lo mejor podía inventarme alguna tapadera. «Soy ilustrador», diría. Al fin y al cabo, llevaba una bolsa de Pearl Paint en la mano. Podría decir que me habían encargado ilustrar un artículo del *Times* sobre la arquitectura del Lower Manhattan y, que mientras miraba esa calle en Internet, me había topado con esa imagen y quería saber de qué se trataba.

Patético.

Lo que haría sería llamar a la puerta, enseñar la imagen a quien abriera la puerta y preguntar directamente.

A lo mejor me lo decía. Si me preguntaban algo, respondería lo mejor posible, con sinceridad. Le diría que tenía un hermano obsesionado con Whirl360 y que de vez en cuando veía cosas en Internet sobre las que necesitaba más información.

Dios mío.

Con la hoja en la mano izquierda, llamé a la puerta con la derecha, en la que aún sostenía la bolsa de Pearl Paint. La bolsa se balanceó cuando llamé.

Cuando no apareció nadie al cabo de tres segundos, volví a intentarlo y espere.

Dude si llamar una tercera vez. A lo mejor estaba durmiendo. ¿De verdad quería despertarlo por esto?

Estaba a punto de hacerlo de todos modos cuando se abrió una puerta al final del pasillo; la trescientos tres, me pareció ver. Me giré y vi a una mujer corpulenta, con el pelo rizado, que me miraba a través de unas gafas negras de montura gruesa. La mitad de su

cuerpo estaba en el pasillo y la otra mitad seguía en su piso, pero tenía la cara completamente fuera, por lo que la veía perfectamente.

—Ahí no vive nadie —dijo.

—¿Perdón?

—Que ahí no vive nadie. Las chicas se han ido.

—Ah, vale, no lo sabía.

—Se marcharon hace meses —explicó—, y el propietario no lo ha vuelto a alquilar.

—Vale —respondí, asintiendo—, gracias.

Volvió a entrar en su piso y cerró la puerta.

Y eso fue todo.

Giré a la izquierda al salir por la puerta principal del edificio, en dirección norte por Orchard, pensando en lo que le iba a decir a Thomas cuando llegara a casa. No mucho, la verdad: «Lo he intentado, pero el piso estaba vacío. ¿Qué más podía hacer?».

Estaba sentado en el tren, mirando el Hudson, cuando, de la nada, algo que me había estado preocupando durante algún tiempo a nivel inconsciente salió a la superficie: «¿Por qué estaba la carcasa de la cuchilla levantada y el contacto en la posición off en el tractor cortacésped de papá?».

VEINTINUEVE

Thomas sabía que iba a tener que prepararse el desayuno y la comida. Ray le había dicho que era su responsabilidad. Ray había dicho que, si él iba a tener que levantarse antes del amanecer para coger un tren que lo llevara a Manhattan y emprender una aventura absurda —Thomas estaba seguro de que había utilizado esa palabra —, lo menos que podía hacer era prepararse la comida.

—Vale —había dicho Thomas—, ¿qué tenemos?

—Hay pan, mermelada, mantequilla de cacahuete y atún. Mira a tu alrededor, abre los armarios y coge lo que quieras.

—Si quiero atún, ¿dónde está el abrelatas?

—Thomas, mírame.

—¿Sí, Ray?

—Usa la cabeza. Si no encuentras algo, búscalo.

—Vale.

Ray no parecía muy ansioso por echar un vistazo a la ventana de la calle Orchard, pero Thomas se alegraba de que hubiera accedido a hacerlo. No estaba seguro de que fuera a enviar otro mensaje a la cia exponiendo su preocupación por la cara con la bolsa encima: quería mantener su relación con la agencia en un plano estrictamente profesional. Si el Gobierno se hacía a la idea de que iba a involucrarlos en todos los actos sospechosos que observara en Whirl360, podrían estar menos inclinados a utilizar sus servicios cuando ocurriera «La gran cosa», fuera lo que fuera eso.

En cualquier caso, Thomas se sentía más seguro cada semana que pasaba de que estaba preparado para ello. Al final de cada día, cuando por fin cerraba Whirl360, borraba el historial de su ordenador, apagaba la luz y apoyaba la cabeza en la almohada, se dormía paseando por una ciudad que acababa de conocer. La noche anterior, con los ojos cerrados, había vagado por San Francisco. Iba

bajando por Hyde, girando a la derecha en el tramo en tirabuzón cuesta abajo de Lombard, con la Coit Tower a lo lejos. O caminando en línea recta a lo largo de Hyde, donde comenzaba a bajar y, a lo lejos, se veía algo que debía de ser Alcatraz. Luego, cruzando Chestnut, los edificios daban paso a un campo vacío que se llama el Russian Hill Open Space. Y si seguía andando por Hyde, muy pronto estaría… dormido.

Ray asomó la cabeza en su habitación sobre las cinco para despertarlo.

—Me voy —dijo—. No te metas en líos.

—No lo haré —murmuró Thomas a la almohada.

El sol entraba por la ventana cuando por fin se levantó. Encendió el ordenador y abrió Whirl360 antes de entrar en el cuarto de baño, darse una ducha rápida y vestirse.

En la cocina se detuvo un momento, mirando los armarios, pensando lo que iba a hacer. Estaba bastante seguro de que los cereales estaban en el armario que había junto al frigorífico. Lo abrió tímidamente, como si esperara que saltara una rata, pero allí estaba la caja de Cheerios que esperaba encontrar.

La leche estaba en el frigorífico. «Eso lo sabía, claro», pensó. Cogió un bol, echó los cereales, añadió leche, se lo comió todo y volvió a su habitación, dejando el plato sucio sobre la mesa y los cereales y el cartón de leche sobre la encimera. No fue negligencia por su parte. Aunque Ray había dejado claro que era responsable de alimentarse, no había dicho nada de limpiar. Thomas supuso que Ray querría hacerlo cuando llegara a casa, solo para asegurarse de que se hacía como a él le gustaba. Así había sido con su padre. Adam Kilbride quería encargarse de la limpieza. Nunca dejaba que Thomas se ocupara de los platos. Por eso Thomas no sabía poner el lavavajillas, utilizar el aspirador, hacer la colada, fregar el suelo ni limpiar el polvo. La única tarea que a Thomas le parecía divertida era cortar el césped, pero su padre no le dejaba manejar el tractor. Pero en ese momento, aunque Ray le dejara, no querría conducirlo.

Después del desayuno, continuó su exploración de San Francisco.

Recorrió los distritos de Mission, Sunset y Richmond y Haight-Ashbury, y paseó por el puente Golden Gate. Hicieron falta unos cuantos clics de ratón para recorrerlo. Estaba tan absorto con esa parte del viaje que casi olvidó que era responsable de su propia comida.

Volvió a la cocina justo antes de la una. Un bocadillo de atún le parecía demasiado porque tendría que usar el abrelatas, e incluso cuando su padre abría atún solía decir palabrotas cuando al final la tapa saltaba y el aceite se derramaba por todas partes. Así que Thomas buscó la mantequilla de cacahuete y un poco de pan, y estaba preparándose un sándwich cuando llamaron a la puerta.

Por un segundo no hizo nada, porque siempre era otro el que abría la puerta, pero entonces se dio cuenta de que era el único que estaba allí, así que soltó el cuchillo untado en mantequilla de cacahuete y fue a ver quién era.

—Hola, Thomas.

Era Len Prentice, o como Adam Kilbride solía llamar a su antiguo jefe, Lenny.

—Ah, hola, señor Prentice.

Thomas podía ver el coche del hombre a unos pasos del porche, pero no había nadie más en él. Había ido a casa de los Kilbride solo. Se quedó ahí plantado como si esperara que lo invitaran a entrar, pero Thomas no quería hacerlo. Nunca le había gustado Len Prentice.

—¿Está tu hermano por aquí? —preguntó.

—Hoy está en Nueva York —respondió Thomas.

—¿Qué hace allí?

—Está comprobando si asesinaron a alguien poniéndole una bolsa en la cabeza.

Eso hizo que Len se callara durante un segundo.

—¿Eh? —dijo, y continuó—: Estás loco del todo, ¿verdad, Thomas? ¿Puedo pasar?

Thomas dudó.

—Supongo que sí —aceptó al fin.

—Pasaba por aquí y pensé en pasar a ver qué tal os va. —Thomas no dijo nada. Len Prentice no le había hecho ninguna pregunta—. ¿Tienes una cerveza o algo?

Thomas respondió con sinceridad.

—No lo sé.

—Tú no te preocupes, echaré un vistazo. —Len cruzó el salón hasta la cocina, abrió el frigorífico y encontró lo que buscaba—. ¿Qué has estado haciendo para mantenerte ocupado, Thomas? —preguntó; quitó el tapón y bebió un trago.

—Trabajo con el ordenador.

Asintió.

—Ah, sí, claro. Casi todo el tiempo, ¿verdad?

—Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué me has dicho que estaba haciendo Ray?

—Está en Nueva York.

—Sí, sí, pero la otra parte. ¿Qué está haciendo?

—Ha quedado con un amigo por trabajo e intenta averiguar qué le ha pasado a la persona de la ventana.

Len bebió más cerveza.

—¿La persona a la que le pusieron una bolsa en la cabeza? —Thomas asintió—. Tu padre solía hablar conmigo —dijo Len—. No era solo su jefe, ya lo sabes. Él y yo éramos amigos. Y decía que siempre encontrabas fotos de cosas en Internet que te sacaban de quicio. Me dijo que se había planteado desconectarte de la red, pero que dejarte sentado delante del ordenador todo el día era lo único que le daba algo de paz. —Thomas quería que Len Prentice se marchara para terminar de prepararse el sándwich de mantequilla de cacahuete y llevárselo arriba—. Fue Marie quien me sugirió que me pasara. Cree que sería buena idea que tú y tu hermano vinierais a cenar a casa.

—Tendría que hablar con Ray —respondió Thomas. No quería ir, pero no se sentía cómodo diciéndolo. Haría que Ray les dijera que no podían ir.

—Tu padre solía decir que no sabía por qué eres como eres, feliz

de estar encerrado en esta casa todo el tiempo, sentado delante del ordenador todo el día; sin salir nunca, excepto quizá para ver a tu psiquiatra. ¿Cómo se llama?, ¿Gargantuan?

—Grigorin.

—Lo que no me puedo creer es que ni siquiera fueras al funeral de tu propio padre. ¿Tan grande es tu fijación con el ordenador que ni siquiera podías hacer eso por él?

Thomas parpadeó.

—¿Por qué me está diciendo esas cosas, señor Prentice?

—No sé, por hablar de algo, la verdad. Supongo que soy un hombre sencillo, Thomas. No sé mucho de palabrería psiquiátrica. Creía que sabía qué es ser esquizofrénico, como tú, que significa que tienes doble personalidad, pero tu padre me dijo que era un error muy común y que no es así en absoluto. Lo que no entiendo es que, si sabes que tienes un problema, ¿por qué no haces algo al respecto?

—No tengo ningún problema —dijo Thomas.

Len se rio entre dientes.

—¿Un hijo que no va al funeral de su propio padre? Eso, a mi modo de ver, es un problema.

—Tenía cosas que hacer. Y…

—¿Y qué, Thomas?

—E iba a haber gente allí a la que no quería ver.

—¿A quién te refieres? ¿Estás hablando de mí, Thomas? ¿No he sido siempre amable contigo?

Thomas negó con la cabeza.

—Tengo que hacer la comida, me estoy preparando un sándwich de mantequilla de cacahuete.

—Tengo una idea —dijo Len Prentice—, ¿por qué no te llevo a comer?

—¿Qué?

—Quiero decir que por qué no *te* saco de *casa* y vamos en *coche* a comer algo.

—Ya he empezado a hacerme el sándwich. —Señaló la encimera

de la cocina.

—¿Y qué? Puedes comértelo más tarde como merienda. Te llevaré a dar una vuelta. Te haría bien salir de casa.

—No.

Len dejó su cerveza.

—Insisto —dijo.

—No quiero ir.

Len acortó la distancia entre ellos.

—Creo que es ese el error que cometió tu padre, que siempre te dejaba salirte con la tuya. Tenía que haber sido más estricto y enseñarte nuevas experiencias. Podríamos ir a Promise Falls, al McDonald's o a por una porción de *pizza*. Incluso podríamos ir a mi casa y que Marie te prepare algo. —Thomas dio un paso atrás—. ¿Sabes?, por lo que he oído, vas a tener que acostumbrarte a estar fuera de esta casa. ¿Qué pasará cuando tu hermano la venda?

—No estoy seguro de que vaya a hacerlo.

—No creerás que te va a dejar aquí solo, ¿verdad? No sería precisamente una buena idea.

—Quizá decida vivir aquí —replicó Thomas—. Podríamos vivir juntos. —Pero incluso mientras lo decía, Thomas no estaba seguro de que fuera eso lo que quería. Quería a su hermano, pero podía resultar una persona difícil. Como su padre, era bastante crítico y lo molestaba todo el tiempo por cosas que no iban con él.

—Bueno, pase lo que pase, estoy seguro de que todo saldrá bien —dijo Len—. Venga, ¿quieres coger una cazadora o algo? No sé a ti, pero a mí me apetece ir al kfc. ¿Te gusta el kfc?

A Thomas le gustaba el kfc, pero su hermano no le compraba nunca comida allí. Su padre se la llevaba a casa a veces. Pero no quería ir a ninguna parte con Len Prentice. Se sentía cada vez más ansioso, como si hubiera bichos arrastrándose bajo su piel. Su respiración se aceleró, se hizo menos profunda. Podría haber estado dispuesto a salir, solo un rato, con algunas personas, gente que le caía bien y en la que confiaba, pero Len Prentice no le caía bien ni confiaba en él.

Y su padre tampoco lo había hecho nunca. Habían sido amigos. Se encontraban de vez en cuando para ver un partido o tomar una cerveza, pero cada vez que Adam Kilbride volvía a casa después de pasar tiempo con Len, decía: «Jesús, ese tío puede chuparte la vida».

Len alargó la mano y agarró a Thomas por el brazo; sin fuerza, pero con firmeza.

—Venga, socio, vamos a divertirnos.

Thomas se soltó el brazo, pero lo hizo con más fuerza de la necesaria y su mano voló accidentalmente y abofeteó a Len en la mejilla.

Len se detuvo y se frotó un lado de la cara.

—Vaya, Thomas, ojalá no hubieras hecho eso.

TREINTA

A decir verdad, Lewis Blocker tampoco dormía muy bien.

Allison Fitch estaba ahí fuera, en alguna parte, y no saber dónde estaba, o lo que podría hacer, tenía preocupado a Lewis por las mismas razones que a Howard Talliman. Si decidía entrar en una comisaría y contar todo lo que sabía, todo habría acabado para ellos; para Howard, para Morris, y para Lewis Blocker.

Todo lo que Howard y él habían hecho para intentar atar los cabos sueltos de esa cagada colosal, como Howard la llamaba de forma tan acertada, se desharía en el momento en que Allison Fitch decidiera salir de su escondite. En cuanto informara a las autoridades del asesinato, confesara su intento de chantaje y revelara su encuentro con Howard, la mierda saltaría por los aires.

Tenían que asegurarse de que eso no ocurriera.

Estaban dando varios pasos en esa dirección. Primero, Lewis hizo que Nicole vigilara a la madre de Fitch en Ohio. Supuso que, tarde o temprano, la chica intentaría ponerse en contacto con ella. ¿Qué hija en apuros no querría hablar con su madre? ¿Qué hija no se sentiría atormentada por la culpa mientras su madre se desesperaba pensando en lo que le había ocurrido? ¿No acabaría pensando que tenía que disipar los temores de su madre?

Lewis tenía sentimientos encontrados acerca de mantener a Nicole en ese proyecto después de la forma en que había metido la pata. Su anterior confianza en ella se había visto sacudida de forma inconmesurable, y su impulso inicial había sido hacer pagar a Nicole un precio muy alto por su error. Pero en esos momentos necesitaba toda la ayuda posible, y Nicole, que sabía el peligro que corría, había dicho que ayudaría, de forma indefinida, para arreglar las cosas. Así que la usaría hasta que ese lío se resolviera.

Lewis también quería mantener una especie de vigilancia en el

apartamento de Fitch. Aunque pensaba que era muy poco probable que la mujer regresara al piso, creía que era posible que alguien que la conociera apareciera en algún momento. Tal vez un amigo que pasara a verla, o, y esa era la eventualidad que Lewis más esperaba, alguien con quien Allison se hubiera puesto en contacto y a quien hubiera dado instrucciones de ir a su antigua casa para ver qué pasaba.

En cualquier caso, tal visitante podría proporcionar una pista sobre el paradero actual de Allison Fitch.

Lewis no podía tener a alguien en el pasillo veinticuatro horas al día, siete días a la semana: sería demasiado obvio. Y aunque había hablado con el casero, haciéndose pasar por pariente de una de los antiguas inquilinas, y se había asegurado de pagar el alquiler todos los meses en el futuro inmediato, Lewis no disponía de personal para tener a alguien en el apartamento a todas horas por si aparecía algún visitante. Se quedó allí el primer mes él mismo, y la única persona que llamó a la puerta fue un tipo que repartía menús para llevar de un restaurante italiano de la misma calle.

Pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que algún día podía aparecer alguien sospechoso. Y cuando esa persona lo hiciera, quería saber cómo era.

Por eso instaló la cámara, un dispositivo estenopeico, activado por movimiento, montado detrás de la puerta, desde donde tenía una excelente vista del pasillo. Cada vez que alguien se acercaba a unos metros del apartamento, se encendía. Al final de cada jornada, Lewis revisaba las imágenes, que recibía automáticamente en su ordenador.

Casi siempre había alguien. Normalmente, era el portero, aspirando el pasillo. Un día, apareció un repartidor de *pizza* que se había equivocado de puerta. Lewis vio cómo sacaba el teléfono móvil, llamaba a la centralita y se marchaba.

A Lewis le entró hambre al verlo.

En Halloween, entraron algunos niños en el edificio que fueron de puerta en puerta, pidiendo chuches. Dos chicas, una vestida de Lady

Gaga y la otra de alienígena de otro mundo —en realidad, no estaba seguro de cuál de las dos era cual— llamaron al apartamento trescientos cinco.

Todos los días pasaba algo, pero nunca era nada importante.

Lewis pensaba que había llegado el momento de abandonar esa idea, de quitar la cámara y de dejar de pagar el apartamento.

Y entonces apareció el tipo con la bolsa de Pearl Paint.

Lewis estaba sentado a la mesa del despacho de su piso del Lower East Side, mirando el enorme monitor de su ordenador, analizando las imágenes. El hombre golpeó tres veces con la mano que sostenía la bolsa de la tienda de suministros artísticos. Lewis no lo había visto nunca, ni en su investigación sobre Allison Fitch, ni antes ni después de su desaparición. No tenía ni idea de quién era ni de si esa visita era de alguna manera significativa.

¿El tipo estaba vendiendo algo? ¿Se había equivocado de piso? ¿Era, de hecho, alguien que conocía a una de las dos inquilinos anteriores y se había pasado a visitarla? Si conociera a las dos personas que vivían ahí, ¿no habría gritado en la puerta algo tipo: «Hola, ¿hay alguien en casa?»? ¿Cómo había entrado en el edificio? ¿Tenía llave? ¿Había podido entrar porque había salido alguien del edificio, o había llamado a un montón de timbres al azar hasta que uno de ellos había sido lo suficientemente tonto como para abrirle la puerta?

¿Importaba eso? ¿Era importante ese visitante?

Entonces Lewis echó un vistazo al trozo de papel que tenía en la otra mano.

¿Qué era eso? Había pasado dos veces por delante del objetivo muy rápidamente. Lewis reprodujo el breve fragmento de grabación varias veces, pero fue incapaz de distinguir nada.

Así que detuvo el vídeo y utilizó el cursor para desplazarlo lentamente hasta que llegó a un punto en el que el trozo de papel era ligeramente visible.

Parecía una hoja de papel normal de tamaño A4, como las que se usaban en las impresoras. Había una imagen cuadrada en color en el

cuadrante superior izquierdo de la hoja. Parecía una agrupación de ventanas, aunque era difícil asegurarlo.

Y en la parte superior, texto impreso imposible de leer en el monitor. Pero había una especie de logotipo en la esquina superior izquierda, multicolor. Lewis no estaba seguro, pero creyó reconocerlo. Empezaba con una uve doble mayúscula estilizada y parecía haber tres números al final.

Lewis estaba bastante seguro de que sabía lo que era: el logotipo de Whirl360, una página web que te permitía ver las calles reales de ciudades de todo el mundo; lo usaba de vez en cuando. Como todo el mundo hacía en algún momento, había mirado si la casa en la que había crecido estaba *online*. Había tecleado la dirección de su casa de Denver y, efectivamente, allí estaba.

Si se trataba, como sospechaba, del logotipo de Whirl360, entonces tenía sentido que la imagen de la página se hubiera impreso a partir de esa página web.

Lewis amplió la imagen borrosa todo lo que le permitió el ordenador. Parecían ventanas, como las de los viejos edificios de viviendas del barrio donde estaba el apartamento de Allison Fitch. Pero era imposible ver nada con claridad.

Lewis pensó que si ese tipo había encontrado la imagen en Internet, él también podría hacerlo.

Abrió un navegador, fue a la página web de Whirl360 y escribió: «Calle Orchard, ciudad de Nueva York». Y casi al instante, estaba allí, bajando por la calle a base de clics. Cuando llegó a la manzana donde vivía Fitch, arrastró el ratón por la pantalla, para dar un par de vueltas alrededor de Orchard, mirando de norte a sur y viceversa.

Quizá el tipo que había llamado la puerta era un estudiante de Arquitectura. O alguien del departamento de Urbanismo de la ciudad. A saber…

Colocó la imagen de modo que mirara directamente al edificio de Fitch, movió el ratón hasta la parte superior, lo pulsó y lo mantuvo pulsado mientras arrastraba el ratón hacia abajo, lo que tuvo el

efecto de estirar el cuello hacia arriba para ver los pisos superiores del edificio.

—¿Qué? —murmuró—. ¿Qué es eso?

Se estaba fijando en una ventana en particular. Hizo clic para ampliar la imagen.

—Mierda —susurró.

Volvieron a encontrarse en el mismo banco de Central Park. Lewis Blocker entregó a Howard Talliman una hoja de papel doblada por la mitad.

—¿Qué es esto? —preguntó Talliman.

—Algo que he sacado de Internet, míralo.

Talliman desdobló la hoja y la miró, perplejo.

—No tengo ni idea de lo que es. —Howard nunca había estado en la casa de la calle Orchard.

—Esa ventana está en el apartamento. Lo que tienes ahí es una impresión de Internet.

Howard tocó con el dedo índice la cabeza que había en la ventana.

—Lewis, ¿es esto lo que creo que es?

—Sí.

Howard devolvió la hoja a Lewis, que se la metió en la chaqueta.

—Sigo sin entender qué pasa.

—¿Conoces Whirl360? —preguntó Lewis.

—No vivo en una cueva, Lewis.

—Eso se imprimió directamente de esa página web. Mientras hablamos, esa foto está *online*. Cualquier persona en el mundo que esté explorando la calle Orchard en su ordenador, si mueve el ratón por casualidad hasta ese punto, podrá verlo. Lo que debió de pasar fue que uno de los coches de Whirl360 con cámaras panorámicas iba por la calle Orchard al mismo tiempo que Nicole estaba haciendo su trabajo en la ventana.

Howard empezó a comprender la inmensidad del problema.

—Dios mío —soltó—, ¿y cómo demonios lo has descubierto? ¿Acabas de encontrarlo?

—No —respondió Lewis—, cayó en mis manos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Alguien fue al apartamento. Un hombre de unos treinta y tantos o cuarenta y pocos llamó a la puerta y la cámara se activó.

—Vale.

Lewis se acarició la chaqueta en el lugar donde descansaba la impresión.

—Llevaba una hoja como esta, en la mano.

Howard se quedó con la boca abierta. Se llevó una mano a la frente.

—¿Quién era?

—No sé.

—¿Qué hacía con eso? ¿Por qué lo tenía?

—No sé.

—¿Qué demonios es lo que sí sabes, Lewis?

Él permaneció imperturbable.

—Sé que tenemos un par de problemas, Howard; el primero es este hombre. ¿Quién es? ¿Por qué tiene esa impresión? ¿Cómo la descubrió en Internet? ¿La encontró por casualidad o sabía que estaba ahí? ¿Actúa solo o en nombre de otra persona? ¿Sabe lo que representa esa imagen? ¿Es de la policía? ¿Por qué estaba llamando a la puerta del apartamento de Fitch con la hoja en la mano? ¿Qué quería? ¿A quién buscaba?

—Joder —dijo Howard. Hizo una pausa y miró a Lewis—. ¿Cuál es el segundo problema?

—La imagen —contestó—. Sigue en Internet, en esa página web, a la espera de que alguien la encuentre.

TREINTA Y UNO

Eran casi las diez cuando llegué al camino de entrada. Lo primero que me llamó la atención fue lo oscura que parecía la casa.

La luz del porche delantero, la del lateral de la casa y la de la puerta del granero tenían temporizadores, así que estaban encendidas. Pero no había ninguna luz saliendo del interior de las ventanas. El salón estaba a oscuras y en el segundo piso pasaba lo mismo. Ni siquiera había una neblina azulada procedente del ordenador de la habitación de Thomas. Parecía improbable, pero quizá se había acostado temprano.

La puerta principal estaba cerrada. Entré, encendí algunas luces y me paré a escuchar. No se oía nada. Tampoco era como si Thomas hiciera ruido normalmente: Whirl360 no tenía audio.

—¿Thomas? —llamé en voz baja, pensando que podría estar dormido. No quería despertarlo. Esperaba que estuviera esperándome, ansioso por saber lo que había averiguado, que había sido poca cosa, pero él aún no lo sabía. Miré en la cocina—. Mierda —dije en voz baja.

La mesa estaba llena de platos sucios, y no solo del desayuno, sino también del almuerzo. No sabía si además estaban los de la cena. Puse la mano en el cartón de leche medio lleno. Estaba a temperatura ambiente. Lo olí.

—Puaj —mascullé, y lo vacíe en el fregadero. Entonces me fijé en el cuchillo manchado de mantequilla de cacahuete que estaba pegado a la encimera junto al tarro abierto.

Subí las escaleras hasta el segundo piso y llamé despacio a la puerta de Thomas. Al no obtener respuesta, la abrí con cuidado.

No necesitaba encender la luz para ver si estaba en la cama: la luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba las sábanas. La cama estaba vacía. En ese momento, encendí la luz.

La torre del ordenador seguía zumbando, pero la pantalla se había quedado en negro por la falta de uso. La rutina de Thomas consistía en apagarlo todo cuando terminaba la jornada.

Salí al pasillo y di unos pasos hasta el cuarto de baño. La puerta estaba abierta. Encendí la luz.

No había ni rastro de él allí.

—¡Thomas! —grité; ya no me preocupaba hacer ruido—, ¡Thomas!, ¡ya estoy en casa!

Me invadió la inquietud. No tenía que haber ido a Manhattan y dejarlo todo el día solo. Se había metido en algún lío, pero ¿en qué, exactamente? Recé por que el fbi no hubiera vuelto y se lo hubiera llevado.

Volví al primer piso y me dirigí a la puerta del sótano que estaba junto a la cocina.

—¿Thomas?

No hubo respuesta, pero bajé los escalones de todos modos. Utilizando la luz de la cocina para llegar abajo, tiré de la cadena para encender la bombilla. Esa habitación se utilizaba sobre todo como trastero, y había innumerables cajas con cosas que mis padres habían guardado a lo largo de los años, un montón de cosas que había que revisar. Caminé por la habitación y me asomé detrás de la caldera. Thomas no estaba ahí abajo.

Salí por la puerta de la cocina y di unos pasos hacia el patio. El aire era fresco y el paisaje estaba suavemente iluminado por la luna. No había ni una nube en el cielo y, si alguna vez hubiera estudiado Astronomía quizá habría podido distinguir alguna constelación aparte de la Osa Mayor.

—¡Thomas! —grité y luego, en voz baja, añadí—: Maldita sea.

Me preguntaba si debía llamar a la policía. Decidí buscar más a fondo primero, empezando por el granero. Atravesé corriendo el patio y abrí de un tirón la amplia y altísima puerta. Una vez dentro, busqué la gran caja eléctrica con los interruptores, que estaba atornillada a una viga vertical, y encendí las luces.

Allí no había gran cosa, aparte del tractor que había matado a

nuestro padre.

—¡Thomas!, maldita sea, si te estás escondiendo de mí…

Decidí callarme al darme cuenta de lo improbable que era que Thomas estuviera jugando al escondite. No solía jugar nunca a nada. Cuando dejé de gritar, presté atención. Había un coro nocturno de grillos, el tipo de ruido que siempre está ahí, pero que no notas. No muy lejos de mí, se oía crujir los restos de paja que llevaban allí varias décadas, desde la época en que ese edificio era propiedad de un granjero.

Un ratón correteaba intentando ponerse a salvo.

Me adentré unos pasos en la estructura, deslizando la mano por el capó agrietado del tractor al pasar junto a él. En ese momento deseé que Thomas tuviera un teléfono móvil. Habría intentado llamarlo.

Pensando en dónde podría estar se me ocurrió que a lo mejor había bajado al arroyo, al lugar donde había encontrado a papá. Apagué las luces del granero y corrí a la cresta de la colina que había detrás de la casa.

—¿Estás ahí abajo, Thomas?

Nada.

¿A quién podía llamar, aparte de la policía? Thomas no tenía amigos. No se había ido a una fiesta de pijamas.

Eso no era propio de él.

Volví a entrar, decidí que no podía esperar más y llamé a la policía de Promise Falls. Les dije que mi hermano había desaparecido.

—Enviaremos a un agente a su casa lo antes posible —respondió la operadora—, pero mientras tanto, necesito que me facilite una descripción de su hermano. En primer lugar, ¿cuántos años tiene?

Tuve que pararme a pensar.

—¿Treinta y cinco? Es un par de años más joven que yo.

—¿Y cuándo desapareció?

—No sé, yo acabo de llegar a casa porque he estado fuera todo el día y no está.

—Ah, bueno, espere un segundo, señor Kilbride. ¿Se trata de un

hombre adulto de treinta y cinco años? ¿Y puede ser que hubiera salido justo antes de que usted volviera? A lo mejor ha ido a la tienda o algo así, o a dar una vuelta.

—No, eso es imposible, nunca sale de casa.

—A lo mejor se cansó de estar recluido.

Iba tardar bastante tiempo en explicarlo todo.

—Thomas es un paciente psiquiátrico. A ver, no es un paciente, exactamente, pero ve a una psiquiatra regularmente, y marcharse, no estar aquí, no es normal en él.

—¿Dejó solo a un paciente psiquiátrico, señor Kilbride?

—Jesús, no es… ¿Puede enviar a alguien para que intente explicárselo en persona?

—Enviaremos un coche, señor, pero…

—Tengo que colgar —dije.

No quería pasar más tiempo discutiendo con la operadora mientras esperaba a que apareciera un policía.

Incluso después de llamar a la policía, mi inquietud evolucionaba hacia el pánico. Salí al porche y miré la carretera, a la izquierda, donde, a unos cien metros, vivía nuestra vecina más cercana, una mujer que vivía sola desde que su marido había muerto hacía varios años. No se me ocurría otra cosa que pudiera hacer aparte de despertarla.

Fue entonces cuando un coche, que venía de la ciudad, empezó a aminorar la marcha. A unos dos metros del final del camino de entrada, se salió de la acera y los neumáticos crujieron sobre la gravilla.

El coche giró y empezó a acercarse a la casa. Bajé los escalones del porche, preocupada por si no era alguien que acercara a Thomas a casa, sino alguien que me traía malas noticias sobre él.

Con los faros apuntándome directamente, no podía distinguir el coche ni sabía si había alguien dentro aparte del conductor. Se detuvo junto al mío, de modo que cuando se abrió la puerta del pasajero, pude ver a Thomas saliendo, pero no a la persona que iba al volante.

—¡Thomas!, ¿dónde demonios estabas?

Llevaba algo en la mano, del tamaño de la mitad de un portapapeles. Me di cuenta de que era una de esas tabletas de alta tecnología que te permiten hacer cientos de cosas, incluido navegar por Internet. No parecía nada preocupado por la inquietud que me había causado.

—Salí a comer algo. *Fetuccini*. Esta cosa es mucho mejor que el gps de tu coche. ¿Qué has descubierto en Nueva York?, quiero oírlo todo. Vamos a casa, aquí fuera hace frío.

Pasó a mi lado y subió los escalones de la casa.

Oí abrirse y cerrarse la puerta del conductor. Segundos después, apareció alguien, me miró y sonrió.

—Hola —dijo Julie—, tu hermano es de lo que no hay. Lo hemos pasado muy bien. ¿Y eso de la cabeza de una persona en una bolsa?, vaya historia.

TREINTA Y DOS

Antes de decir una palabra a Thomas o a Julie, saqué el móvil y volví a llamar a la policía para contarles que mi hermano estaba a salvo en casa.

—¿Qué está pasando? —le dije después a Julie.

—Dijiste que me pasara y eso he hecho. Estabas fuera y Thomas estaba en casa. Estaba indeciso sobre qué hacer para cenar, así que le he preguntado si quería salir a comer algo y me ha dicho que sí. ¿Me vas a invitar a tomar una copa o tendré que conducir sobria hasta casa?

—¡¿Qué has averiguado?! —gritó Thomas. Había vuelto a salir y estaba de pie en el porche con la tableta en la mano.

—Dame un segundo —pedí—, enseguida voy. —Me dirigí a Julie—. ¿De dónde ha sacado esa cosa?

—Se la he dejado yo —dijo—. Le he enseñado a buscar mapas en ella estando en cualquier sitio. No hace falta que esté sentado en su escritorio todo el tiempo.

—Quiero una de estas, Ray —dijo Thomas—. ¿Puedes comprarme una de estas?

—Thomas —respondí con voz grave—, voy en un minuto.

Thomas volvió a entrar en la casa.

—Tiene razón —dijo Julie.

—¿Sobre qué?

—Sobre la forma en que le hablas. Dice que lo tratas mal.

—Yo no… ¿Ha dicho eso?

Julie asintió.

—Eso es lo que me ha dicho —replicó, displicente.

—No lo trato mal, solo intento hacerlo lo mejor posible.

Sonrió.

—Claro que sí.

—¿Me estás tratando con condescendencia?

Su sonrisa se amplió.

—Sí, supongo que sí. Oye, creo que me voy a ir y…

—No, entra —dije—, así puedes contarme lo mal hermano que soy.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—Me sorprende que hayas conseguido que salga de casa, odia salir de casa —comenté mientras subíamos los escalones.

—Dejarlo jugar con el aparato ayudó bastante; eso y decirle que le compraría algo en el kfc.

—Imposible resistirse a eso —respondí mientras entrábamos.

Se oía a Thomas haciendo clic en el piso de arriba.

—¡Sube! —gritó.

—Será mejor que me ocupe de esto —dije—. ¿Quieres subir? Ella asintió—. Tienes que prepararte para lo que vas a ver arriba.

—Thomas me lo ha enseñado antes —contestó Julie—, no es para tanto. Mi hermano solía tener mujeres desnudas colgadas por toda la pared. Prefiero los mapas.

La miré un segundo y negué con la cabeza.

—Vale.

—¿Y bien? —preguntó Thomas cuando entramos en su habitación; estaba con la mirada fija en el monitor central, avanzando por alguna metrópolis de algún lugar.

—Si vamos a hablar de esto, tienes que parar y mirarme.

—Eso es justo lo que me ha dicho —me susurró Julie—, que le hablas como si fuera un niño.

La miré fijamente mientras Thomas levantaba la mano del ratón y giraba noventa grados en la silla del ordenador.

—¿Qué ha pasado?

Me aclaré la garganta.

—Vale, fui a la calle Orchard y encontré el edificio. Mira. —Saqué el teléfono, abrí la aplicación de la cámara y se lo di—. Hice una foto del sitio.

Thomas estudió la diminuta imagen y luego la comparó con una

impresión similar a la que me había dado antes de irme a Manhattan.

Asintió.

—Esa es la ventana, los patrones de los ladrillos coinciden.

—Y como puedes ver, no hay ninguna cabeza en la ventana.

—Lo dices como si eso demostrara algo —replicó Thomas.

—Solo te estaba informando, nada más.

—Si alguien hubiese tenido un accidente de coche al final de nuestro camino de entrada hace seis meses, y hubieras hecho una foto, hacer otra foto al final de nuestro camino de entrada hoy no demostraría que el accidente no había ocurrido.

—Tiene toda la razón —aprobó Julie.

La ignoré.

—Ya lo sé, Thomas, solo te estaba contando lo que he visto.

—¿Qué más hiciste?

—Subí al apartamento y llamé a la puerta.

Thomas me miraba fijamente

—¿Y qué paso?

—No hubo respuesta, el apartamento está vacío.

—¿Vacío?

—Eso parece. Me lo dijo una mujer que vive al final del pasillo. Hace meses que nadie vive allí.

—¿Le preguntaste si habían matado a alguien en el apartamento?

—No, no le pregunté si habían matado a alguien en el apartamento. Supongo que, si hubiese ocurrido algo así, me lo habría dicho.

—Si fue ella quien lo hizo, no —dijo Thomas.

—No tenía pinta de asesina. Dijo que las chicas se habían mudado hacía tiempo.

—¿Y el apartamento lleva vacío desde entonces? —insistió.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí.

—¿No es un poco raro?

—¿A qué te refieres?

—He oído que en Nueva York hay escasez de vivienda —explicó—. ¿Por qué dejarían un apartamento vacío sin alquilar durante tanto tiempo?

—No lo sé, Thomas.

—¿Qué dijo el casero cuando se lo preguntaste?

—¿Qué?

Thomas aún tenía mi teléfono y había deslizado el pulgar por la pantalla para ver la siguiente foto.

—¿Qué es esto?

—Ah, ese es el directorio, está en el vestíbulo.

—¿Ese es el número del casero?

—Sí.

—¿Hablaste con él?

—No, no hablé con él.

—¿Por qué no hablaste con el casero? Seguro que sabe si han asesinado a alguien en uno de sus apartamentos.

—Mira, Thomas, te he conseguido unas fotos. Llamé a la puerta y no había nadie, no sé qué más podría haber hecho. —Julie soltó un pequeño bufido—. ¿Qué?

—¿Te habría costado mucho hablar con el portero? ¿O con más vecinos? —preguntó ella.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?

Ella sonrió.

—Ya estabas allí, en la ciudad, en el edificio. Podrías haber llamado a un par de puertas más para sacarle más partido al viaje.

La fulminé con la mirada.

—Sí —asintió Thomas, mirándome con desaprobación—. ¿Por qué te ofreciste voluntario? Tenía que haber ido yo.

—Sí, claro, no llegarías hasta dentro de una semana.

—Pero al menos, cuando llegara, averiguaría algo. Estamos igual que antes, solo sabemos que había una persona en apuros en una ventana.

—¿Qué? —pregunté.

—Menuda porquería de investigación. Desde luego, no está a la

altura de la Agencia Central de Inteligencia. No quiero ni imaginarme la opinión que tendrían al respecto.

—Sí —aprobó Julie.

—De acuerdo —dije, levantando las manos en señal de derrota—, la próxima vez, puedes salir de casa, coger el tren e irte a Nueva York y hacer de Archie Goodwin, y yo me quedaré aquí sentado mientras tú vas por ahí buscando pistas. Yo me quedaré cuidando de mis orquídeas.

—¿Archie?, ¿orquídeas?

—Thomas, hice lo que pude, de verdad. En Internet no aparece nada sobre un asesinato en ese apartamento, ni una sola noticia. Sea lo que sea lo que viste, está bastante claro que no era nada. Lo mejor que podemos hacer es dejarlo pasar. —Saqué la hoja impresa del bolsillo, la arrugué y la tiré a la papelera. Thomas observó cómo la bola de papel rebotaba en el receptáculo y luego me miró a mí.

—Eso es una estupidez —replicó Julie.

La miré de nuevo y suspiré. Tal vez tuviera razón, pero había sido un día muy largo y yo estaba agotado.

Esperaba que Thomas le diera la razón a Julie, pero lo que dijo a continuación me dejó estupefacto.

—No me gusta el señor Prentice.

Parpadeé.

—¿Qué? —Dejé que mi cerebro cambiara de marcha durante dos segundos y pregunté—: ¿Por qué no te gusta el señor Prentice?

—Quiere que haga cosas que no quiero hacer.

—Thomas, ¿de qué estás hablando?

—Quería llevarme a comer y yo no quería ir.

—¿Hoy?, ¿ha venido por aquí?

Mi hermano asintió.

—Me agarró para que me fuera con él y entonces le pegué.

Di un paso adelante y le puse una mano en el hombro.

—Madre mía, Thomas, ¿le has pegado a Len Prentice?

Thomas asintió.

—Solo un poco. —Se levantó de la silla del ordenador para hacer

una demostración. Me cogió la mano y me la puso en el brazo—. Me agarró así y luego me aparté y entonces lo golpeé en la cara. —Lo hizo a cámara lenta, tocándome la mejilla con el dorso de su mano.

—Has golpeado a Len Prentice en la cara.

—No me cae bien, nunca me ha caído bien.

—Thomas, no puedes ir por ahí pegando a la gente.

—Ya te lo he dicho, él me ha agarrado del brazo primero. No le he pegado fuerte. No ha sangrado ni ha llorado ni nada.

—¿Y qué ha hecho, entonces?

—Se ha ido.

Suspiré. Nunca más iba a poder dejar solo a Thomas. Al menos durante un día entero no. Antes de poder vender la casa y volver a Burlington, iba a tener que llevar a Thomas a un lugar donde estuviera supervisado. La otra cosa que me alarmaba era que, en muy poco tiempo, Thomas se había puesto violento físicamente dos veces. Me había derribado y había golpeado a Len Prentice. En su defensa, tenía que admitir que las dos veces lo habían provocado.

—Thomas, tú no sueles perder los nervios, no es propio de ti.

—Lo sé —respondió, acomodándose de nuevo en la silla y mirando los monitores—, normalmente me porto bien.

Thomas empezó a hacer clic en el ratón y no dijo nada más.

Sentí la mano de Julie en mi espalda.

—Vámonos —murmuró—, creo que a los dos nos vendría bien beber algo.

TREINTA Y TRES

—¿Quién es Len Prentice? —preguntó Julie mientras le daba una cerveza del frigorífico.

Se lo conté, y le comenté que a lo mejor lo recordaba del funeral. Cuando describí cómo era, se acordó.

—A Thomas nunca le ha gustado —dije.

—¿Qué demonios estaba haciendo aquí tratando llevar a tu hermano a comer a rastras?

—No sé, el problema de Len es que no acaba de entender el concepto de que algunas personas son diferentes. Piensa que, si Thomas oye voces, debería ponerse tapones para los oídos, y que su mujer, que está enferma, debería intentar tener más fuerzas para poder irse de viaje con él. Ya sabes, que debería luchar contra el cansancio.

—Sí, conozco a ese tipo de personas.

—A lo mejor debería llamar a Len para ver si está enfadado. Ya es demasiado tarde, pero mañana por la mañana lo llamo sin falta.

Nos quedamos de pie en la cocina, apoyados en la encimera, dando sorbos a nuestras cervezas, sin hablar de nada durante unos segundos.

—Gracias por haberlo llevado a cenar y dejarle usar tu iPad. Te has portado muy bien con él —dije al fin.

—¿Ves?, de eso es de lo que se queja.

—¿Perdón?

—Me has dado las gracias por pasar tiempo con él, como si fuera una niñera o estuviera cuidando de tu gato.

—Nunca he querido…

—Thomas es un buen hombre —prosiguió Julie—, es un tipo decente y bienintencionado. Sí, tiene algunos problemas y se sale un poco fuera de lo común. A ver, me contó cómo consiguió que fueras

a Nueva York a buscar a la persona con la cabeza en una bolsa, lo cual tengo que admitir que es un poco exagerado. Perdón por llamarte gilipollas, por cierto. —Su sonrisa sugería que no lo sentía en absoluto—. ¿De verdad fuiste a la ciudad solo para hacer eso?

—Tenía una reunión de trabajo.

—¿Y cómo fue?

—Bastante bien.

—¿Te vas a ir a vivir allí?

—No, ese tipo de trabajo lo puedo hacer desde mi estudio.

Ella asintió.

—A ver, lo que pasa con tu hermano es que no solo le importan los mapas, eso es lo que quería decirte. —No tenía nada que decir—. ¿Sabías que sueña con tu padre todas las noches?

Giré la cabeza.

—¿Te ha contado eso?

—Sí.

—A mí nunca me lo había dicho. Estoy seguro de que lo echa mucho de menos.

—Me ha dicho que cuando deambula en sueños por todas estas ciudades diferentes, no deja de ver a tu padre sentado en cafeterías y restaurantes. —Eso me entristeció—. ¿Y te acuerdas de Margaret Tursky? —preguntó Julie.

Tuve que pensarlo.

—Sí, me acuerdo. ¿Pelirroja y con *brackets*?

—A Thomas le gustaba mucho.

La miré con escepticismo.

—Ni de coña.

—Es verdad, me lo ha dicho mientras se comía un muslo de pollo.

—Él y yo no hablamos de esas cosas, tratamos de temas más urgentes. Desde que falleció nuestro padre, Julie, todo está patas arriba.

Se dio la vuelta y se apoyó en la encimera.

—Mira, sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero Thomas no es lo que parece. Me recuerda a mi tía. La pobre ya no

está con nosotros, pero durante un tiempo estuvo en silla de ruedas y siempre que la llevaba a algún sitio, a un restaurante o lo que fuera, la gente me preguntaba a mí qué quería ella. «¿Le ponemos una bebida a tu tía? ¿Le ponemos a tu tía algún aperitivo?». Menudos gilipollas. «Pregúntaselo a ella», decía yo. Que no pudiera andar no significaba que fuera sorda. Lo mismo pasa con Thomas: solo porque le falten algunos tornillos, y lo digo con respeto, no significa que no tenga sentimientos normales. —Extendió la mano y me golpeó en el pecho—. Y tú no eres malo.

—Pero él te ha dicho que lo era.

Ella asintió.

—Sí, pero después de eso ha añadido que solo estás tratando de hacer lo correcto. Ray, te quiere mucho, de verdad. No pretendo juzgarte.

—No, tienes razón —dije de inmediato—. Supongo… Supongo que todo lo que tiendo a ver cuando lo miro es su, ya sabes, su minusvalía, aunque él no la ve como tal. No siempre lo veo como una persona completa.

Se acercó un paso y me dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Quizá por eso hago lo que hago, me gusta intentar ver todos los lados, ver el cuadro completo. No me considero una santa ni nada parecido, pero es que tú estás demasiado cerca de la situación y, como has dicho, tienes que ocuparte de muchas cosas. No te martirices por ello.

—Debe de confiar mucho en ti para contarte esas cosas.

—A lo mejor es que nadie le había preguntado antes —respondió Julie—. Cuando estábamos comiéndonos el pollo, me puse a hablar con él sobre el instituto, y hablando de pollo… —se tocó la barriga—, creo que no me ha sentado muy bien. —Se bebió el resto de la cerveza—. Eso ayudará.

—Deja que empiece de nuevo dándote las gracias, sin que eso signifique nada despectivo hacia nadie.

Ella sonrió y asintió.

—De nada. —Dio otro paso, acortando la distancia que nos

separaba, se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla—. Todo está perdonado.

Dejé la cerveza en la encimera y agarré el brazo de Julie. Me incliné para besarla, y no precisamente en la mejilla, y ella no daba muestras de intentar impedírmelo cuando Thomas empezó a gritar desde el piso de arriba.

—¡Ray!

Solté a Julie y retrocedí al oír a Thomas bajar las escaleras.

—He llamado al casero —explicó. Recordé que se había detenido en la foto que tenía en mi teléfono del directorio del edificio. Había memorizado el número—. Me ha contado cosas muy interesantes, que habrías averiguado tú si te hubieras tomado la molestia de preguntar.

Julie empezó a dirigirse a la puerta.

—Buenas noches, chicos —dijo.

TREINTA Y CUATRO

Había momentos en los que Nicole se preguntaba cómo había llegado hasta allí.

No exactamente allí, a Ohio, al apartamento de Dayton frente a la casa de la madre de Allison Fitch. Allí había llegado en coche.

Pero, un momento, eso era precisamente sobre lo que estaba pensando. ¿Cómo era posible que la misma persona que, contra todo pronóstico, había llegado a los Juegos Olímpicos y que había regresado a casa desde Sídney con una medalla de plata colgada del cuello estuviera sentada allí en ese momento, rodeada de equipos de escucha electrónicos, esperando un descanso para poder encontrar a Allison Fitch y matarla?

¿Cómo era posible que aquella joven atleta con tanto talento, que había realizado su rutina en las barras asimétricas para miles de espectadores en el estadio y millones más por televisión en todo el planeta, hubiera acabado ganándose la vida matando gente?

Bueno, algo había que hacer, ¿no?

Cualquier otra persona habría regresado de los Juegos con la cabeza bien alta. Vale, aunque no hayas ganado el oro, si vuelves con una medalla de plata, ¿no significa que has estado muy cerca?

«Estar cerca de conseguir el éxito no significa lograrlo», le gustaba decir a su padre.

Y era cierto lo que decían, que ganar la plata era peor que quedar tercero y llevarse el bronce. Has ganado la medalla de bronce y piensas: «Vale, voy a volver a casa con una medalla, y eso es la hostia, y lo mejor es que no tengo que flagelarme por haber estado a punto de ganar». *Pero cuando quedas segunda, cuando la diferencia entre tu pu*ntuación y la del ganador se reduce a inexplicables diferencias de interpretación por parte de los jueces, te vuelves loca. Los «y si…» te vuelven loca. ¿Y si tu aterrizaje hubiera

sido un poco más firme? ¿Y si hubieras mantenido la cabeza un poco más erguida? ¿Fue porque no sonreíste? ¿No les gustaba tu aspecto?

¿Podrías haber hecho algo para ganar el oro?

Te quedas despierta toda la noche haciéndote preguntas.

«Estar cerca de conseguir el éxito no significa lograrlo».

El muy hijo de puta.

Y su entrenador no era mucho mejor. Los dos, esos dos hombres imposibles de complacer, habían puesto todas sus esperanzas y sueños en ella. Había sido una tonta al pensar que lo hacía por sí misma, porque en realidad lo hacía por ellos. Podría haberse sentido orgullosa de sí misma por haber ganado la plata, pero ellos no.

«Mira los contratos de patrocinio que has perdido —le habían dicho—. Millones de dólares tirados a la basura. Menuda vida podrías haber tenido…».

Su padre no le habló en todo el camino a casa. Un vuelo bastante largo, de Sídney a Los Ángeles, luego otro a Nueva York y un viaje en limusina de vuelta a Montclair.

Empezó a irle mal en los estudios. Pasó de ser una estudiante de sobresaliente a sacar aprobados y notas peores. Su padre quería saber qué demonios le pasaba. ¿Se había tomado una pastilla en Australia que la había vuelto idiota? ¿Había algo en el agua?

Nicole —por supuesto, entonces no se llamaba así— sabía cuál era el problema. Nunca podría hacer feliz a ese hombre, así que para qué molestarse. Tal vez, si su madre no hubiera muerto de cáncer cuando Nicole tenía doce años, las cosas habrían sido diferentes. Esa mujer tenía una carrera de éxito como agente inmobiliaria. No tenía que vivir a través de su hija, a diferencia de su padre, cuyo mayor logro en la vida había sido ser subdirector en un establecimiento de Payless Shoes.

No solo dejó que sus notas bajaran: salía de fiesta, dormía por ahí, se drogaba… Dejó que su cuerpo, antes perfectamente tonificado, perdiera la forma. Cuando tenía dieciocho años, conoció a

un hombre treinta años mayor que ella que no dirigía un laboratorio de metanfetamina, pero trabajaba para alguien que sí lo hacía.

Se llamaba Chester —era su nombre de verdad, como si hubiera salido de una película antigua del Oeste— y tenía una autocaravana Winnebago que llenaba de pastillas. Quizá Chester era el nombre perfecto para él, dado que la autocaravana era como una carreta moderna. Había metanfetamina por todas partes: en el frigorífico, debajo de las camas, en las paredes de la caravana… Como no podías enviar la metanfetamina por FedEx o Purolator y no podías meterla en un avión, si querías llevarla de una parte a otra del país tenías que hacerlo tú mismo. Y como el jefe de Chester estaba vinculado a un importante distribuidor con sede en Las Vegas, eso significaba que tenía que hacer muchos viajes a Nevada.

Pero conducir una autocaravana a través del país tú solo podría parecer sospechoso, así que Chester contrató a Nicole para que lo acompañara. Si alguna vez le paraba la policía, y le preguntaban, les diría que era su hija y que la llevaba al oeste con su madre. Además, Chester consiguió que lo ayudara; preparaba las comidas en la cocina de la caravana mientras avanzaban a buen ritmo por las carreteras interestatales y conducía mientras él dormía. Las únicas veces que tenían que parar era para llenar el depósito.

A veces, Chester hacía que Nicole cubriera sus necesidades de formas que no implicaban llevarle una bebida o hacerle un sándwich o cortarle una manzana. A ella no le gustaba, pero él siempre le daba cien dólares más cuando lo ayudaba a aliviar sus «tensiones interestatales».

El trabajo de hacer felices a los hombres no se acababa nunca.

Hicieron el viaje de Nueva Jersey a Las Vegas una docena de veces. Siempre metiendo la autocaravana en el mismo almacén de las afueras de Las Vegas y haciendo el intercambio con la misma gente. Parecían extras de una secuela de *Scarface*, pero eran bastante agradables. Todos tomaban una copa cuando se hacía el intercambio. Nicole les caía bien, y les encantaba bromear con Chester sobre cómo pasaba el tiempo conduciendo todos esos miles

de kilómetros, yendo y viniendo por todo el país, con esa joven tan atractiva a su lado. Chester les asentía y les guiñaba un ojo, sin hacer nada para que pensaran lo contrario.

Ella lo odiaba por eso.

Fue el decimotercer viaje cuando las cosas se salieron de madre.

Nicole supo que algo pasaba en el momento en que la puerta del almacén empezó a abrirse. Normalmente, lo primero que veían era el Escalade de la banda de *Scarface* con la escotilla trasera abierta y los chicos apoyados en la parrilla, pero en lugar del Escalade, había un Ford Explorer. No había nadie fuera del coche, pero sí dos personas dentro.

—Esto no me gusta —dijo Nicole, que estaba de pie detrás de Chester, mirando a través de la enorme ventana frontal como si fuera una pantalla de cine.

—No te preocupes —respondió—, he recibido una llamada hace un par de horas, mientras dormías. Me han dicho que hoy habría otra gente en el intercambio.

—¿Y te han explicado por qué?

—¿Tú te crees que me cuentan sus problemas? No te preocupes.

Nicole dio unos pasos hacia la cocina, abrió un cajón y cogió algo. Chester acercó la autocaravana al Explorer, apagó el motor, se bajó del enorme asiento de conductor y abrió la puerta lateral.

Los dos hombres del Explorer ya estaban fuera, esperando cerca de la puerta de la autocaravana a que Chester saliera.

Los chicos de *Scarface* se esforzaban demasiado por parecer duros, pero siempre iban bien vestidos. Llevaban trajes buenos, zapatos brillantes, el pelo peinado perfectamente hacia atrás, demasiados anillos de oro y gafas de sol de alta gama que eran un cliché total. Pero parecían tipos que trabajaban para alguien que se preocupaba por las apariencias, que no quería que sus empleados salieran a la calle con un aspecto poco profesional.

Pero a Nicole le parecía que los tíos del Explorer acababan de llegar de ordeñar vacas. Iban vestidos con vaqueros, camisas de cuadros y botas. ¿No eran esos sombreros de vaquero los que había

visto en el salpicadero de su coche? Uno tenía el pelo rubio sucio, el otro no tenía nada de pelo, aunque era demasiado joven para haberse quedado calvo; debía de llevarlo afeitado. Una especie de *skinhead* que celebraba reuniones nazis en un granero.

—Hola, amigos —dijo Chester, acercándose a un par de metros de ellos—. Creo que no nos hemos visto antes.

El rubio se llevó la mano derecha a la espalda, sacó una pistola que llevaba metida en los vaqueros y le disparó a Chester en la cabeza, provocando un ruido atroz en el enorme almacén vacío.

En cuanto había cogido la pistola Nicole supo lo que le iba a hacer, y sabía que primero le dispararía a él. El calvo no había cogido ninguna arma. Eso no significaba que no tuviera ninguna, pero el hecho era que no la tenía en la mano, así que ella tenía que ir a por el que sí la tenía.

Nicole estaba de pie detrás de Chester cuando dispararon. Menos mal que no estaba justo detrás de él, ya que la bala le atravesó la cabeza y salió por el otro lado.

Chester ni siquiera había tocado el suelo antes de que ella sacara el cuchillo de su bolsillo trasero. Era el que usaba para cortar las manzanas de Chester. Tenía una hoja de cuatro pulgadas y mango sólido. Estaba muy afilado. Lo único que había podido meter en el bolsillo de sus vaqueros era el cuchillo. El mango sobresalía hacia arriba, por lo que le resultó fácil cogerlo.

En ese momento ocurrió algo. Era como si estuviera de vuelta en Sídney. De repente, su cuerpo supo instintivamente cómo moverse, cómo saltar, cómo medir la distancia.

Y no había tanta distancia que recorrer.

Claramente, «el Rubito» no esperaba que Nicole lo atacara; a saber lo que esperaba. A lo mejor pensaba que, como era una chica, se quedaría ahí, gritando como las imbéciles de las películas. Tal vez pensó que intentaría huir. Tal vez pensó que ella se quedaría allí mientras él le disparaba en la cabeza.

Pero estaba claro que no había pensado que se le echaría encima.

O que tenía un cuchillo. O que se lo clavaría en el cuello antes de que tuviera la oportunidad de apuntarle con el arma.

El cuchillo entró rápido y con fuerza. «El Rubito» emitió un ruido que sonó como si se estuviera atragantando con una paloma. Ni siquiera intentó apuntar hacia ella. Se le cayó la pistola de inmediato y luego se desplomó sobre el cemento.

El calvo saltó hacia atrás cuando la sangre empezó a brotar. Nicole supuso que no tardaría en sacar un arma, si tenía una. Cuando se dio la vuelta y echó a correr hacia el Explorer, ella supuso que no la tenía, pero a lo mejor había una en el coche.

Podría haberse agachado y coger la pistola del Rubito, pero supo, casi instintivamente, que no era su arma preferida.

Salió corriendo tras él y lo alcanzó justo cuando ya había abierto la puerta del coche y tenía medio cuerpo dentro. Lanzó todo su peso contra la puerta, la cerró contra él y le aplastó la cabeza contra el marco.

Estaba medio inconsciente cuando le clavó el cuchillo en el costado. Ella abrió la puerta y él se deslizó hasta el asfalto.

Se dejó caer sobre él y le clavó el cuchillo por segunda vez para hacerle saber que iba en serio.

—¿Para quién trabajas? —preguntó.

—Joder —exclamó él—, me estoy muriendo.

—Dime para quién trabajas y te conseguiré una ambulancia.

—Higgins —jadeó.

Y entonces le cortó el cuello.

Encontraron el Escalade de los chicos de *Scarface* en medio del desierto. Habían disparado a todos en la cabeza y le habían prendido fuego al todoterreno.

Su jefe, un hombre llamado Victor Trent, le ofreció trabajo a Nicole. Estaba impresionado y agradecido de que no solo hubiera matado a los dos hombres que habían asesinado a sus empleados, sino que también hubiera tenido la sangre fría de sacarles el nombre de Higgins antes de rematarlos.

Si la hubiera conocido un poco más, y ella hubiera tenido un poco más de experiencia, habría hecho que se ocupara ella misma de Higgins. Pero se lo encargó a uno de sus empleados de toda la vida. Higgins también murió en el desierto, pero nadie lo encontró. Tampoco nadie encontró nunca a los dos hombres que Nicole había matado en el almacén.

Víctor introdujo a Nicole en su círculo de confianza. No tardó en darse cuenta de que sus habilidades superaban con creces a las de otras chicas —y a las de la mayoría de los chicos— de su edad. Tenía control. Tenía disciplina. Tenía ganas de aprender.

Y él estaba encantado de enseñarle.

En poco tiempo, Nicole se convirtió en la chica a la que Víctor acudía siempre cuando tenía un problema. Su reputación creció en el círculo de asociados de Víctor. Siempre había trabajo para una mujer como Nicole.

Ella nunca le dijo quién era antes, y él nunca le preguntó. Una vez, en 2004, la llevó a su despacho para pedirle un encargo, y en la televisión estaban poniendo los juegos de verano de Atenas. Víctor le contó lo mucho que le gustaban los Juegos Olímpicos, que los veía siempre que podía, mientras Nicole estaba allí de pie, mirando a Carly Patterson en las barras asimétricas. No tenía ni idea, y eso era lo mejor.

Pasó cinco años trabajando para él y le pagaba bien. En un momento dado, Víctor le presentó a un antiguo agente de la policía de Nueva York llamado Lewis Blocker. Víctor había contratado a Lewis para que le hiciera algunos trabajos de vigilancia, y además quería que le enseñara el oficio a Nicole. Aprendió mucho de él.

Al final, Nicole llegó a un punto en el que ya no quería trabajar únicamente para Victor Trent. Estaba en deuda con él por muchos motivos, pero creía que la suya se había convertido en una relación beneficiosa para los dos. Había eliminado muchos problemas para él, y ahora quería la libertad de eliminarlos también para los demás.

Nicole lo invitó a cenar en Picasso, en el Bellagio. Le dijo que había sido un mentor maravilloso y lo mucho que valoraba su

amistad y la orientación que le había dado los últimos años. Siguió regalándole el oído hasta que al final le dijo que quería intentarlo por su cuenta y que eso no significaba que no siguiera trabajando para él, pero que a partir de ese momento sería una agente libre.

—Necesito esto —dijo—, por mi bien. Es lo que tengo que hacer. Y nunca habría llegado hasta aquí sin tu apoyo y orientación.

—Maldita zorra desagradecida —masculló él, y se fue sin terminar su ensalada de langosta de Maine con vinagreta de manzana y champán.

A la hora de la verdad, todos los hombres eran iguales.

Y le había ido bastante bien sola, hasta ese momento.

Nicole no conocía a nadie que se dedicara a lo mismo que ella a la que le hubieran salido las cosas tan mal como a ella. Tampoco era como si los asesinos a sueldo se reuniesen a menudo para comparar experiencias, pero se oían cosas. Era como una colmena, conocías el trabajo de otra gente. A algunos se les daba bien, a otros no tanto. A veces, cometían errores. Ocurría en cualquier trabajo.

Pero Nicole tenía que admitir que su error entraba en el *top ten*.

Ya era bastante malo que hubiera matado a la persona equivocada. Solo eso habría cabreado a cualquier cliente, pero ¿que el objetivo previsto apareciera, viera lo que había pasado y escapara? Esa no era la clase de cosas que ponías en tu currículum.

Claro que había otros asesinos por ahí que habían metido la pata: asesinos sexuales sádicos que se condenaron a sí mismos por grabar sus crímenes en vídeo, maridos tan tontos que recurrían a las Páginas Amarillas para encontrar sicarios que se ocuparan de sus mujeres; esposas con lo mismo en mente para sus maridos, que no sabían que los asesinos a sueldo con los que conspiraban eran en realidad policías encubiertos; empresarios desesperados que incendiaban sus negocios, cobrándose unas cuantas vidas en el proceso, y que guardaban sus zapatillas de deporte empapadas de gasolina en el armario de su habitación…

A esta gente la pillaban e iba a la cárcel. ¿Por qué?, porque eran

aficionados. Acabar con vidas no era su trabajo diario. Eran contables, agentes de bolsa, vendedores de coches o dentistas.

Podrían ser profesionales en su propio mundo, pero no eran asesinos profesionales.

Se suponía que Nicole era una profesional, ese era su trabajo. Se lo tomaba en serio. No tenía ningún interés particular en sus objetivos. No los conocía. No era personal. No la dominaban los celos ni la codicia ni la obsesión sexual. Esas eran las cualidades que te hacían tropezar, que te cegaban ante tus errores. Nicole no se dedicaba a ese trabajo porque sintiera placer al acabar con la vida de alguien, aunque existía la satisfacción del trabajo bien hecho. Con los únicos encargos con los que disfrutaba en cierta manera era cuando los sujetos eran hombres. Siempre se los imaginaba como si fueran su entrenador, o su padre, o Víctor…

Había fastidiado un trabajo, así que tenía la obligación de enmendarlo. Lo más importante que tenía una persona en la vida era su reputación, y ella quería hacer lo posible por recuperar la suya. Además, era lo que esperaban de ella.

Lástima que estuviera tardando mucho más de lo previsto.

Nicole llevaba meses vigilando la casa de la madre de Allison Fitch. Se había colado allí a los pocos días de la desaparición de Allison, mientras Doris Fitch estaba fuera, reunida con la policía de Dayton para hablar de los progresos que se estaban haciendo en Nueva York para encontrar a su hija. Nicole había aprovechado ese tiempo para colocar un dispositivo de escucha en el teléfono de Doris Fitch y otro dentro del propio apartamento, y para instalar un programa en el ordenador de la mujer que permitiera a Nicole controlarlo desde su portátil. Había hablado con Lewis cuando se encontró con un par de problemas técnicos y él la ayudó. Nicole podía leer los correos electrónicos de Doris Fitch, cualquier cosa que escribiera en Word e incluso ver todas las anotaciones que hiciera en su programa bancario, en caso de que Doris hiciera alguna retirada de efectivo grande, fuera de lo normal. Nicole pensó que era cuestión de tiempo que la hija se pusiera en contacto con ella.

El sistema no era infalible: Allison podía dirigirse a un tercero para transmitir un mensaje a su madre. Pero, si tal mensaje llegaba, probablemente habría un cambio en la rutina de Doris. Reservaría un billete de avión, por ejemplo.

Nicole mantenía la esperanza de que Allison, en algún momento, establecería contacto. La antigua empleada del bar probablemente tenía miedo de hacerlo, y con razón. Supondría que estarían vigilando a su madre. Pero a lo mejor Allison confiaba en que esas personas bajaran la guardia después de cierto tiempo y que incluso pensarían que estaba muerta.

Por eso Nicole tenía que esperarla, aunque confiaba en que no tardara mucho más. No había ganado un céntimo en meses. Estaba echando mano de sus reservas.

Quizá había llegado el momento de cambiar de carrera. Dejar esa línea de trabajo antes de que su suerte se acabara, si no lo había hecho ya. Tenía un mal presentimiento sobre Lewis: que tal vez, cuando todo eso terminara, quisiera ajustar cuentas con ella por su error.

Tendría que estar preparada.

Mientras esperaba a Allison, Nicole tuvo tiempo de sobra para analizar su situación.

Doris Fitch vivía en un complejo de apartamentos de poca altura en la zona de Northridge de Dayton, cerca de la setenta y cinco. Nicole había encontrado un apartamento vacío al otro lado de la calle que le permitía ver no solo el apartamento de Fitch, sino también el solar donde aparcaba su coche, un Nissan Versa negro.

No era posible sentarse junto a la ventana y vigilar el lugar de la mujer las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Nicole necesitaba provisiones. Necesitaba dormir. Pero se lo había montado bien. El equipo de vigilancia se activaba por voz. En cuanto se conectaba, el equipo se ponía a grabar. Si el Versa se movía, una pequeña baliza avisaría a Nicole.

Aun así, era prudente permanecer cerca. Le preocupaba que, en

cuanto apartara la vista del apartamento, se bajara Allison Fitch de un taxi delante del edificio.

Sonó el móvil de Nicole.

—¿Sí?

—Oye —dijo Lewis.

—¿Sí? —repitió Nicole.

—Ha surgido algo.

—Estoy ocupada.

—Tienes que ir a Chicago.

Ese hijo de puta le hablaba últimamente de una forma que no le gustaba nada.

—No puedo —respondió ella.

—Tienes que hacerlo, es tan importante como lo que estás esperando ahora.

—¿Qué pasa en Chicago?

—¿Tienes el portátil delante?

—Espera. Vale, dime.

—Vete a la página web de Whirl360. ¿La conoces?

—Sí.

—Vete a Nueva York, a la calle Orchard. Supongo que conoces la dirección.

«¿Eh?», pensó Nicole. Abrió el navegador, fue a la página web e introdujo la dirección correspondiente. Las imágenes de la calle tardaron unos segundos en cargarse.

—Vale, ya estoy en la calle —informó—, ¿dónde tengo que mirar?

—Arriba.

Nicole hizo clic y arrastró el dedo hacia abajo por el *trackpad* del portátil, alterando la perspectiva de la imagen a medida que el punto focal pasaba del nivel de la calle al tercer piso del edificio. Al apartamento en el que había estado una vez.

Vio la ventana.

Hizo clic para ampliar la imagen.

—Dime que no estoy viendo lo que creo que es —dijo.

No se planteó coger un avión. Podía llegar hasta Chicago conduciendo en cuatro horas: tomaría la I-70 West, bordearía la parte norte de Indianápolis, cogería la I-65 hasta Gary y seguiría por la I-90 el resto del camino.

Esperaba que, si Allison Fitch decidía visitar a su madre durante el día siguiente, se quedara varios días.

Lewis le había dado un nombre a Nicole: Kyle Billings, de treinta y dos años. Había trabajado para Whirl360, en su sede de Chicago, durante tres años. Según la información de que disponía Nicole, Kyle era responsable, entre otras cosas, de supervisar el programa que borraba partes seleccionadas de los paisajes urbanos cuando se publicaban *online,* como matrículas de vehículos o caras de personas. Se suponía que debía ocurrir automáticamente, y Kyle Billings era la persona encargada de asegurarse de que así fuera. Él había desarrollado el programa.

Nicole necesitaba que Kyle borrara una imagen de la calle Orchard antes de que alguien más la encontrara. Quería saber cómo demonios se había enterado Lewis de eso. Un tipo se había presentado en la puerta con una hoja impresa de Whirl360 en la mano. Lewis estaba intentando averiguar quién era el tipo.

Menudo desastre; primero, había matado a la persona equivocada, luego se había escapado Allison Fitch, y ahora eso.

«Céntrate».

¿No fue eso lo que hizo en Sídney? ¿Estar centrada? Concentrada en la tarea que tenía entre manos. Sacar todo lo demás de su cabeza. No había gente. No había cámaras de televisión. No había comentaristas. Solo estaban ella y las barras.

Eso era lo que tenía que hacer en ese momento: pensar en lo que había que hacer ese día, no en lo que tenía que hacer al día siguiente, o al siguiente, o al día siguiente.

Ese día.

Lo que tenía que hacer ese día era encontrar a Kyle Billings y utilizar todos sus poderes de persuasión para conseguir que entrara en la base de datos de paisajes urbanos de Whirl360, borrara esa

imagen de la ventana del tercer piso y la eliminara de la base de datos para siempre.

Sabía que Kyle Billings haría exactamente lo que ella quería.

Kyle Billings estaba casado.

TREINTA Y CINCO

—¿Thomas?

—¿Sí?

—Soy Bill Clinton.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Ah, hola. Me alegro de oírle.

—¿Cómo van las cosas?

—Van muy bien. Cada día memorizo más calles. ¿Está recibiendo mis actualizaciones?

—Claro que sí. Lo estás haciendo muy bien. Tu trabajo es estupendo, todo el mundo está impresionado con lo que puedes hacer.

—Muchas gracias.

—Pero Thomas, hay algo que me preocupa un poco.

—¿Sí?

—Tengo entendido que el fbi fue a verte el otro día.

—Sí, es verdad, ¿recuerda que hablamos de eso? Creo que solo se estaban asegurando de que seguía haciendo el trabajo, ¿sabe?

—Claro, claro, pero en estos tiempos hay que ser muy cuidadoso, Thomas, debes vigilar sobre todo con quién hablas, sea el fbi, la cia, incluso la policía de Promise Falls o gente cercana a ti.

—¿A qué se refiere?

—A que tienes que ser muy prudente con las cosas que cuentas. Nunca reveles nada muy personal. Por ejemplo, tu padre acaba de fallecer, y entiendo que eso te afecte, pero tienes que mostrarte fuerte o te considerarán débil. Lo mismo ocurriría con cualquier incidente traumático de tu vida, te lo guardas para ti y sigues adelante. ¿Has entendido?

—Creo que sí.

—Eso está muy bien. Y también tienes que cubrir tus huellas, como por ejemplo borrar el historial de tu ordenador…

—Eso ya lo hago.

—Y tu historial de llamadas también.

—Claro. Yo hago ya todo eso, Bill.

—No te imaginas lo orgulloso que estoy de ti, Thomas. Todo el mundo en la agencia está muy impresionado.

—No lo defraudaré. Aprovechando que ha llamado, quería contarle algo. Cuando estaba memorizando las calles de Nueva York, vi…

—Thomas, tengo que colgar. Quizá la próxima vez, ¿vale?

—Vale, Bill, de acuerdo. Adiós.

TREINTA Y SEIS

Thomas no me contó nada de su charla con el casero cuando Julie se fue. Decía que estaba muy molesto conmigo. Subió a su habitación y cerró la puerta. Podía oírlo ahí dentro, charlando con uno de nuestros expresidentes.

Así que, a la mañana siguiente, cuando bajó a la cocina, en lugar de rogarle que me dijera algo, solo le pregunté que qué cereales quería.

Cuando se había comido la mitad del tazón, mientras me servía una segunda taza de café, Thomas habló por fin.

—¿No quieres saber nada de mi conversación?

—¿De tu conversación con quién? —pregunté, pensando que se refería a Bill Clinton.

—Con el casero, el señor Papadapolous.

—Si tú quieres contármelo… No lo hiciste anoche, así que depende de ti.

—Creo que lo desperté —dijo Thomas—, parecía muy enfadado y me costó entenderlo, hablaba como con acento.

—Me juego lo que sea a que el acento era griego.

—¿Por qué? —preguntó Thomas.

—No importa, continúa con tu historia.

—Le dije cómo me llamaba y que soy consultor de la Agencia Central de Inteligencia.

Dejé el café.

—Joder, Thomas, no.

—No quería mentir, y creo que identificarme de esa manera ayudó a qué respondiera a mis preguntas.

Supuse que era solo cuestión de tiempo que el fbi regresara. Podrían haber pasado por alto que Thomas bombardeara a la cia con

correos electrónicos, pero ¿decirle a la gente que trabajaba en nombre de una agencia federal? Esto solo podía ir a peor.

—Le pregunté quién vivía allí antes —prosiguió Thomas.

—Continúa.

—Dos mujeres.

—Eso es lo que dijo la mujer del pasillo —le recordé.

—Le pregunté que si eran hermanas, o madre e hija, o solo amigas, y me dijo que eran compañeras de piso, pero no muy buenas amigas, porque a veces una de ellas no pagaba el alquiler a tiempo y la otra tenía que poner todo el dinero.

Asentí.

—Buena pregunta.

—Dijo que sus nombres eran Courtney y… el otro creo que dijo que era Olsen, pero no lo entendí bien debido a su acento.

—Eso puede ser un nombre o un apellido.

—Olsen era un nombre de pila. Tengo los apellidos. Los escribí. Dijo que hasta donde él sabía, a Olsen aún no la habían encontrado.

Me animé.

—¿Que no la habían encontrado? ¿Qué quieres decir con que lo habían encontrado?

—Eso fue lo que dijo. —Le pregunté a qué se refería y me dijo que la cia debía de ser bastante estúpida si no sabía ya todo eso y tuve que explicarle que la cia tiene muchas ramas y es una organización muy grande y…

—¿Y qué te contestó?

—Dijo que Olsen había desaparecido y le pregunté que quién vivía ahora en el apartamento, y me dijo que nadie.

—Eso es lo que te acabo de decir.

—Pero —Thomas levantó un dedo, como si fuera Sherlock Holmes o algo así—, el apartamento está alquilado.

—¿Por quién?

—El señor Blocker —respondió Thomas.

—¿Quién es ese?

—El hombre que ha alquilado el apartamento.

—Ya lo sé, ¿pero quién *es*?

—No lo sé —dijo Thomas—. ¿Por qué alquilaría alguien un apartamento para no usarlo?

—Por muchas razones; a lo mejor no vive en Nueva York, pero tiene que ir a menudo por negocios.

Thomas se mostró dubitativo.

—Eso me parece un despilfarro.

—A la gente que tiene dinero no le preocupa despilfarrarlo —expliqué—. Les resulta más fácil tener un lugar fijo en vez de ir a un hotel cada vez que van a la ciudad.

Era un concepto difícil de asimilar para Thomas.

—No sé, pero lo que sí creo es que probablemente la mujer de la ventana es Olsen. La mataron y por eso nadie la ha vuelto a ver.

—Ya veo, ¿y por qué la mataron?

Lo pensó durante un momento.

—Para que el señor Blocker pudiera quedarse en su apartamento cuando fuera a Manhattan.

Me reí.

—¿De verdad crees que pasó eso?, ¿que alguien necesitaba un apartamento y entonces mató a una persona para conseguirlo?

—He oído que en Nueva York es bastante difícil encontrar vivienda de alquiler —replicó Thomas, muy serio.

—Yo he estado en el edificio y no creo que merezca la pena matar por esos apartamentos. —Puse las palmas de las manos sobre la mesa—. Mira, Thomas, vamos a tomarnos un momento para recapitularlo todo. Lo único que sabemos es que allí vivían dos mujeres y ahora ya no, y tu amigo el casero dice que el señor Blocker paga ahora el alquiler, pero que en realidad no vive allí.

—El casero no es mi amigo, ni siquiera lo conozco.

—Vale, pero la poca información que tenemos no explica un asesinato.

—Ya, pero una de las mujeres ha desaparecido.

—Según lo que dice el casero, que no es precisamente un inspector del Departamento de Policía de Nueva York. Quizá han

encontrado a la mujer, pero nadie se ha molestado en decírselo a este tipo.

—Eso es buena idea —comentó Thomas.

—¿Qué es buena idea?

—Llamar al Departamento de Policía de Nueva York.

—Yo no he dicho eso fuera una buena idea, solo que el casero podría no ser una fuente de información muy fiable.

—Entonces, deberíamos ir a una fuente más fiable.

—No sé si es buena idea.

—Vale, entonces, puedo enviar un correo electrónico a la cia para que se pongan en contacto con ellos.

Eso sí que era una idea pésima.

—Vale —dije—, deja que me ocupe yo de esto. Llamaré a la policía de Nueva York.

—Pregúntales por esa mujer desaparecida, a ver si ha aparecido. Y diles que entren en Internet, que echen un vistazo a la calle Orchard en Whirl360, y que miren la cara de la ventana.

—Claro —respondí.

Thomas volvió a sus cereales. En mi cabeza, exhalé un enorme suspiro de alivio. Habíamos *terminado* con ese tema. Más de lo que se pensaba Thomas. Las probabilidades de que yo cogiera el teléfono para hablar con la policía de Nueva York eran tan altas como las de que alguien de la policía me prestara atención si de verdad hacía la llamada.

Podía imaginarme cómo reaccionaría un inspector de Nueva York cuando le dijera que mi hermano —el que estaba fichado por el fbi por enviar actualizaciones de su proyecto de memorización de calles a un expresidente— creía haber visto un asesinato en Internet.

Oh, sí, me moría por hacer esa llamada.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le dije a Thomas.

—Adelante —aceptó, con una gota de leche corriéndole por la barbilla.

—Cuando se produzca el gran colapso, cuando todos los mapas *online* desaparezcan, ¿cuál crees que va a ser la causa?

Dejó la cuchara y se secó la barbilla con una servilleta de papel.

—Creo que la causa más probable será un ataque alienígena —respondió con naturalidad—. Lo más probable es que el ataque provenga de más allá de nuestro sistema solar, aunque creo que es posible que se lance desde Venus o Marte. Una vez que los alienígenas desactiven nuestros sistemas cartográficos, les será más fácil realizar sus aterrizajes sin ser detectados. —Me envolvió un sentimiento de tristeza y desesperanza—. Te pillé —soltó Thomas sin ni siquiera esbozar una sonrisa—. Deberías verte la cara.

Le dije a Thomas que iba a la ciudad y que volvería en una hora o así.

—Ajá —respondió, mientras hacía clic con el ratón.

—Me gustaría hoy hicieras la comida tú —pedí—. Para los dos. Yo haré la cena.

Se detuvo y dio la vuelta a su silla.

—¿Y también tengo que recoger?

—Sí. Oye, Julie me ha dicho que en el instituto te gustaba Margaret Tursky, ¿es verdad?

—Eso no es asunto tuyo.

Lo había intentado.

—Nos vemos luego —dije. Asintió y volvió al trabajo. No pensé que estaría fuera el tiempo suficiente para que hiciera una de las suyas, pero nunca se podía saber con seguridad.

Llegué a la entrada de un rancho de una sola planta de Ridgeway Drive y llamé al timbre. Abrió Marie Prentice.

—¡Vaya, Ray, qué sorpresa! —saludó, abriendo la puerta mosquitera. Se giró y gritó—: ¡Len! ¡Ha venido Ray! Ray, ¿has traído a tu hermano? ¿Está en el coche?

—He venido solo, Marie —respondí, entrando en la casa.

—¡Oh, qué pena! —dijo, con un leve jadeo, pero consiguiendo rezumar entusiasmo con cada sílaba—. Me habría *encantado* verlo.

Marie coleccionaba pequeñas figuritas de cerámica de criaturas del bosque que adornaban casi todas las superficies de la casa. La esbelta mesa del vestíbulo principal estaba llena de ciervos,

mapaches, ardillas y chichimocos, ninguno de ellos a escala, o al menos eso esperaba, o de lo contrario había ardillas listadas en algún lugar capaces de comerse a Bambi para desayunar.

Al asomarme al salón pude ver más figuritas de la colección. Len había reservado un pequeño espacio en la mesa de centro para sus mandos a distancia, pero los animales habían tomado el control del resto. Marie también se consideraba pintora, y las paredes estaban decoradas con sus propios retratos de búhos, alces y conejos.

—¡Len! —volvió a gritar.

Se abrió una puerta del pasillo que daba al salón y Len emergió del sótano. Estaba dispuesto a apostar que pasaba mucho tiempo allí. Sabía que tenía un taller, que hacía muebles.

—¡Ha venido Ray a vernos! —anunció Marie—, ¡qué detalle!, ¿verdad?

Len esbozó una sonrisa nerviosa.

—Hola —dijo—, ¿has venido solo tú?

—Sí —respondí

—¿Quieres un café? —preguntó Marie—, estaba a punto de poner una cafetera.

—No, gracias. Solo quería hablar con Len un segundo.

—¿Por qué no bajas y te enseño en lo que he estado trabajando? —sugirió, lanzándome una mirada que decía que sabía por qué estaba allí, y que no quería hablar de ello delante de su mujer.

—Claro —acepté.

—¿Seguro que no quieres nada? —preguntó Marie, siguiéndonos hasta la puerta del sótano.

—No queremos nada, Marie —dijo Len, mientras me indicaba con el brazo que bajara yo delante. Cerró la puerta tras de sí mientras me seguía.

—Bonito taller —comenté. En esa habitación bien iluminada, parecía que Len tenía todas las herramientas que pudiera necesitar un maestro artesano: sierra de calar, taladrado, torno, una gran mesa de trabajo, una aspiradora Shop-Vac y una pared adornada con herramientas de mano de todo tipo. En el otro extremo de la

habitación, unas amplias escaleras conducían a un par de puertas giratorias en ángulo; así era como sacaba los muebles. No había ni una mota de serrín en el suelo, lo cual tenía sentido, ya que no veía ningún proyecto en marcha. Ni patas de sillas, ni cajones de cómodas ni puertas de armarios tiradas por ahí, esperando a ser convertidas en algo completo.

—Intento mantenerlo limpio —dijo Len.

—¿En qué estás trabajando? —pregunté—. Este lugar parece demasiado pulcro como para que estés fabricando algo.

—No tengo ningún proyecto en marcha —respondió Len—. Supuse que querrías hablar en privado.

—Thomas me dijo que hubo un incidente ayer y he venido para saber más. Tengo entendido que Thomas te golpeó.

Len levantó la mano y se tocó la mejilla.

—Sí, bueno…

—Lo siento, Thomas no debería haber hecho eso.

—Supongo que no puede evitarlo —dijo Len—, me refiero a lo de estar loco y todo eso.

—No está loco. Tiene una enfermedad mental, ya lo sabes.

—Vamos, Ray, eso es solo una forma bonita de decir que está más loco que una cabra.

Sentí un cosquilleo en la nuca.

—¿Qué pasó exactamente cuando viniste a casa?

—Fui solo para ver cómo os iba; es el tipo de cosas que vuestro padre había querido que hiciera, y no estabas allí, estaba solo Thomas. Dijo que estabas en Nueva York.

—¿Y qué pasó?

—Que intenté hacer una buena obra, eso fue lo que pasó.

—No entiendo por qué Thomas se enfadó si solo era eso lo que intentabas hacer.

—Solo quería conseguir que él…

—¿Todo bien ahí abajo? —preguntó Marie. Había abierto la puerta.

—¡Estamos bien, joder! —ladró Len. La puerta se cerró. Len se aclaró la garganta y continuó—: Me ofrecí a llevarlo a comer.

—Ya sabes que a Thomas no le gusta mucho salir de casa. —No añadí que, especialmente, no le habría gustado salir de casa para irse con Len.

—Sí, sí, ya lo sé, pero pensé que le vendría bien. No puede quedarse encerrado ahí todo el tiempo. No es sano. Tu padre llevaba eso fatal.

—¿Cuándo te pegó Thomas?

Len se encogió de hombros, cansado.

—Supongo que lo estaba presionando, tratando de convencerlo de que saliera. Lo cogí del brazo porque pensé que podría obligarlo, ¿sabes?, y el tiró del brazo hacia atrás y me dio en un lado de la cara. Si Thomas dijo que fue algo más que eso, si dijo que le hice daño o algo así, es totalmente falso, será una de sus alucinaciones.

—No me ha dicho nada de eso —dije.

Asintió con satisfacción.

—Eso está muy bien, porque los locos a veces dicen todo tipo de mierdas que no son ciertas, ¿sabes? Cree que un expresidente es su amigo, por el amor de Dios.

Mantuve la voz baja y firme.

—Len, sospecho que tenías buenas intenciones, y sé que fuiste amigo de mi padre durante mucho tiempo, y no quiero faltarte al respeto, pero no voy a consentir que llames loco a Thomas. Es una persona buena, amable y decente. No voy a tratar de argumentar que no es un poco especial, porque lo es, pero no tienes derecho a insultarlo y, si no quiere aceptar tu oferta de ir a comer, tienes que respetarlo como lo harías si fuera cualquier otra persona. —Tomé aire.

Cuando me giraba para ir hacia las escaleras, Len volvió a hablar.

—No es tan bueno, ¿sabes?

—¿Qué?

—Me lo dijo tu padre. Thomas podía enfadarse mucho. Intentó empujar a tu padre por las escaleras una vez. Él puso todo tipo de excusas por el comportamiento de tu hermano, pero en mi opinión, debería estar encerrado en un manicomio.

TREINTA Y SIETE

—No sé por qué tuviste que ponerte ese vestido rojo para la fiesta de anoche —le dijo Kyle Billings a su mujer, Rochelle—. Te dije, incluso justo antes de irnos, que te pusieras otra cosa.

—Ya sabes que me gusta mucho ese vestido —respondió—, me gusta cómo me hace sentir.

—¿Cómo?, ¿como una puta, es así como quieres sentirte?

—Que te jodan —dijo ella, y salió furiosa del cuarto de baño con bañera de hidromasaje, ducha para dos personas, lavabo doble, bidé y todo lo necesario; entró en el dormitorio con ventanas curvas que daban a la calle arbolada y se dirigió directamente a su vestidor.

Había uno para ella y otro para él, y había más metros cuadrados disponibles para cada uno que en el apartamento del sótano del South Side de Chicago donde Kyle había vivido diez años antes. Había ratones y moho, y casi todas las noches, oía a los inquilinos del piso de arriba gritando por todo tipo de cosas, desde que había poca mantequilla en las tostadas hasta que él había salido hasta tarde a beber con sus amigos.

Kyle ya no tenía que escuchar las peleas de los vecinos ni los vecinos tenían que escucharlos a él y a Rochelle. Tenían una casa reformada de varios millones de dólares en la avenida Forest de Oak Park, justo al lado de una casa diseñada por Frank Lloyd Wright, una de las muchas que había en la calle. Kyle Billings creía que solo era cuestión de tiempo que una de las casas diseñadas por Wright se pusiera en venta y él pudiera hacerse con ella. Eso, por fin, podría impresionar de verdad a su padre, a quien no parecía importarle una mierda que Kyle se hubiera hecho multimillonario antes de los treinta gracias a su magia con Whirl360, pero adoraba a Frank Lloyd Wright, el mejor arquitecto de Estados Unidos de la historia.

—¿Por qué compraste esta casa y no aquella? —había dicho el

padre de Kyle, señalando la casa Wright más cercana—. Pensaba que te iba bien.

Menudo gilipollas.

Kyle Billings siguió a su mujer hasta su vestíbulo.

—Sabes que cuando te vistes así llamas mucho la atención. Pusiste a todos como una moto. Todos los tíos estaban prácticamente babeando, follándote con la mirada.

Se dio la vuelta, se quedó descalza con sus pantalones vaqueros cortos y su camiseta roja, y puso los brazos en jarras.

—Si quieres, empiezo a llevar burka, ¿ese es el *look* que quieres que use?

—Jesús —suspiró Kyle. Sabía, en el fondo, que era un idiota por quejarse de eso. Si era sincero, ¿qué demonios le había atraído de Rochelle Billings, Kesterman antes de que se casara con él, cuando la vio en la feria de *software* de San Francisco cinco años antes, pavoneándose en el escenario con sus tacones de aguja, atrayendo más miradas hacia ella que hacia los detalles de una aplicación para el teléfono que había que tener?

Era tan impresionante en ese momento como entonces, con su pelo negro hasta el culo, sus piernas largas y sus pechos pequeños pero turgentes que te miraban directamente a los ojos. Su piel, del color del café con leche, le daba un toque exótico. Tenía que conocerla de inmediato. La encontró tras el telón después de su actuación, la invitó a una copa y metió en la conversación sus grandes éxitos: el 911 Turbo y el piso que tenía en Chicago en aquel momento, con vistas al lago Michigan. Cómo esa nueva cosa en la que estaba metido, que permitiría a la gente explorar ciudades de todo el mundo desde la comodidad de su silla de ordenador, lo iba a hacer más rico que Midas.

A Rochelle le gustó esa parte.

Cinco meses después, se casaron.

Kyle sabía que, si a él lo había impresionado, también iba a impresionar a otros tíos. Durante un tiempo lo llevó bien. Los hombres la miraban, luego intercambiaban miradas con él y él les

dedicaba una sonrisa, que decía: «Sí, puedes mirar todo lo que quieras, gilipollas, pero yo soy el que la cabalgo por la noche».

Y vaya cabalgadas…

El sexo era de oro mundo. Rochelle era ingeniosa en la cama, y nada egoísta. Por si fuera poco, era asombrosamente flexible. Había sido gimnasta de competición durante el instituto y la universidad. Lo había dejado, pero seguía haciendo ejercicio cuatro días a la semana y estaba más ágil que nunca.

Kyle sabía que tenía suerte. Cualquier hombre mataría por tenerla.

Pero su reacción ante lo buena que estaba su mujer había cambiado con el tiempo. El orgullo estaba dando paso a los celos y a la incertidumbre. Si podía tener a cualquiera, ¿cuánto tiempo más estaría con él? Tenía dinero. Tenían la casa. Iban a Europa dos o tres veces al año y se alojaban en los mejores hoteles. Se había gastado doscientos de los grandes en un Mercedes con puertas de ala de gaviota para ella.

El problema era que no era el único con dinero. Si eso era lo único que le importaba a ella, en su profesión había muchos tíos que se habían hecho millonarios de la noche a la mañana. ¿Lo quería por sí mismo o por la vida que le proporcionaba?

Nunca había dado señales de que no fuera lo primero. Y, sin embargo, eso no le bastaba para dejar de torturarse y de preguntarse si ella no estaría disfrutando demasiado con ello. Así que quería que ella bajara el tono, que enfriara la temperatura. Podía ponerse una minifalda, no había problema, pero no una tan corta que se le viera el culo cuando se pasease con los Louboutins.

—Me estás volviendo loca, ¿sabes? —dijo, mientras pasaba de una prenda a otra de la barra del armario; el noventa por ciento de ellas eran negras—. A lo mejor me he vestido así para ponerte a ti como una moto, no a los demás. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿Dónde diablos están esos pantalones?

—Envías señales —le dijo—, y aunque no sea tu intención, ten por seguro que los otros tíos las ven.

Cogió una percha de la barra, inspeccionó los pantalones y los

devolvió a su sitio.

—Mierda, ¿dónde están?

—¿Me estás escuchando?

Rochelle se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—No, no te estoy escuchando porque estás perdiendo la puta cabeza. —Pasó por delante de él y salió del vestidor. Se acercó a su mesilla de noche para coger un teléfono móvil—. Necesito espacio, lejos de ti. Estaré en el patio si decides pedirme perdón por haber sido un completo imbécil.

Él se dejó caer en el borde de la cama mientras ella salía del dormitorio. Seguía sin poder apartar los ojos de su culo. Esa era la única ventaja cuando ella se enfadaba con él, que podía mirarla mientras se alejaba.

—Imbécil —murmuró, y no se refería a su mujer—, soy un completo imbécil. —Muy en el fondo, sabía que ser tan posesivo produciría el resultado exactamente opuesto al que deseaba. Les había pasado a algunos de sus amigos: cuanto más se esforzaban por retener a una mujer, más intentaba ella escapar.

Se quedó allí sentado diez minutos, luego veinte, pensando si ir a buscarla y disculparse, o simplemente salir por la puerta principal, subirse a su Ferrari y conducir durante un par de horas. No, mejor salir en el coche, pero para comprar flores, o algo mucho mejor. Recorrería la Milla de Oro y volvería a casa con algo caro y brillante, de unos diez de los grandes. Casualmente, se dejaría la factura olvidada en algún lugar donde ella la encontrara.

Llevaba esperando tres cuartos de hora cuando decidió que estaba listo para tragarse su orgullo, decirle que lo sentía, que, si quería vestirse así, le parecía muy bien, pero que ella tenía que saber que…

¡Su móvil se iluminó! No por una llamada, sino por un mensaje de texto. Se levantó de la cama, cogió el teléfono y vio una foto en la que ponía: «Rochelle».

Rochelle le había enviado una foto muy extraña.

Era la foto de una mujer —no solo estaba bastante seguro de que era una mujer, sino también de que era su mujer, a juzgar por la

camiseta roja y los pantalones cortos vaqueros—, pero era difícil estar seguro, dada la bolsa de plástico que le cubría la cabeza. La barbilla, los labios, la nariz, las cejas formaban un mapa en relieve de su cara.

Y aunque la foto no mostraba todo su cuerpo, pudo distinguir sus brazos, y algo plateado en ellos. ¿Era cinta americana para sujetarla a la silla? No era una silla del patio, porque esa foto no la habían hecho en el exterior. ¿No era una de las sillas del sótano?

—¿Qué demonios…? —exclamó. ¿Qué clase de juego retorcido era ese?—. ¡Rochelle! —gritó.

Cuando empezó a dirigirse a las escaleras, el teléfono, que estaba en su mano, hizo otro ruido. No era un mensaje, sino una llamada desde el móvil de Rochelle, otra vez.

—Hola —dijo—, ¿qué demonios era esa foto que…?

—Señor Billings.

—¿Eh? —Era una voz de mujer, pero no sonaba como la de Rochelle.

—Señor Billings, tiene que callarse y escuchar.

—¿Rochelle?

—No soy Rochelle. Tiene que escuchar con mucha atención. —Estaba a mitad de la escalera cuando se detuvo—. —Su mujer aún puede respirar, pero con dificultad —dijo la mujer—, pero si aprieto más la bolsa, le cortaré todo el suministro de oxígeno.

—¿Quién demonios eres? ¿Qué coño está pasando? Voy a bajar.

—Si bajas aquí, ella morirá. ¿Me estás escuchando, Kyle?, morirá.

Se detuvo al pie de la escalera, no lejos de la puerta principal.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres?

—Debes prestar atención, Kyle —dijo la mujer con calma—, si no lo haces, Rochelle morirá.

—Dios mío. —Sintió que le flaqueaban las piernas. Se agarró a la barandilla con la mano libre.

—Todo irá bien si prestas atención y haces exactamente lo que te voy a decir.

—Tengo dinero —dijo él rápidamente—, puedo conseguirte dinero.

—Y entonces pensó: «Mierda, es domingo». Pero podría encontrar una manera, sabía que habría una manera. Cuando tenías la cantidad de dinero que él tenía, el banco estaba abierto siempre que querías que estuviera abierto.

—No se trata de dinero —dijo la mujer.

—Y, entonces, ¿de qué se trata? ¿Los coches?, ¿quieres los coches? Llévatelos, pero por favor, por favor, no le hagas daño a Rochelle. Dime lo que quieres que haga.

—No quiero nada tuyo, quiero que hagas algo por mí. Primero, las reglas básicas: no llamarás a la policía, no informarás a nadie en modo alguno de lo que está ocurriendo y si haces algo para alertar a alguien de lo que está pasando, tu mujer se quedará sin aire y morirá.

—Entendido, entendido. ¿Qué es lo que quieres?, ¿qué quieres que haga?

—Vas a buscar otra foto muy parecida a la que has recibido hace un minuto, y luego te desharás de ella.

Después, Nicole le dio instrucciones más concretas.

—Normalmente no viene por aquí los domingos, señor Billings —dijo el guardia de seguridad de la recepción de Whirl360 cuando Kyle cruzó el vestíbulo.

—Hola, Bob —saludó Kyle—, solo voy a estar un segundo.

Bob pulsó un botón y los paneles de plexiglás se abrieron para permitir el paso a Billings. Unos metros más allá, Kyle pulsó el botón del ascensor. Cuando las puertas se abrieron y entró en el cubículo vacío, tocó con el dedo el dispositivo *bluetooth* que llevaba en la oreja.

—Déjame hablar con Rochelle —pidió Kyle.

—Un segundo —respondió la voz al teléfono—. Di hola.

—¿Kyle? —La voz de su esposa sonaba como si estuviera a varios metros de su captora, como si la mujer hubiera levantado el móvil en el aire.

—Ya está —dijo la secuestradora—, ya la has oído, está bien. Le

he quitado la bolsa de la cabeza para que pueda respirar mejor. Has estado muy bien con Bob, sonabas muy natural. Lo estás haciendo muy bien.

—La puerta está a punto de abrirse.

—Perfecto —dijo Nicole—, estoy aquí si me necesitas.

Kyle entró en la oficina principal de Whirl360. No era como otras empresas de la zona. Por supuesto, había docenas y docenas de puestos de trabajo en un entorno diáfano, pero pocas empresas rodeaban la zona de trabajo con mesas de billar, futbolines y videojuegos. Cuando los empleados de Whirl360 necesitaban un descanso, se alejaban de sus monitores y jugaban unas rondas de golf virtual, luchaban contra alienígenas espaciales o veían la televisión en 3D. Y cuando ya habían recargado las pilas, volvían al trabajo.

Ese día la oficina estaba tranquila, solo había un puñado de empleados sentados delante de sus terminales, introduciendo nuevas imágenes de los coches Whirl360 que fotografiaban las calles de ciudades de todo el mundo cada segundo de cada minuto de cada hora del día.

—Hola, Kyle.

—¿Qué tal, Kyle?

—¿Cómo te va, Kyle?

Todo el mundo sintió la necesidad de saludar.

Asintió y se dirigió al ordenador donde trabajaba siempre. Allí no había despachos individuales. Todo el mundo, independientemente de su posición en la cadena alimentaria de la empresa, trabajaba allí, en la sala principal.

Kyle deseaba haber podido hacer lo que tenía que hacer desde casa, para así cumplir las exigencias de la secuestradora de inmediato. Pero Whirl360 tenía uno de los sistemas más a prueba de hackers del planeta. El acceso desde fuera del edificio era imposible.

—Estoy en mi mesa —dijo Kyle en voz lo suficientemente baja como para que nadie de la oficina pudiera oírlo.

—Excelente —aprobó Nicole—, por aquí estamos bien.

—Si hago esto, no volveremos a saber nada más de ti —susurró.

—Sí, correcto, borras la imagen, la eliminas del sistema como si nunca hubiera estado ahí, y estamos en paz.

—Tengo tu palabra —insistió Kyle.

—Por supuesto —concedió Nicole.

—Vale, ya estoy dentro. —Empezó a teclear muy rápido—. Nueva York… Calle Orchard... Esto no debería llevar mucho tiempo.

Nicole se apartó el teléfono de la oreja y apoyó la mano en el muslo. Si Kyle tenía algo que decirle, lo escucharía. Se sentía optimista. Se daba cuenta de que él quería hacerlo lo antes posible, que quería complacerla y no iba a meter la pata.

—¿Lo está haciendo? —preguntó Rochelle. Tal como había dicho Nicole, Rochelle ya no tenía la bolsa en la cabeza, pero seguía atada con cinta adhesiva a la silla de piel Eames del amplio sótano de la casa de los Billings. Allí abajo había de todo: una mesa de billar, un bar, una tele 3D de sesenta pulgadas y un elaborado juego de trenes Lionel con montañas y edificios y puentes que debía de medir tres por seis metros, por el amor de Dios.

—Lo está haciendo muy bien —informó Nicole, sentada frente a Rochelle en un sillón de piel a juego. Llevaba otra gorra de béisbol con visera y un par de gafas de sol para que su cara fuera menos identificable y guantes de látex en las manos desde que había entrado en la casa. El sistema de alarma no había sido ningún problema, Nicole sabía cómo lidiar con esas cosas.

—Hará todo lo que le digas —dijo Rochelle—, te lo prometo.

—Cuento con ello.

—Nunca diremos nada a nadie —prosiguió Rochelle—. Prométeme que no le harás daño.

—No creo que sea necesario. —Nicole oyó algo en el teléfono, lo cogió y se lo puso en la oreja.

—Voy a por café, Kyle. ¿Quieres algo? —Era la voz de un compañero de trabajo.

—No, no, gracias —dijo Billings.

—¿Sabes ese Jaguar del que te hablé el otro día? Vale, pues ayer dimos una vuelta para probarlo y nos gustó y tenía de todo, pero era rojo, y a mi modo de ver, un xke en los sesenta, quedaba genial en rojo, pero hoy en día, creo que el rojo como que es demasiado llamativo. Oye, ¿fuisteis a ese evento del Hyatt anoche?

—Deshazte de él —ordenó Nicole.

—Sí que fuimos —respondió Billings—, llegamos a casa un poco tarde.

—Era lo de los «sin techo», ¿verdad?

—Sí, recaudaron mucho dinero.

—¿Qué es eso que tienes en la pantalla?

—Nada, solo estoy… haciendo una prueba con el pixelado, para ver por qué a veces no quedan totalmente borrosas las matrículas y las caras. Muchas veces es culpa del ángulo. Si el *software* no está seguro de lo que es una cosa, no va a empañarla.

—¿Voy a tener que repetírtelo? —insistió Nicole.

—Oye, me ha gustado hablar contigo, pero tengo mucho que hacer aquí, muchas gracias por pasarte.

—Tómatelo con calma.

—Claro.

—¿Se ha ido? —preguntó Nicole.

—Sí —susurró Kyle—, todo bien.

Nicole soltó un pequeño suspiro de alivio. Se dio cuenta de que Rochelle la miraba atentamente. La había pillado haciendo eso un par de veces.

—¿Qué? —dijo Nicole, apoyando de nuevo el teléfono en el muslo, esa vez bocabajo.

—No es asunto mío lo que haces, ni por qué. No me importa —dijo Rochelle—, no me importa en absoluto.

—Vale.

—Por eso quiero que sepas que no tienes que preocuparte cuando te diga lo que te voy a decir, porque solo quiero que lo sepas, nada más.

¿Qué significaba esa mirada que le estaba dirigiendo Rochelle?

Nicole la había visto antes, pero lleva mucho, mucho tiempo, sin verla. La buena sensación que había tenido sobre cómo iban las cosas se estaba esfumando.

—Lo único que quiero decirte —continuó Rochelle— es que estuviste increíble.

—¿Perdona? —dijo Nicole.

—En Sídney. Vi cada minuto de los Juegos Olímpicos, pero *sobre todo* la gimnasia.

—¿En serio? —preguntó Nicole.

—En cuanto te vi, incluso con las gafas puestas, había algo… creo que fue tu barbilla, la forma en que la levantas. Justo antes de dar el primer salto a la barra inferior, hacías una cosa con la barbilla, como tensándola con determinación.

—Nadie me lo había dicho antes —meditó Nicole—, pero, ahora que lo pienso, sé lo que quieres decir.

—Hice gimnasia durante todo el instituto e incluso durante la universidad, pero nunca fui tan buena como tú, ni de lejos. Yo era tu admiradora número uno. —Rochelle forzó una sonrisa de admiración a pesar de su situación—. Como he dicho, no sé cómo has llegado de allí a aquí, a lo que estás haciendo ahora, pero estoy segura de que las cosas pasan por algún motivo. La vida de cada uno toma un camino diferente, ¿verdad?

—Eso es verdad —aceptó Nicole.

—Lo que realmente quería decir es que te robaron —dijo Rochelle.

Nicole se sintió de repente muy… ¿cómo decirlo? Triste. Se sentía triste. Triste por lo que le había pasado en Sídney, por todo lo que le había pasado desde entonces. Pensó en lo diferente que podía haber sido su vida si hubiera ganado el oro, dónde podría estar en ese momento. Allí no, en ese sótano de Chicago no.

Y sentía algo más: *se sentía conmovida.*

—Gracias —dijo Nicole, y lo decía en serio—, gracias por decirlo. Eso es más o menos lo que yo sentía, pero no lo dices en voz alta, porque entonces todo el mundo piensa que eres un mala perdedora o algo así.

—Demostraste tener mucha clase —concedió Rochelle—. Mantuviste la cabeza alta allí en el podio, cuando te dieron la medalla de plata. ¿Pero sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Nicole.

—Yo lo noté, me di cuenta, mirándote, de que tenías el corazón roto.

Nicole se subió las gafas de sol. No quería que Rochelle viera sus ojos.

—Bueno, fue un momento muy emotivo —dijo Nicole, sintiéndose emocionada.

—Apuesto a que, si hicieran una investigación, descubrirían que los jueces aceptaron algún tipo de soborno. Los rusos, tal vez, o los franceses.

—No sé nada de eso —dijo Nicole—, nunca se planteó nada así.

—Bueno —insistió Rochelle enfáticamente—, eso es lo que pienso yo. Aunque supongo que sería difícil, después de tantos años, conseguir que investigaran algo así.

—Creo que tienes razón, lo hecho hecho está. Nunca nadie me había dicho algo así.

—Espero que no te haya molestado.

—No, no te preocupes.

—Solía buscarte en Internet, preguntándome qué habría sido de ti. Pero hace años que no hay ninguna noticia.

—No, dejé atrás esa vida. Lo dejé todo atrás.

—Leí cosas sobre lo mucho que todo el mundo esperaba de ti, la presión a la que te sometían.

Nicole sonrió, al pensar que alguien aún se acordaba.

—Mi entrenador estaba furioso conmigo. Y mi propio padre no me hablaba. Después de eso, me desheredó. —Nicole hizo una pausa—. Supongo que estaba viviendo su sueño a través de mí y yo se lo fastidié.

—¿En serio? —exclamó Rochelle—, es horrible.

—Ya —dijo Nicole.

—La razón por la que te cuento esto es, y sé que puede parecer

un poco estúpido, que por aquel entonces fuiste una verdadera inspiración para mí. Tenía una foto tuya pegada en la pared de mi habitación.

—¿Una foto mía?

—Todavía la tengo. Ya no está en la pared, pero conservo algunas cosas. La tengo guardada en algún sitio, con muchos recortes sobre ti. Supuse que te gustará saber que de ninguna manera diría algo que le causara problemas a la gran Annabel Kristoff.

Así se llamaba entonces.

La sonrisa de Nicole no era de felicidad.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. —Tragó saliva para despejar el nudo que se le estaba formando en la garganta, luego le dio la vuelta al teléfono y se lo acercó a la oreja.

Kyle estaba en mitad de un susurro.

—¿… ahí? ¿Estás ahí? ¿Hola?

—Estoy aquí —dijo Nicole, poniéndose el teléfono en la oreja.

—Ya está.

—¿La imagen ha desaparecido?

—Sí, la cabeza se ha difuminado y ahora solo se ve la ventana oscura.

—¿Hay alguna versión anterior a la que todavía se pueda acceder?

—No, las he borrado. La base de datos está limpia.

—Eso es excelente. —Nicole sonrió a Rochelle, que le devolvió la sonrisa y lloró un poco—. Vale, Kyle, creo que hemos terminado. Gracias por todo. Encontrarás a Rochelle en el sótano cuando llegues a casa.

—¿Está bien?

—Perfectamente. Rochelle, saluda. —Nicole le tendió el teléfono.

—¡Hola, cielo!, ¡te quiero mucho!, siento mucho lo de esta mañana.

—Yo también te quiero, cariño. He sido un gilipollas. Todo va a salir bien.

Nicole retiró el teléfono.

—Venga, Kyle, adiós.

Colgó y tiró el teléfono, que era de Rochelle, sobre la alfombra. Y luego se quedó sentada, mirando al suelo, apoyando los codos en las rodillas, pensando.

—¿Qué pasa? —preguntó Rochelle—. ¿No te vas a ir? Ha hecho lo que querías, ¿no?

—Sí —dijo Nicole—, lo ha hecho.

«Sigo teniendo que hacerlo —se dijo a sí misma—. *Aunque sea una admiradora».*

Nicole cogió la bolsa de plástico que antes había estado sobre la cabeza de la mujer.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Rochelle.

Tardó mucho más de lo que le habría gustado. La mujer luchó contra ella con fuerza, más que la mayoría. Sacudió la cabeza violentamente de un lado a otro durante todo el tiempo que pudo antes de quedarse sin aire. Lo suficiente como para que una lágrima cayera en el exterior de la bolsa.

Cuando por fin terminó, Nicole se acomodó en su silla y esperó a que Kyle Billings llegara a casa.

TREINTA Y OCHO

La actitud y los comentarios de Len Prentice me habían dejado conmocionado.

Que llamara loco a Thomas y que dijera que habría que internarlo en un manicomio me había puesto furioso, pero su revelación de que Thomas había intentado empujar a nuestro padre por las escaleras me había dejado profundamente preocupado. ¿Era tan malo como parecía? ¿Había ocurrido de verdad? Papá nunca me había mencionado nada parecido, pero eso no significaba que el incidente no hubiera ocurrido. No estaba en la naturaleza de mi padre cargar a su familia con sus problemas. Unos diez años antes, cuando se notó un bulto en un testículo, no le dijo ni una palabra a mamá. Fue al médico, le hicieron un chequeo y, cuando le hicieron las pruebas, resultó que era benigno y el bulto remitió por sí solo. Solo algún tiempo después, cuando mamá se encontraba mal, el médico que compartían le preguntó por casualidad cómo estaba Adam.

Ella lo puso a caer de un burro. Me lo contó todo, esperando que yo también le echara la bronca, pero no lo hice. Papá era así y yo sabía que no había forma de cambiarlo. Cualquier problema que hubiera tenido compartiendo casa con Thomas me lo había ocultado. Probablemente le preocuparía que, si me lo hubiera dicho, me habría sentido obligado a ayudarlo —algo que me gustaría pensar que habría hecho—, pero él no habría querido eso. Él veía a Thomas como su responsabilidad, pero como la mía no; yo tenía que vivir mi vida.

Pero debió de sentir la necesidad de descargarse con alguien que no pensara que tenía que intervenir para ayudarlo con su situación. Len había sido un paño de lágrimas para mi padre, aunque no había nada en su actitud que me sugiriera simpatía. Para mí, era un gilipollas simplón y con muchos prejuicios.

Quería preguntárselo a Thomas, pero ¿mi hermano era un testigo fiable de sus propios actos?

Al alejarme de la casa de los Prentice, sentí que me tragaba una especie de agujero negro. Había ido a Promise Falls desde Burlington para ocuparme de la herencia de mi padre, instalar a mi hermano en algún sitio y deshacerme de la casa, y la verdad era que no había avanzado en nada de eso. No paraba de despistarme, que si palabras extrañas e inquietantes en el portátil de papá, que si la obsesión de Thomas con esa maldita cara de la ventana, que si un desafortunado encuentro entre Thomas y Len Prentice, y al parecer otro entre Thomas y nuestro padre.

Había otra cosa que me daba vueltas en la cabeza: el tractor cortacésped. La llave en la posición *off*. La carcasa de la cuchilla estaba levantada, lo que indicaba que papá había dejado de cortar el césped. Pero el trabajo no estaba terminado, así que ¿por qué había levantado las cuchillas?

Me hizo preguntarme si lo habían interrumpido. ¿Era posible que alguien hubiera bajado por la ladera de la colina para hablar con él? Resultaría casi imposible mantener una conversación con el tractor en marcha, así que mi padre habría apagado el contacto. Y si hubiera pensado que esta interrupción iba a ser prolongada, habría levantado las cuchillas.

¿Era eso lo que había pasado? ¿Se había acercado alguien a hablar con él? No era el mejor lugar para mantener una conversación. Era un sitio precario, debido a la inclinación de la ladera. Papá, sentado en el tractor, habría tenido que inclinarse continuamente hacia la colina para evitar que la máquina volcara. Solo con ponerse recto, habría desequilibrado la maldita máquina y se habría volcado; que, al final, era lo que había ocurrido.

Pero si el tractor rodó y lo mató cuando ya estaba parado, y si la razón por la que mi padre se había detenido era porque alguien había querido hablar con él, entonces, ¿quién demonios era esa persona y por qué no había pedido ayuda de inmediato?

Thomas había sido el que había llamado al 911 después de haber

encontrado a papá, ya muerto, atrapado por la máquina.

A menos que…

A menos que Thomas fuera por el que papá se había detenido para tener esa conversación. Si se hubiera convertido en una discusión acalorada, un simple empujón habría bastado para que papá cayera rodando, arrastrando la máquina con él.

No, eso era imposible. Mis pensamientos volvían a desbocarse, incluso peor que cuando había encontrado las palabras «prostitución infantil» en el campo de búsqueda del portátil de papá. Mi mente iba a lugares a los que no debía ir.

Me dije a mí mismo que era el estrés. El estrés de perder a mi padre y tener que responsabilizarme de Thomas me estaba pasando factura.

Ni siquiera había llorado. ¿Cuándo había tenido una oportunidad? Desde el momento en que había llegado a casa de mi padre, me había metido de lleno en todo el meollo: organizar el funeral, reunirme con Harry Peyton, cuidar de Thomas, llevarlo a ver a Laura Grigorin…

Solo entonces me daba cuenta de lo a la deriva que me sentía sin papá, sin su consejo y su mano firme.

—Te echo de menos —me encontré diciendo en voz alta, con las manos aferradas al volante—. Te necesito.

Dirigí el coche hacia el arcén, me detuve, lo aparqué y apoyé un momento la frente en la parte superior del volante.

No había llorado ni una sola vez desde que había recibido la llamada de la policía de Promise Falls informándome sobre la muerte de mi padre. En esos momentos, me estaba costando Dios y ayuda mantener la compostura. Quizá me parecía a mi padre más de lo que pensaba. Me guardaba las cosas, no compartía mis problemas con los demás.

Quería a mi padre y me sentía perdido sin él a mi lado.

Saqué el teléfono. Unos segundos después, alguien dijo: «*Standard*, le habla Julie McGill».

—¿Por qué no vienes a cenar a casa esta noche?

—¿Eres George Clooney?

—Sí.

—Vale.

Cuando entré en la cocina, vi un sándwich de atún en un plato en mi lado de la mesa. Había una servilleta doblada a un lado y un botellín de cerveza abierta que estaba caliente al tacto.

—Que hijo de puta —me dije a mí mismo—, me ha hecho la comida. —Sabía que se lo había pedido, pero supongo que mis expectativas eran bastante bajas. Me sentí mal. Llamé a la puerta de Thomas y entré—. Gracias por hacerme el sándwich.

—No hay de qué —respondió, de espaldas a mí.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En Londres.

—¿Cómo es?

—Viejo.

—¿Has comido? Espero que no me estuvieras esperando.

—Ya he comido, y he metido mi plato, mi vaso y el bol en el que mezclé el atún y la mayonesa en el lavavajillas.

—Gracias, tío. He invitado a alguien a cenar.

—¿A quién?

—A Julie.

—Vale.

Me senté en el borde de la cama, lo que me colocó en un ángulo de noventa grados respecto a él mientras miraba la pantalla.

—Supongamos que sales de la Ópera de la calle Bow en Covent Garden, y quieres llegar a Trafalgar Square —dijo Thomas—, ¿giras a la derecha y bajas a The Strand, o a la izquierda y subes a…?

—Thomas, para, necesito hablar contigo.

—Dime primero qué dirección crees que hay que tomar.

—Izquierda.

—Incorrecto. El camino más rápido sería ir a la derecha, bajar a The Strand, luego a la derecha y seguir. —Se volvió y me miró—. No hay pérdida.

—¿Puedes parar un segundo? —Thomas asintió—. Quiero preguntarte algunas cosas, sobre papá.

—¿Qué cosas?

—Vale, en primer lugar, el día que murió papá, ¿saliste a hablar con él cuando estaba cortando la hierba en la ladera de la colina?

Thomas ladeó la cabeza.

—Iba a hacerlo, lo estaba buscando.

—¿No saliste ni siquiera para decirle un mensaje telefónico o algo así? ¿Algo que lo hiciera apagar la máquina y levantar las cuchillas?

—No —contestó—, la única vez que salí fue a buscarlo porque tenía hambre, y ya estaba atrapado bajo el tractor. —Asintió.

—Vosotros dos os llevabais bastante bien la mayor parte del tiempo, ¿no?

—A veces se enfadaba conmigo —dijo Thomas—, ya me lo habías preguntado antes.

—No sé cómo preguntarte esto sin que suene como si te estuviera acusando de algo.

Thomas no mostró ninguna preocupación.

—¿Qué es?

—¿Intentaste empujar a papá por las escaleras?

—¿Papá te habló de eso?

¿Sería mejor que pensara que me lo había dicho nuestro padre, o admitir que me había enterado por Len Prentice?

Esquivé la pregunta.

—¿Es verdad?

Thomas asintió.

—Sí, más o menos.

—¿Qué ocurrió? ¿Y cuándo fue eso?

—Hace cosa de un mes.

—Cuéntame qué pasó.

—Quería hablar de algo que ocurrió hace mucho tiempo —dijo Thomas, volviendo a mirar la imagen de la calle de Londres en su monitor.

—¿De qué?, ¿de algo que le pasó a papá?

—No, de algo que me pasó a mí.

—¿A ti?, ¿qué te pasó?

—Se supone que no debo hablar de ello. Papá me dijo que no lo hiciera… —Hizo una pausa— cuando ocurrió. Me dijo que nunca hablara de ello o se enfadaría mucho conmigo.

—Dios mío, Thomas, ¿de qué estás hablando? ¿Y cuándo fue eso?

—Cuando tenía trece años.

—¿Papá te hizo algo cuando tenías trece años y te dijo que nunca hablaras de ello?

Mi hermano dudó.

—No… no, no exactamente.

—Mira, Thomas, eso que pasó ocurrió hace mucho tiempo, y papá ya no está. Si necesitas contarme algo, puedes hacerlo.

—No quiero contarte nada. El presidente Clinton dice que no debo hablar de esas cosas porque me hacen parecer débil, y voy de camino a Trafalgar Square.

—Vale, pero, Thomas, ¿podemos volver a lo que pasó hace un mes? ¿Por qué pasó eso?

—Papá quería hablar de lo que había pasado cuando tenía trece años.

—¿Habíais hablado de ello alguna vez en todos estos años?

Thomas negó con la cabeza.

—No.

—Pero, así por las buenas, ¿papá quería volver a hablar de ello? —Cambié de estrategia, intentando averiguar de qué demonios estaba hablando Thomas, qué era aquello que había ocurrido hacía veintidós años.

—Sí.

—¿Por qué?

—Dijo que tal vez se había equivocado, que tal vez había hecho algo malo y que lo lamentaba. Papá me siguió escaleras arriba, diciendo que quería hablar conmigo de ello, pero yo no quería hacerlo. Había intentado con todas mis fuerzas no pensar en ello durante todos esos años, así que me detuve, me di la vuelta y le dije

que no quería hablar de ello y que si no quería escucharme cuando tenía trece años, por qué iba a querer escucharme ahora, y extendí la mano para impedir que me siguiera y no empujé con fuerza, pero tropezó con la escalera y se cayó un poco.

—¿Que se cayó un poco?

Thomas asintió.

—¿Podrías explicarme eso?

—Estábamos solo en el cuarto escalón, así que no cayó desde muy alto. Cayó de espaldas.

—Dios mío, Thomas, ¿y qué hiciste?

—Le dije que lo sentía, lo ayudé a sentarse en una silla y le llevé una de sus compresas congeladas. Me entristeció que se cayera.

—¿Fue al hospital o al médico?

—No. Se tomó una par de ibuprofenos.

—Debía de estar furioso contigo.

Thomas negó con la cabeza.

—No, dijo que no pasaba nada. Dijo que lo entendía. Dijo que tenía derecho a estar enfadado y que, si no lo perdonaba, viviría con ello. Y las pastillas empezaron a hacer efecto, y empezó a sentirse mejor, pero le estuvo doliendo durante una semana.

Len debió de notar que mi padre estaba dolorido y le preguntó qué se había hecho. Tal vez mi padre le había contado lo sucedido, pero sin darle importancia. Len había dicho que papá excusaba siempre a Thomas, lo que parecía coincidir con la versión de la historia que me estaba contando mi hermano.

¿Pero qué lamentaba papá? ¿Y por qué Thomas no quería hablar de ello? ¿Qué era lo que mi padre que no querría perdonarle?

—La doctora Grigorin dijo que había algo, un incidente del que no hablabas, ¿se trata de eso?, ¿del suceso por el que papá se estaba disculpando? —pregunté. Thomas asintió sin dudarlo—. Tienes que contármelo —imploré—, necesito saberlo.

—No es verdad, no importa, no volverá a hacerme daño.

—¿Papá?, ¿papá ya no puede hacerte daño?

Thomas negó con la cabeza. No sabía si estaba diciendo que no, o

que no quería contestar.

—Papá me habría creído si hubiera mirado hacia arriba, a la ventana —dijo, pero cuando le pedí explicaciones, se marchó.

Durante la cena, me llamó la atención que Julie no estaba dando cuenta de sus palitos de pescado con mucho entusiasmo, aunque no se podía decir lo mismo de su jarra de mermelada llena de *pinot grigio*.

—Lo siento —le dije—, cuando fui a la tienda el otro día compré una tonelada de cosas fáciles de preparar.

—No, están buenísimos —bromeó Julie—, tienes que darme la receta.

—Solo tienes que sacar la caja de palitos de pescado del congelador, ponerlos en una bandeja metálica y meterlos en el horno, y luego les echas un chorro de salsa tártara de bote —explicó Thomas—. ¿No es así, Ray?

—Sí, Thomas —dije—, es así.

—Yo podría prepararlos —replicó, asintiendo con orgullo para sí mismo. A diferencia de Julie, había devorado los palitos de pescado y las patatas fritas, que también habían salido de una bolsa del congelador.

—De verdad, están buenísimos —dijo Julie, y me miró desde el otro lado de la mesa—. Estás muy callado.

—Supongo que es porque tengo bastantes cosas en la cabeza.

—¿Como llamar a la policía? —preguntó Thomas.

—¿Qué?

—Dijiste que ibas a llamar a la policía de Nueva York.

—Todavía no lo he hecho —dije—, lo haré mañana sin falta.

Si Thomas sospechaba que no estaba siendo sincero, no lo demostró. Se levantó de la mesa, llevó su plato al fregadero, lo enjuagó y dijo que subía a su habitación.

—Déjame recoger —pidió Julie.

—Ni hablar —me negué—. Vamos. —Llevamos nuestro tarros de mermelada con vino al salón y nos sentamos en el sofá.

—No vas a llamar a la policía, ¿verdad? —preguntó. La había puesto al corriente, brevemente, de mi viaje a Nueva York, de la llamada de Thomas al casero y de mi promesa de ponerme en contacto con la policía de Nueva York.

Negué con la cabeza.

—No.

Julie se quitó los zapatos y se acurrucó en el sofá con las piernas dobladas.

—Supongo que lo entiendo.

—¿Lo supones?

—Sí, sería difícil de explicar y te costaría encontrar a alguien que te creyera. Una cabeza blanca y borrosa en una ventana. ¿Qué demonios es eso? Quiero a Thomas, de verdad, pero después de lo que me contaste sobre la visita del fbi, quizá lo más inteligente sea mantener un perfil bajo. —Se bebió de un trago el resto del vino—. ¿Más? —Asentí. Saltó del sofá, abrió otra botella y regresó con ella; rellenó su jarra y la mía—. Cuando me llamaste esta tarde, había algo en tu voz —dijo Julie—. Tu voz sonaba así como, no sé, como si estuvieras temblando.

Dejé que el vino rodease mi lengua unos segundos antes de responder.

—Estaba teniendo un momento de autocompasión, supongo, pensando en mi padre y en Thomas. En ese momento todo me deprimía. Mira, no quiero agobiarte con esta mierda.

—No pasa nada. —Se hizo un silencio durante unos segundos. Luego continuó—: Me acuerdo de ti en el colegio, siempre estabas dibujando cosas. A veces te veía sentado en el suelo del pasillo, apoyado en tu taquilla, con un centenar de chicos enredando a tu alrededor, gritando, haciendo el tonto y golpeando sus taquillas, mientras tú dibujabas algo en tu libreta, totalmente ajeno a todo lo que ocurría a tu alrededor. Yo siempre estoy pendiente de lo que hay a mi alrededor para ver qué pasa, pero ahí estabas tú, en tu mundo, haciendo tus cosas.

—Sí —dije—, supongo que era así.

—Creo que Thomas y tú os parecéis más de lo que crees. Él está metido en su mundo, pero yo te imagino en Burlington, en tu estudio, tú solo, con tu aerógrafo, tu lápiz o tu programa de cad, dando salida a una imagen, a un cuadro que estaba atrapado en tu cabeza, liberándolo. —Bebió un poco más de vino—. Creo que estoy empezando a estar un poco achispada.

Yo también lo estaba, pero no tanto como para que mi mente no siguiera acelerada.

—Sigo pensando en cómo murió papá. La llave en la posición *off,* las cuchillas…

Julie me puso un dedo en los labios.

—Shhh —me acalló.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Thomas?

—Olvídalo. Olvídate de todo, solo un rato.

Julie dejó los vasos en la mesita y se acurrucó más cerca de mí. La rodeé con mis brazos y la besé. Estuvimos así un rato hasta que Julie se apartó.

—Ya no estamos en el instituto. No tenemos que quedarnos en el sofá.

—Vamos arriba —sugerí.

—Estaba pensando en mi casa —dijo, en clara referencia a que Thomas estaba haciendo clic en el piso de arriba.

—No saldrá de su habitación. Alrededor de medianoche, o más tarde, irá al baño, se lavará los dientes y se meterá en la cama. No vamos a verlo antes de eso.

Así que nos deslizamos escaleras arriba. Llevé a Julie al dormitorio que había al final del pasillo con la cama de matrimonio en la que había dormido mi padre, solo, por lo que yo sabía, desde que había muerto mi madre.

—¿Esta no es la habitación de tu padre? —preguntó Julie.

—Aquí es donde he estado durmiendo. ¿Te gustaría que fuéramos al coche, como la última vez?

Me miró con expresión pícara.

—No, aquí está bien.

Apenas había cerrado la puerta cuando Julie empezó a desabrocharme la camisa. Deslicé las manos bajo su jersey y sentí su cálida piel bajo mis palmas. Mi boca estaba en la suya mientras nos acercábamos a la cama. Julie me puso bocarriba y, a horcajadas sobre mí, me desabrochó el cinturón.

—Conozco algunas técnicas excelentes para reducir el estrés —dijo, apartando las piernas de mí para quitarme los vaqueros y los calzoncillos. Los tiró al suelo, volvió a ponerse encima, cruzó los brazos a ambos lados y se quitó la blusa de un manotazo, dejando al descubierto un sujetador morado de encaje. Sacudió la cabeza para que el pelo volviera a su sitio.

—¿Morado? —pregunté—. ¿Es el mismo?

—Oh, por favor, yo era un mocosa flacucha de cincuenta kilos.

—Era por curiosidad.

Se echó la mano a la espalda de esa forma que tienen las mujeres que te hace pensar que se les van a partir los codos, se desabrochó el sujetador y lo tiró hacia donde estaban mis vaqueros.

—Ven aquí —pedí. Se inclinó, dejando que sus pezones rozaran ligeramente mi pecho.

—¡Ray!

Julie se sentó de golpe.

—¡Joder! —dijo en voz baja.

Mi corazón se puso a mil por hora.

—Mierda —murmuré.

Parecía que la puerta de Thomas estaba abierta.

—¡Ray!, ¡ven aquí! —¿Ray? Nunca lo había oído llamarme así.

Iba a gritarle algo, pero me contuve porque no quería que se acercara al dormitorio: Julie estaba a medio vestir y yo completamente desnudo.

—¿Dónde estás? —llamó. Oí abrirse la puerta del dormitorio de invitados—. ¿Ray?, ¿estás en la habitación de papá?

Julie me miró con los ojos muy abiertos.

—Tienes que hacer algo —susurró.

—¡Thomas!, dame un segundo…

La puerta se abrió de golpe y Thomas entró directamente. Ni siquiera miró a Julie cuando se quitó de encima de mí y cogió la colcha para cubrirse. Al hacerlo, me dejó expuesto. A mí y al estado en el que me encontraba.

—¡Ray! —gritó—, ¡ya no está!

—Thomas, por el amor de Dios, ¿no ves que…?

—¡Ya no está!, la cabeza no está.

—¿Qué? —dije; saqué las piernas de la cama y cogí los calzoncillos —. ¿De qué está hablando?

—¡Tienes que verlo! —exclamó. Salió de la habitación y corrió por el pasillo hasta la suya.

Lo seguí, sin más ropa que los calzoncillos. Julie se había vuelto a poner la blusa, sin molestarse en abrocharse el sujetador, e iba detrás de mí.

Al entrar en la habitación de Thomas vi que en todos los monitores estaba la imagen de la ventana de la calle Orchard. Parecía la misma ventana, salvo que esa vez no había nada en el marco, estaba negro. No había ninguna cabeza envuelta en una bolsa.

—¿Qué demonios…? —musité.

Thomas estaba allí de pie, señalando.

—¿Adónde ha ido?, ¿qué le ha ocurrido?

—Deben de…, supongo que… —tartamudeé—, deben de haberlo actualizado. Habrán vuelto a hacer fotos de la calle.

—No —dijo—, ¡todo lo demás es exactamente igual! Hay la misma gente en la calle y los mismos coches. Todo está igual, ¡excepto que la cabeza no está!

Me dejé caer en la silla de Thomas y miré la pantalla.

—Hijos de puta… —dije.

Thomas cogió una hoja de papel de la mesa y me la tendió. Era una copia impresa de la imagen original, como la que me había llevado a Nueva York.

—Es exactamente igual, ¿verdad?

Analice la impresión.

—Es igual, Thomas, igual.

Julie se acercó a Thomas, me quitó la hoja y la observó sin decir nada.

—¿Por qué, Ray? —preguntó Thomas—. ¿Por qué ha desaparecido?, ¿por qué ha desaparecido justo después de que fueras a la ciudad a comprobarlo?

Yo sacudía la cabeza; no le encontraba sentido. En las veinticuatro últimas horas, alguien había entrado en esa página web y había borrado la imagen. Desde que había estado allí, desde que había llamado a la puerta y había hablado con la vecina.

Sentí un escalofrío. Y no solo porque estaba ahí sentado casi desnudo.

Julie tocó suavemente a mi hermano en el brazo.

—Vale, ¿sabes qué, Thomas? Empieza por el principio. Cuéntame todo lo que has visto y lo que crees que significa.

TREINTA Y NUEVE

Lewis Blocker llamó a Howard Talliman el lunes por la mañana.

—Ya está.

—Espera —pidió Howard. Puso el móvil sobre la encimera de granito de la cocina de su casa de piedra rojiza del Upper East Side y se apoyó en ella con las dos manos. No había dormido en días y sentía que su cuerpo temblaba todo el tiempo, como si caminara por un mundo con miniterremotos continuos. Esa era la llamada que estaba esperando, y en ese momento, en que ya la había recibido, tenía que serenarse, respirar un poco. Volvió a coger el móvil—. Dime.

—Ve a tu ordenador.

Howard se sentó en uno de los taburetes de la barra y abrió el portátil que había sobre la encimera. Introdujo la dirección de Whirl360 en el navegador de Internet y encontró el camino hasta la ventana de la calle Orchard.

La cabeza había desaparecido.

—Lewis —dijo.

—Sí.

—Ya lo he visto, no está.

—Sí, lo ha conseguido.

Howard se alegró, pero no estaba dispuesto a elogiar a la mujer que había metido la pata desde el principio.

—¿Alguna complicación?

—Un par.

—¿Alguna que pueda explotar y hacernos daño?

—No.

—Vale. ¿Cómo vamos con los demás asuntos?

—Ha vuelto a Dayton para cuidar a la madre, seguimos esperando. Y yo sigo buscando a nuestro visitante.

—Es agradable tener buenas noticias por una vez —dijo Howard—, pero todavía estamos hasta el cuello.

—Sí. —Lewis hizo una pausa—. Te mantendré informado.

Howard colgó, deslizó el teléfono por la encimera y apoyó la cabeza entre las manos. Dios, necesitaba beber algo y solo eran las ocho. Necesitaba fuerzas. Esa mañana tenía una cita con Morris Sawchuck.

El hombre estaba cada vez más inquieto. Quería reactivar sus planes de campaña. Anunciar formalmente, tras retrasarlo nueve meses, que se iba a presentar al cargo de gobernador del Estado de Nueva York.

En agosto, Morris había decidido aparcar sus ambiciones por una razón muy personal que se había hecho muy pública, por otra —su complicidad en el trato del director de la cia con los terroristas— que había rezado para que nunca se hiciera pública en absoluto y por una tercera razón de la que no sabía nada.

Ajeno a todo ello, Morris creía que ya no había ningún motivo para aparcar su carrera. Ya había pasado suficiente tiempo. Si hubiera sabido que una mujer llamada Allison Fitch seguía ahí fuera —y que podía destruirlo—, tal vez se habría sentido de otra manera.

Cada día, Howard Talliman vivía con el temor de que la mujer saliera a la superficie. Consultaba páginas web en su teléfono incluso antes de levantarse de la cama. Cogía el mando a distancia de la televisión, ponía la cnn en su dormitorio y la alternaba con el *Today Show*. Se imaginaba a Wolf Blitzer diciendo: «Y ahora, en exclusiva para la cnn, vamos a hablar con una mujer que ha salido de su escondite para acusar a Morris Sawchuck y a la gente de su entorno de intentar matarla. No solo acusa al fiscal general de Nueva York de intento de asesinato, sino también de ser cómplice del plan del exdirector de la cia caído en desgracia por no presentar cargos contra…».

Era entonces cuando Howard se veía a sí mismo apagando la televisión, cogiendo una pistola y volándose los sesos.

No muy distinto de lo que Barton Goldsmith había decidido hacer en última instancia.

Mientras Howard y Morris temían que se conociera la implicación del fiscal general en el trato del director de la cia con terroristas, Goldsmith también sentía la presión. Lo iban a llamar a declarar ante un comité del Congreso. Todo iba a salir a la luz, así que Barton Goldsmith se levantó temprano una mañana, salió al patio trasero de su casa de Georgetown, se detuvo entre las hermosas flores de su jardín, se puso el cañón de una pistola en la boca y apretó el gatillo.

«Que Dios lo tenga en su gloria», pensó Howard. Morris, prudente por naturaleza, se mostró circunspecto.

—Un suceso espantoso —había dicho en una entrevista—, una pérdida terrible. —Pero Howard creía que, por dentro, Morris debía de estar bailando la conga.

Así que, con Goldsmith fuera de juego, Morris sintió que la amenaza había sido neutralizada, pero Howard sabía que quedaba una mayor. Si aparecía Fitch y hablaba, saldría todo a la luz. Howard no sabía qué era exactamente lo que Fitch había oído, o creía haber oído decir a Bridget por el móvil durante aquellas vacaciones en Barbados, pero había insinuado que sabía algo.

Tarde o temprano, Fitch superaría su miedo a las autoridades. Cuando un fiscal general, o al menos los que trabajan en su nombre, ordenaba que te mataran, era normal que dudaras en acudir a la policía, pero Howard creía que un día se armaría de valor y no podía permitir que Morris siguiera adelante con sus planes mientras eso siguiera siendo una posibilidad. El truco consistía en mantenerlo a raya sin decirle por qué debía contenerse.

Howard no podía decirle la verdad.

Howard *nunca* podría decirle la verdad.

Estaba sentado en su escritorio cuando sonó el teléfono. Era su secretaria, Agatha.

—Está aquí —anunció. Ni siquiera había terminado la frase cuando se abrió la puerta y entró «el Hombre» en persona.

Howard se levantó y rodeó su escritorio, con la mano extendida.

—Hola —saludó. Morris le devolvió el apretón de manos con firmeza. Se acercó al bar que Howard tenía en un rincón de su despacho y sirvió dos güisquis.

—Esta mañana he tenido una conversación muy interesante —dijo Morris, dándole uno a Howard.

—¿Con quién? —preguntó Howard.

—Con Bridget.

—¡No me digas! —exclamó Howard, acomodándose en una silla mientras Morris hacía lo mismo—. ¿Y de qué habéis hablado?

Morris sonrió.

—De muchas cosas; hablamos mucho, ya lo sabes.

—Claro que sí.

—Pero hoy ha sido especial, me dijo que había llegado el momento.

Howard bebió un trago.

—Ah, ¿sí?

Morris asintió.

—Me dijo que persiguiera mis sueños. Me dijo que fuera a por todas. Me dijo que ya había esperado bastante. Me dijo que no quería que esperara más por su culpa.

—Vaya…

—Porque, sinceramente, ella ha sido la única razón por la que sigo esperando, Howard. Ese asunto con Goldsmith se acabó. ¿Cuándo fue la última vez que has visto algún reportaje sobre ello en el *Times*? Los secretos de ese hombre murieron con él.

—Lo saben más personas, gente de la agencia.

—No hablarán, Howard, han cerrado filas. Se acabó.

—Nunca podremos estar seguros de eso.

—¿Qué me estás diciendo, entonces? ¿Que nunca vamos a avanzar? ¿Que nunca vamos a volver a estar en la parrilla de salida?

—No estoy diciendo eso, Morris, pero debemos proceder con cautela. No podemos perder de vista nuestros objetivos a largo plazo. Morris, puedes llegar hasta el final. Lo sabes, ¿verdad? Puedes llegar hasta allí, hasta la Avenida Pennsylvania.

—Lo sé, tengo fe, pero no ocurrirá si adoptamos una visión a corto plazo. Tenemos que tomar nuestras decisiones pensando en el futuro.

Morris se bebió el güisqui de un trago, dejó el vaso sobre la mesa y se miró el regazo. Se quedó muy callado.

—¿Morris?, ¿estás bien?

—Bridget me dijo algo más —empezó.

—Morris, ¿de verdad crees…?

—Dijo que me perdona. —Levantó la cabeza y miró a Howard—. Eso me dijo, que me perdona.

—Vaya, eso está muy bien, Morris, pero no veo qué relación tiene eso con…

—¿Sabes lo mucho que significa eso para mí? ¿Tienes idea de lo culpable que me he sentido?

—Por supuesto que lo sé, hemos hablado de ello hasta la saciedad. Y ya te he dicho que no tienes motivos para sentirte culpable, no fuiste el único que no vio las señales. Ninguno de nosotros lo hizo. Algunas personas se guardan sus problemas para sí mismas, enterrados en lo más profundo.

—Todavía no me entra en la cabeza. Se lo pregunté, ¿sabes?

Howard tragó saliva.

—¿Se lo preguntaste a Bridget?

—Sí, cuando se me apareció, le pregunté que por qué no había hablado conmigo, le dije que podríamos haberlo solucionado. ¿Y sabes lo que me dijo?

Howard cerró los ojos, no sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

—¿Qué te dijo, Morris?

—Dijo que no me culpara.

—Vaya, eso es estupendo, maravilloso.

Morris miró a su amigo con dureza.

—No frivolices con esto, Howard, no me gusta.

—Lo siento, de verdad; pero, Morris, no podemos avanzar basándonos en lo que Bridget te diga. Estoy tratando con el mundo

real, con la prensa, con los investigadores federales y con un escándalo que aún podría hacernos mucho daño.

Parecía que Morris no lo estaba escuchando.

—Lo que pasa es que, si comparas lo que Bridget está diciendo ahora con lo que te dijo por teléfono, no tiene nada que ver. Te dijo que yo le estaba chupando la vida. ¿No fue eso lo que te dijo?

—Tienes que considerar el estado mental en el que estaba en ese momento.

—¿Y si, en ese momento, estaba pensando con más claridad que nunca?

—¡Joder, Morris! —explotó Howard—, ¡basta ya! —Morris se apoyó en el respaldo de la silla como si lo hubieran empujado—. No puedes seguir haciéndote esto. Tienes que parar. Tienes que pasar página.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho, Howard? Eso es exactamente lo que quiero hacer, lo que Bridget quiere. Tú eres el que me está reteniendo.

—Y deberías dar gracias a Dios de que lo esté haciendo —replicó —; mientras tú charlas con fantasmas, yo me ocupo de realidades políticas. —Estaba de pie, señalando con el dedo a Morris—. Y tienes que esperar, porque, si vuelves demasiado pronto, ¿sabes lo que van a decir esos malditos expertos? Que lo has superado muy rápido, eso dirán; parecerá que no tienes sentimientos.

Morris apartó la mirada.

—Dos mujeres —dijo.

—¿Qué?

—Ya es bastante duro para un hombre que su primera mujer se suicide, ¿pero que se suicide también la segunda?, ¿qué dice eso de un hombre? ¿qué dice eso de *mí*? Primero se suicida Geraldine en el garaje y luego Bridget. —Miró implorante a Howard—. ¿Qué clase de monstruo soy?

—¿Lo ves? —respondió Howard—, esto demuestra que no estás listo para volver a primera línea de juego, aún necesitas tiempo para curarte. Morris, confía en mí, soy tu amigo; y como amigo te digo que este no es el momento.

«*Sí, menudo amigo soy* —pensó Howard—. *Envié a alguien a matar a tu chantajista, y acabé matando a tu mujer en su lugar*».

A veces Bridget también hablaba con Howard, pero era mucho menos indulgente con él.

CUARENTA

Es agosto.

Allison Fitch ha trabajado en su turno habitual y normalmente a estas horas estaría durmiendo, pero se ha levantado temprano. Ha recibido una llamada y tiene que hacer un recado. Está vestida, lista para salir. Tiene que bajar corriendo a la tienda de pañuelos. La semana anterior había conseguido, contra todo pronóstico, que aceptaran un cheque al portador de ciento veintitrés con setenta y seis dólares por dos pañuelos de seda.

—Vivo en el edificio, prácticamente encima de la tienda —les había dicho—, estoy aquí casi siempre. —Enseñó el carné de conducir y dio su número de móvil. La chica de la caja era nueva y finalmente cedió.

Habían devuelto el cheque.

La ha llamado la gerente tres veces. La más reciente, hace quince minutos. Le ha dicho a Allison que, si no les lleva ciento veintitrés con setenta y seis dólares en efectivo en la próxima hora, llamará a la policía para denunciar a Allison Fitch por estafa.

Resulta que Allison tiene más de quinientos dólares en efectivo en su bolso. Anoche, un grupo de *traders* gilipollas de una importante empresa de Wall Street celebraban una fiesta en el bar. Habían ganado una fortuna en el mercado de valores y lo celebraron dilapidando dinero, con propinas enormes. Y, de madrugada, Allison había ido al cajero automático a sacar efectivo para irse de compras cuando se levantase por la mañana. Un calentamiento antes de que llegue el dinero de verdad. Cree que Howard Talliman se pondrá en contacto con ella en cualquier momento para concertar una reunión en la que le pagará a cambio de su silencio.

Recuerda la expresión de su cara cuando le hizo creer que había oído a Bridget teniendo algún tipo de charla secreta con su marido.

El tipo parecía que acababa de comerse un bocadillo de carne de rata. Pensó que era lógico que un hombre como Morris Sawchuck tuviera secretos y que los comentara con su mujer.

¿Y si ella hubiera oído alguno?

Lo gracioso es que nunca había escuchado nada, pero ahora está más segura que nunca de que va a conseguir esos cien mil dólares. Fingir que había escuchado la llamada era solo la guinda del pastel lesbo-afectivo que necesitaba para cerrar el trato.

Así que piensa: ¿por qué no?, le pagará a esa zorra los pañuelos y luego volverá a casa y se acostará.

Mientras está poniendo la chaqueta y la correa del bolso al hombro suena el telefonillo del vestíbulo.

Allison pulsa el botón.

—¿Sí?

—Soy yo, necesito hablar contigo.

Mierda. «Bridget».

Allison la deja pasar y medio minuto después Bridget está en la puerta de su apartamento.

—Hola —saluda Allison, cerrando la puerta mientras la mujer entra en la cocina.

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué?

—¿Qué le dijiste a Howard? ¿Qué le dijiste que habías oído?

Allison levanta una mano.

—Mira, nos reunimos, llegamos a un acuerdo y ya está, así que no te preocupes.

—¿Qué oíste?

—No voy a hablar de esto contigo. Y escucha, si alguien tiene algo que decir, soy yo; deberías haber sido sincera conmigo, deberías haberme dicho quién eras en realidad.

—Allison, escúchame, estás cometiendo un error al presionar tanto a Howard.

—Nos llevamos bien, todo va sobre ruedas.

—Sea lo que sea lo que haya acordado darte, tienes que

prometerle que nunca, jamás, le pedirás más. Hará cualquier cosa para proteger a mi marido. Si eres inteligente, te olvidarás de todo. Le dirás que no quieres dinero, que no necesita comprar tu silencio, que nunca dirás una palabra sobre nosotros a nadie, que nunca oíste…

—Mira, lo estamos pasando muy bien, pero me tengo que ir. Tengo que bajar a lidiar con esta perra que dice que le debo dinero; tardaré solo cinco minutos. Quédate aquí, estás en tu casa, hablaremos cuando vuelva.

—Tienes que creerme —insiste Bridget—, esto te queda muy grande.

—Vale, vale, hablaremos de ello cuando vuelva. —Allison se sube la correa del bolso por el hombro y sale al pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

Bridget se queda un momento de pie en la cocina y, como está nerviosa, se adentra en el apartamento. Entra en el salón, donde el sofá-cama en el que duerme Allison está extendido con las sábanas hechas un desastre. Coge un *Cosmopolitan* de la mesa de centro, mira la portada en la que aparece Ashley Greene y el titular «60 consejos sexuales», y se da cuenta de que el ejemplar es de hace varios meses. Lo deja caer de nuevo sobre la mesa.

Bridget se acerca a la ventana del salón, contempla la calle, mira el tráfico. Hay un coche ahí abajo con algo raro encima. Es un coche pequeño, un Civic tal vez, con un palo corto fijado al techo con soportes, y algo de aspecto mecánico en un extremo.

Bridget se aleja de la ventana, aún inquieta. Entra en el dormitorio y echa un vistazo a la segunda cama deshecha. La rodea hasta llegar la ventana y se queda allí, escuchando los sonidos apagados de la ciudad a través del cristal, sintiéndose ansiosa. Se reprende a sí misma, al menos por enésima vez, por permitirse entrar en una relación tan comprometida, por ponerlo todo en peligro: a sí misma, a su marido, a su futuro.

«Soy una tonta —piensa—. Una imbécil. Lo tengo todo y lo estoy

tirando por la borda. Necesito controlar mis impulsos. Ahí está ese otra vez ese coche tan raro. ¿Qué es eso que lleva en…?».

Oye algo detrás de ella. Empieza a girarse.

Todo se vuelve blanco.

No puede respirar.

Nicole ha terminado. Ha recuperado el móvil del bolso del objetivo y se dispone a salir cuando oye abrirse la puerta. Es demasiado pronto para que se trate del equipo de limpieza, acaba de hacer la llamada.

«La compañera de piso —piensa—. Debe de ser la compañera de piso». Debería estar trabajando, pero ha vuelto al apartamento durante el día.

«Mierda, mierda, mierda».

Desde la cocina, una mujer grita.

—¿Bridget?

«¿Bridget?».

La información de Nicole para este trabajo incluía dos nombres: el objetivo, Allison Fitch, y Courtney Walmers, la mujer con la que comparte este apartamento de la calle Orchard.

Si la mujer que Nicole acaba de matar es Bridget, entonces la persona que está entrando en el apartamento podría ser el objetivo o podría seguir siendo Walmers.

No importa mucho, podría ser la maldita Britney Spears, por lo que a Nicole respecta; es una complicación con la que debe lidiar.

Nicole intenta moverse alrededor de la cama, para pegarse a la pared antes de que la mujer entre en el dormitorio. Pero antes de que pueda hacer ningún movimiento, la mujer aparece en la puerta.

Su mirada va de Nicole a la mujer muerta y viceversa, en un instante.

Eso es todo lo que hace falta para que Nicole vea quién es. La reconoce por las fotos que le proporcionaron de antemano. Es Allison Fitch. Es más o menos del mismo tamaño y altura que la mujer muerta. Tiene el pelo más o menos del mismo color.

Fitch grita, se gira, corre.

Nicole sabe que tiene que actuar con rapidez para que la mujer se calle eternamente.

El doble de trabajo para el equipo de limpieza. Tendrán que lidiar con ello.

Nicole pretende salir de la habitación por el mismo atajo que ha utilizado para entrar, por encima de la cama. Ve los movimientos en su cabeza sin ni siquiera tener que pensar en ellos. Empuja el suelo con el pie izquierdo, el pie derecho golpea la cama, el pie izquierdo aterriza en el otro lado.

Debería ahorrarle un segundo entero.

Acaba de perder de vista a Fitch, que se ha ido corriendo por la cocina hacia la puerta. Nicole salta a la cama, pero su pie se enreda en la colcha arrugada. Nicole cae hacia delante desde el otro extremo del colchón, arrastrando consigo la colcha al golpearse contra la pared.

Se desenreda el pie y atraviesa la puerta del dormitorio como un velocista que sale corriendo desde su calle. La puerta del vestíbulo está abierta y puede oír pasos frenéticos, al menos un piso más abajo.

La cosa no tiene buena pinta.

Nicole baja los dos tramos de escalera de tres en tres. Irrumpe en la calle, se detiene y mira a ambos lados.

No hay señales de Allison Fitch al norte.

No hay señales de Allison Fitch al sur.

Nicole saca su móvil y llama a Lewis.

—Esto no te va a gustar —dice.

Lewis llama a Howard. Le dice que han matado a la mujer equivocada y que Fitch se ha escapado. Y que hay algo mucho peor que eso, que la mujer muerta es Bridget.

—Madre de Dios —dice Howard—, ¿qué dices? ¿Bridget? ¿Ha matado a Bridget? —Todo esto lo dice en susurros acalorados para que Agatha no lo oiga al otro lado de la puerta del despacho—. ¡Maldita sea, Lewis, dijiste que debíamos hacerlo así! ¡Te hice caso!

¡Dijiste que conocías a alguien que podía encargarse de esto! Joder, ¿Bridget?

—Howard, puedes desahogarte más tarde. Ahora mismo, tenemos que pensar y rápido.

Howard quiere despotricar un poco más, pero comprende que el tiempo no está de su parte. Lewis tiene razón, tienen que actuar con rapidez.

—No la pueden encontrar allí —dice Howard—. Bridget no puede aparecer en ese apartamento.

—Estoy de acuerdo.

—Pero tienen que encontrarla, no puede desaparecer de repente; esto se alargaría durante meses.

—Estoy de acuerdo.

Howard está pensando. No conoce el estado del cuerpo de Bridget, y no quiere conocer los detalles…, excepto uno.

—¿Es posible hacer que esto parezca un accidente, o mejor, un suicidio?

Lewis guarda silencio durante tres segundos.

—Sí, puede que sí. Morris y Bridget tienen varias residencias en la ciudad.

—Sí.

—Necesitamos la que tenga un acceso más fácil, sin cámaras ni portero. Tengo gente que puede hacer esto. Estarán vestidos de trabajadores de mudanza.

Howard se obliga a concentrarse.

—El apartamento de Bridget, el que tenía antes de conocer a Morris, en Columbus. No hay portero, y recuerdo que dijo que las cámaras de vigilancia eran de adorno, no están conectadas a nada. Conservaba el apartamento para cuando venían sus amigos. La llave debería estar en su llavero.

—Dirección. —Howard se la da—. De acuerdo —dice Lewis—, sé cómo podemos hacerlo. Tengo su teléfono. Te llamarán en menos de una hora desde el teléfono de Bridget. Cogerás esa llamada delante de Agatha. Cuando contestes, fingirás hablar con ella.

—No soy idiota, Lewis.

—Howard, déjame resolver esto. Coges la llamada, le preguntas qué le pasa, que por qué está disgustada. Luego ella cuelga y, cuando Agatha te pregunte que qué pasa, tú dices: «Bridget me acaba de decir: "Howard, lo siento mucho, pero me está chupando la vida. No aguanto más"». ¿Te parece bien?

—Sí.

—Entonces llama a Morris y dile que estás preocupado por Bridget, que has recibido una llamada muy extraña de ella.

—De acuerdo. —Howard está pensando en los cabos sueltos—. Hará falta una nota —propone.

—Voy por delante de ti —dice Lewis—; he encontrado una muestra de su letra en su bolso, será pan comido, ya lo he hecho antes.

Hay cosas que Howard aún no sabe sobre Lewis. Pero por muy enfadado que esté, en estos momentos está muy agradecido por sus habilidades.

—Ve —dice Howard.

Lewis cuelga.

Howard se toma un momento para intentar calmarse. Coloca las palmas de las manos sobre la mesa, se reclina en la silla y cierra los ojos, esperando poder ir a ese lugar donde puede recuperar el aliento, pero ese lugar está a cientos de miles de kilómetros de distancia.

«Dios mío».

Recuerda de repente que Agatha tiene previsto salir a comer con unos amigos y necesita que esté presente: ella es su testigo.

—Agatha —dice, alejándose de la mesa, asegurándose de que lleva el móvil encima—, necesito que agrupes todas las encuestas que hemos hecho sobre Morris en los seis últimos meses.

—Todos esos informes están en el ordenador —responde—, puedo enseñarte dónde están.

—Lo sé, pero lo que quiero es que resumas todo en un memorando de una página para mí, en una hoja impresa.

—Me pondré con ello después de comer —acepta Agatha.

—Lo necesito enseguida, tan pronto como puedas dármelo.

Agatha mira la hora en la esquina de la pantalla de su ordenador.

—Por supuesto, Howard, me pongo con ello. Pero antes tengo que hacer una llamada para reprogramar algo.

—Gracias, genial.

Suena su móvil y le parece como si hubiera estallado una granada en la chaqueta de su traje de Armani. Intenta disimular su alarma, saca el teléfono y se lo pone en la oreja sin mirar quién es.

—Howard al habla —responde sin esperar a oír un saludo. Se está preparando para decir algo como: «¿Bridget?, ¿estás bien, ¿qué pasa?».

—Oye, ¿sigue en pie lo de esta noche? —pregunta Morris.

—Morris, hola.

—¿Se te había olvidado?

—No, claro que no. Tenemos que hablar.

—El *Times* no ha sido capaz de hacer progresar la historia, pero seguro que lo están intentando.

—Estoy de acuerdo. —Hace una pausa—. ¿Nos acompañará Bridget?

—No, todo este asunto la está poniendo tan nerviosa que lo último que quiere es oír hablar de ello durante la cena.

—No es la única —dice Howard.

—Sigo pensando que fue la decisión correcta —afirma Morris—. Si tuviera que volver a tomar la misma decisión, lo haría. Y si sale a la luz, eso será lo que diré. Nos vemos esta noche.

Howard se mete el teléfono en la chaqueta y mira a Agatha, que está imprimiendo algo de su pantalla.

—Lo siento, habías quedado para comer, ¿no?

—No pasa nada —dice.

Él vuelve a su despacho pero deja la puerta abierta. Intenta parecer ocupado, por si entra Agatha, pero le resulta imposible centrarse en nada. Está esperando la llamada y pensando en cómo ha podido ocurrir todo.

Debería haberle dicho a Bridget que se mantuviera alejada de esa

Fitch, pero no lo había creído necesario. Howard no había pensado ni por un minuto que volvería a ponerse en contacto con ella, que iría al apartamento de Fitch al mismo tiempo que…

Suena su móvil.

Howard coge el teléfono y mira qué pone en la pantalla: «Bridget».

—¿Hola? —responde, levantándose de detrás de su mesa y paseando junto a la mesa de Agatha, que está grapando unos papeles—. Bridget, Bridget, ¿qué pasa? —Agatha nota que algo va mal y deja de hacer lo que está haciendo—. Bridget, ¿estás bien? —dice. Hace una pausa—. ¿Dónde estás?, dime dónde estás. —La expresión de Agatha se vuelve cada vez más preocupada. Howard intercambia una mirada de agobio con ella—. ¿Bridget? —Se quita el teléfono de la oreja y dice—: Ha colgado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Agatha.

—Estaba diciendo cosas sin sentido, que lo sentía, y luego algo sobre cómo Morris le estaba chupando la vida, y que no podía soportarlo más.

—¿Que ha dicho qué?

—No tenía sentido, no parecía ella misma. —Manosea el teléfono —. Voy a llamarla. Marca el número—. No contesta. Venga, venga… Maldita sea, Bridget, contesta al teléfono.

—¿Ha dicho dónde estaba?

—No. No contesta. —Da toques en el teléfono—. Tengo que llamar a Morris, quizá sepa dónde está.

Por supuesto, Morris no lo sabe. Él también la llama. Él, Howard y Agatha empiezan a llamar a los amigos de Bridget, a sus tiendas favoritas para ver si ha estado allí y a los restaurantes donde va a comer con amigos y clientes.

Morris no puede imaginar dónde puede estar, o qué había querido decir con lo que le ha contado a Howard.

Hasta varias horas más tarde no se le ocurre a Howard la idea de revisar su antiguo apartamento. Él y Morris llegan antes que la policía.

Se determina que ha sido un suicidio.

La mayoría de las personas, cuando toman la decisión de suicidarse, eligen métodos más tradicionales, como una sobredosis de pastillas, una pistola en la sien o saltar desde un edificio alto.

La policía determina que, Bridget Sawchuck, optó por una técnica menos ortodoxa, aunque no inaudita. Varias personas cercanas a la investigación dicen que recuerda a la forma en que se quita la vida el personaje de Ben Kingsley en *La casa de arena y niebla*; se especula con que sacó la idea de la película, pero ni Morris Sawchuck ni ninguno de sus amigos saben si la había visto.

Primero, escribe una nota a su marido. Son tres palabras: «Morris: Perdóname. Bridget». Los investigadores concluyen que parece su letra. Tal vez un poco extraña en un par de sitios, pero la mujer estaba a punto de poner fin a su vida, después de todo; la caligrafía no era lo más importante para ella.

Una vez que ha completado la nota y la coloca sobre la alfombra, justo frente al interior de la puerta del apartamento, coge una bolsa para ropa del armario y se la pone sobre la cabeza. Se la sujeta al cuello con varias vueltas de cinta adhesiva. Los investigadores forenses han encontrado restos de cinta adhesiva en sus dedos.

Con el poco aire que le queda, se tumba en la cama y se sujeta las muñecas al poste de la cama con unas esposas, para que, en cuanto le entre el pánico por no poder respirar, no intente instintivamente detener lo que ha puesto en marcha. Morris dirá que no sabe de dónde las ha sacado. La policía concluirá que compró las esposas en algún momento en un *sex-shop* —con dinero en efectivo — con el propósito expreso de utilizarlas como ayuda para acabar con su propia vida.

Es cierto que muchos aspectos del suicidio resultan sospechosos; al fin y al cabo se trata de una mujer esposada a una cama con una bolsa de plástico alrededor de la cabeza. Pero no hay otros signos de violencia ni de ningún tipo de lucha, no hay indicios de que hubiera nadie más y está la nota.

Lo más convincente de todo es la llamada desde su móvil al de

Howard. El operador de telefonía móvil puede confirmar que la llamada procedía de la zona donde se encontró a Bridget. Agatha le dice a la policía que estaba presente cuando Howard recibió la llamada. Escuchó su versión de la conversación y Bridget estaba claramente angustiada.

Howard le dice a la policía que no tiene ninguna duda de que era Bridget la que estaba al teléfono. Conocía su voz y no sonaba coaccionada de ninguna manera. La llamada sonaba totalmente genuina.

Todos los implicados saben que se trata de un caso delicado, sensible como pocos. La mujer muerta es la esposa del fiscal general. Morris Sawchuck, a través de Howard, utiliza su influencia. Se dará carpetazo a este asunto, dado que la evidencia se inclina hacia el suicidio y no a un asesinato. Al cabo de un par de días, se hace público un comunicado a la prensa en el que se dice que Bridget Sawchuck «murió repentinamente», la manera en clave de decir que «se suicidó». No se dan más detalles.

Un Morris Sawchuck totalmente perturbado deja en suspenso sus ambiciones políticas e intenta seguir con su vida.

Mientras tanto, la policía lleva a cabo una investigación superficial sobre la desaparición aparentemente no relacionada de Allison Fitch. Mucha gente desaparece, y ella, según su madre, ya había desaparecido antes durante largos períodos de tiempo, normalmente cuando necesitaba dinero.

Courtney Walmers, más molesta que asustada por la desaparición de su compañera de piso —supone que Fitch ha huido para no pagar sus deudas—, es abordada por un hombre que se identifica como policía encubierto. Él le dice que Allison Fitch, durante el día, vendía *crack* en ese apartamento —Courtney, no tenía muy buena opinión de Allison, pero eso la deja atónita y desconcertada, ya que si Allison estaba traficando con drogas, ¿por qué estaba siempre sin blanca?— y que el lugar está todavía bajo vigilancia. Quiere subarrendar el apartamento, para que parezca que sigue siendo un lugar donde se

venden drogas. Le pagará el primer y el último mes de alquiler de un apartamento nuevo, así como el dinero que Fitch le debía.

Courtney está horrorizada. Courtney quiere dejarlo todo atrás. Courtney acepta el trato.

Lewis Blocker instala la cámara activada por movimiento en la puerta del apartamento.

Nicole va a Dayton para buscar a Allison.

Morris está destrozado.

Howard se pregunta todos los días si tendrá un ataque al corazón.

Y entonces, nueve meses después, un hombre llama a la puerta del apartamento con una copia impresa de un asesinato que el mundo entero podría ver si supiese dónde está.

CUARENTA Y UNO

—Vale, vamos a repasarlo otra vez —pidió Julie. Yo estaba ya vestido, sentado en la cama de Thomas, y él estaba de nuevo en su silla frente a sus tres monitores. Julie y yo parecíamos dos alumnos sentados frente a un profesor que repasaba lo que iba a salir en el examen final—. Thomas ve esta foto en la red, consigue que vayas a esa dirección de Manhattan para comprobarlo, cosa que haces, pero no pones mucho empeño ya que no te lo crees mucho, pero hablas con una señora que vive al lado.

—Sí —dije.

—Y Thomas, que no está nada impresionado con tus habilidades de investigación, llama al casero y descubre que en ese lugar vivían dos mujeres, pero que las dos se han mudado y el sitio lleva vacío desde entonces, pero el alquiler lo paga un tipo llamado Blocker. ¿Cómo voy hasta ahora?

Thomas asintió.

—Perfecto. —Thomas se volvió hacia mí—. Lo está haciendo muy bien.

—Continúa —pedí.

—Y un par de días después de tu pequeña misión, alteran la imagen de Whirl360 —concluyó Julie—; eso me ha dejado de piedra.

—Sí, a mí también —acepté—, no tiene ningún sentido. No le dije nada a la mujer del pasillo sobre la imagen de Internet. Thomas, ¿le dijiste algo al casero sobre lo que viste en la imagen de la ventana de tu ordenador?

Él negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿cuál es la conexión? —pregunté.

Julie estaba pensando.

—¿No le dijiste a nadie qué ibas a ir allí? ¿Se lo dijiste al tipo con

el que comiste?, ¿tu agente?

—No, no le mencioné ni una palabra.

—¿Te siguió alguien?

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio?

Hizo una mueca.

—Vale, quizá eso sea un poco exagerado, pero haz memoria de cuando llegaste a la calle Orchard.

Suspiré.

—Al terminar la reunión cogí un taxi y me bajé en Orchard, unas manzanas al norte de donde tenía que haberme bajado. Me dirigí hacia abajo, lentamente, con la imagen en la mano, comparando los patrones de las ventanas y de los ladrillos y todo lo demás hasta que estuve seguro de que había llegado al edificio correcto. Tenía el mismo aparato de aire acondicionado en la ventana y todo.

—¿Cómo entraste?

—Un tipo salía y yo me colé. Subí las escaleras y llamé a la puerta, pero nadie respondió. No hay nada más que contar.

Julie estaba pensando.

—¿Qué ibas a decir si alguien hubiera abierto la puerta?

—Estuve dándole vueltas a varias ideas en la cabeza y al final decidí decir la verdad, que habíamos visto la imagen que había en la hoja que llevaba en Whirl360 y que teníamos curiosidad por saber qué era.

Thomas sacudió la cabeza decepcionado.

—Entonces llevabas todo el rato la hoja en la mano —dedujo Julie.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, la vio la persona que salía del edificio, la vio la vecina y la vio cualquier otra persona con la que te cruzaste.

—No… No creo que… Mierda. La saqué en un momento dado, y sé que al final me la volví a meter en el bolsillo, pero no estoy seguro de cuándo.

—Entonces, esa señora podría haberla visto —dijo Julie—, o alguna otra persona en la que ni siquiera te fijaste.

—Quizá había una cámara en el vestíbulo —sugirió Thomas—. ¿No pensaste en eso?

Lo miré, enfadado.

—No, no pensé en eso. ¿Por qué demonios se me iba a ocurrir pensarlo? —Pero supuse que era posible. Me forcé a tranquilizarme —. Vale, digamos que alguien, de alguna manera, vio esa hoja de papel que llevaba. ¿Cómo pasamos de eso a que la imagen ha desaparecido de Internet?

—Vamos a imaginarnos que lo que Thomas vio en la ventana era… algo. Algo que alguien… —empezó Julie.

—¿Quién? —pregunté.

—Ayúdame, ¿vale? Digamos que lo que se ve en la ventana es algo que, si alguien se enterara de que estaba en Internet, se enfadaría mucho, y cuando descubrió que lo estaba, hizo que lo quitaran. Piensa en ello, piensa en todas las fotos aleatorias que han hecho los coches de Whirl360: maridos engañando a esposas, esposas engañando a maridos…

—Pero difuminan las caras —dije.

—Vale, pero digamos, por ejemplo, solo por diversión, que eres un tipo de Hartford y quieres ver si tu casa sale en Whirl360, y la encuentras y hay un coche en la entrada que reconoces como el Lincoln de tu colega de golf, pero él nunca ha estado en tu casa; pero tu mujer está en casa por las mañanas, cuando se hizo la foto. O digamos que eres ese tipo del Lincoln, y descubres que está esa foto ahí antes que tu amigo, ¿qué harías?

—Entiendo lo que quieres decir.

—Es como el coche que vi que golpeó a otro coche en Boston —añadió Thomas, y se volvió hacia Julie—: Ray no haría nada al respecto.

—Hay todo tipo de mierdas en Internet que, si las supieras, fliparías —explicó Julie— y a lo mejor mientras ibas con ese trozo de papel por ahí, alertaste a alguien sobre la cabeza de la ventana.

—Tal vez —admití—. Digamos que tienes razón y que mi visita y la

manipulación de la imagen están relacionadas, ¿cómo demonios podría alguien entrar en Internet para cambiarla?

—Hackearía la página —respondió Thomas.

Julie asintió.

—Suena lógico. ¿Cómo lo iba a hacer si no?

—Supongo —reconocí.

—Podríamos llamar a Whirl360 para preguntarles si últimamente alguien ha intentado entrar en su sistema —sugirió Julie—, o atravesar sus cortafuegos o como quiera que se diga eso.

—¿Por dónde empezarías? —pregunté—, ¿a quién llamarías?

Julie sonrió.

—Puede que sepas hacer dibujos, pero está claro que no tienes ni idea cuando se trata de obtener respuestas. Yo me encargo.

Julie obviamente tenía la inteligencia necesaria para conseguir respuestas, pero de lo que no estaba tan seguro era de si debíamos buscarlas. ¿Necesitábamos implicarnos en esto? ¿Podría ser contraproducente?, ¿meter a Thomas en problemas? Ya nos había visitado el fbi, ¿queríamos también a la gente de seguridad de Whirl360 en nuestra puerta?

Pero me guardé esas preocupaciones, al menos un tiempo, porque tenía preguntas más urgentes.

—Thomas, cuéntame otra vez lo que dijo el casero cuando lo llamaste sobre las mujeres que vivían allí.

—Dijo que el apartamento se había quedado vacío a finales del verano pasado. No creo que fueran hermanas ni que estuvieran emparentadas, tenían nombres diferentes.

—¿Cómo me dijiste que se llamaban?

—Courtney y Olsen.

—¿Esos eran sus nombres de pila?

—Creo que sí, me costaba entender lo que decía por el acento, ya te lo conté.

—Olsen no suena a nombre de mujer —dijo Julie—. ¿Te dijo también sus apellidos?

Thomas se volvió hacia su escritorio.

—Los escribí —dijo—. Courtney Walmers y Olsen Fitch.

—Espera un momento —pedí. Me sonaba uno de los nombres—. ¿Olsen Fitch? —¿No me había encontrado con un nombre así hacía poco?—. Thomas, déjame sentarme ahí. —Hice que se levantara de la silla del ordenador, abrí una pestaña nueva en el navegador y realicé la misma búsqueda que había hecho en el portátil de papá de cualquier noticia que mencionara la calle Orchard de Nueva York.

—Un momento… un momento —dije—, aquí está. Sabía que ese nombre me sonaba de algo. Thomas, ¿es posible que el casero dijera «Allison Fitch» en vez de «Olsen Fitch»?

Thomas se lo quedó pensando un instante.

—Supongo que sí.

—Vale, aquí hay un artículo que dice que la policía emitió un comunicado para anunciar que estaban tratando de encontrar a una tal Allison Fitch. Vivía en Orchard, trabajaba en un bar y no se había presentado a trabajar. Aquí solo hay un artículo, no hay segunda parte.

—Probablemente sea la persona de la ventana —dedujo Thomas, acercándose a mí, como si quisiera recuperar su silla en cuanto yo estuviera dispuesto a cederla—, es una mujer. La asfixiaron y luego se deshicieron de su cuerpo.

Para ser un tipo que no veía programas de crímenes en la tele, Thomas era bastante rápido pensando en escenarios posibles.

—Thomas, ¿por qué no te vuelves a sentar aquí mientras Julie y yo hablamos de cómo vamos a ocuparnos de esto?

—¿Vais a seguir practicando sexo? —preguntó Thomas.

Sentí que me se sonrojaba, pero Julie asintió como si nada.

—Tal vez más tarde, pero antes vamos a hablar de esto. Podemos acostarnos en cualquier otro momento.

Thomas ya estaba a lo suyo, explorando alguna ciudad que parecía europea. Notó mi curiosidad y respondió.

—Praga.

Julie y yo nos fuimos al pasillo cubierto de mapas de arriba.

—¿Qué te parece? —pregunté.

Levantó las manos como desanimada.

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco.

Bajamos a la cocina. Julie buscó el café pero solo encontró del instantáneo.

—No me digas que solo tienes esto.

Así era.

—Vas a pensar que estoy loca, pero creo que está pasando algo —comentó mientras llenaba la tetera.

—Sí —reconocí a regañadientes.

—¿Por qué demonios iba alguien a borrar esa cabeza de la ventana si no hubiera algo raro en ella?

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo?

—Sé que dijiste que no ibas a llamar a la policía de Nueva York como te pidió Thomas, pero eso era antes. ¿Vas a llamar ahora?

—Ninguna de las razones que me impidieron llamar antes ha cambiado —dije.

Julie parecía sorprendida.

—¿Perdón? Esa imagen alterada cambia un poco las cosas.

—Ya tienen a Thomas en su radar por enviar correos electrónicos a la cia y a Bill Clinton —expliqué, recordándole la vista del fbi; digamos que llamamos a la policía de Nueva York, o incluso a la de Promise Falls. Eso probablemente activará algún tipo de alarma, y avisarán al fbi. Y cuando el fbi ponga a todo el mundo al corriente de las actividades de mi hermano, de que ha estado escribiendo a la cia para informarlos de sus avances en la memorización de calles, ¿hasta qué punto crees que alguien se lo va a tomar en serio? Sobre todo cuando lo que dice haber visto ya no está en Whirl360.

Los hombros de Julie se hundieron.

—Mierda, pero lo que Thomas vio es solo la punta del iceberg y aún tenéis la impresión anterior y, además, también está la mujer desaparecida.

—Que puede que no siga desaparecida —refuté.

—Ya, pero eso se puede comprobar. Ray, entiendo tus dudas y que te preocupe que la policía piense que no hay nada, pero que sepas que esto me pone los pelos de punta. Yo sí que sé lo que voy a hacer. Mañana voy a llamar a Whirl360 para hablar con quien se encarga de empañar las imágenes de la página web y le voy a preguntar si los han hackeado, o si la han cambiado ellos mismos por alguna razón.

—Y tú crees que yo debería llamar a la policía…

—Sí, creo que deberías llamar a la policía.

Levanté las manos en señal de derrota.

—Vale, llamaré a la policía. ¿A cuál?

—A la de Nueva York —respondió Julie.

—Ni siquiera sé a qué comisaría tengo que llamar. —Usando el portátil de papá, llegamos a la conclusión de que tenía que llamar a la del distrito séptimo. Marqué el número que aparecía en su página web en mi teléfono móvil—. Allá vamos —le dije a Julie mientras esperaba la conexión—. Sí, hola —saludé cuando alguien contestó—, necesito hablar con… Supongo que necesito hablar con un inspector.

—¿Es una llamada urgente, señor?

—No, no lo es; es importante, pero no es urgente.

—Espere.

Unos segundos después, cogió el teléfono otra persona, un hombre con voz ronca.

—Simpkins.

—Hola, soy Ray Kilbride, llamo desde Promise Falls.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Kilbride?

—Vale, esto le va a parecer una locura, pero necesito que me escuche. Puede que mi hermano haya sido testigo de un homicidio o algo así.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Thomas Kilbride.

—¿Y la razón por la que está llamando usted y no él?

—Creo que él se sentirá más cómodo si lo hago yo.

—¿Y eso por qué?

—Mire, eso no importa, y además, en realidad él no es el único testigo.

—¿Qué otro testigo hay?, ¿se trata de usted, señor Kilbride?

—Más o menos. La verdad es que podría haber muchos testigos, hay una grabación del delito en Internet, o al menos, la había.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Ya veo. ¿A quién han matado, señor Kilbride?

—Vale, no sé con certeza si han matado a *alguien*, pero parece que están asesinando a alguien en una ventana, y podría tratarse de una mujer llamada Allison Fitch.

—¿Está hablando de algo que ha visto publicado en YouTube, señor? —preguntó el inspector, con la voz ya llena de escepticismo.

—No, ha sido en Whirl360, donde puedes…

—Sé lo que es. ¿Me está diciendo que su hermano cree que vio un homicidio en esa página web?

—Sí, correcto. Mire, al principio pensé que se lo estaba imaginando, pero…

—¿Por qué iba a pensar que se lo estaba imaginando, señor?

—Porque mi hermano tiene un historial de problemas psiquiátricos y…

Clic.

Miré a Julie.

—No hace falta que me digas nada —replicó—. Yo también habría colgado. ¿Podrías habérselo contado peor?

—Te he dicho que no era buena idea.

Julie levantó las manos.

—Vale, tú tenías razón y yo estaba equivocada. Quieres mantenerte al margen para no involucrar a Thomas, supongo que tiene sentido. No tienes ningún interés personal en esto y aunque alguien te hubiera visto con esa hoja en la mano, no tendría ni idea de quién eres.

—Sí, correcto, no le dije mi nombre a nadie.

—Bueno, pues ya está —dijo Julie—, no tienes nada de qué

preocuparte.

CUARENTA Y DOS

—Permítame ver la foto otra vez —pidió la mujer del mostrador.

Lewis Blocker le entregó la copia impresa a la empleada de la tienda de arte del Lower Manhattan. Era una imagen de una captura de pantalla del vídeo de vigilancia que grababa desde la puerta del apartamento de Fitch. Era la mejor imagen que había podido obtener del hombre que había llamado a la puerta con la imagen de Whirl360 en la mano. La cara se veía un poco deformada, pero Lewis pensó que la calidad era suficiente para que alguien lo identificara.

Ya le había echado un vistazo una vez y le había dicho que no conocía al tipo, pero luego había decidido que quería echarle otro vistazo.

—Entonces, ¿qué delito ha cometido este hombre?

—Fraude con tarjetas de crédito —respondió Lewis— y usurpación de identidad.

—Ah, sí —dijo—, eso es muy chungo.

Lewis supuso que la mujer tendría unos treinta años. Pelo negro azabache, piel como Morticia Addams, pintalabios rojo rubí. Llevaba tachuelas en las orejas, en la fosa nasal derecha y justo debajo del labio. Lewis se preguntó cuántos otros *piercings* tendría que no eran visibles y dónde podrían estar.

Sujetaba la hoja con una mano, ladeando la cabeza.

—Su cara parece un poco hinchada.

—Es por culpa de la cámara —explicó Lewis.

—No sé, pensaba que lo había reconocido, pero ahora no estoy tan segura.

—Déjeme que le cuente lo que ha estado haciendo este tipo —comentó Lewis, con la esperanza de que una vez que supiera lo mala persona que era se sintiera más inclinada a ayudar. En realidad

no le había dicho que era policía, pero le había enseñado la cartera abierta el tiempo suficiente para que ella se hiciera una idea—. Roba números de tarjetas de crédito reales de personas reales, luego hace tarjetas nuevas con todos esos datos personales, compra de forma desenfrenada durante un par de días y luego se deshace de la tarjeta. Normalmente, para entonces, el banco ya se ha dado cuenta de que el gasto habitual de esa tarjeta ha cambiado, ha alertado al propietario y ha anulado la tarjeta.

Ella sacudió la cabeza, asombrada.

—Es increíble, joder. —Había un atisbo de admiración, como si tal vez deseara saber cómo hacerlo ella misma—. Pensaba que estas cosas ya no pasaban desde que llegaron las tarjetas con chip.

—Ojalá —dijo Lewis—. La tecnología nueva solo ralentiza a los malos un tiempo hasta que descubren una nueva forma de evitarla.

Le dijo cuándo creía que había estado el hombre en la tienda, hacía un par de mañanas.

—Yo estaba aquí, pero no recuerdo a ese tipo. —Miró al otro lado de la tienda y vio a un hombre alto y moreno reponiendo pinceles—. Tarek, ¿tienes un segundo?

Tarek se acercó y se puso al otro lado del mostrador, junto a Lewis.

—Este policía de aquí está tratando de encontrar a ese tío —dijo —. Yo no lo he reconocido, pero al parecer estuvo aquí hace un par de mañanas y compró algo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Tarek, examinando la imagen. —Lewis lo volvió a contar—. Pero nosotros hemos cobrado; si es un fraude con tarjeta de crédito, la compañía de la tarjeta devuelve el dinero al titular.

—Lo sé —respondió Lewis—, pero eso no significa que no te interese intentar ayudar a atrapar a este tipo.

—Sí, bueno, no servirá de nada —replicó Tarek.

—¿Qué quieres decir?

—Me acuerdo de él, pagó en efectivo.

—¿En efectivo? —se sorprendió Lewis—, ¿quién demonios paga

hoy en día en efectivo?

—Compró suministros para aerógrafo, creo, y unos rotuladores.

—¿Sabes quién es?, ¿ha comprado aquí antes?

—No sé quién es, pero sí, ha estado aquí antes; al menos, eso me dijo. Me comentó que cada vez que viene a la ciudad, se pasa por aquí.

—¿Es de fuera de la ciudad?

—Sí.

—¿Dijo de dónde?

Tarek sacudió la cabeza.

—Creo que no, le pregunté si estaba en nuestro listado de correo electrónico, y me contestó que sí.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—No creo que el director quiera dárselo así por las buenas y, además, hay cientos y cientos de personas en él.

—¿Para qué compró los suministros para aerógrafo?, ¿qué tipo de trabajo hace?

Tarek se lo pensó un momento mientras la chica de las tachuelas lo miraba expectante.

—Dijo que era ilustrador, pero ya sabe que hay ilustradores a patadas. Ah, sí, y también dijo que iba a hacer algunas ilustraciones para una página web de noticias.

—¿Qué página web?

—Una nueva, no sé, sobre política, como el *HuffPo*.

—¿El qué? —preguntó Lewis. Sabía manejarse en Internet, pero seguía prefiriendo leer un periódico de verdad a uno *online*.

Tarek se encogió de hombros.

—Ya sabe, el de esa señora con acento que sale de vez en cuando en el programa de Bill Maher.

Lewis odiaba el programa de ese hombre: era un gilipollas izquierdista.

—¿Pero no en esa página?, ¿en otra diferente?

Tarek se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé. Buena suerte.

Lewis cogió un sitio en una cafetería a la vuelta de la esquina, pidió un sándwich de *corned beef* con pan de centeno y pepinillo, y un café, y llamó a Howard Talliman.

—¿Conoces una página web que se llama *HuffPo*? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Howard—, ¿por qué?

—¿Sabes de alguna página web nueva que vaya a salir que sea parecida?

—Podría preguntar por ahí —dijo Howard—, ¿por qué?

—Tú pregunta y llámame cuando sepas algo.

Lewis estaba terminando su café cuando sonó su móvil.

—Kathleen Ford está poniendo en marcha una web como esa —dijo Howard.

—¿Debería saber quién demonios es esa mujer?

—Sí.

—Vale, pues creo que es posible que haya contratado a nuestro hombre para que trabaje para ella.

—¿Sabes cómo se llama?

—Todavía no, pero lo sabré. ¿Tienes el teléfono de esa Kathleen Ford? —Lewis sacó su bolígrafo y su bloc de notas, y garabateó un par de números que le dio Howard—. ¿La conoces?

—Nos conocemos —dijo Howard—, pero yo de ti no dejaría caer mi nombre, cree que soy un gusano.

Lewis puso fin a la llamada, pensando que tal vez la tal Kathleen Ford sabía juzgar muy bien a las personas, aunque no se hacía ilusiones de que, si lo conociera a él, lo viera de otro modo.

CUARENTA Y TRES

Se moría de ganas de llamar a su madre, tanto que le hacía daño.

Habían pasado nueve meses. Allison Fitch no podía creer que hubiera conseguido aguantar tanto tiempo. Tampoco era como si no se lo hubiera planteado una docenas de veces. En más de una ocasión había cogido un teléfono —el suyo no; ese lo había tirado a los pocos minutos de huir de su edificio— y había empezado a marcar el número. En una ocasión se encontró un móvil en el baño de señoras del restaurante de Lubbock donde había trabajado durante un breve espacio de tiempo y había llegado a marcar todos los dígitos del número de teléfono de su madre menos el último antes de pensárselo mejor y dejar caer el teléfono donde lo había encontrado. Era muy posible que la línea de su madre estuviera intervenida, que su casa estuviera vigilada. Su madre no tenía teléfono móvil y, aunque lo tuviera, Allison pensaba que probablemente también habría una forma de pincharlo. ¿No lo hacían en ese programa de televisión sobre el tráfico de drogas en Baltimore?

No sabía con certeza, por supuesto, si alguien estaba escuchando las conversaciones telefónicas de su madre. Pero, suponiendo que fuera así, ¿era probable que siguieran haciéndolo ahora, tantos meses después? ¿No se rendirían tarde o temprano?

Allison no se podía imaginar por lo que estaba pasando su madre. También era verdad que ella se lo había hecho pasar muy mal: cuando tenía diecinueve años, horas antes de embarcar en su vuelo, Allison había informado a su madre de que se iría un mes a Uruguay con su novio, el que tocaba el piano eléctrico en aquel grupo, y llevaba ya diez días cuando se dio cuenta de que en realidad habían ido a Paraguay. Luego, a los veintiún años, su tío Bert, por parte de padre, le regaló un coche —un viejo Neon oxidado, pero menos da

una piedra…—, lo que la llevó a conocer Malibú, que estaba a solo unos trescientos kilómetros de distancia. Metió algo de ropa en una bolsa y se puso en camino. A los cinco días de viaje decidió pasarse sin avisar a ver a su prima Portia en Albuquerque, que pillaba de camino, y cuando Portia abrió la puerta y la vio se puso a gritar. «¡Dios mío, tienes que llamar a tu madre, se ha puesto en contacto con todos los de la familia y cree que estás muerta!».

Pero desaparecer durante nueve meses era, incluso para los estándares de irresponsabilidad de Allison, algo exagerado.

No había forma de decirle a su madre que esa vez era diferente, que no había un modo seguro de hacerle saber que, si no había llamado a casa, no era porque fuera una imbécil desconsiderada y egocéntrica, sino porque temía que, si lo hacía, la matarían.

Allison pensó que era mejor hacer pasar un infierno a su madre y aparecer un día viva, que tranquilizarla con una llamada y acabar muerta. En cierto modo, pensó, tal vez su historial de no considerar nunca cómo sus acciones afectaban a los demás era una bendición. Quizá así su madre se preocuparía menos. Si Allison fuera el tipo de hija que siempre les decía a sus padres dónde estaba cada minuto del día, y luego desapareciera, bueno, eso sí que sería para preocuparse.

Allison quería pensar que era así, pero en el fondo sabía que no lo era. Su madre tenía que estar volviéndose loca.

De vez en cuando, durante sus viajes, tomaba prestado el ordenador de alguien y hacía una búsqueda sobre sí misma para ver si había noticias sobre su desaparición. Encontró una, no mucho después de que ella desapareciera, pero poca cosa después de eso. No fue nada agradable saber que le importaba tan poco a los demás, que podía desaparecer de la faz de la tierra y no ponían su cara en el lateral de los cartones de leche. Quizá era demasiado mayor para eso.

Pero ¡guau!, vaya si había artículos sobre la muerte de Bridget Sawchuck.

No contaban muchos detalles, pero Allison sabía que los pocos de

los que hablaban eran pura fantasía.

«Murió de repente». Sí, bueno, eso no era falso del todo.

Si Allison no hubiera estado totalmente convencida de que huir y esconderse era lo más inteligente que podía hacer, desde luego lo habría estado después de ver las noticias sobre Bridget. Si los poderes fácticos podían encubrir el asesinato de una mujer como ella, eran capaces de hacer cualquier cosa.

Salir a la palestra no era una opción. Por supuesto, eso significaría que tendría que admitir que le había hecho chantaje, pero le parecía que ese sería el menor de sus problemas. Allison temía que decir a las autoridades lo que sabía podría hacer que la mataran.

Así que siguió moviéndose. Empezando por la huida de su apartamento.

En cuanto Allison Fitch vio lo que había ocurrido en aquel dormitorio, que habían enviado a alguien a matarla y que la asesina había matado a Bridget Sawchuck por error, echó a correr. Salió a la calle Orchard tan rápido que los transeúntes podrían haber pensado que se había producido una explosión de gas. Corrió hacia el sur sin ninguna razón en particular, salvo que, si hubiera ido hacia el norte, habría tenido que esquivar a un grupo de cinco mujeres de mediana edad que bloqueaban la acera mientras intentaban compartir un libro de Fodor. Giró al oeste en la primera esquina, luego al norte en la siguiente, al oeste en la siguiente, corriendo a toda velocidad, yendo en una dirección diferente en cada cruce, con el único objetivo de eludir a la mujer que había matado a Bridget.

De repente, apareció dentro de una cafetería. No tenía ni idea de en qué calle estaba. Al pasar volando junto al mostrador gritó: «Un café *latte* mediano», para que nadie le echara la bronca por usar el baño; buscó desesperadamente una señal que le indicara dónde estaba e instintivamente descendió por unos estrechos escalones de ladrillo hasta el sótano. Lo encontró e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada.

«Un momento», dijo alguien desde dentro.

Allison se quedó al pie de la escalera, observando, esperando a

que aquella mujer bajara tras ella.

Un hombre salió del baño. Ella se metió en la pequeña habitación, en la que había un retrete y un lavabo, dejó caer la tapa y se sentó. Sacó su teléfono mientras luchaba por recuperar el aliento.

Pensó a quién llamar.

Cuando tu brillante plan de chantajear a la mujer de un fiscal general se va al traste y gente de las altas esferas envía a alguien a matarte, ¿a quién llamas?

Buena pregunta.

Al mirar el teléfono, de repente se dio cuenta de que podían utilizarlo para rastrearla. Lo apagó, levantó la tapa de la cisterna del váter y lo dejó caer dentro.

«Piensa, piensa».

Vale, ir a la policía era demasiado arriesgado y seguro que estaban vigilando la casa de su madre. No podía llamar a ninguno de sus amigos. De todas formas, había espantado a la mayoría, como a Courtney, pidiéndoles dinero prestado que nunca devolvía, cogiendo propinas que no eran para ella, acostándose con los novios de sus amigas.

No había puente que no hubiera quemado.

«Eres una zorra estúpida», pensó.

Llevaba unos cientos de dólares en el bolso, suficientes para comprar un billete de autobús para irse de Nueva York. Cuando saliera de la ciudad y se sintiera razonablemente segura, tendría que decidir el siguiente paso.

Alguien golpeó la puerta del baño. A Allison le dio un vuelco el corazón.

—¡Eh!, ¿te estás comiendo una *pizza* ahí dentro o qué?

Se instaló primero en Pittsburgh, si por «instalarse» se entiende quedarse en un lugar más de una noche. Su billete de autobús la llevó hasta Filadelfia y desde allí hizo autostop. Pensó en dirigirse al oeste, pero esa dirección no la acercaba a Dayton. La primera noche durmió en un parque de Harrisburg y, por la mañana, entró en el

baño de un McDonald's e intentó parecer un ser humano con lo que llevaba en el bolso, que no era más que un peine, pintalabios, delineador de ojos y máscara de pestañas. Estaba hecha un asco, eso estaba claro. Para empezar, tenía que ducharse.

Allison no vio que tuviera muchas más opciones que buscar un albergue para indigentes. Le dieron algo de comer y se duchó. No soltó el bolso en ningún momento, solo lo mantuvo alejado de la alcachofa para que no se mojara, porque no quería que se lo robaran.

Las tarjetas de crédito no le servían para nada; la mayoría estaban al límite, de todos modos, pero ella sabía que en el momento en que usara una, la pillarían. Las partió todas por la mitad y las tiró a la basura.

Una de las condiciones para quedarse en el refugio era que tenía que colaborar. Optó por ayudar en la cocina; era lo más parecido que tenían al trabajo que ella hacía normalmente. Aguantó allí casi una semana, hasta que un día entraron dos policías municipales y empezaron a hacer preguntas, sobre ella no —buscaban testigos de la muerte a golpes de un vagabundo tres noches antes—, pero hablaron cara a cara con Allison. Le preocupaba que, si su cara aparecía en algún archivo de personas desaparecidas y esos dos policías la veían, recordarían dónde se la habían encontrado.

Era hora de poner más distancia entre ella y Nueva York.

Su plan era seguir hacia el oeste, pero eso la llevaría más allá de Cincinnati, que estaba demasiado cerca de Dayton. ¿Y si la reconocía alguien que la conocía, o que conocía a su madre? No quiso correr el riesgo, así que viró en dirección sur, haciendo varias veces autostop hasta que llegó a Charlottesville, una bonita ciudad universitaria. Sin embargo, no encontró trabajo dentro del mundo académico, pero consiguió otro empleo en una cocina, en una cafetería que tenía un cartel de «Se ofrece empleo» en la ventana.

Para entonces, ya se había gastado todo su dinero y la cafetería no le daba lo suficiente como para pagarse un sitio para vivir. Lester, el propietario del restaurante, le dijo que podía dormir en su

camioneta, una de marca Ford con asiento corrido, y utilizar el baño del restaurante para asearse.

Vivió así durante cinco semanas antes de seguir su camino. Lester empezaba a esperar ciertos favores a cambio del buen alojamiento que le proporcionaba. Allison no estaba en absoluto interesada, pero hizo falta un huevo crudo en la parte delantera de los pantalones de Lester para disuadirlo.

Hora de salir a la carretera, otra vez.

Hizo autostop hasta Raleigh. Luego fue a Atenas. Pasó un par de semanas muerta de hambre en Charleston. Luego llegó más al sur, a Jacksonville. Era un buen plan: quería llegar a Florida cuando empezaba a asentarse el invierno. No tenía abrigo ni ropa de invierno ni dinero para comprarlos.

A medida que crecía su desesperación, de vez en cuando reprimía su naturaleza y encontraba la forma de darles las gracias a los hombres que la llevaban, siempre que estuvieran dispuestos a darle unos dólares. «Has hecho lo que tenías que hacer».

En Tampa, encontró trabajo limpiando habitaciones en un motel llamado Coconut Shade, un lugar donde los clientes solían alquilar cuartos por horas. No se requerían referencias, ni dni ni experiencia laboral previa. Dijo que se llamaba Adele Farmer. Octavio Famosa, el encargado, de ascendencia cubana y unos cuarenta años, no le ofreció dormir en su camión, sino en una cama plegable en un trastero.

Allison supuso que buscaría algo a cambio, como la mayoría de los hombres con los que se había cruzado, pero se equivocó. Octavio era un hombre amable y decente. Su esposa, Samira, había muerto el año anterior de una enfermedad hepática. Tenía una hija de siete años, pero no le gustaba llevarla a su lugar de trabajo porque no era un entorno adecuado, porque era un lugar donde la gente iba, casi exclusivamente, a practicar sexo. Así que su hermana cuidaba de su hija cuando él tenía que trabajar.

—La gente tiene necesidades —dijo, y se encogió de hombros—, y

la tuya es tener un lugar seguro donde quedarte. He estado en tu lugar.

Algunos días, compartía su comida con ella. De vez en cuando, en el turno de noche, le daba diez dólares de la caja y la mandaba al Burger King cercano a por algo que compartían entre los dos. Hablaban. Los padres de Octavio seguían en Cuba y él esperaba poder llevárselos algún día a Florida.

—Antes de que sean demasiado viejos para venir —dijo—, quiero que vean a su nieta. ¿Y qué me dices de ti?

—Solo tengo a mi madre —respondió ella—, mi padre murió hace unos años y no tengo hermanos.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Octavio.

—En Seattle —mintió—, hace tiempo que no hablo con ella.

—Seguro que te echa mucho de menos.

—Sí, bueno —replicó ella—, no puedo hacer nada al respecto.

—Me recuerdas a mi hija.

—¿Cómo es posible? Solo es una niña.

—Lo sé, pero las dos necesitáis a vuestras madres, las dos estáis muy tristes.

Toda esa experiencia, desde el momento en que había huido de su apartamento hasta su vida actual en Tampa, le había dado a Allison Fitch tiempo para hacer un gran examen de conciencia.

Llegó a la conclusión de que no era una buena persona.

Había vivido de los demás sin ofrecer nada a cambio, empezando por sus padres. Siempre había pensado primero en sí misma, en sus deseos y sus necesidades. ¿Qué clase de persona, había empezado a preguntarse, miente a su madre para que le envíe dinero? ¿Qué clase de persona utiliza ese dinero para reservar unas vacaciones cuando debe el alquiler a su compañera de piso? ¿Qué clase de persona convierte una relación sexual en una oportunidad para obtener un gran beneficio económico? ¿Qué clase de persona recurre al chantaje?

Una mala persona.

Una persona muy mala.

Una mierda total.

Eso era ella. Tal vez, se decía a sí misma, se lo merecía. Ella misma se lo había buscado, eso estaba claro. No estaría allí, después de meses huyendo, cambiando sábanas manchadas en un hotel de una estrella en una zona mala de Tampa, compartiendo *whoppers* con Octavio, si no hubiera pensado siempre primero en sí misma.

El karma no perdonaba.

Una noche, lo habló con Octavio.

—¿Crees que, si haces cosas malas, al final tienes un castigo?

—¿En este mundo? —preguntó él.

—Sí, supongo.

Él sacudió la cabeza con pesar.

—A veces sí y a veces no. He conocido a personas que, durante toda su vida, merecían ser castigadas por las cosas que habían hecho, pero nunca lo fueron. La única esperanza que nos queda es que reciban lo que se merecen después.

—Si recibes lo que mereces mientras vives, ¿crees que, cuando mueres, las cosas ya están arregladas?

—No creo que seas una mala persona —le dijo Octavio—, creo que eres una buena persona.

Ella se puso a llorar. Lloró durante mucho tiempo. Lloró tanto que estaba agotada. Octavio la arropó en la cama plegable del trastero. Se sentó en el borde y le acarició el hombro hasta que se durmió.

Quería ayudarla. Creía que, hubiera hecho lo que hubiera hecho Adele Farmer, su madre la perdonaría.

Cuando estuvo seguro de que Adele dormía profundamente, sacó su bolso de debajo de la cama. En él, encontró una identificación que demostraba que no era Adele Farmer, se llamaba Allison Fitch y su madre no estaba en Seattle, como había dicho Allison. Había una carta hecha jirones en el bolso, una carta de su madre fechada hacía más de un año, en la que le decía a su hija que la quería mucho y que esperaba que fuera feliz en Nueva York, pero que siempre sería bienvenida en Dayton.

¿Dayton?

Octavio comprobó la pegatina del remitente en el reverso del sobre, anotó algunos datos, luego devolvió la carta y el carné al bolso, y lo deslizó de nuevo bajo la cama supletoria. Entró en Internet y encontró el número de teléfono de Doris Fitch. Era tarde para llamar —pasaba de la medianoche—, pero Octavio estaba seguro de que la mujer querría saber dónde estaba su hija, independientemente de la hora.

Cuando empezó a hablar con Doris Fitch, él susurraba, pero ella estaba casi histérica por la noticia.

—¡Madre mía! —exclamó—. Dios mío, está viva. No me lo puedo creer. ¿Cómo está? ¿Está herida? ¿Está bien? ¡Pásemela! ¡Que se ponga al teléfono! Tengo que oír su voz.

Octavio dijo que creía que, si Allison se enteraba de que había estado hablando con su madre, se largaría, que sería mejor que Doris fuera allí desde Ohio y sorprendiera a su hija.

Doris Fitch, que estaba encantada con la noticia, pero seguía siendo lo suficientemente lista como para ser prudente, le dijo a Octavio que, si no iba a ponerle a su hija al teléfono, necesitaba alguna prueba de que de verdad era ella la que trabajaba en el motel.

—Me contó que cuando era pequeña, alrededor de los ocho o nueve años, usted hacía obras con marionetas de dedo, que le representaba escenas enteras de *El Mago de Oz* con los dedos, y que a ella eso le encantaba —respondió Octavio.

Doris Fitch pensó que se iba a morir de alegría.

—Reservaré un vuelo para mañana —dijo—. Dime dónde están exactamente.

Octavio le dio el nombre del motel y la dirección.

—Cuando baje del avión, dígaselo al taxista, él sabrá llegar.

Cuando colgó el teléfono, Octavio se sentía muy bien consigo mismo. Había hecho algo bueno.

Adele/Allison se iba a llevar una gran sorpresa.

CUARENTA Y CUATRO

Había concertado una cita para las dos, el lunes por la tarde, para reunirme con Darla Kurtz, que era la administradora de Glace House, una residencia para pacientes psiquiátricos ambulatorios. Había dejado a Julie en casa y se había pasado toda la mañana al teléfono intentando, con muy poco éxito, localizar a alguien con quien hablar en Whirl360.

En realidad, Glace House era una preciosa casa victoriana de tres plantas, de color verde apio, situada en una zona antigua de Promise Falls, con adornos estilo *gingerbread* y un porche que rodeaba dos de sus lados. Construida probablemente en la década de 1920, hacía esquina y tenía un amplio patio delantero y setos a lo largo de ambas aceras. Aparqué en la calle y, mientras subía, vi a un hombre de pelo ralo y delgado, vestido con vaqueros y camiseta, que estaba dando una mano de pintura blanca a la barandilla del porche.

—Hola —saludó.

—Hola —contesté.

—Nunca se es demasiado precavido —dijo.

—¿Perdón?

—Nunca se es demasiado precavido —repitió.

—¿Sobre qué? —pregunté.

Él sonrió.

—Eso es lo que dicen. —Me guiñó un ojo y volvió a su trabajo.

Llamé al timbre y una mujer bajita de unos cincuenta años me abrió la puerta.

—Buenas tardes —dijo.

—¿Señorita Kurtz? —pregunté. Ella asintió—. Soy Ray Kilbride. Hemos hablado de mi hermano, Thomas; creo que Laura Grigorin se puso en contacto con usted.

Asintió otra vez.

—Por supuesto —dijo, mirando por encima de unas gafas de lectura.

Si hubiera sido un hombre, habría dicho que tenía un corte de cepillo, pero quizá no se llamaba así cuando se trataba de una mujer. Me condujo a su despacho, que estaba en una habitación contigua al vestíbulo. Hacía años, debía de haber sido una casa muy señorial, pero con un rápido vistazo se veía que la habían dividido en apartamentos. Una mujer regordeta con un grueso abrigo de invierno estaba sentada en unos escalones que conducían al segundo piso. Hacía tanto calor en la casa como fuera, y no entendía por qué lo llevaba puesto. Me miró extrañada cuando entré en el despacho.

—En primer lugar, gracias por recibirme —dije. En la pared del despacho había títulos de Psicología y Trabajo Social—. Me han hablado muy bien de Glace House.

Sonrió.

—Bueno, intentamos hacerlo bien.

Le hice un boceto rápido sobre Thomas.

—Supongo que es lo que ustedes llaman un paciente bastante funcional en muchos sentidos, pero no es del todo capaz de vivir por su cuenta, al menos eso es lo que creo. Nuestro padre murió hace poco y se ocupaba de todas las necesidades de Thomas. Le hacía la comida, le lavaba la ropa, limpiaba la casa… En realidad no esperaba nada de Thomas, lo que a su vez, supongo, hizo a mi hermano bastante dependiente. Pero creo que, si se le da la oportunidad, es una persona perfectamente capaz. A papá le resultaba más fácil hacerlo todo él. Pero aunque Thomas pudiera cuidar de sí mismo y ocuparse de sus comidas y de todo lo demás, no creo que sea capaz de cuidar de la casa él solo, de pagar facturas, impuestos, ese tipo de cosas. No estoy seguro de que sea capaz de encargarse de eso. Y además tiene algunas convicciones extrañas.

La mujer sonrió.

—Encajará bien aquí, entonces. ¿Ha conocido a Ziggy?

—¿Ziggy?

—Está pintando en la entrada.

—Sí, mencionó algo sobre no ser demasiado precavido.

—Eso es porque cualquiera de nosotros podría ser un extraterrestre disfrazado.

—Ah —dije—, supongo que es un buen consejo. Una cosa, no sé si Laura mencionó que mi hermano está muy apegado a su ordenador.

—Creo que algo me comentó…

—Siempre está navegando en páginas de esas en las que puedes explorar las calles de las ciudades. ¿Eso sería un problema si viviera aquí?

Sacudió la cabeza.

—No, de hecho, muchos de los residentes tienen ordenador. Los mantiene en contacto, conectados y entretenidos. —Puso los ojos en blanco—. No siempre es el tipo de entretenimiento que me gusta.

—Thomas ha enviado correos electrónicos que luego nos han causado algún disgusto. —Le conté todo.

—Bueno —dijo—, eso pasa. Si alguien hiciera eso aquí, tendríamos que quitarle los privilegios de Internet durante un tiempo. Si persistiera, tendríamos que cortarle el grifo. Pero la mayoría de los que están aquí están ansiosos por complacer.

Me enseñó los alrededores. La casa estaba ordenada y bien cuidada. En la cocina encontré a un residente llenando un lavavajillas mientras otro estaba sentado a la mesa comiéndose un sándwich de gelatina. Había dos habitaciones vacías en el segundo piso, una que daba a la calle y otra al patio trasero.

—A Thomas no le importan mucho las vistas —dije—, sería mejor guardar la mejor para otra persona.

Cada una de las habitaciones medía aproximadamente tres metros por cuatro. Había una cama, un par de sillas y un escritorio. Había dos cuartos de baño en cada planta.

—Tendrá que traerlo —ofrecí—, para que compruebe cómo son las cosas.

—Sí —asentí, sintiéndome ansioso.

Se acercó una mujer. Llevaba una chaqueta de punto que le quedaba un par de tallas grande, una falda *boho* y un par de esas sandalias de plástico de color morado neón, unas Crocs. Tenía el pelo largo y encrespado y parecía bastante irritada.

Se puso delante de los dos.

—¿Eres Ray Kilbride? —preguntó.

—Sí —respondí, vacilante.

Extendió una mano.

—Soy Darla Kurtz.

Lentamente, acepté su mano y se la estreché, sin dejar de mirar a mi guía, que me sonrió tímidamente.

—Lo siento, me retuvieron en una reunión del Ayuntamiento —dijo la mujer. Después se dirigió a mi guía—: Bárbara, has sido muy traviesa, otra vez.

—Lo siento, señorita Kurtz.

—Hablaremos más tarde.

—Vale. —Barbara se volvió hacia mí—. Espero que Thomas venga a vivir aquí, parece una persona muy interesante.

Salí de allí una hora más tarde. La verdadera Darla Kurtz era tan amable como la falsa, pero tenía preguntas más concretas. También quería que llevara a Thomas de visita.

Estaba entrando en el coche cuando sonó mi móvil.

—No te lo vas a creer —dijo Julie.

—¿Qué?

—Me han pasado de una persona a otra de Whirl360, ese lugar es un caos total.

Cerré de un portazo y cogí el cinturón de seguridad con la mano libre.

—Entonces, ¿los han hackeado?

—No, mierda, no es eso, es que han matado a uno de sus mejores hombres.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ayer. A él y a su mujer.

—¿De quién estamos hablando?

—Espera, he tomado algunas notas. Vale, el nombre del tipo era Kyle Billings, y el de su mujer Rochelle. Viven en Oak Park, en Chicago, allí está la sede de la empresa. La hermana de la mujer estaba intentando ponerse en contacto con ella ayer por la noche, y no le cogían el teléfono ni ella ni su marido, no contestaba nadie en la casa, pero los dos coches estaban allí. Así que llamó a la policía y los encontraron a los dos en el sótano, muertos.

—Madre mía.

—Sí, como lo oyes —suspiró Julie—. ¿Sabes a qué se dedicaba Billings en Whirl360?

—Cuéntamelo.

—Es el tipo que escribió el programa que difumina automáticamente caras y matrículas y todo ese tipo de cosas.

Estaba a punto de meter la llave en el contacto y me detuve.

—Madre mía.

—Y esto otro acabo de sacarlo de la página web del *Chicago Tribune*. Atribuyen esto a fuentes anónimas del Departamento de Policía. Es cómo murieron.

—Continúa.

—Vale, a Billings lo apuñalaron con un instrumento muy largo y puntiagudo, como un picahielos. Pero a la mujer… ¿Estás sentado?

—Julie, por el amor de Dios, dímelo ya.

—La asfixiaron, Ray; alguien le puso una bolsa en la cabeza.

CUARENTA Y CINCO

Lewis Blocker se conectó a Internet y leyó todo lo que pudo encontrar sobre Kathleen Ford y su nueva página web. Tenía mucho dinero para invertir en ella y se decía que estaba atrayendo a escritores reconocidos. Ya había contratado a un destacado columnista del *New York Times* y algunos conocidos tertulianos de Fox y MSNBC habían aceptado ser colaboradores habituales. Habría muchos cotilleos de famosos. En ese aspecto, se parecía mucho a la página a la que iba a hacer la competencia, pero Kathleen Ford también iba a ofrecer algunas novedades. Había atraído a dos o tres novelistas —se rumoreaba que se había puesto en contacto con Stephen King y John Grisham— que escribirían para ella. Cada semana, una nueva entrega, como en los viejos periódicos victorianos. Incluso se mencionaba algo de un dibujo animado sobre política, pero no había ninguna pista sobre quién podría hacerlo.

Lewis tomó nota de eso.

Escribió algunas preguntas, pensó en cómo iba a actuar y luego encontró un número de contacto del departamento de Relaciones Públicas de la empresa de Kathleen Ford.

Lo pusieron en contacto con una mujer llamada Florence Highgold. Lewis no podía creer que fuera un nombre de verdad, pero trabajaba allí, así que no importaba. Lewis explicó que estaba escribiendo un artículo sobre la nueva página web de Ford para el *Wall Street Journal*. Le interesaba especialmente la clase de talentos que Ford pretendía captar.

—Todo eso de las novelas por entregas… —comentó Lewis—. He oído que había convencido al escritor de *El código DaVinci*…

Florence se rio.

—Incluso con los recursos que tiene la señora Ford, no estoy segura de que pudiera permitírselo.

—Bueno, si puede permitirse King y Grisham…

—No hemos confirmado que ninguno de esos hombres haya recibido el encargo de escribir nada para la página web —respondió Florence.

Lewis le preguntó por la fecha de lanzamiento de la página web y por el número de visitas esperaban recibir. ¿Iba a ser una página en la que habría que pagar una suscripción? Y si no era así, ¿todos sus ingresos procederían de la publicidad?

—¿Y qué pasa con los artistas? ¿Una página web así necesita muchos ilustradores? —preguntó como si se le hubiera ocurrido a última hora.

—Bueno, sin duda se necesitan artistas gráficos para idear un concepto para la página —dijo Florence—. Necesitamos un diseño gráfico distintivo, pero una vez que esté en marcha, funcionará sola.

—Entonces, ¿no va a haber artistas colaboradores al igual que va a haber escritores colaboradores?

—Eso no es del todo cierto, ya hemos dicho que nos gustan los dibujos políticos animados.

—¿Tienen a alguien para eso?

—Pues sí —contestó Florence—. ¿conoce el trabajo de Ray Kilbride?

Mientras ella pronunciaba el nombre, Lewis lo iba escribiendo en un buscador. Cuando aparecieron los resultados, pulsó en «Imágenes».

La pantalla se llenó de docenas de imágenes del tamaño de un sello de correos.

—Sí, creo que sí —dijo Lewis. Hizo clic en una ilustración de Newt Gingrich que había aparecido en una revista de Chicago, atribuida a Ray Kilbride—. Hizo ese dibujo de Gingrich, ¿no?

—Puede ser, ha hecho muchos —respondió Florence.

Lewis volvió a hacer clic y apareció una caricatura del famoso jefe del crimen de Nueva York, Carlo Vachon, pegado a la Estatua de la Libertad.

—Y recuerdo uno que hizo de ese mafioso.

—Tal vez —dijo Florence—, como he dicho, tiene un porfolio bastante completo.

—Ajá —dijo Lewis, haciendo clic en una segunda página llena de imágenes.

Una de ellas no era una ilustración, sino una fotografía. Hizo clic en ella. Apareció la foto de un hombre inclinado sobre una mesa de dibujo, remangado, con un aerógrafo en la mano y sonriendo a la cámara.

La fotografía procedía de la página web de una revista de arte y acompañaba a un breve artículo sobre Ray Kilbride, que vivía en Burlington, Vermont.

—¿Sigue ahí? —preguntó Florence.

—Sí, sí, estoy aquí —dijo Lewis, sosteniendo junto al monitor de su ordenador la impresión que había mostrado en la tienda de arte para comparar las dos caras.

—¿Necesita saber algo más? —preguntó.

—No, creo que he encontrado todas las respuestas que necesito —dijo Lewis.

—¿Sabe cuándo saldrá el artículo en el *Journal*? —preguntó Florence—, porque la señora Ford querrá…

Lewis colgó y se fue directo a las guías telefónicas *online*. Encontró un número de un tal R. Kilbride en Burlington.

Volvió a coger el teléfono y llamó a Howard.

—¿Sí, Lewis? —respondió Howard.

—Lo he encontrado —dijo Lewis.

CUARENTA Y SEIS

Octavio Famosa no sabía qué hacer.

¿Debía decirle a Allison Fitch —y así era como pensaba en ella ya, no como Adele Farmer— que se había puesto en contacto con su madre en Ohio? ¿Que Doris Fitch iba a coger un avión ese mismo día para reunirse con ella? ¿O no debería decir nada y darle una sorpresa?

Aunque sospechaba que se enfadaría con él, creía que, en última instancia, le estaría agradecida. Sí, había husmeado en su bolso y había llamado a su madre a sus espaldas, pero a menudo eran la terquedad y el orgullo los que mantenían separados a los miembros de una familia, incluso cuando deseaban desesperadamente estar juntos. Octavio pensaba que el orgullo era algo terrible, que se interponía en el camino de la felicidad.

Una de las razones por las que no quería decírselo a Allison era porque quería ver su cara cuando su madre llegara al hotel. Octavio había visto muchos programas de televisión, especialmente en el de *Oprah*, en los que se reencontraban personas que llevaban años sin verse. Le encantaba ver las expresiones de la gente cuando un hijo o una hija añorados subían al escenario para abrazarlos.

Octavio tenía que admitir que era un poco sentimental.

Por mucho que quisiera mantener en secreto lo que había hecho, también sentía que, como amigo, tenía que ser sincero con ella. En el poco tiempo que llevaban trabajando juntos habían desarrollado una relación de confianza. Se contaban cosas. Octavio le había desnudado su corazón, y Allison había hecho lo mismo con él, aunque cambiando algunos detalles para no revelar quién era en realidad.

Era una chica con problemas, eso lo sabía. Lo había sentido desde

el momento en que la conoció. Y una chica con problemas necesitaba a su madre.

Cuando Allison se despertó a la mañana siguiente y salió del almacén para entrar en el despacho, todavía limpiándose las legañas de los ojos, pensó en decírselo en ese mismo momento. Pero se rajó. Como todas las mañanas, Alison utilizó el cuarto de baño contiguo al despacho para ducharse y vestirse. A las ocho y media estaba lista para empezar a trabajar.

No había sido una noche demasiado ajetreada: solo se habían alquilado ocho habitaciones y, de ellas, solo se habían quedado vacías tres de momento. Las personas que se alojaban allí, si llegaban a quedarse toda la noche, no solían irse de sus habitaciones antes de tiempo. Bebían, se drogaban y practicaban sexo hasta altas horas de la noche, y luego dormían hasta las diez, las once o el mediodía, que era la hora del *checkout*. Si se quedaban dormidos después de esa hora, Octavio tenía que aporrearles la puerta para despertarlos porque sabía, sobre todo con los clientes habituales, que no querían tener que pagar una segunda noche.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Allison.

—La tres, la nueve y la once están listas para ti —dijo Octavio.

—Vale.

—¿Has dormido bien?

—Supongo que sí.

—Me alegro —aprobó Octavio—. Parece que va a hacer buen día, no hay previsión de lluvia.

Allison no dijo nada: no le preocupaba si llovía o no. Octavio creía que para esa chica llovía todos los días, incluso cuando no había nubes en el cielo.

—Bueno, entonces, supongo que voy a empezar —anunció ella.

—¿Quieres tomar algo para desayunar? ¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre.

Qué pena le daba esa chica. Octavio quería decírselo, poner un poco de alegría en su vida.

Una hora más tarde, se armó de valor.

La encontró limpiando el baño de la habitación nueve. Cuando entró, ella estaba de rodillas, limpiando el retrete.

—¿Adele? —Había estado a punto de llamarla Allison.

—¿Sí? —preguntó ella, mirándolo a través de la puerta del baño mientras se apartaba un mechón de pelo de los ojos.

—Necesito hablar contigo un momento.

—Adelante —dijo, echando un chorro de limpiador en el suelo.

—No, tienes que parar un segundo.

Dejó el limpiador y un estropajo que tenía en la otra mano, y se levantó. Entró en la habitación y se detuvo junto a la televisión.

—¿Estoy despedida? —dijo. No había tristeza en su voz, solo resignación.

—No, no estás despedida, eres muy trabajadora, y nunca te despediría. —Aunque… —dijo, con la voz entrecortada—. es posible que no quieras quedarte.

—¿Qué pasa?

—Antes de nada, quiero que sepas que todo lo que he hecho ha sido pensando en lo que era mejor para ti.

—¿De qué estás hablando?

—He estado muy preocupado por… por lo triste que estás.

—Octavio, ¿qué has hecho?

Miró la alfombra manchada, que estaba hecha jirones.

—Anoche, cuando dormías, entré en tu habitación.

—¿Que tú qué? —Los ojos de Allison estaban muy abiertos y lo miraban de forma acusadora.

—¡No es lo que piensas! —exclamó Octavio, levantando las manos a la defensiva—, fui todo un caballero. Pero… pero miré en tu bolso y…

—¿Cotilleaste en mi bolso?

—Tú escúchame, ¿vale? Deja que te lo cuente todo. Encontré la carta de tu madre.

—Dios mío —murmuró Allison.

—Y sé que en realidad no eres Adele Farmer, pero me parece bien, no te estoy juzgando.

—¿Cómo has podido hacer algo así?, ¿cómo te atreves a fisgar en mis cosas? —Sus mejillas estaban sonrojadas y su respiración se había acelerado.

—¡Espera, espera! —pidió Octavio, pensando que quizá no había sido tan buena idea, pero que no tenía más remedio que contárselo todo. Tenía que saberlo—. La llamé.

Allison lo miró fijamente y parpadeó.

—¿Qué?

—Anoche llamé a tu madre y le dije que estabas aquí, que estabas bien. Allison, Allison, por favor, estaba… estaba extasiada. Estaba tan feliz de saber que estás bien, que estás viva…

—No —susurró Allison, incrédula.

—Está de camino —dijo Octavio—, ha cogido un avión para venir a verte. ¡Te quiere mucho!, ella te ayudará. Cualquier problema que… —Allison lo apartó de su camino mientras corría hacia la puerta. Octavio gritó a sus espaldas—: ¡Lo siento mucho!, perdóname.

No sabía de cuánto tiempo disponía. Tal vez, solo tal vez, no habían pinchado el teléfono de su madre, pero tenía que asumir que lo habían hecho. Y si lo habían hecho, y Octavio había hablado con su madre la noche anterior, después de que ella se hubiera ido a dormir…

Habían tenido tiempo de sobra para enviar a alguien a Florida.

—No, no, no, no —rogó en voz baja mientras corría hacia el despacho. Cogería la poca ropa que tenía, la metería en la mochila y se largaría de allí. No sabía adónde iría. En realidad no importaba. Lo único que sabía era que tenía que alejarse de ese lugar inmediatamente.

Entró corriendo en el despacho y abrió de golpe la puerta del almacén. Se arrodilló para sacar el bolso y la mochila de debajo de la cama plegable.

Sintió un dolor repentino y muy agudo en el costado.

Cuando Doris Fitch llegó aquella tarde, el aparcamiento del hotel estaba acordonado con cinta amarilla de la policía.

CUARENTA Y SIETE

Julie se reunió conmigo en casa. Estaba de pie junto a su coche cuando llegué con el mío.

—Cuéntamelo otra vez —le pedí cuando salió.

Repitió lo que me había dicho por teléfono: que un empleado de Whirl360 llamado Kyle Billings y su mujer habían sido asesinados en su casa. La mujer había sido asfixiada con una bolsa, y no pude evitar pensar en la similitud entre aquello y lo que Thomas había encontrado en Internet.

Tampoco podía dejar de pensar en el hecho de que Billings fuera la persona que creó el programa que oscurecía las caras en Whirl360.

—Alguien así podría haber cambiado esa imagen —medité.

—Sí —dijo Julie—, eso es más o menos lo que estaba pensando.

—No sé qué demonios hacer. No le habrás contado nada de esto a Thomas, ¿verdad?

Sacudió la cabeza.

—Joder, no. Ni siquiera sé si sabe que estoy aquí. Creo que esta noticia podría alterarlo bastante.

—Yo estoy bastante alterado —dije—. ¿Has averiguado algo más?

—Voy a hacer algunas llamadas preguntando por Allison Fitch para ver si sigue desaparecida.

—Vale. —Puse las manos sobre sus hombros—. Sabes que no tienes que hacer esto, que no tienes por qué mezclarte en lo que demonios sea esto.

—Ah, vale —contestó ella—, entonces, supongo que será mejor que me vaya. Llámame alguna vez.

Sonreí.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—No sé, ¿porque es divertido?

Me reí.

—Lo será para ti, yo no necesito esto. ¿Esa es la única razón?

Ella se encogió de hombros.

—Me gustas un poco. Me imagino que, si sigo ayudando y siguen ocurriendo cosas raras, crecerá la tensión sexual que hay entre nosotros.

—¿En serio?

—Sí, y tal vez, una de esas veces en las que empezamos a ponernos cachondos, consumemos de verdad el acto.

—Consumar —repetí—, siempre he pensado que sonaba a «consomé».

Sonrió.

—Me gustas, Ray, y también me gusta tu hermano. Me gusta ayudaros. Y tengo que decirte que, si Thomas realmente ha visto algo *online*, es una historia de cojones.

—Así que me estás utilizando —dije.

—Sí, sí, exacto —reconoció ella—, intento explotarte sexual y profesionalmente.

—Supongo que me parece bien, pero sigo sin saber qué tengo que hacer ahora. Llamar a la policía no ha funcionado.

—Ya, eso salió fatal. Pero, joder, ¿esto?, ¿lo que ha pasado en Chicago? Alguien va a tener que escucharnos.

—El truco está en lograr que alguien escuche toda la historia antes de colgar.

La rodeé con un brazo. Cuando echamos a andar hacia la casa, sonó mi móvil. Llamaban de la oficina de Harry Peyton.

—Hola, Ray —dijo Alice—, no encuentro los documentos del seguro de vida de tu padre, ¿los tienes tú?

Era lo último que necesitaba en ese momento.

—¿Puede esperar? —pregunté—, te los puedo llevar mañana.

—Vaya, normalmente diría que sí, pero mañana tengo el día libre y Harry va a estar en el juzgado.

Tuve una idea.

—¿Harry está ahí? —pregunté.

—Sí.

—Vale, voy enseguida. —Colgué y le dije a Julie—: Tengo una idea. ¿Quieres quedarte aquí hasta que vuelva?

—¿Qué otra cosa iba a hacer? —dijo—, ¿ir a trabajar?

Diez minutos después, estaba en el despacho de Harry con la póliza de mi padre en la mano. La había encontrado en uno de los cajones de la cocina. En realidad, aunque no era mi intención, como estaba tan nervioso, la tiré sobre la mesa.

—Ray, ¿qué demonios te pasa?

—Eso es lo que querías, ¿verdad?

—Sí, esto es lo que quería. Ray, en serio, ¿qué está pasando? Se trata de Thomas, ¿no?

Me obligué a sentarme. Me sentía como si me hubieran inyectado café directamente en las venas.

—Más o menos, pero no exactamente. Quiero decir, empezó con Thomas, pero ahora es algo más grande y necesito hablar contigo de ello.

Cerró los ojos un momento, como si se estuviera armando de valor.

—Dispara.

Yo también tuve que respirar hondo.

—Thomas vio algo *online*. Iba por varias calles de Nueva York y vio algo en una ventana de un tercer piso.

Harry escuchó mientras le contaba todo: que Thomas pensaba que lo que había visto era un asesinato, mi viaje a Nueva York, su llamada al casero, la imagen alterada, los asesinatos en Chicago y la mujer desaparecida.

—Dios mío —dijo Harry—, nunca había oído algo así en mi vida.

—Siento que tengo que llamar a la policía, pero ya lo intenté una vez y no salió bien.

—Menuda sorpresa.

Hoy todo el mundo se estaba pasando de listo.

—Sí, salió bastante mal —dije—, pero ha llegado el momento de

que haga algo y se me ha ocurrido que a lo mejor tú puedes darme algún consejo, Dios sabe que me vendrían bien unos cuantos.

—Bueno, creo que tu intuición va por buen camino. Llamar a la policía parece lo correcto, pero antes respóndeme a unas preguntas. —Se echó hacia delante en su silla—. En primer lugar, ¿cómo sabes que Whirl360 no revisa periódicamente las escenas callejeras que ha publicado y, si el programa encuentra algo que antes pasó por alto, no lo modifica?

No se me había ocurrido.

—No lo sé, pero si lo que sugieres fuera el caso, sigo pensando que es bastante sorprendente que el cambio se hiciera un par de días después de que Thomas lo encontrara y yo llamara a la puerta de ese apartamento.

—Puede que tengas razón, pero, Ray, ¿es posible que la imagen nunca estuviera allí?

—Harry, Thomas no se lo imaginaba, lo vi con mis propios ojos, lo vi el día que Thomas lo encontró.

—Lo que te estoy preguntando es si es posible que Thomas lo pusiera ahí.

Eso me dejó sin palabras

—¿Qué?

—¿Thomas podría haber manipulado la imagen que viste en su ordenador para que pareciera que la mujer de esa ventana estaba siendo asfixiada?

No tuve que pensarlo mucho.

—Thomas no tiene las habilidades ni los conocimientos necesarios para hackear Whirl360 y toquetear las imágenes.

—De acuerdo —asintió Harry—, pero ¿y si fuera capaz de cambiar la imagen solo en su propio ordenador? No sé, manipularlo de alguna manera e insertar la imagen, y después, cuando pensabas que la imagen había sido manipulada, en realidad volvía a ser como era antes de que Thomas empezara a trastear con ella.

Negué lentamente con la cabeza.

—No… No lo creo.

—¿Viste alguna vez esa imagen en otro ordenador que no fuera el de Thomas?

Eso me dejó sin palabras

—No —negué con la cabeza—. Pero el casero sí confirmó que antes vivían allí un par de mujeres y que una de ellas había sido dada por desaparecida.

—¿Qué más te dijo el casero?

—A mí no me dijo nada, fue Thomas quien habló con él. —Harry Peyton no dijo nada—. Oh, vamos, Harry, ¿estás diciendo que Thomas se inventó todo eso del casero?

—Yo no he dicho eso, Ray —dijo—, pero…

—El nombre que Thomas obtuvo del casero es el mismo que el de la noticia del *Times*.

—¿Thomas no tiene acceso a la página web del *Times*? ¿No podría haberlo leído antes de darte ese nombre? Ray, solo te hago las preguntas que te hará la policía.

Me desplomé en la silla.

—No, no, eso no es posible. La verdad es que creo a Thomas, tal vez eso me convierta en un tonto, pero no creo que haya manipulado ninguna imagen. Creo que habló con el casero Y Harry, Julie no se inventó lo que averiguó hablando con la gente de Whirl360. Han asesinado a dos personas vinculadas a la imagen de la página web.

—Te entiendo, Ray.

—Sí, pero yo también entiendo lo que me quieres decir, aunque le cuente a la policía nuestras sospechas, probablemente no tendré mucha más suerte que la última vez.

Harry se encogió de hombros y me miró con simpatía.

—Mira, no digo que sea así, pero ¿y si te equivocas con Thomas?, ¿y si, y por favor perdóname por esto, y si lo que vio fue algo que le contaron durante una de sus conversaciones con el presidente Clinton?

Me pasé la palma de la mano por la frente. Una gran tormenta en

forma de dolor de cabeza se estaba convirtiendo en un monzón de migraña.

—Agradezco tu cautela, Harry, pero está pasando algo. Tiene que haber una forma de hacer llegar esta información a la policía, necesitan oír toda la historia antes de descartarla.

Harry pensó en ello.

—Tengo un amigo. Se llama Barry Duckworth y es inspector de la policía de Promise Falls. Tal vez, si hablo con él, acepta actuar como intermediario. Barry me conoce y confía en mí, así que, si después de explicárselo todo, cree que hay algo que merezca la pena comprobar, puede hablar contigo o puede llamar a la policía de Nueva York. Él conseguirá que alguien lo escuche.

Me gustaba, Harry tenía credibilidad y era un miembro de confianza de la comunidad. Quizá yo no llegara muy lejos si le contaba la historia a Duckworth, pero Harry sería capaz de explicárselo todo antes de que Duckworth le colgara el teléfono o lo echara a patadas. Y Duckworth, a su vez, tendría credibilidad en otro departamento de Policía.

—Sí —aprobé, entusiasmado—, de acuerdo. —Comenzaba a quitarme un gran peso de encima—. Te lo agradezco mucho, Harry, de verdad.

—No hay de qué. —Me puse de pie, pero algo me retenía—. ¿Tienes algo más en mente?

—Ni siquiera sé si debo mencionarlo —dije—, pero tal vez mi padre te dijo algo sobre esto alguna vez.

—Habla.

—Thomas me dijo, estoy intentando recordar sus palabras exactas, pero me dijo algo así como: «En las ventanas pasan cosas». Y luego, cuando se enfadó conmigo, cuando pensó que no había hecho una investigación muy exhaustiva en Nueva York, me dijo que estaba actuando de la misma manera que había hecho antes, cuando había alguien en una ventana con problemas.

Harry apretó los labios.

—Parece que hablaba de sí mismo —dijo.

—Sí —dije—, y hay otra cosa, algo que dijo Len Prentice.

—¿Sí?

—Len vino a casa cuando yo estaba en la ciudad y enfadó a Thomas. Intentó que saliera de casa para comer y Thomas se negó a ir, y parece ser que le pegó a Len, que lo golpeó.

Harry abrió mucho los ojos.

—Ay, Dios.

—En realidad no pasó nada, y Len no le ha dado mucha importancia, pero dijo que mi padre le contó que Thomas lo había empujado por las escaleras, y cuando hablé con Thomas de ello, más o menos lo admitió.

—Tu padre nunca me mencionó nada de eso —dijo Harry.

—Thomas dijo que mi padre estaba intentando decirle que lo sentía por algo que le había pasado a Thomas cuando tenía trece años, pero Thomas dijo que no quería hablar de ello, y fue entonces cuando lo empujó y cayó de espaldas.

—Dios mío —murmuró Harry.

—Pero mi padre no estaba enfadado, o eso dice Thomas. Supuestamente dijo que entendería si Thomas no podía perdonarlo.

—¿Le preguntaste a Thomas qué había ocurrido?

—Lo intenté, pero no me lo quiere contar —respondí—, lo intentaré de nuevo, cuando sea el momento adecuado. ¿Qué podría haberle hecho mi padre a Thomas para que sintiera la necesidad de disculparse después de todos estos años? —Pillé a Harry mirando el reloj—. Lo siento mucho, parezco un episodio de *Falcon Crest*. Gracias por todo, Harry.

Iba hacia el coche cuando sonó mi móvil.

—Soy yo —dijo Julie.

—¿Sigues en casa?

—Sí.

—¿Thomas está bien?

—Sí, he subido a verlo y le he pedido que entrara en Whirl360 y me enseñara el negocio de mi hermana Candace; solo tuve que

darle la dirección y decirle que estaba en Nueva York y lo ha encontrado.

—¿Qué es?

—Es una pastelería, especializada en *cupcakes*, en Greenwich Village. Vive encima de la tienda.

—¿Ese sitio de *cupcakes* tan famoso en el que todo el mundo hace cola?, ¿el que salía en *Sexo en Nueva York*?

—¿Veías *Sexo en Nueva York*?

—Bueno, puede que un par de veces.

—No es esa pastelería, es otra; de todos modos, la encontró en la Octava Oeste así sin más. Se llama Candy's, por si quieres ir alguna vez. ¿Qué tal te ha ido con el abogado?

Le conté que Harry Peyton iba a actuar de intermediario entre la policía y yo.

—Suena bien —dijo Julie—. Conozco a Duckworth; le he entrevistado varias veces. Escucha, Ray —su voz se volvió muy seria —, he descubierto algo más. Esta mañana he hecho una búsqueda de noticias sobre Allison Fitch y no he encontrado nada, así que he decidido intentarlo de nuevo esta tarde, en el portátil de tu padre, y he obtenido una coincidencia.

—¿De verdad?

—Sí, se trata de un artículo breve, en Tampa. Una mujer con ese nombre ha sido encontrada muerta en un hotel de allí. —Otra vez no. Cada vez que Julie empezaba a buscar gente relacionada con ese lío…—. ¿Estás ahí, Ray?

—Sí, sí, aquí estoy.

—¿Puedo decirte algo, Ray?

—Claro.

—Creo que todo este asunto se está poniendo raro de cojones.

CUARENTA Y OCHO

—¿Hola?

—Thomas, soy Bill Clinton.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, señor.

—Thomas, quería recordarte lo valioso que eres para nosotros. ¿Sabes lo que significa la frase «black ops»?

—¿Son misiones secretas?

—Sí, correcto, son operaciones encubiertas dirigidas por la cia y otras agencias gubernamentales, de las que la Casa Blanca tiene que poder negar cualquier conocimiento en caso de que se hagan públicas por algún motivo.

—Vale.

—Cuando tenemos operativos sobre el terreno, llevando a cabo misiones al estilo de «black ops», pueden encontrarse con problemas, de esos en los que hay que escabullirse a toda prisa. Por eso eres tan importante, no solo por si todos los mapas de Internet desaparecen un día, o hay otro terremoto o tornado. Así que nunca sabrás cuándo te llamaremos para pedirte sugerencias sobre una ruta de escape.

—Entiendo.

—La razón por la que te llamo es para decirte, de nuevo, que hay cosas de tu pasado de las que no deberías hablar, o de lo contrario la gente de la cia va a perder la confianza en ti. Parecerás débil, o peor, un chismoso. ¿Entendido?

—Sí.

—Perfecto, me alegro de oírlo.

—¿Puedo preguntarle algo, Bill?

—Adelante.

—Mi hermano y yo, bueno, sobre todo yo, el otro día estuvimos hablando de extraterrestres, y me preguntaba, cuando usted era presidente, ¿averiguó lo que ocurrió realmente en Roswell? ¿Tienen allí una nave extraterrestre?

—Thomas, cumple tu misión con éxito y te lo contaré todo.

CUARENTA Y NUEVE

Nicole llamó a Lewis por la mañana desde Florida y le dijo que estaba hecho. Lewis le ordenó que cogiera el primer vuelo al norte que hubiera. Ella había encontrado a Allison Fitch, y él, al hombre que había visitado su apartamento. Juntos, iban a recuperarlo. El hombre se llamaba Ray Kilbride.

—¿Recuperarlo? —preguntó Nicole.

—Tenemos que enterarnos de lo que sabe. Tenemos que descubrir por qué estaba allí. Mi jefe quiere hablar con él.

—Lo que tú digas.

—Y no vas a ir a Nueva York —le dijo Lewis. Le dio otro destino, más cerca de donde encontrarían a Kilbride—. Yo ya estoy de camino hacia allí.

—Vale —aceptó, y colgó.

Después Lewis se puso en contacto con Howard Talliman.

—La han encontrado y ya no es un problema —dijo Lewis. Se sentía seguro hablando de esas cosas con Howard, sabiendo que el hombre tenía un experto en seguridad que hacía un barrido de su oficina todas las mañanas en busca de dispositivos de escucha.

—Me quitas un peso de encima, Lewis.

—Y yo me dirijo al norte para ocuparme de nuestro otro problema.

—Aún es pronto para relajarse.

—Estoy de acuerdo —aprobó Lewis.

—Tenemos que saber por qué tenía Kilbride esa imagen. Tenemos que saber por qué estaba allí. ¿Crees que podría ser por algo distinto de lo que parece?

—Es un ilustrador, nada más.

—No todo el mundo es quien parece ser, Lewis.

—Lo sé, pero he investigado a fondo su vida desde que descubrí que es nuestro hombre. Tengo su número de la Seguridad Social.

Tiene cincuenta y cuatro pavos cargados en su tarjeta Visa. Vive frugalmente. Tiene la hipoteca pagada. El año pasado declaró a Hacienda unos ingresos de setenta y tres mil seiscientos setenta y cinco dólares. Conduce un Audi Q5. Le han puesto cuatro multas por exceso de velocidad en los diez últimos años, pero aparte de eso su historial está limpio. Nunca ha estado casado. Tiene un hermano llamado Thomas que vive con su padre en Promise Falls. ¿Te parece un agente encubierto de la cia?

—No, pero no tiene ningún sentido que alguien que se gana la vida haciendo dibujos graciosos aparezca en la escena de un asesinato con esa hoja impresa en la mano. ¿Se topó con la imagen en Internet y fue a investigar, o ya tenía una idea de lo que había ocurrido en esa dirección antes de empezar a buscar la imagen? Cualquiera de los dos escenarios es preocupante, pero el segundo lo es mucho más. Ningún ilustrador haría eso; un detective privado podría y un agente del fbi también. —Howard hizo una pausa, como preparándose para su siguiente pensamiento—. O alguien de la cia.

—Howard, ya te he dicho todo lo que sé. Cuando tengas al hijo de puta delante, podrás preguntarle lo que quieras. Voy a ir en avión y alquilaré una furgoneta allí.

—Mantenme informado —pidió Howard, dando por concluida la conversación.

Howard siempre había sabido que el asunto Goldsmith podría volver y explotarles en la cara, aunque el hombre estuviera muerto, pero ¿de verdad tenía sentido que la cia estuviera husmeando en la calle Orchard? Tenía que haber gente en Langley que lo supiera todo. Por el amor de Dios, el plan se había originado allí. Tampoco era como si todo hubiera sido idea de Morris desde el principio.

¿Era posible que los que se quedaron tras la muerte de Goldsmith estuvieran cubriéndose las espaldas buscando una forma de descargar más de sus problemas sobre Morris? Pero si eso era así, ¿cómo habían conectado a Morris con la calle Orchard? ¿También habían estado vigilando a Bridget? ¿Se habían enterado de su

relación con Allison Fitch? Eso podría haberlos llevado a la página web, y a la imagen, y a…

Parecía bastante descabellado.

Sin embargo, algunos hechos no se podían discutir. Ese hombre, Ray Kilbride, se había presentado en el apartamento de Allison Fitch, presumiblemente por culpa de una imagen *online* del asesinato de Bridget Sawchuck.

Howard sintió que necesitaba hablar con Sawchuck. Para sondearlo sobre algunas cosas, sin hablarle en concreto de Fitch, ni de Kilbride, ni de lo que había ocurrido en la calle Orchard, porque Morris aún no tenía ni idea de cómo había muerto en realidad su mujer, de que no se había suicidado, de que había sido asesinada como resultado directo de una acción encargada por el mejor amigo de Morris.

Morris descolgó al tercer tono.

—Voy de camino a comer con el alcalde —dijo—, ¿qué pasa?

—He estado pensando en lo que dijiste, Morris, sobre que crees que ha llegado el momento. Sé que piensas que no te escucho, pero lo hago. Sé lo que sientes.

—Es curioso que lo menciones, Howard, últimamente no dejo de preguntarme quién eres; no dejo de preguntarme qué pasó con el Howard que conocía, al que le gustaba arriesgarse y remover la mierda.

—No me importa remover la mierda, pero no quiero que te metas en ella —dijo Howard—, por eso he estado actuando con mucho cuidado últimamente. Eres mi amigo, Morris. Tienes que saber que los consejos que te doy te los doy como amigo.

Morris esperó un momento antes de responder.

—Vale.

—He estado pensando en cómo quieres avanzar, y creo que lo único que nos frena es nuestra incertidumbre respecto al asunto Goldsmith.

—Es verdad.

—Necesito cierto nivel de comodidad, Morris, estar seguro de que

eso se ha acabado.

—Estoy de acuerdo.

—El hecho es, Howard, que desde que Goldsmith, pobre Barton, Dios lo tenga en su gloria, se quitó la vida, he sentido que los riesgos se han minimizado. Todo aquel escándalo, ser tachado de traidor a su propio Gobierno, no pudo soportarlo y fue totalmente injusto. Su preocupación número uno siempre fueron los estadounidenses, su seguridad.

Howard se mantuvo en silencio un instante antes de responder.

—Morris, ¿crees que es posible que gente de la Agencia tenga alguna razón para vigilarte a raíz de todo esto?

—Creo que no te sigo.

—Imaginemos una hipótesis. Supongamos que la cia tiene gente vigilándote; es solo una suposición. ¿Cuáles serían sus motivos?

—Lo único que se me ocurre es que los que estaban cerca de Goldsmith, los que saben lo que hacía, los que eran cómplices de lo que hacía, estuvieran preocupados por si yo salgo a la palestra. Pero también sabrían que una acción así por mi parte sería un suicidio político.

Howard estaba de acuerdo.

—¿Crees que, en las primeras etapas de esto, antes de que Barton se quitara la vida, podría haber tenido gente vigilándote a ti y, no sé, tal vez incluso a Bridget?

—¿Por qué demonios nos estarían vigilando a mí o a Bridget?, ¿está pasando algo de lo que no estoy informado?

—Por supuesto que no, sabes que te lo cuento todo.

—Eso no es verdad, Howard. Me dices todo lo que necesito saber, pero no me dices las cosas que es mejor que no sepa.

Howard también estaba de acuerdo.

—Lo único que digo es que, antes de volver a la primera línea de juego, tenemos que imaginar ciertos escenarios, por improbables que sean, y desarrollar estrategias para afrontarlos.

—Estoy de acuerdo, pero esto es una locura. Mira, olvídate del asunto con Goldsmith, todo va a salir bien. Y es que, mientras

esperamos sentados a estar seguros de que el problema ha desaparecido, estamos perdiendo un tiempo valioso. Tenemos que reunirnos y planear nuestro próximo movimiento. Tenemos que decidir sobre las personas clave, a quién vamos a utilizar. Tenemos que empezar a estudiar los puntos débiles de nuestros adversarios. Joder, Howard, no necesito decirte esto, tú escribiste las reglas del juego.

—Lo sé.

—Vamos a quedar esta noche.

Howard sabía lo que significaba eso. A lo largo de los años, su rutina había sido reunirse después de medianoche y trabajar hasta el amanecer, elaborando planes de batalla. Era cuando mejor hacían su trabajo, cuando no había miedo a las interrupciones.

—Sí —dijo Howard—, me parece bien.

—Perfecto, hablamos más tarde, amigo mío. Ponte los guantes de boxeo.

Morris colgó.

Howard esperaba que antes de la reunión de esa noche, Ray Kilbride habría dado con algunas respuestas.

Lewis estaba a punto de embarcar en su vuelo de corta distancia hacia el norte cuando sonó su móvil.

—Hola —saludó.

—Tengo entendido que ha estado intentando localizarme —dijo un hombre.

—Víctor —respondió Lewis—, gracias por llamar.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Se trata de alguien que trabajaba para usted.

—¿Sigue con vida?

—Sí.

Eso reducía mucho las opciones; muy pocas personas dejaban de trabajar para él.

—Vale.

—Contraté sus servicios y cometió un gran error.

—¿En serio?

—Me ha dejado en muy mal lugar; está rectificando el problema que creó, pero cuando se resuelva el asunto, tengo que hacer algo para que no afecte a mi reputación.

—Entiendo.

—Pero sentí que debía tener la cortesía de informarle sobre el curso de acción que quiero seguir. Si se opone, no lo haré.

—Yo mismo debería haber hecho lo mismo, pero fui débil —confesó Víctor—. La acogí, la traté como a una hija ¿y cómo me lo agradeció?, marchándose. No tendrá ningún problema conmigo por esto.

—Gracias. ¿Cómo van las cosas en Las Vegas?

—Demasiada gente está trayendo a sus hijos.

Lewis se despidió, guardó el teléfono y subió al avión.

CINCUENTA

—Vamos a dar un paseo —le pedí a Julie al volver a casa.

Salimos a la parte de atrás de la casa y bajamos la colina, hasta el arroyo.

—Tengo que hacer algunas llamadas a la policía de Tampa —comentó Julie, dando unos golpecitos al bulto que hacía el móvil en el bolsillo delantero de sus vaqueros—. A ver qué más puedo averiguar sobre Fitch. —Asentí—. Estás muy callado.

—Estoy pensando sobre algunas cosas que dijo Harry sobre Thomas. Le conté su especulación, que Thomas podría haberse inventado algunas cosas, amañar la imagen *online* e inventarse su charla con el casero.

—¿Crees que eso es lo que está haciendo? —preguntó.

Titubeé.

—No lo sé, creo que no. A ver, cree en cosas que sabemos que no son ciertas, pero él se las cree de verdad, como el colapso de los mapas *online* y que habla con Clinton; pero hay cosas que no se ha inventado. Fuiste tú quien se enteró de lo que pasó en Chicago, y ahora en Florida.

—¿Te mentiría Thomas deliberadamente?

Nunca lo había pensado.

—Supongo que es posible. Pero cuando le pregunté por lo que pasó con papá, cuando lo había empujado por las escaleras, lo admitió. Aunque no fue él quien me lo contó.

—¿Empujó a tu padre por las escaleras?

Sacudí la cabeza, como si no tuviera fuerzas para ponerme a hablar de eso.

—Cuando hay algo que Thomas no quiere contarte, o confesar, simplemente se calla, se cierra como una ostra. —Me detuve y observé como pasaba el agua del arroyo—. Bueno, le mintió a la

doctora Grigorin. Le dijo que había visto una película conmigo cuando no era así, para intentar quitársela de encima, supongo. Dios mío, no lo sé.

—¿Vas a hablar con él?

—Lo intentaré. Mientras tanto, como te dije, Harry conoce a un tipo, un inspector de la policía de Promise Falls. Le contará todo el asunto para que yo no tenga que preocuparme de hacer el ridículo en otra llamada a la policía.

—Eso está bien —aprobó Julie—. Duckworth es un buen tipo, no odia instintivamente a los periodistas.

—Me preocupan otras cosas.

—¿Cómo qué?

Abrí los brazos, señalando hacia donde estábamos.

—Aquí es donde ocurrió, aquí es donde murió mi padre. —Señalé la colina—. Ahí fue donde rodó el tractor y se detuvo por aquí. Aquí es donde Thomas lo encontró.

Enlazó su brazo con el mío.

—Lo siento.

—He estado pensando mucho en él, en mi padre y en Thomas. Me contó que cuando tuvieron ese incidente en las escaleras, fue por algo que le había ocurrido cuando tenía trece años; algo de lo que no quería hablar. Y mi padre, según Thomas, intentaba decirle que lo sentía, que lo entendería si Thomas no lo perdonaba.

—¿No dijo de qué se trataba?

—No quiso decírmelo, pero… —vacilé—, hay algo más. —Julie me miró y esperó—. No he hablado con nadie de esto, pero había algo raro en el portátil de papá. —Le conté lo que había encontrado en el historial de búsqueda.

—¿Prostitución infantil?

—Sí.

—Eso es un poco raro.

—Sí —reconocí.

Julie sacudió la cabeza con fuerza.

—Yo no conocía a tu padre, Ray. ¿Por qué te preocupa esto?

¿Crees que estaba metido en algo raro? —Entonces las implicaciones empezaron a calar más hondo—. Dios mío, no creerás que tu padre agredió a Thomas cuando era niño, ¿verdad? ¿Crees que se refería a eso cuando dijo que entendería si Thomas no lo perdonaba?

—Si pones las cosas así, parece un suposición descabellada —dije —, pero cuando no hay ningún hecho concreto, la mente empieza a ir a lugares que no debería.

—¿A ti tu padre, alguna vez…?

—Nunca —la interrumpí—, nunca jamás.

—Entonces no es eso —respondió Julie con firmeza. Me gustó que defendiera a mi padre incluso sin conocerlo—. ¿Qué más? Sé que tienes algo más en la cabeza.

—No es… no es nada.

—Cuéntamelo. Tienes un montón de preocupaciones encima, y no tenías a nadie con quien pudieras hablar de ellas. ¿Qué pasa?

Sacudí lentamente la cabeza y miré hacia abajo

—Creo que hay algo raro en la muerte de mi padre.

—¿Qué quieres decir con «algo raro»?

—Vale, es que la forma en que dicen que sucedió, que el tractor se volcó mientras estaba en este lateral de la colina… Seguro que ocurrió así…

—Entonces, ¿dónde está el problema? —preguntó.

—Que nunca subieron el tractor, todavía estaba aquí abajo, junto al arroyo. No al revés, claro, porque Thomas había conseguido quitárselo de encima antes de que llegaran los paramédicos.

—Vale, no lo entiendo —reconoció Julie.

—Bajé aquí para ver si arrancaba, para llevarlo de vuelta al granero y arrancaba, pero la llave ya estaba en la posición o*ff,* y esa cosa que va alrededor de las cuchillas del cortacésped estaba levantada, como si mi padre hubiera dejado de cortar hierba.

Julie pensó en lo que estaba diciendo.

—Así que crees que el tractor volcó después de apagarlo.

Asentí.

—Sí, eso es lo que creo.

—¿No sería posible que quizá el tractor no funcionara bien y él lo paró para ver qué pasaba? No sé mucho de cortacéspedes, pero si algo queda atrapado en las cuchillas, ¿no habría que apagarlo todo para ver qué ocurre? ¿Y no tendrías que levantar esa cosa para poder mirar debajo y ver qué pasa?

Me sentí como si me hubieran golpeado en un lado de la cabeza con un palo. Me reí y le puse las manos sobre los hombros a Julie.

—Eres un genio —dije.

—¿Lo soy?

—Aquí estaba yo, volviéndome loco, pensando que esto era un maldito misterio del *Cluedo,* y la respuesta es la hostia de simple.

—Vaya —dijo Julie, fingiendo enfado—, entonces solo hacía falta una chica simple para juntar las piezas.

—No, no, pero tienes razón.

—Vale, entonces, él está avanzando, tal vez golpea una roca o un palo o algo así, y se da cuenta de que está atascado en las cuchillas. Tiene que parar el tractor, levantar la carcasa y bajarse a echar un vistazo. Pero al bajarse, o quizá al volver a subirse, se inclina demasiado hacia el fondo de la colina e inclina el tractor sobre sí mismo.

Si no fuera tan trágico, me habría dado cierto placer haber dado con la solución por fin, o que me hubieran dado la solución, mejor dicho.

—Eso tiene mucho sentido —dije, dándole a Julie un abrazo rápido

—¿Qué creías tú que había pasado?

—Pensaba que debió detenerse porque había alguien más allí. Alguien bajó por la ladera de la colina y lo saludó con la mano o algo así, y él se detuvo, apagó el contacto y levantó la carcasa, y que iba a dejarlo ya para regresar a casa. Pensaba que, no sé, que alguien estuvo allí y vio lo que había pasado, pero no se lo dijo a nadie, ni llamó a la ambulancia ni nada.

—Alguien como Thomas —murmuró Julie.

Suspiré y agaché brevemente la cabeza, avergonzado.

—Se me pasó por la mente que quizá había salido de casa por

alguna razón, que quería hablar con papá y hubo un accidente. Dios, soy un idiota. Como si no tuviera suficientes cosas de las que preocuparme, tengo que inventarme más.

—Quizá has hecho lo mismo que con lo que encontraste en el portátil de tu padre. Muchas cosas tienen explicaciones sencillas, parecen complicadas cuando no sabes lo que son.

Volví a coger a Julie en brazos y me aferré a ella.

—Sé que no dejo de decirte esto, pero gracias.

—Espera a que te llegue mi factura. —Apoyó la cabeza en mi pecho—. Escucha, debería volver al periódico y escribir un par de cosas que no tienen nada que ver con vuestra gran conspiración internacional; y luego llamaré a Florida.

—¿Qué hago yo?

—¿Sabes lo que tienes que hacer, empezando desde ya mismo? Probablemente nada. A ver si tiene suerte tu abogado con Duckworth. Yo intentaré averiguar algo más, y tú quédate aquí y asegúrate de que Thomas no ve cómo empujan a alguien desde la Torre Eiffel o algo así.

—No lo digas ni en broma. ¿Y después?, ¿quieres volver aquí?

—Para cenar no, tus cenas son una mierda. ¿Por qué no vengo más tarde, sobre las once? Tengo que cubrir la sesión vespertina del Consejo Municipal de Promise Falls. Cuando termine mi artículo, me pasaré por aquí con una botella de vino. Podemos volver a intentarlo.

—¿De verdad quieres darle otra oportunidad?

Julie sonrió.

—Me gusta el peligro.

La acompañé hasta su coche, le di un beso a través de la ventanilla abierta y me quedé mirando hasta que su coche desapareció por la carretera. Cuando subí, Thomas estaba explorando Stuttgart.

—No sé qué demonios hacer para cenar —comenté—. Estaba pensando en sándwiches de *bacon*, lechuga y tomate.

—Me da igual —dijo, con la mirada fija en el monitor.

Saqué el *bacon*, la lechuga, el tomate y un poco de mayonesa del frigorífico, y estaba a punto de empezar a freír el *bacon* cuando me di cuenta de que nos quedaba solo una rebanada de pan y una tapa.

—Mierda —maldije, y me pregunté si habría alguna pizzería en Promise Falls que repartiera a domicilio tan lejos.

Fue entonces cuando alguien empezó a golpear la puerta principal.

—Dios mío —dije en voz baja—, espero que no sea el fbi otra vez.

CINCUENTA Y UNO

El vuelo de Lewis llegó antes que el de Nicole, por lo que le dio tiempo para alquilar una furgoneta blanca con dos asientos delante y un compartimento de carga vacío. Cuando Nicole se bajó del avión dijo que necesitaba ir a un Home Depot. No podía llevar el picahielos en el avión y tenía que comprarlos a medida que los necesitaba. Lewis cogió un rollo de cinta adhesiva y unas mantas de mudanza.

Se detuvieron frente a la casa. Aún era de día.

—Entonces, nos lo llevamos —dijo Nicole.

Lewis, al volante, señaló con la cabeza todo el espacio vacío que había detrás de ellos.

—Sí, mi jefe tiene que hacerle algunas preguntas.

Nicole asintió. Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. Finalmente, ella habló.

—Sé que no estás contento con cómo ha ido esto.

—Ni que lo digas —dijo Lewis.

—Pero cuando cojamos a ese tipo y lo llevemos de vuelta, se habrá solucionado todo.

—Eso espero —dijo él—, aunque depende del tipo de respuestas que obtengamos de él.

Nicole miró al otro lado de la carretera, hacia la casa.

—De cualquier manera, yo ya habré terminado.

—Bueno, después de interrogarlo, tendremos que ocuparnos de él, esto no es como cuando pescas algo y luego lo vuelves a soltar.

Nicole le lanzó una mirada.

—Pero después de eso, estaremos en paz.

—Claro —respondió Lewis.

Nicole miró hacia la casa.

—¿Cómo quieres hacer esto? ¿Llamas tú a la puerta y entro yo por detrás?

—No veo por qué no podemos ir los dos a la puerta principal. ¿Damos miedo? —Le sonrió—. Parecemos una parejita. Nos hemos perdido. Necesitamos usar el teléfono. Escucha, en cuanto abra la puerta, entramos.

Nicole se agachó y dio un golpecito tranquilizador en el mango del picahielos que llevaba metido en la bota. Lewis buscó entre los asientos una mochila que contenía algunas cosas que podría necesitar, incluida la cinta.

—Vamos —ordenó.

Salieron de la furgoneta, cruzaron la calle y subieron por el camino. Lewis subió primero los escalones del porche, pero esperó a que Nicole estuviera a su lado antes de llamar a la puerta.

CINCUENTA Y DOS

No era el fbi, era Marie Prentice. Estaba allí de pie con una bolsa azul oscuro del tamaño de una cesta de pícnic que parecía de congelados. Me pregunté si iba sola o si Len estaría en el coche esperándola. Eché un vistazo y vi que el coche que estaba aparcado junto al mío estaba vacío.

—Si no puedo invitaros a cenar —dijo con el cuerpo ladeado por el peso de la bolsa, que sujetaba de una correa ancha—, lo menos que puedo hacer es traeros algo. No puedo creer que haya tardado tanto, pero unos días tengo menos fuerza que otros. —Había un aroma cálido que flotaba en el aire, a especias y a queso.

—Marie —dije—, no tenías que haberte molestado.

—No me ha costado nada.

—Dámelo —pedí—, parece que pesa. —Agarré la correa de la bolsa y la solté de la mano de Marie—. Huele de maravilla. Pasa.

Aunque Len no me caía muy bien, no tenía los mismos sentimientos de animadversión hacia su mujer. No quería ofenderla, y qué demonios, tenía hambre.

—Estaba pensando en pedir una *pizza* —comenté.

—Oh, no deberíais comer esas cosas.

Puse la bolsa sobre la mesa de la cocina y abrí la cremallera.

—¿Qué es, Marie?

—Es una receta mía —respondió, ligeramente sin aliento—; bueno, no exactamente. A ver, es una receta de *Barefoot Contessa*, pero en lugar de usar filetes de atún, he utilizado atún de lata, porque es el único que le gusta a Len, y ella le echa un montón de cosas como lentejas y wasabi en polvo, y yo le he puesto guisantes y fideos, y supongo que a la hora de la verdad no tienen nada que ver, salvo que ambas recetas llevan atún en el nombre.

—Tiene muy buena pinta —dije—, la cazuela aún está caliente.

¿Acabas de sacarla del horno?

—Sí. ¿Dónde está Thomas?, ¿está arriba?

—Sí, Marie —contesté, pero no me ofrecí a ir a buscarlo. Dado su encontronazo con Len, me preocupaba que descubrir que su mujer estaba allí pudiera preocupar a Thomas.

—¿Crees que le gustaría bajar para probar el guiso?

—Si te parece bien, no lo voy a molestar ahora —dije—, pero le diré que es a ti a quien tiene que darle las gracias por la cena.

—También hay algunos bollos en la bolsa —dijo, pero su voz era de repente menos alegre—. Verás, he venido en parta también porque quería disculparme con él, y contigo, por el comportamiento de Len el otro día.

—Len y yo ya hablamos de eso. Ya está todo arreglado.

—Os oí hablar a los dos en el sótano y no debería haberte dicho las cosas que dijo de tu hermano. Aunque Thomas esté un poco mal, Len no debería haberte hablado así.

—Y Thomas no debería haberle pegado —repliqué—, nadie está libre de culpa.

—Len solo intentaba hacer una buena obra —explicó Marie—. Fue idea mía. Fui yo quien le sugirió que intentara que Thomas saliera a comer o que viniera a casa. En realidad, vino a invitaros a los dos, pero tú no estabas.

—Sí, es verdad.

—¿Adónde fuiste?, ¿a la ciudad?

—Sí, Marie.

—Len no entiende por qué Thomas tiene que ser como es, tienes que perdonárselo. Len cree que todo el mundo debería ser igual, ¿sabes? No creo que entienda que algunas personas son diferentes, que no pueden evitar ser como son. Cree que, si él puede hacer algo, todo el mundo debería poder hacerlo. A veces también es así conmigo. Me dice: «Deja de estar tan cansada, todo está en tu cabeza. Ven conmigo de vacaciones». Pero no está en mi cabeza, tengo una enfermedad; puedes buscarla en la página web de la

Clínica Mayo. ¿Puedo sentarme? Me canso cuando estoy mucho tiempo de pie.

—Lo siento —me disculpé, y le acerqué una de las sillas de la cocina. Se sentó, dejando que los brazos le colgaran rectos a los lados.

—Estaré bien en un minuto o dos —dijo—. En la cocina de mi casa tengo una silla justo al lado de los fogones y puedo sentarme cuando quiera e incluso remover comida sentada.

—Voy a meter esto en el horno para mantenerlo caliente —anuncié; cogí la cazuela y la puse en la rejilla central.

—Ni siquiera entiende que yo no puedo hacer todo lo que él quiere —dijo Marie, y luego, al darse cuenta de que su comentario podía tomarse de muchas maneras, se sonrojó—. Me refiero a viajar y cosas así. Él puede hacerlo, pero yo no. Pero yo le digo: «Si quieres irte, vete. Pásalo bien». La primera vez que lo dije, no creí que fuera a irse, pero en cuanto encontró a alguien con quien ir, se marchó. Y se lo pasó tan bien que no pude decirle que no cuando quiso volver a hacerlo.

—Vaya —respondí, ya que no tenía nada más que decir.

—Y ni por un segundo me creo lo que Len ha estado diciendo sobre Thomas.

—¿A qué te refieres, Marie?

—No puede oírnos, ¿verdad? —preguntó, preocupada.

—No.

—Len ha estado diciendo que, si la policía empezara a investigar lo que le pasó a tu padre, seguro que echarían un buen vistazo a Thomas.

—¿Por qué, Marie?

—Len dice que tu padre corría bastante peligro cuando cortaba la hierba en la ladera de esa colina, pero aun así, era el tipo de hombre que siempre sabía lo que hacía. Dice que, si alguna vez la policía empezara a pensar que lo habían empujado, que alguien estaba allí y dejó que ese tractor le cayera encima, pues que el único sospechoso sería Thomas. Solo te estoy contando lo que dice Len.

He pensado que a lo mejor te lo contó él mismo cuando estuviste en casa, antes de que yo abriera la puerta del sótano, y quería decirte que lo siento mucho si lo hizo. Yo no creo que Thomas lo hiciera. En el fondo, es un buen chico. ¿A qué temperatura tienes el horno? No lo pongas a ciento setenta y cinco, solo hay que calentarlo a unos cien grados, unos diez minutos más o menos.

Ajusté el horno.

Pensé que había dejado atrás esa obsesión que tenía con que la llave del tractor estuviera en la posición de apagado y la carcasa levantada. La interpretación de Julie había tenido mucho sentido. Pero en ese momento me preguntaba si mi suposición anterior, la de que alguien se había parado a hablar con mi padre y que estaba presente cuando murió, podría seguir siendo cierta.

Pero no tenía a Len en muy alta estima, sobre todo últimamente, así que el hecho de que él y yo pudiéramos estar en la misma onda también me hizo reflexionar. ¿Y por qué demonios estaba haciendo él ese tipo de especulaciones? ¿Qué había desencadenado esa línea de pensamiento? Yo mismo solo había empezado a dejar volar mi mente un poco después de examinar el tractor. Len, que yo supiera, no había ido a inspeccionar el lugar del accidente antes de que yo trasladara la máquina al granero.

¿Basaba su opinión en lo que le había dicho mi padre? Si era así, parecía exagerado trazar una línea que fuera de un empujón en las escaleras a derribar un tractor sobre alguien, especialmente cuando ese alguien era tu propio padre.

¿O era posible que Len estuviera tramando algo más? ¿Creía lo que decía o estaba intentando crearle problemas a Thomas? ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Estaba tratando de plantar una idea en la cabeza de Marie? Y si era así, ¿por qué?

—Lo que pasa —explicó Marie—, es que Len siempre ha juzgado duramente a la gente. Él es así. Deberías oírle hablar de la gente de Tailandia. Son simpáticos y todo eso, pero dice que no conducen como los estadounidenses, que sus estándares de construcción no son los mismos que los de aquí y que el país puede ser muy

inestable políticamente a veces. Dice que tienen que superar todas sus disputas insignificantes y limitarse a dirigir su nación. Y Len nunca ha tenido mucha paciencia con las monarquías. No entiende por qué alguien debería llegar a dirigir un país solo por haber nacido en la familia adecuada. Pero eso no le impide volver, aunque tenga que hacerlo sin mí.

«Tailandia».

A lo largo de los años, había oído a amigos hablar de lo maravilloso que era. Calurosa, exuberante, uno de los países más bellos del planeta. Con una vida nocturna estupenda, una cultura rica y una comida espectacular. Pero cada destino de viaje tenía sus problemas. En París había carteristas y huelgas imprevisibles. Londres era caro y, en ocasiones, objeto de violencia terrorista, como las bombas en autobuses y en el metro de hacía unos años. Lo mismo pasaba con Moscú, y en México había la guerra contra el narcotráfico. Algunas de las ciudades más grandes de Estados Unidos habían tenido que hacer frente a cruentas guerras de bandas.

¿Qué era lo que había oído sobre Tailandia? Sin duda, el malestar político que Marie había mencionado, pero había algo más.

Prostitución; prostitución infantil.

Me preguntaba si la incapacidad de Marie para viajar era la verdadera razón por la que Len se iba de viaje sin ella.

CINCUENTA Y TRES

—Este es el tipo de cosas que suponía que habrías comprobado primero —dijo Nicole, sentada en el asiento del copiloto, con los pies apoyados en el salpicadero y el picahielos entre los dos dedos índices. —Lewis no dijo nada—. Podrías haber averiguado si nuestro hombre estaba realmente en Burlington, Vermont, antes de volar hasta aquí. Pero esa es solo mi opinión.

—Era la casa correcta —replicó Lewis apretando los dientes. La furgoneta, que circulaba de noche, iba a cerca de ciento cuarenta por hora y daba la sensación de que iba a salirse de la autopista. Se dirigían hacia el oeste. Calculó que tardarían unas dos horas, quizá un poco más, en llegar a su nuevo destino.

Una vecina bastante mayor los había visto en el porche de la casa de Ray Kilbride esperando a que contestara alguien. Dijo que se llamaba Gwen y que se estaba ocupando de recoger el correo de Ray y los folletos que le dejaban en la puerta mientras estaba fuera, en Promise Falls. Su padre acababa de morir, dijo, y él se iba aquedar en su casa mientras arreglaba todos los asuntos pendientes. También estaba cuidando de su hermano.

—¿Puedo ayudarles en algo? —les había preguntado.

—Espere un momento —dijo Nicole—, ¿Ha dicho que aquí vive alguien que se llama Ray?

—Sí, correcto.

Nicole se había vuelto hacia Lewis.

—Te dije que nos habíamos equivocado de casa. Estamos en el lado equivocado de la ciudad.

Lewis se había encogido de hombros.

—Soy idiota —había admitido él.

—¿Entonces, no están buscando a Ray? —había preguntado la vecina.

Dijeron que no, regresaron a la furgoneta y se dirigieron a Promise Falls.

Por el camino, Nicole le preguntó a Lewis sobre su metedura de pata, para tocarle las narices y presionarlo, a ver si se enfadaba; así tendría una pista de sus intenciones.

—Si fuera por mí, no habría llamado a la puerta. Es mejor encontrar la manera de entrar en la casa, para pillarlos por sorpresa.

Lewis apretó con fuerza el volante.

—Sí, supongo que tienes razón, lo intentaremos a tu manera —respondió con tono amable.

Fue entonces cuando supo que iba a matarla cuando terminara todo. Estaba siendo amable para que ella bajara la guardia.

Sería fácil eliminarlo a él antes; podía atravesarle el cuello con el picahielos mientras él conducía, luego agarrar el volante y pisar el freno. En una furgoneta grande como esa, no era difícil cambiarse al lado del conductor.

Nicole sabía que podía hacerlo, pero tenía que dejar que se resolviera todo. Ella necesitaba respuestas a lo que estaba pasando tanto como Lewis y su gente. Tenía que averiguar si ese Kilbride era un riesgo tan grande para ella como lo era para quienes la habían contratado. Y luego tendría que decidir hasta qué punto sus socios —no solo Lewis— suponían un riesgo para ella. Si tenía que hacer algo al respecto. Porque había terminado con todo eso. Para siempre. Ya había tenido bastante.

Algo le había pasado en aquel sótano de Chicago cuando había matado a la mujer de ese tipo de Whirl360. Nicole no quería recibir más órdenes de ninguno de esos hombres.

Llevaría esa situación hasta el final, vigilando de cerca a Lewis todo el tiempo. Al menos, habría tomado una precaución importante en caso de que él la sorprendiera.

—Si tenemos un momento —sugirió Lewis—, podríamos parar en algún lugar a tomar un café. Yo invito.

Ah, sí, definitivamente iba a matarla.

CINCUENTA Y CUATRO

—Esto está bueno —dijo Thomas, metiéndose en la boca otro trozo del guiso de atún de Marie.

—Sí, no está mal —aprobé, pero me había dado cuenta, una vez que Marie se había ido, de que no tenía mucho apetito. Las cosas que Len le había dicho, lo que ella me había contado se me habían quedado grabadas en la cabeza. No podía evitar la sensación de que quería conseguir algo intentando echarle en cara a Thomas algo que no había hecho.

—Voy a repetir —anunció Thomas.

—Como quieras. Y a lo mejor quieres recoger después de cenar.

—¿Te parece justo? —preguntó.

—¿Cómo que si me parece justo?, claro que me lo parece.

—Pero tú no has hecho la cena, así que he pensado que, si tú haces la cena, yo limpio, o si yo hago la cena, tú limpias, pero la cena la ha hecho Marie. —Se sirvió un poco más.

—Entonces, siguiendo tu lógica —dije—, si alguien que no seamos nosotros hace algunas de las tareas, ¿lo que queda por hacer es trabajo mío?

Masticaba despacio, como si estuviera formulando un argumento.

—Bueno —dijo—, eso es lo que me pareció en ese momento.

—Entonces, a lo mejor deberíamos recoger los dos —sugerí—. ¿Te parece bien? Tú limpias la mesa y pones el lavavajillas, y yo friego la cazuela. Viendo la buena cuenta que estás dando de la cena, no va a sobrar nada.

—Vale —aceptó.

Diez minutos después, estábamos codo con codo en la encimera de la cocina. Estaba llenando el fregadero de agua jabonosa mientras Thomas ponía nuestros vasos y cubiertos en el lavavajillas. Nuestros hombros se rozaban y teníamos una especie de ritmo. No

estábamos hablando, pero era lo más cerca que me había sentido de él desde que había vuelto.

Pero más tarde, mientras limpiaba la mesa de la cocina, Thomas dijo algo.

—¿Alguna vez has sentido que alguien que era tu amigo en realidad ya no lo es? —No me miraba mientras me lo estaba preguntando, estaba concentrado en dejar la mesa lo más limpia posible.

—Sí, eso me ha pasado unas cuantas veces. ¿De quién estamos hablando?

—No sé si debería decirlo.

—No pasa nada. Si no puedes decírmelo a mí, ¿a quién puedes decírselo?

Me miró.

—Al presidente.

—¿A Clinton?

Thomas asintió, se acercó al fregadero para aclarar la bayeta y la tendió sobre el grifo.

—Siempre ha sido amable conmigo, excepto las dos últimas veces que hemos hablado, que se ha comportado de forma diferente.

—¿Qué quieres decir con diferente?

—No lo sé, me presionaba mucho.

—Quizá no deberías hablar más con él.

—Cuando llama el presidente, tienes que hablar con él —dijo Thomas.

—Sí, bueno, supongo que eso es verdad.

—Pero me ha dicho que no puedo hablar de ciertas cosas que no tienen nada que ver con mi misión.

Le apoyé una mano en el hombro.

—¿Quieres que te lleve a ver a la doctora Grigorin mañana? Puedo llamarla para ver si nos puede hacer un hueco.

—Eso estaría bien —dijo—. No me gusta que el presidente diga que voy a parecer débil.

—¿Débil?

—Que, si cuento ciertas cosas, tendré problemas. Ni siquiera quiere que hable de ello contigo.

—¿Hablarme de qué?

—De cuando estaba en la ventana. Cuando te saludé y no me viste porque no levantaste la vista.

Me quedé allí con él, los dos apoyados en la encimera de la cocina.

—¿Cuándo fue eso, Thomas?

—El día que me estabas buscando, cuando encontraste mi bici en el callejón. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dije—, me recorrí todo el centro intentando encontrarte, incluso grité tu nombre.

—Te oí —respondió Thomas en voz baja—. Fue entonces cuando me escapé y corrí hacia la ventana. Quería gritar pero sabía que él se enfadaría. Pero si me hubieras visto, papá habría creído mi historia.

—¿Que te escapaste? Thomas, ¿qué pasó?

—Me hizo daño. —Puso brevemente la mano en la parte baja de su cuerpo—. Me lastimó aquí atrás.

Entonces puse ambas manos sobre sus hombros y se los estreché.

—Cuéntame lo que pasó. ¿Alguien te hizo algo? ¿Quién?, ¿quién te hizo algo?

—Papá se enfadó mucho —siguió—; se enfadó mucho cuando se lo conté. Dijo que tenía que dejar de inventarme cosas. Dijo que, si volvía a hablar de ello, no sabía lo que iba a hacer. Pero yo sabía que sería algo horrible, que a lo mejor y mamá me mandarían lejos, a un lugar de esos. Así que nunca hablé de ello

Lo abracé.

—Thomas, lo siento muchísimo.

—Y creo que… Creo que estoy listo para hablar de ello, pero el presidente dice que no puedo. Dice que, si se lo cuento a alguien, pasarán cosas malas.

—Thomas, ¿quién te hizo daño?

Miró hacia su regazo.

—Necesito pensar en esto, no quiero ir en contra de los deseos del presidente.

—¿Se lo dirías a la doctora Grigorin?

—Quería hacerlo, pero no lo he hecho. ¿Sabes a quién me parecería bien decírselo?

—¿A quién?

—A Julie.

—¿Se lo dirías a Julie?

Asintió.

—Ella es buena conmigo, me habla como si fuera una persona normal.

—Vale, pues va a venir esta noche, un poco tarde, pero seguro que hablaría contigo.

—¿Va a venir para acostarse contigo? —preguntó.

—Probablemente ya no —sonreí—. Creo que sería estupendo que hablaras con ella, de verdad. ¿Puedo estar presente o prefieres hablar con ella tú solo?

Se quedó pensando.

—Te lo va a contar luego, ¿verdad?

—Si le pides que no lo haga, no creo.

Miró hacia abajo, pensativo.

—No me importa que estés si quieres.

—Vale, pero no va a llegar hasta dentro de bastante tiempo, así que ¿quieres ver un rato la televisión o hacer otra cosa?

—No, tengo que volver al trabajo. Aunque no me guste la actitud del presidente últimamente, aún tengo trabajo que hacer.

—Claro —acepté.

—Pero antes de que venga Julie, quiero coger algunas fotos para enseñárselas.

—¿Qué fotos?

—De nuestros álbumes, así sabrá cómo era yo entonces y cómo eras tú. Están en el sótano.

—Como quieras. ¿Sabes dónde están?

Asintió y me dejó para ir a su habitación. Salí al porche y me

quedé sentado allí durante casi media hora, hasta que oscureció lo suficiente como para ver las estrellas. Entré, me senté delante de la televisión y recorrí los distintos canales. Nada mantenía mi interés y no era probable que nada pudiera hacerlo. Estaba preocupado, pensando en Julie, en mi padre, en Len Prentice, en una cara en una ventana, dos personas muertas en Chicago, la difunta Allison Fitch y en que no tendría que estar pensando en muchas de esas cosas si Thomas tuviera un *hobby* diferente. Los coleccionistas de sellos nunca veían posibles homicidios, que yo supiera. Lo mismo ocurría con los joyeros y los jardineros.

Me preguntaba si Harry Peyton había tenido ya la oportunidad de hablar con ese tal Duckworth que había mencionado, Barry Duckworth. ¿Era por eso por lo que aún no sabía nada? ¿Había hablado Harry con él y Duckworth estaba investigando en ese preciso momento? ¿O Duckworth lo había escuchado y había dicho que era la mayor gilipollez que había oído en toda su vida?

No se me ocurría ninguna buena razón para no averiguarlo por mí mismo.

Apagué la tele, cogí el portátil y busqué el Departamento de Policía de Promise Falls. Encontré un número para asuntos no urgentes y llamé.

—Policía de Promise Falls —respondió una mujer.

—Estoy intentando localizar al inspector Duckworth —pedí.

—Creo que se ha ido a casa —dijo—, ¿de parte de quién?

—De Ray Kilbride.

—Voy a comprobarlo. —Me puso en espera. Mientras aguardaba, Thomas bajó las escaleras.

—¿A dónde vas? —pregunté poniendo la mano sobre el auricular.

—Voy abajo a buscar el álbum de fotos —contestó, y desapareció por la puerta del sótano.

—¿Hola? —dijo la mujer de la centralita—, ¿señor Kilbride?

—¿Sí?

—He llamado al inspector Duckworth a su casa, espere un

momento y le conecto con él. —Hubo una pausa y luego dijo—: Ya está.

—¿Hola? —dije—. ¿inspector Duckworth?

—¿Quién es? ¿Le ha dicho a la operadora que era el señor Kilbride?

—Sí, correcto.

—¿Es una broma?, no es Adam Kilbride.

—No, señor, soy su hijo.

—¿Qué hijo?

—Soy Ray Kilbride.

—Vale, claro —dijo el inspector Duckworth—. Usted es el que vive en… ¿dónde era? ¿En un lugar de Vermont?

—Burlington.

—Y su hermano es Thomas, ¿verdad?

—Sí. —Suponía que Harry lo había puesto al corriente de todo.

—Tendrá que perdonarme por lo de hace un segundo —dijo—. Me quedé desconcertado cuando la chica llamó y me dijo que era el señor Kilbride. Siento lo de su padre.

—Muchas gracias y gracias también por hablar conmigo. No sé adónde acudir. Estoy metido en un lío, como probablemente ya sabe.

—Sí, su padre y yo habíamos hablado —dijo Duckworth.

Sentí como si alguien hubiera metido mi cabeza en una mezclador de pintura durante un segundo.

—¿Perdón? —dije—. ¿Y cuándo fue eso?

—Hace un par de semanas —dijo Duckworth.

—¡Ray! —gritó Thomas desde el sótano.

—¿Mi padre habló con usted hace un par de semanas? —insistí.

—Sí, correcto. ¿No llama por eso?

—No, quiero decir, sí. Me gustaría saber cómo va la cosa.

—Le dije a su padre que, si quería denunciar, no iba a ser algo fácil de probar.

—¡Ray! —volvió a gritar Thomas.

—¡Espera! —le grité—. Lo siento mucho, mi hermano está

intentando encontrar una maleta en el sótano. Me estaba diciendo que no sería fácil de probar.

—Teniendo en cuenta todo el tiempo que ha transcurrido y el hecho de que el testimonio de su hermano va a ser problemático, como imagino que sabe. Su padre lo sabía. Además, no estaba seguro de querer que su hermano pasara por todo eso. Su padre era un buen hombre. Solo hablé con él una vez, pero parecía un tipo decente, un buen padre, con muchas preocupaciones.

—Inspector Duckworth, no se lo va a creer, pero solo en el último minuto he tenido algún tipo de indicio de lo que está hablando —dije —. Abusaron de mi hermano, ¿no?

—¿Su padre no le dijo nada?

—No, pero desde que he vuelto aquí, desde que murió mi padre, han surgido algunas cosas que me han hecho preguntarme si pasaba algo; a mi padre le preocupaba que mi hermano nunca le perdonara algo y… —Dudé si contárselo todo, pero qué demonios—. Mi padre había buscado información sobre prostitución infantil en el ordenador, pero no sé qué páginas visitó realmente porque mi hermano borró el historial antes de que pudiera averiguarlo.

—Sí, bueno —comentó Duckworth—, eso está relacionado. No estoy seguro de qué cosas compartir con usted, Ray, y, a decir verdad, su padre ocultó información bastante relevante. Como exactamente quién…

—¡Ray!

—Joder —murmuré—. Inspector, ¿puede darme un número de teléfono y lo llamo en un par de minutos? Es muy importante que hable con usted.

—Claro.

Cogí un lápiz de un cajón de la cocina y garabateé el número en un bloc de notas.

—Ahora mismo le llamo.

—Aquí estaré.

Colgué y dejé el teléfono sobre la encimera. Al acercarme a la puerta del sótano, grité.

—Por el amor de Dios, Thomas, estaba al teléfono. —No lo veía mientras bajaba las escaleras. El sótano tenía forma de ele, y supuse que estaba a la vuelta de la esquina, donde papá guardaba las maletas—. ¿Dónde diablos estás?

—Por aquí —me guio.

Doblé la esquina y allí estaba Thomas. Sus ojos estaban abiertos de par en par por el miedo. Tenía los brazos echados hacia atrás, como si estuviera juntando las manos detrás de sí.

Y no estaba solo, había una mujer de pie detrás de él, que sujetaba a Thomas por el pelo con la mano izquierda. En su mano derecha tenía lo que parecía ser un picahielos tocando la parte blanda del cuello de mi hermano, justo debajo de la mandíbula.

CINCUENTA Y CINCO

—Así que, tú eres Ray —dijo la mujer.

—Sí —confirmé, incapaz de apartar los ojos del picahielos.

Le tiró del pelo a Thomas.

—¿Y este?, ¿Thomas? ¿Quién es?, ¿tu hermano?

—Sí.

—Ray, si no haces nada estúpido, nadie saldrá herido.

—Vale —dije—, por favor, no le hagas daño.

Thomas parecía que estaba de pie a la intemperie, le temblaba el cuerpo y no podía verle las manos, pero estaba seguro de que también le temblaban. En toda nuestra vida juntos, nunca lo había visto tan aterrorizado.

—¡Ray, dile que me deje ir!

—No pasa nada, Thomas. Voy a hacer todo lo que me diga.

—Eso está muy bien, Ray —aprobó la mujer—. Mientras cooperes, todo irá bien. Me di cuenta de que llevaba uno de esos pinganillos *bluetooth* en la oreja, casi oculto por el pelo rubio que le caía hasta los hombros—. Puedes pasar —dijo, como si le hablara al hombro—, estamos en el sótano.

—Dime lo que quieres —pedí.

—Ahora mismo quiero que te calles —replicó, todavía sujetando a Thomas por el pelo, con el picahielos haciéndole hoyuelos en el cuello—, las cosas avanzarán en breve.

Incluso desde el sótano, me pareció oír que se acercaba un coche a la casa; escuché un sonido lejano de gravilla crujiendo y luego una puerta abriéndose y cerrándose. Medio minuto más tarde, se abrió la puerta principal y, segundos después, oí que alguien bajaba los escalones que había detrás de mí. Giré la cabeza y, una vez que el hombre descendió lo suficiente para que la bombilla desnuda

arrojara luz sobre su rostro, pude echarle un vistazo. Era alto, calvo, corpulento y tenía la nariz rota.

Thomas me miró.

—Así que tú eres Ray Kilbride.

—Sí —confirmé.

—¿Quién es ese?

—Este es el hermano —explicó la mujer—, Thomas.

—Hola, Thomas —saludó el hombre, con voz neutra—, soy Lewis. Veo que ya habéis conocido a Nicole. —Cuando se acercó a mi lado, me di cuenta de que bajo su cazadora de cuero había un bulto más grande que un picahielos. Al hombro llevaba una pequeña mochila.

—No tenemos muchas cosas de valor, pero coged lo que queráis —dije.

—¡Mi ordenador no! —soltó Thomas.

Lewis ladeó ligeramente la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Crees que esto es un robo?, ¿es eso lo que crees?

—No podéis quedaros con mi ordenador —repitió Thomas—. Os podéis quedar con el de mi padre.

—Entonces, ¿qué queréis? —pregunté,

—Quiero que pongas las manos a la espalda —dijo Lewis. Abrió la cremallera de la mochila y sacó unas esposas de plástico, de las que la policía antidisturbios utiliza con los manifestantes.

—Por favor —dije—, esto es un error.

—Si tengo que pedirte otra vez que pongas las manos a la espalda, mi amiga va a dejar que le entre aire en el cuello a tu hermano —amenazó Lewis.

Su voz transmitía una serena sensación de autoridad, como si fuese policía. Mi suposición era que, si alguna vez lo había sido, ya no lo era.

Puse las manos en la espalda y él deslizó las estrechas cintas de plástico por ambas muñecas y tiró de ellas para ajustarlas; se me clavaron en la piel con fuerza. Inmediatamente moví los dedos, preguntándome cuánto tiempo pasaría antes de que empezara a perder sensibilidad en ellos.

—¿Todo bien, Lewis? —preguntó la mujer.

Me preocupaba que no les importara que supiéramos sus nombres. Intenté calmarme con la idea de que tal vez estaban usando nombres falsos, pero me pareció poco probable.

—Sí —dijo él, momento en el que la mujer apartó el picahielos de la garganta de Thomas y le soltó el pelo. Le dio un pequeño empujón en mi dirección.

—Tengo miedo, Ray —dijo. Se giró lo suficiente para que pudiera ver que sus muñecas ya estaban esposadas de forma similar a las mías.

—Lo sé, yo también —reconocí.

—¿Nos los llevamos a los dos? —preguntó Nicole a Lewis.

—Buena pregunta —dijo—, déjame pensarlo; pero primero, voy a hacer un recorrido por la casa para asegurarme de que no hay nadie más.

Volvió arriba, dejándonos a Thomas y a mí con Nicole.

—Escucha —le dije—, nosotros…

—Cállate —ordenó ella.

Lewis volvió a los dos minutos. Tenía una expresión de perplejidad en el rostro mientras bajaba las escaleras.

—¿Qué pasa arriba? —preguntó.

—¿Lo dices por los mapas? —dije.

—Sí, y por el ordenador.

—Son míos —dijo Thomas—, espero que no hayas tocado nada.

—Creo que tenemos que trasladar la fiesta arriba —dijo Lewis.

Asentí. Apoyé mi hombro contra el de Thomas.

—Vamos, tío —dije—. Haremos lo que nos digan y no pasará nada. —No sabía qué más hacer aparte de mentir.

Thomas subió las escaleras tras Lewis y Nicole me siguió a mí. Thomas y yo subimos los escalones con precaución, ya que no podíamos agarrarnos a la barandilla de madera. Pensé en girarme y darle una buena patada en la cara a la mujer y, tal vez, si hubiera sido solo ella, lo habría intentado; pero Lewis estaba la cocina, y si

ese bulto en su chaqueta era un arma, como sospechaba, se ocuparía de nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Cruzamos el primer piso y subimos las escaleras hasta el pasillo del segundo.

Nicole no había visto lo que Lewis había encontrado, un pasillo con mapas pegados a las paredes. Miró en todas direcciones y vio mapas de Sudamérica, Australia, India y callejeros detallados de San Francisco, Ciudad del Cabo y Denver; y eso solo en un tramo de sesenta centímetros.

—La cosa se pone más interesante aquí dentro —dijo Lewis, abriendo de un empujón la puerta de la habitación de Thomas.

Nicole entró primero, aparentemente hipnotizada por las paredes, decoradas igual que el vestíbulo. No pronunció palabra mientras su mirada recorría los mapas. En un momento dado, extendió la mano hacia un mapa de Australia y, casi con ensoñación, tocó Sídney con el dedo índice.

—Y mira esto —le dijo Lewis, señalando los monitores del ordenador; cada una de las tres pantallas ofrecía un punto de vista diferente de la misma calle—. ¿Dónde es eso? —me preguntó él.

—No tengo ni idea.

—En Lisboa —respondió Thomas.

—Lisboa —repitió Lewis—. Esto es Whirl360, ¿verdad? —Thomas asintió—. ¿De quién es este ordenador?

—Mío —dijo mi hermano.

—¿Por qué estás observando Lisboa?

—Lo observo todo —dijo.

—¿Cómo que todo?

—Se refiere a todo, todo —aclaré—; observa ciudades de todo el mundo.

—¿Por qué?

—Es su *hobby* —dije.

Thomas me miró enfadado, preguntándose obviamente que por qué estaba mintiendo. Luego, se dirigió a Lewis.

—Tú ya lo sabes, ¿no?

—¿Perdón?

—Lo de la desaparición de los mapas, y que voy a ayudar a la gente de las *black-ops*.

—¿Qué cojones…? —murmuró Nicole.

—Vosotros sois los malos —dijo Thomas, como si fuéramos niños jugando a policías y ladrones.

Lewis esbozó una sonrisa.

—Supongo que sí, así que, contéstame a una cosa: ¿cuál de vosotros estuvo mirando la calle Orchard? —Me miró—. Pensé que eras tú, ya que fuiste tú quien llamó a la puerta.

Sentí un escalofrío. Empezaba a quedar claro en qué lío nos habíamos metido.

—La vecina —deduje.

Lewis negó con la cabeza.

—Cámara activada por movimiento, colocada en la puerta del apartamento.

Así que ya sabíamos lo que pasaba.

—Ah.

—Hizo una foto de lo que tenías en la mano.

—Ah —repetí.

—¿Y quién era?

—Yo la encontré —dijo Thomas con un deje de orgullo en la voz—; yo vi a la señora con la bolsa en la cabeza. Ray fue a comprobarlo por mí.

Lewis miró a Nicole.

—Bueno, supongo que eso responde a tu pregunta. —Cuando ella enarcó una ceja, interrogante, él añadió—: Sobre si nos llevamos a uno de ellos o a los dos.

CINCUENTA Y SEIS

—Deberíamos llevarnos eso —sugirió Nicole, señalando la torre de ordenador que estaba conectada a los monitores de Thomas.

—Buena idea —dijo Lewis.

—No —protestó Thomas—. ¡No, no!

—Thomas —dije, dándole otro codazo con el hombro—, aquí hay en juego cosas más importantes que el ordenador.

—¡Pero es que es mío! —exclamó. Estaba horrorizado, viendo cómo Lewis empezaba a desenchufar los cables que salían de la parte trasera—. ¡Para!

Con calma, Nicole se dirigió a mí.

—¿Serás capaz de controlarlo?

—Sí, déjame hablar con él un segundo.

Nicole nos permitió alejarnos un par de metros. Me puse delante de Thomas e incliné la cabeza lo bastante cerca como para casi tocarle la frente.

—Escucha, estamos en una situación muy difícil. Yo puedo comprarte otro ordenador, uno mucho más potente, pero la única forma de tener la oportunidad de hacerlo es si cooperamos con ellos. ¿Me has oído?

—Es mío —insistió.

—Necesito que mantengas la calma, Thomas. ¿Puedes hacer eso por mí?

Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Tendrás que comprarme uno que sea igual de rápido, para que pueda moverme por las calles a buen ritmo.

—Te conseguiré uno aún más rápido —dije, haciendo una promesa que sabía que nunca iba a poder cumplir.

Lewis acercó la torre desconectada al borde del escritorio.

—¿Y qué hacías allí? —me preguntó.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Mi hermano me pidió que fuera. Estaba en esa página web, vio algo raro en la ventana y me pidió que comprobara qué era cuando estuviera en la ciudad.

—Ah —dijo Lewis—. Entonces todo ha sido una tremenda coincidencia.

Sonreí nervioso.

—Más o menos.

—Me estás diciendo que tu hermano está haciendo el tonto por Internet, ve esta cosa y que tú decides ir hasta la ciudad para comprobarlo.

—Sí.

Lewis miró a Nicole.

—Eso es todo, una inocente navegación por Internet.

—Estupendo, supongo que ya podemos irnos a casa.

—Sí —dijo Lewis, y se acercó hasta poner su cara a un palmo de la mía. Su aliento estaba caliente—, cuando lleguemos adonde vamos, tendrás que inventar una historia mejor que esa. Tendrás mucho tiempo para pensar en algo por el camino.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—La cinta —pidió Nicole.

Lewis metió la mano en la mochila y sacó un rollo de cinta adhesiva gris y se la lanzó a Nicole.

—Tú misma.

—Te estoy diciendo la verdad —dije—, paso exactamente como te he dicho. No sabemos nada.

Nicole arrancó una tira de quince centímetros y me la puso en la boca.

—A mí no me pongas eso —protestó Thomas mientras Nicole empezaba a arrancar otra tira—, ¡no me pongas eso!

Estaba a mitad de un grito cuando ella le colocó la cinta. Tenía la boca entreabierta y un lado de la cinta se había enganchado en los

dientes inferiores, lo que permitía a Thomas seguir moviendo la mandíbula.

—Mierda —masculló ella, y arrancó otra tira para sellarle la mitad inferior de la boca—. Vale, ya está.

Lewis cerró la cremallera de la mochila, se pasó la tira por un hombro y cogió la torre del ordenador con las dos manos.

Justo entonces, sonó un timbre muy débil.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicole—. ¿Es tu móvil?

—No —dijo Lewis. Recorrió la habitación con la mirada y sus ojos se posaron en el viejo teléfono fijo que había en la mesa de Thomas, que seguía allí desde los tiempos en que utilizaba el acceso telefónico a Internet y tenía su propio número.

Estaba parpadeando en rojo con una llamada entrante. Thomas siempre mantenía el volumen del timbre muy bajo y, de todos modos, apenas recibía llamadas. No se me ocurría nadie que pudiera estar llamándolo. Solo había dos opciones: alguien que se habían equivocado o de número, o un teleoperador; pero Nicole y Lewis no lo sabían.

—¿Contestamos o no? —le preguntó Lewis a Nicole.

Ella estaba pensando, mirando la luz parpadeante.

—Si alguien espera que esté aquí, y no contesta…

Parecía que a Thomas se le iban a salir los ojos de las órbitas mirando aquella luz roja parpadeante.

Lewis cogió el auricular. Lo primero que hizo fue toser y luego sorber por la nariz. Cuando habló, adoptó el tono de alguien resfriado.

—¿Hola? —Tras una breve pausa, dijo—: Le habla Thomas. —Otra inhalación—. Estoy un poco congestionado, ¿quién es? —. Pasó un rato y después Lewis dijo—: ¿Qué Bill? —Enarcó las cejas un instante y sonrió—. Sí, bueno, me encantaría charlar, Bill, pero es mi noche de bolos con Dubya. —Colgó el teléfono. Nicole lo miraba, esperando una explicación.

—Era una llamada de broma —dijo—, un gilipollas haciéndose pasar por Bill Clinton.

Miré a Thomas. Estoy seguro de que yo parecía más sorprendido que él, porque él no parecía sorprendido en absoluto. Molesto, tal vez, por no haber podido hablar con el expresidente.

CINCUENTA Y SIETE

Si no hubiera sido por la cinta, probablemente habría dicho algo parecido a: «Me cago en la puta».

Pero ni Nicole ni Lewis habían vuelto a pensar en la llamada; tenían otras cosas en la cabeza, como salir a la carretera, con Thomas y conmigo como equipaje.

Lewis salió primero de la habitación, con la torre de ordenador en los brazos. Nicole nos hizo señas con su picahielos para que la siguiéramos. Al llegar a lo alto de las escaleras, vislumbré la puerta principal cerrándose; Lewis ya estaba fuera. Con las manos aún atadas a la espalda, me pregunté si podía hacer algo, ya que Nicole se había quedado, por un momento, sin su compañero.

Pero ¿qué esperaba conseguir?, ella tenía un arma, y yo no tenía ninguna mano libre. Pensé en algo tan simple como correr, pasar junto a Thomas, salir por la puerta trasera y adentrarme en la noche; bajaría la colina, atravesaría el arroyo y, una vez en los campos del otro lado, me mantendría agachado y fuera de la vista hasta llegar a alguna casa cercana, donde podría llamar a la policía.

Significaría dejar a Thomas solo, pero abandonarlo —por poco tiempo— podría ser mi mejor oportunidad de salvarlo.

Mientras esos pensamientos pasaban por mi cabeza, Thomas salió corriendo.

Bajó de un salto los dos últimos escalones. Esperaba que hiciera lo que yo había pensado y corriera a la parte trasera de la casa, pero se las arregló para meter el pie en la puerta principal antes de que se cerrara del todo y la abrió de una patada para poder salir corriendo al porche.

No era un intento de fuga, Thomas iba tras la torre de su ordenador.

—¡Lewis! —gritó Nicole, que estaba dos escalones por encima de

mí. Antes de que pudiera hacer nada, se agachó y me agarró del cuello de la camisa—. Que ni se te ocurra —dijo, y sentí la punta del picahielos en la suave piel de debajo de mi oreja derecha.

Oí que algo se rompía fuera y luego algunos roces en la gravilla.

Bajamos el resto de las escaleras a paso firme. Cuando salimos, Thomas estaba de espaldas, mirando a Lewis, con el cuerpo torpemente arqueado y las manos esposadas a la espalda. A un par de metros, la torre del ordenador estaba apoyada de lado junto a la parte trasera de una furgoneta blanca, casi sin ventanillas.

Lewis tiró de Thomas hasta que se puso de pie. Luego, él y Nicole nos empujaron contra las puertas traseras de la furgoneta, que seguían cerradas.

Nicole extendió la mano para coger la mochila de Lewis; la abrió, volvió a sacar la cinta y la enrolló alrededor de mis rodillas y mis tobillos. Hizo lo mismo con Thomas.

—Vais a tener que subir —dijo, abriendo las dos puertas de la parte trasera de la furgoneta. Había mucho espacio para la carga y dos asientos delante. Vi lo que parecía una pequeña pila de mantas de mudanza dobladas.

De su mochila, Lewis sacó lo que parecían dos pasamontañas de invierno, con agujeros para los ojos, la boca y la nariz.

Me bajó el pasamontañas por la cabeza, con los agujeros por detrás. Oí a Thomas gruñir mientras le ponían el pasamontañas. Alguien me cogió por los hombros —supuse que Nicole, ya que las manos parecían más pequeñas que las de un hombre— y me dio un cuarto de vuelta.

—Pega dos saltos y llegarás al parachoques —ordenó—. Siéntate y entra.

Hicieron falta tres, y casi me caí en el tercero. Sentí el parachoques en la rodilla, me di la vuelta, me senté en el borde y me eché hacia atrás con cuidado hasta que la parte superior del brazo tocó el suelo. Luego, lentamente, desplacé mi cuerpo hacia adelante en el vehículo.

—Vale, tonto del culo —le dijo Lewis a Thomas—, arrastra los pies

hasta aquí. Sentí que la furgoneta se desplazaba cuando Thomas cayó dentro—. Haz sitio.

Luego oí la voz de Nicole.

—Estaremos en la carretera unas horas y no quiero oír ni un ruido. Vamos a hacer varias paradas, en peajes y gasolineras. Alguien podría acercarse a la ventanilla y decir algo: no seáis estúpidos ni hagáis ruido, porque conseguiréis que os mate y que mate a quien os oiga.

—Ya necesitamos gasolina —dijo Lewis—, hemos gastado un depósito entero para llegar aquí desde Burlington.

Oí unos ruidos a mi lado; eran las mantas para mudanza; alguien los estaba desplegando, sacudiéndolas. Supuse que nos iban a cubrir por si alguien miraba dentro. No creía que pudiera verse más oscuro, de noche, dentro del pasamontañas, pero me equivocaba. El mundo se volvió completamente negro y los sonidos que había a mi alrededor se volvieron más apagados.

Las puertas traseras se cerraron de golpe; luego se abrió y se cerró la del conductor, seguida de la del acompañante. No sabía cuál de ellos conducía, aunque tampoco importaba. Giraron la llave y la furgoneta se puso en marcha. Los neumáticos crujían sobre la gravilla mientras avanzábamos por el camino de entrada, alejándonos de la casa de mi padre, y luego girábamos hacia la carretera.

«No vamos a volver nunca», pensé.

Tuve mucho tiempo para pensar, en mi aislamiento asfixiante y sin luz.

Cuando salimos por primera vez, pensé que podría hacerme una idea de por dónde íbamos gracias a los giros de la furgoneta. ¿No lo había visto en alguna película, o en un dibujo animado de *Batman*, o en un episodio de *Sherlock Holmes*? El héroe se concentraba en los movimientos del vehículo, calculaba la velocidad por el sonido de los neumáticos, imaginaba los puntos de referencia por los que pasaban y, cuando se detenían, sabía exactamente dónde estaban.

Después de tres vueltas no tenía ni idea de dónde estábamos.

Justo después de salir de casa, hicimos una parada para repostar. Supuse que estábamos en la Exxon, donde había repostado un par de veces desde que había vuelto a Promise Falls. Pero una vez de nuevo en la carretera, pronto perdí la orientación. No tardé en estar seguro de que estábamos en una interestatal. Íbamos probablemente a noventa o cien kilómetros por hora, y no parábamos ni aminorábamos la marcha en ningún momento. De vez en cuando, oía el rugido de los camiones que nos adelantaban, lo que me sugería que se trataba de una interestatal. Cada cinco o seis segundos se oía un pequeño pum cuando los neumáticos pasaban por encima de una junta del pavimento. Los neumáticos zumbaban, luego hacían pum, zumbaban y luego hacían pum. Si hubiera estado sentado en el asiento del conductor, quizá no habría notado la repetición, pero tumbado en el frío suelo metálico de la furgoneta, no había mucho más que escuchar. Cada ruido y golpe se amplificaba. Y a lo largo de todas estas cavilaciones, otro pensamiento seguía aflorando.

¿Quién demonios había llamado al teléfono de Thomas?

¿Quién se había identificado como Bill Clinton?

Estaba claro que no era ese Bill Clinton.

Había sorprendido a Thomas mientras mantenía una de sus charlas imaginarias con el expresidente, y el auricular estaba perfectamente colgado. No había hablado por teléfono con nadie.

Pero ninguno de nosotros había imaginado el ring de ese teléfono. Nunca me habría imaginado a Lewis diciendo que el que había llamado se había identificado como Bill Clinton. Lewis había gestionado la llamada de la misma manera que yo lo habría hecho si no hubiera estado familiarizado con las fantasías de Thomas, aunque ya no estaba seguro de qué era fantasía y qué era real. No podía explicar esa llamada. No tenía ningún sentido para mí.

No podía ser Clinton, eso era imposible, pero había sido alguien.

Mientras pensaba eso, empezó a sonar otro teléfono. Llevábamos media hora de viaje. Al principio me pregunté si sería mi móvil;

Lewis lo había sacado de mi chaqueta en un momento dado y lo había metido en su mochila, pero estaba bastante seguro de haberle visto apagarlo. Tal vez estaba llamando Julie para saber qué nos había pasado, por qué no estábamos en la casa cuando ella había llegado. Pero era un tono diferente; el mío sonaba como un piano, pero ese imitaba un teléfono antiguo. Después de dos timbres, oí a Lewis.

—Toma—dijo.

Me esforcé por filtrar todos los demás sonidos para poder oír su parte de la conversación.

—Sí, estamos de regreso… Sin problemas… Sí, tiene un hermano, es el que encontró la foto *online*. Es un poco raro, un pirado o algo así. No lo sé, puedes preguntárselo. El lugar era muy raro, tenía las paredes cubiertas de mapas… No, no, por todas partes. Sí, de acuerdo, y llevo también un ordenador, de torre, que estaban utilizando para navegar por esa página web. Sí, y otra cosa, un poco extraña, pero que probablemente no es nada: sonó el teléfono y contesté fingiendo que era el hermano y que estaba resfriado. De todas formas, la persona que llamó dijo que era, y no me lo estoy inventando, la persona que llamó dijo que era Bill Clinton. No, no tenía acento, pero solo hablé con él un segundo. A ver, sí, es lo que he pensado yo también, que era una llamada de broma o algo así… Vale, nos vemos en la juguetería.

Los siguientes kilómetros transcurrieron en silencio hasta que, finalmente, Lewis habló.

—Estás muy callada.

—¿Quieres jugar al veo-veo? —dijo Nicole.

—Vale. —Más silencio.

Después de otro par de kilómetros, Nicole soltó una maldición.

—Mierda.

—¿Qué?

—Veo un coche de policía por el retrovisor. —Entonces, era Nicole la que conducía—. Se acerca por el carril de adelantamiento.

—¿Tiene las luces encendidas? —preguntó Lewis. Con todos los

puntos ciegos que ofrece una furgoneta, Lewis probablemente no podía ver el coche.

—No, están apagadas, pero… Mierda.

—¿Qué?

—Las acaba de encender.

Y entonces todos oímos un par de silbidos de la sirena. Podía sentir a Thomas removiéndose cerca de mí. Sin duda había estado escuchando todo tan atentamente como yo, y ese último acontecimiento probablemente lo había hecho preguntarse si era motivo de esperanza.

La furgoneta frenó.

—Tranquilízate —pidió Lewis.

—¿Todavía llevas la placa? —preguntó Nicole—. Si cree que eres de la policía de Nueva York, puede que nos deje en paz.

—No. —Lewis se dirigió a nosotros—. Si alguno de vosotros hace ruido, dispararé al policía.

La furgoneta se salió del arcén y el pavimento liso se convirtió en piedra triturada. Se detuvo y Nicole la dejó en punto muerto, con el motor en marcha.

—Ha aparcado justo detrás de nosotros —dijo—; la puerta se está abriendo. Aquí vie… Es una mujer.

—Mierda —refunfuñó Lewis—, siempre son peores.

Oí bajar una ventanilla.

—¿Agente? —preguntó Nicole.

—Carné de conducir y permiso de circulación —dijo.

—Claro. Cariño, ¿por qué no miras en la guantera? —le preguntó Nicole a Lewis, que parecía estar revolviendo unos papeles, buscando algo.

—¿Esta furgoneta es suya? —preguntó la mujer.

—No, es de alquiler —respondió Nicole—. Vamos a casa de su hermana en White Plains, a ayudarla a mudarse a Albany. ¿Iba demasiado rápido?

—Tienen una luz trasera fundida —dijo la policía.

—Oh, vaya. ¿Soy yo la responsable de eso? —preguntó Nicole—,

¿No es culpa de la empresa de alquiler?

—Cuando el vehículo está bajo su responsabilidad, señora, usted es responsable de cualquier problema.

—Vale, bien, si es así… Si me multan por esto, ¿puedo reclamar que la paguen los de la empresa de alquiler?

Nicole era buena. No pretendía echarla, deshacerse de ella a toda prisa, lo que haría saltar las alarmas.

—Eso depende de usted. No voy a multarla, pero si va a tener la furgoneta durante algún tiempo, tendrá cambiar la bombilla, y puede enviar la factura a la empresa de alquiler.

—Se lo agradezco mucho, agente. Tenga, aquí está el permiso de circulación y mi carné.

—Voy a llevar esto a mi vehículo, señora. Por favor, espere aquí hasta que regrese.

—Claro.

Oí los pasos de la agente mientras volvía a su coche.

—Os estáis portando muy bien —susurró Nicole.

Unos segundos más tarde, la policía estaba de vuelta en la ventanilla.

—Bueno, aquí tiene el permiso y el carné. Y como ya le he dicho, arregle esa luz trasera en cuanto pueda.

—Por supuesto —asintió Nicole.

—Gracias, agente —añadió Lewis.

—¿Qué tienen ahí? —preguntó la policía.

No sabía cómo estaba Thomas, pero a mí se me paró el corazón. El mundo, en ese momento, pareció congelarse, como si hubiéramos entrado en una especie de animación suspendida.

Estaba pensando: «Por favor, saque su arma, señora. Saque su arma».

Pero Nicole estuvo al quite, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Tenemos una pila de mantas de mudanza para que no se rayen los muebles.

—¿Le importaría abrirme la parte de atrás? —pidió la mujer.

—¿Mmm? —murmuró Nicole.

—Ábralo y luego pueden seguir su camino.

—Claro —dijo Nicole. Oí un cinturón de seguridad desabrocharse y retraerse. Me pregunté si estaría buscando su picahielos o si Lewis estaría sacando su pistola.

Se abrió una puerta y sonó como si Nicole hubiera salido. Dos pares de pisadas bajaron por el lateral de la furgoneta y se detuvieron en la parte trasera.

«Va a morir; la policía va a morir».

—¿Podría abrirlo, señora? —insistió.

—Claro.

Esperaba oír cómo se abría la puerta, pero en su lugar se oyó una especie de graznido electrónico, estática. Luego oí a la policía diciendo algo ininteligible.

—Buenas noches, señora, pueden irse —se despidió después de eso. Luego, pasos que se alejaban, el rugido del coche de policía, neumáticos que golpeaban el asfalto y chirriaban.

Una puerta volvió a abrirse y la furgoneta se movió ligeramente cuando Nicole volvió a entrar.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Lewis.

—Recibió una llamada de emergencia.

Volvimos a la carretera.

Durante la hora siguiente, se oía más tráfico. No éramos capaces de mantener una velocidad constante. El zumbido de los neumáticos sonó hueco al cruzar un puente.

Estábamos claramente en una zona más densamente poblada. Se oían los ruidos de otros coches, radios, bocinas. Giramos a la izquierda y luego a la derecha, y otra vez a la izquierda. Más vueltas de las que podía contar o recordar.

Por último, la furgoneta se detuvo de repente y dio marcha atrás, girando bruscamente. El eco nos devolvió el sonido del motor, como si estuviéramos en un garaje o en un callejón.

Nicole apagó el motor y los dos se bajaron. Segundos después, se

abrieron las puertas traseras.

—Vale, chicos, ya hemos llegado —anunció Nicole.

CINCUENTA Y OCHO

«No puede significar nada», pensó Howard, momentos después de haber terminado de hablar con Lewis. Se paseó por el suelo del salón de su casa de piedra rojiza, intentando reflexionar.

Esa llamada a la casa de Kilbride de alguien que decía ser Bill Clinton era sin duda lo que Lewis creía que era: una llamada de broma, o incluso podría ser que fuera Bill Clinton, solo que no ese Bill Clinton. El propio Howard había conocido a un Franklin Clinton, un Robert Clinton y una Eleanor Clinton. En Promise Falls probablemente había media docena de Bill Clinton, y probablemente los había también en todos los pueblos de América.

Y por muy preocupado que estuviera Howard por la posible implicación de la cia en sus problemas y en los de Morris, no tenía ningún sentido para él que un expresidente estuviera involucrado de alguna manera. Eso parecía aún más absurdo que un ilustrador de Vermont haciendo un trabajo de investigación encubierto.

Pronto lo resolvería, cuando pudiera hacer preguntas cara a cara a Ray Kilbride y a su hermano. Confiaba plenamente en que Lewis, y esa mujer que había estropeado las cosas en primer lugar, y a la que Lewis se había llevado para esa misión, serían capaces de persuadirlos para que hablaran.

Howard se preguntaba por qué Lewis la había hecho acompañarlo para que participase en ese —o eso esperaba sinceramente Howard — último paso para atar todos los cabos sueltos de ese desafortunado embrollo. Pero tenía un presentimiento. En ese instante, en el que ese asunto estaba llegando a su fin, Lewis iba a arreglar las cosas. El error de la mujer les había causado a todos un gran dolor de cabeza. Howard conocía a Lewis desde hacía tiempo y sabía que no podía dejarlo pasar.

Lewis haría lo que creyera que tenía que hacer y Howard no

necesitaba saberlo.

Casi tres horas después, recibió otra llamada de Lewis.

—Hemos llegado, estaré allí enseguida —dijo Howard.

Habían llegado tarde a la ciudad, con retraso. Howard no iba a poder reunirse con Morris Sawchuck. Lo llamaría desde el coche para cancelarlo.

Howard salió a la entrada de su casa de piedra rojiza de la calle Ochenta y uno. Su Mercedes negro estaba aparcado calle arriba. Se dirigió hacia él y, de pie junto a la puerta del conductor, sacó el móvil y llamó a Morris.

—Hola —dijo Morris—, estoy en camino.

De fondo se oían ruidos apagados de conducción. Debía de estar en su limusina, con su chófer, Heather, que estaba disponible para llevarlo siempre que lo necesitara, veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

—Lo siento, Morris, pero me temo que vamos a tener que dejarlo para otro día.

—¿Qué pasa?

—No me encuentro muy bien, creo que he cogido la gripe. Hablamos por la mañana. A lo mejor podemos quedar mañana por la noche. Mil disculpas.

—Siento oír eso; me hacía ilusión, pero si estás enfermo, tienes que cuidarte.

—Gracias, agradezco tu comprensión. —Howard forzó una risita—. Nuestros planes para dominar el mundo aguantarán hasta mañana. —Abrió la puerta del conductor y se puso al volante con el teléfono pegado a la oreja.

—Por supuesto —dijo Morris—, mañana hablamos.

Howard colgó, tiró el teléfono sobre el asiento de piel del copiloto y cerró la puerta. Accionó el contacto y salió a la calle.

Heather acababa de girar con el coche en la Ochenta y una mientras Morris, en el asiento trasero, le decía a su amigo que se cuidara, que ya hablarían al día siguiente.

—¿No es el señor Talliman el que va delante, señor? —preguntó Heather.

Morris se desplazó al centro del asiento, miró por el parabrisas y vio el coche de Howard alejándose de la acera.

—Sí —dijo Morris—, parece que se encuentra bien para conducir.

—¿Quiere que me pare a su lado?

Morris solo lo tuvo que pensar un segundo.

—No, no vamos a hacer eso.

—¿A casa, entonces?

—No —dijo—, vamos a ver a dónde va.

Y eso hicieron, seguirlo por todo el centro hasta la calle Cuarta este. Howard aparcó su Mercedes en la acera y se acercó a la puerta principal de una tienda en penumbra. Había un callejón a su izquierda, y una furgoneta blanca aparcada.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Morris. Su vista no tenía la agudeza de antes, pero Heather era un búho por la noche.

—Antigüedades Ferber —respondió. Aunque el escaparate no estaba iluminado, ella dijo que le había parecido ver una gran variedad de juguetes infantiles, de los que ya no se fabricaban; coches de metal, trenes antiguos, lo que parecía una grúa Mecano, un juego de boxeo Rock'em Sock'em Robots.

—¿Qué demonios hace en una juguetería en mitad de la noche? —se sorprendió Morris—. Ese sitio está cerrado.

—Sí —dijo Heather—, pero hay alguien dentro; se acaba de encender una luz en la parte de atrás, más bien un parpadeo, en realidad.

Morris vio cómo alguien quitaba el cerrojo de la puerta, la abría lo suficiente para que Howard entrara y la cerraba tras él. Un momento después, vio otro parpadeo de luz, como si una cortina se moviera de un lado a otro, y entonces la tienda se quedó a oscuras.

—Esperaremos aquí —decidió Morris.

CINCUENTA Y NUEVE

Esa misma tarde, el Consejo Municipal de Promise Falls se enzarzó en un acalorado debate sobre cobrar por poner publicidad en terrenos municipales. Las empresas podían comprar un cartel en el que pusiera: «Este jardín está subvencionado por…» seguido del nombre de la empresa. El cartel se clavaría en el suelo en los jardines municipales. Así que los residentes podrían ver uno junto al jardín de tulipanes en el extremo sur de las zonas comunitarias, o a lo largo de la mediana en Saratoga, o en el pequeño parque en el extremo oeste de la ciudad, donde la gente con perros podía dejar que sus mascotas corrieran sin correa. Algunos concejales pensaron que las señales serían una mancha en el paisaje. Otros pensaban que el plan era una buena forma de obtener ingresos sin subir los impuestos. Alguien preguntó: «¿Qué vamos a hacer cuando un *sex shop* quiera patrocinar un jardín frente a una iglesia?, ¿alguien lo ha pensado?».

Julie McGill, sentada en la mesa de prensa, tomando notas y dando una muy buena impresión de alguien a quien le importa una mierda, se preguntaba si había comprado el tipo de vino adecuado para tomárselo con Ray.

No sabía si a él le gustaba más el vino tinto o el blanco, o, a lo mejor, ni siquiera le gustaba el vino. No lo conocía desde hacía tanto tiempo como para saberlo. Antes de ir a cubrir la reunión del Consejo, había comprado dos botellas de tinto californiano, una de blanco californiano, una de blanco francés y un *pack* de seis cervezas Amstel. De ese modo, tenía todas las bases cubiertas.

El problema era que se lo había dejado todo en el coche al llegar al ayuntamiento. Y no era plan de entrar en el despacho del alcalde para decirle: «Oye, ¿puedes poner esto en la nevera mientras apunto todas las estupideces que tú y el resto del consejo vais a

decir en las próximas horas?». Vale, quizá no importaba tanto con el tinto, que supuestamente no se servía frío, aunque a Julie le gustaba así. A lo mejor, cuando llegara a casa de Ray, podían empezar con el tinto y meter las dos botellas de blanco en el congelador durante media hora o así.

Dios, tanta planificación en torno a la bebida era como estar de vuelta en la escuela secundaria. Aunque, tenía que admitirlo, su actitud al respecto no había cambiado mucho desde entonces. ¿Qué importaba lo que bebieran mientras se emborracharan? Y entonces, tal vez, con un poco de suerte, podrían terminar lo que habían empezado la noche anterior.

No tendría que volver a la oficina para escribir el artículo, *El Standard* tenía una oficina en el ayuntamiento. Julie entraría allí, escribiría un artículo en uno de los ordenadores sobre ese ridículo debate, archivaría el maldito asunto y se largaría de allí. ¿Esos payasos habían pensado bien la propuesta? Le asombraba que una sola persona pensara que era buena idea poner anuncios horteras junto a rosas, tulipanes y azaleas. No se necesitaba cerebro para ocupar un cargo, solo se necesitaban votos.

Sentada allí, tomando notas, Julie pensó que preferiría estar haciendo llamadas sobre Allison Fitch. Quién era, por qué había desaparecido, cómo había acabado muerta en Florida meses después de esfumarse de su apartamento de Nueva York… Pensaba que era una buena historia, pero sabía que, si la conseguía, sería difícil de vender a sus propios editores. «¿Qué tiene esto que ver con Promise Falls?», querrían saber. Tendría que venderles el ángulo local. Ese sería Thomas, que había descubierto sin querer lo que fuera que había ocurrido, explorando el planeta en Whirl360.

Eso la hizo reflexionar.

¿Le parecería bien a Thomas formar parte del artículo? ¿Cómo se sentiría Ray al respecto? Había escrito muchos artículos sin pensar en la vergüenza que podría causar a los involucrados, pero esa vez no quería hacerlo así.

Encontraría una manera de evitarlo.

El debate sobre los anuncios en los jardines terminó con un valiente voto a favor de aplazar cualquier decisión y remitir el asunto a una comisión para su estudio. Todo lo que quedaba en el orden del día tenía aún menos importancia, así que Julie cogió su bloc de notas y su bolso, y archivó su artículo desde el despacho del *Standard* en las instalaciones. Después se subió al coche, tanteó el suelo de detrás del asiento del copiloto para asegurarse de que sus compras de bebidas seguían allí, y se dirigió fuera de la ciudad, a casa de los Kilbride.

Estaba a unos doscientos metros de su destino cuando vio una furgoneta blanca que salía de la entrada y se dirigía hacia ella. Los faros de la furgoneta pasaron parpadeando. No pudo ver quién conducía y ni siquiera intentó echar un vistazo, no le pareció importante. Al principio, no estaba segura de que la furgoneta hubiera salido de la entrada de Ray.

Echó un vistazo por el retrovisor lateral a la furgoneta que se retiraba, lo suficiente para darse cuenta de que tenía una luz trasera fundida.

Julie puso el intermitente y giró hacia la entrada, acercando el coche a la casa. El coche de Ray estaba allí, al igual que la vieja furgoneta Chrysler de su padre, y la casa estaba iluminada como si hubiera una fiesta. Las luces del salón estaban encendidas, y pudo ver que también lo estaban las de la habitación de Thomas.

Cogió la bebida del asiento trasero, salió del coche, subió los escalones del porche y llamó a la puerta. Como no vino nadie al cabo de diez segundos, la abrió y gritó.

—¡¿Hola?! —Esperó un momento. Al no oír nada volvió a gritar—. ¡¿Ray?! ¡No puedo beberme todo este yo vino sola! Bueno, igual sí.

Seguía sin haber respuesta.

Entró en la casa, dejó la bolsa con las botellas en la silla más cercana y miró en dirección a la cocina. No había nadie, así que fue al pie de la escalera.

—¿Hay alguien en casa?

Julie subió los escalones de dos en dos, asomando la cabeza

primero en la habitación de Thomas, luego en la de invitados y en lo que solía ser el dormitorio del padre de Ray. La puerta del baño estaba abierta y pasaba algo en la habitación de Thomas.

Julie volvió a esa habitación, entró e inmediatamente vio lo que le había llamado la atención a nivel inconsciente un momento antes: había un revoltijo de cables desconectados en la mesa, los tres monitores estaban en blanco y la torre del ordenador había desaparecido.

—¿Qué dem…? —dijo Julie en voz baja. Volvió a bajar las escaleras y, mientras atravesaba la cocina, se dio cuenta de que salía luz de detrás de la puerta abierta del sótano—. ¿Hay alguien ahí abajo? —preguntó.

Bajó las escaleras aunque nadie respondió. Había algo en el suelo llamó su atención, algo aún más preocupante que la torre de ordenador desaparecida: unas esposas de plástico blancas.

—No —susurró.

Subió corriendo las escaleras y salió por la puerta trasera. Corrió a lo alto de la colina que daba al arroyo y llamó a gritos a Ray y Thomas. Luego corrió hacia el granero y volvió a hacer lo mismo.

—No me jodas —maldijo, y corrió de vuelta a su coche.

¿Cuánto tiempo llevaba allí, unos cuatro minutos? No era mucho, pero una furgoneta podía recorrer seis o más kilómetros en ese tiempo. ¿Qué posibilidades tenía de alcanzarla?

Eso no le impidió hacer girar el coche y alcanzar los ochenta kilómetros por hora antes de llegar al final de la entrada. El coche patinó y estuvo a punto de ponerse a dos ruedas cuando ella se incorporó a la carretera y aceleró a fondo en la dirección que había tomado la furgoneta.

Una vez que llegara a la primera intersección, ¿en qué dirección iría?: ¿a la izquierda?, ¿a la derecha?, ¿todo recto? No tenía ni idea de adónde se dirigía la furgoneta. Además, no sabía con certeza si Ray y Thomas estaban dentro.

—¡Mierda! —gritó—, ¿por qué demonios no lo he llamado al móvil?

Tanteó a ciegas en el bolso que tenía en el asiento de al lado

hasta que encontró su teléfono. Lo sostuvo frente a ella, con un ojo en la carretera y otro en el teléfono, y llamó al número de Ray.

Se acercó el teléfono a la oreja, con la mano izquierda agarrando el volante. Sonó una vez, dos veces…

—¡Venga!, ¡contesta al maldito teléfono, imbécil!

Al séptimo toque, saltó el buzón de voz. «Hola, soy Ray. Ahora mismo no puedo…».

—¡Joder!

Julie gritó, pero no porque Ray no hubiera contestado. Frenó en seco, soltó el teléfono para poder poner las dos manos en el volante y dirigió el coche hacia el arcén.

La furgoneta estaba más adelante, en la gasolinera Exxon.

Un hombre estaba de pie junto a ella, utilizando el surtidor de autoservicio para repostar. Desde donde estaba sentada, al borde de la carretera, no podía ver la parte delantera de la furgoneta, aunque le pareció ver un codo apoyado en el alféizar de la ventanilla del conductor.

¿Qué debía hacer? Ni siquiera estaba segura de que fuera la misma furgoneta que había salido de casa de Ray. Estaba claro que parecía la misma, una furgoneta de tipo comercial, sin ventanillas laterales. ¿Debería entrar con el coche y aparcar junto al surtidor para ver de quién era ese codo o si había alguien más en la furgoneta?

Solo podía pensar en Allison Fitch y en la pareja muerta de Chicago. Si la gente que los había matado se había dado cuenta de que Ray había estado en el apartamento, entonces…

El hombre volvió a colocar el tapón en el depósito de gasolina de la furgoneta, colocó la pistola en el surtidor y entró en a pagar. Entonces iba a pagar en efectivo, ya que podías usar tu tarjeta en el surtidor si querías.

Mucha gente pagaba en efectivo, pero si no quisieras tener constancia de dónde has estado, seguro que no usarías la tarjeta.

Antes de que Julie pudiera decidir qué hacer, la decisión se tomó sola. El hombre volvió a la furgoneta y subió por el lado del

pasajero. La luz trasera se encendió —solo una, así que era la furgoneta correcta— y el vehículo salió de la estación y volvió a la carretera.

Julie levantó el pie del freno y lo siguió. Se mantuvo bien atrás. No había muchos coches en la carretera a esas horas de la noche, y la furgoneta era grande, cuadrada y blanca, así que no era difícil mantenerla a la vista.

La furgoneta frenó un par de veces en los cruces, como si el conductor no supiera dónde estaban o por dónde ir, pero pronto encontró el camino hacia la interestatal, rumbo sur, que, si la seguías durante un par de horas, te llevaba a Nueva York.

Julie miró el indicador de combustible; tenía medio depósito lleno. Esperaba que, fuera donde fuera, la furgoneta llegara antes de que se quedara sin gasolina.

Una vez en la autopista, Julie se mantuvo bien atrás para no hacer sospechar al conductor de la furgoneta. Su teléfono estaba en el suelo, en algún lugar bajo el asiento del pasajero. Se desabrochó el cinturón de seguridad y, con algunas contorsiones precarias, consiguió alcanzar el teléfono con la mano derecha, con la cabeza sumergida bajo el salpicadero, sin dejar de mantener el coche en línea recta.

Pasando la mirada una y otra vez de su teléfono a la carretera, llamó a la policía de Promise Falls, se identificó como reportera del *Standard* y pidió hablar con el inspector Barry Duckworth.

—Hoy no trabaja —dijo la operadora.

—¡Pues entonces llámelo a casa y dígale que me llame! —exclamó Julie.

—¿Perdone? —preguntó la operadora.

Julie le dictó el número de su móvil.

—Solo dígale que me llame, ¿de acuerdo? Es sobre los Kilbride.

—Ya veremos —dijo fríamente la operadora, y colgó.

«Mierda», pensó Julie. Había sido demasiado borde. No le

gustaban las posibilidades que había de que la operadora transmitiera su mensaje.

Segundos después de que la operadora diera por finalizada la llamada, un coche de policía pasó a toda velocidad por delante de Julie en el carril de adelantamiento, provocándole un infarto momentáneo. Al principio, ilógicamente, pensó que tenía algo que ver con su llamada a la policía de Promise Falls, pero se trataba de un coche de la policía del Estado de Nueva York, de los que patrullaban regularmente por la interestatal.

Julie vio cómo seguía alejándose de ella a toda velocidad, pero al acercarse a la furgoneta se metió en el carril de detrás, permaneció allí un minuto más o menos y entonces se encendieron las luces intermitentes.

—¡Sí! —exclamó Julie cuando la furgoneta se detuvo en el arcén.

Julie hizo apagó las luces, pero siguió conduciendo por el arcén, acortando la distancia entre ella y el coche patrulla para poder ver mejor lo que ocurría. Supuso que, si Ray y Thomas estaban realmente retenidos contra su voluntad en aquella furgoneta, como sospechaba, pronto estarían libres, los rescatarían.

La policía —parecía una mujer desde donde se encontraba— se acercó a la furgoneta. Intercambió algunas palabras con el conductor, probablemente pidiéndole el permiso de circulación y el carné de conducir. Luego volvió al coche, subió y se sentó allí mientras la furgoneta esperaba.

—Vamos, vamos —dijo Julie en voz alta.

Pasaron tres minutos antes de que la policía saliera de su coche y devolviera los papeles al conductor. Entonces… Hola, ¿qué estaba pasando? La conductora, una mujer rubia, se bajó y se acercó a la parte trasera de la furgoneta con la policía.

«Quiere que abra la parte de atrás».

—Abre la puerta, abre la puerta, abre la puerta.

Pero justo cuando la rubia tenía la mano en la palanca, la policía se dio la vuelta y corrió hacia su coche, se subió y se marchó a toda velocidad.

—¡No!

Julie podía adivinar lo que había pasado. Otra llamada más urgente había tenido prioridad.

Tal vez, cuando la policía estaba hablando con el conductor, había notado algo sospechoso en la parte trasera; pero no cuerpos, porque si hubiera creído ver algún cuerpo, vivo o muerto, no habría acudido a la otra llamada. ¿Una caja grande, tal vez? ¿Algún tipo de contenedor que pudiera contener drogas?

Tenía que haber visto algo.

—Mierda —dijo Julie cuando las luces intermitentes del coche de policía se desvanecieron en la distancia. La mujer volvió a subir a la furgoneta, y segundos después esta siguió su camino y Julie también.

Casi veinte minutos después, sonó el móvil de Julie. Respondió sin mirar quién era.

—¿Hola?

—Soy el Inspector Duckworth. ¿Qué es eso tan importante que tiene que ponerse borde con nuestra operadora, señorita McGill?

—Creo… Vale, no lo sé seguro…, pero creo que alguien puede haber secuestrado a Ray Kilbride y a su hermano.

—¿De qué está hablando?

Le contó que había llegado a la casa de los Kilbride segundos después de que una furgoneta saliera de la entrada, que no había nadie en casa, que el ordenador desaparecido y que había encontrado un juego de esposas de plástico.

—Se suponía que me iba a devolver la llamada —dijo Duckworth.

—¿Qué?

—Ray Kilbride me ha llamado, luego nos han interrumpido y ha dicho que volvería a llamarme enseguida, y no lo ha hecho.

—Tengo razón —dijo Julie—, se los han llevado.

—¿Quién demonios haría eso? —preguntó Duckworth—. Oiga, voy a ir a la casa de los Kilbride, a ver qué está pasando. ¿Tiene la matrícula de la furgoneta?

—No estoy lo suficientemente cerca para verla. Cuando tuve la

oportunidad, no pensaba con claridad.

—Vale, mire, si pasa algo con la furgoneta, llámeme a este número, es el de mi móvil. ¿Entendido?

—Sí.

Continuó siguiendo a la furgoneta.

Había un accidente en el otro extremo del túnel Lincoln y los coches pasaban de uno en uno. La furgoneta blanca estaba a unos cinco coches de distancia y, una vez superado el accidente, salió disparada.

Cuando el coche de Julie superó el accidente y se dirigió a la isla de Manhattan, la furgoneta no aparecía por ninguna parte.

—¡Hijos de puta! —gritó, golpeando el volante con el puño.

SESENTA

Después de quitarme las mantas de mudanza y sacarme de la furgoneta, Nicole o Lewis me arrancaron la cinta que me ataba las piernas, pero seguí con el pasamontañas puesto. Me condujeron a través de una puerta y me guiaron no más de cuatro metros por lo que supuse que era un pasillo corto. En un momento dado, mi hombro rozó una pared y unas tablas crujieron bajo mis pies. Unas manos me sujetaron ambos hombros desde atrás, como si me guiaran a través de una puerta.

Entonces las manos me detuvieron y me giraron ciento ochenta grados.

—Siéntate —ordenó Lewis; me pasó los brazos atados por el respaldo de lo que parecía una silla de madera normal y luego me empujó hacia atrás. Luego me pasó un par de vueltas de cinta adhesiva por la cintura para asegurarme a la silla. No me pegó los tobillos a las patas, así que los moví en pequeños círculos, haciendo circular la sangre por donde podía. De repente, alguien agarró el pasamontañas por la parte superior de mi cabeza y tiró, arrancándome un mechón de pelo en el proceso.

Parpadeé varias veces mientras mis ojos se adaptaban a la luz, aunque no era demasiada. Lewis estaba de pie justo delante de mí, pero se apartó cuando Nicole hizo entrar a Thomas en la habitación. Lo empujaron a una segunda silla a unos metros de mí, le pusieron cinta adhesiva y Nicole le quitó el pasamontañas. Parpadeó un par de veces, como yo, y luego intercambió conmigo una mirada asustada.

—Voy a por el ordenador —dijo Lewis— y a decirle a Howard que estamos aquí.

Estábamos en una habitación sin ventanas, de unos cuatro metros por cuatro, que daba la sensación de ser una trastienda. En un

rincón había un escritorio antiguo y pesado, con la puerta corredera levantada para poder colocar un ordenador. Los cubículos estaban repletos de papeles, que parecían facturas, recibos y recortes de periódico. Las paredes estaban casi totalmente cubiertas de estanterías, hechas del mismo tipo de tablones que componían el desgastado suelo de madera. Las estanterías estaban abarrotadas de libros viejos y mohosos, relojes antiguos, figuritas de Royal Doulton y cámaras anticuadas con fuelles que se podían estirar, al estilo acordeón. Pero, sobre todo, había juguetes; coches y camiones de hojalata de hacía varias décadas, con la pintura desgastada por niños que muy probablemente ya estaban muertos, soldaditos de plomo, Dinky Toys, como los que tenía cuando era niño; vi un camión cisterna Esso como el que mi padre me había regalado cuando tenía tres años, un surtido de maquetas del Batmóvil, en metal y plástico y a varias escalas; un juego de dardos y aros para el césped, como los que una vez tuvimos y con los que jugábamos en el patio trasero hasta que Thomas estuvo a punto de herir al perro del vecino; un casco de bombero de plástico de tamaño infantil en color rojo con la palabra «Texaco» estampada en la parte delantera. Cajas de cartón de viejos juegos de mesa basados en programas de televisión cancelados hacía tiempo, como *Colombo*, *El hombre de los seis millones de dólares, La tribu de los Brady* y *El hombre de U.N.C.L.E.* Y, por supuesto, innumerables muñecas: Barbie, Raggedy Ann, Cabbage Patch Kid y bebés de plástico de tamaño natural cuyos ojos se cerraban al tumbarlos. A algunos les faltaban miembros; a otros, cabezas. En una estantería había una colección de viejos robots de metal; en otra, una pila de trenes de hojalata que parecían haber sufrido un accidente catastrófico. Tres pelotas negras, cada una del tamaño de una de squash, que reconocí como Wham-O Super Balls de los años sesenta, de las que podían rebotar por encima de una casa.

Pero no sentí nostalgia al contemplar estos tesoros de ayer. Lo que sentí fue miedo: estaba cagado de miedo.

Lewis volvió con la torre de ordenador y la colocó sobre el

escritorio. Desconectó varios cables del ordenador que había allí y los conectó al de Thomas.

Nicole, inexpresiva, se dirigió a Thomas y a mí.

—Alguien os va a hacer algunas preguntas, así que os voy a quitar la cinta. Si alguno de vosotros empieza a gritar, le haré daño al otro, con rapidez y con fuerza, ¿está claro?

Ambos asentimos. Nicole me arrancó la cinta de un golpe corto y cruel. Hice una mueca de dolor, me lamí los labios y probé la sangre. Cuando se lo hizo a Thomas, él chilló.

—¡Eso duele! —exclamó, como si le hubieran dado una patada en el patio del colegio. Pero luego se disculpó inmediatamente con Nicole—. Lo siento, estaré callado, no hagas daño a Ray.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No. Me duelen los brazos, los labios y no siento las manos.

Yo tampoco sentía las mías y las esposas de plástico me estaban cortando la circulación. Apelé a Nicole.

—Las manos de mi hermano deben de estar poniéndose azules y las mías también. ¿Puedes ayudarnos?

Lewis buscó en su mochila un par de alicantes con el mango naranja.

—No hagas ninguna tontería —me dijo mientras me cortaba las esposas y me sujetaba las muñecas a la silla con cinta adhesiva. La sangre volvió a mis dedos y cerré y abrí las manos una docena de veces para quitarme el hormigueo. Lewis hizo lo mismo con Thomas y luego volvió a ocuparse de la torre del ordenador, conectó los últimos cables y pulsó el botón de arranque. La máquina empezó a zumbar y el monitor que había requisado se iluminó.

—Todo lo que está ahí es confidencial —dijo Thomas.

La pantalla de inicio, de color azul empolvado y con solo un par de iconos, proyectaba una suave luz sobre la habitación. Había uno para abrir el navegador de Internet, otro para el correo y otro en una esquina para la papelera.

Lewis entró en la red y comprobó el historial de Internet del

ordenador. Thomas no había tenido ocasión de despejarlo, como era su costumbre al final de la jornada, pero no había mucho que mirar, solo un montón de ubicaciones de Whirl360.

—¿Nunca ves porno o algo así? —preguntó Lewis.

Thomas no parecía entender si se trataba de una pregunta seria o no.

—No tengo tiempo —respondió.

Lewis iba haciendo clic de imagen en imagen, de ciudad en ciudad, en todos los lugares que Thomas había explorado ese día; bueno, el día anterior, ya que tenía que ser después de medianoche.

—¿Por qué…? No, dejaré que Howard te lo pregunte, no tiene sentido pasar por ello dos veces.

Salió de Whirl360 y abrió el programa de correo.

—No debería estar leyendo eso —protestó Thomas y empezó con las preguntas—. ¿En qué ciudad estamos?, ¿en qué calle estamos?, ¿cuál es la dirección?

Yo me estaba preguntando lo mismo, aunque quizá no con el mismo nivel de detalle. Llevábamos conduciendo el tiempo suficiente para estar en Nueva York o en Boston o en Búfalo y probablemente en otra media docena de otros centros urbanos. Por lo que sabía, podríamos estar en Filadelfia.

Nicole lo ignoró, al igual que Lewis.

Thomas me miró.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé, lo sé, intenta aguantar.

Lewis abría un correo electrónico tras otro, meneando lentamente la cabeza, sin duda tratando de descifrar qué demonios tramaba Thomas con todas sus actualizaciones a la cia.

—¡Qué coño…!

Siguió leyendo actualizaciones mientras Nicole husmeaba por la habitación; sacaba un libro, miraba la portada y lo devolvía a su sitio; cogió una muñeca de la estantería y la examinó como si fuera un recuerdo de otro planeta.

—Mi madre no me dejaba jugar con muñecas —dijo sin dirigirse a

nadie en particular.

Todos levantamos la vista cuando oímos un golpe. Venía de una dirección distinta de por donde habíamos llegado. Me pareció que habíamos entrado en esa habitación por una puerta lateral, pero el golpe sonó como si viniera de delante. Lewis dejó el ordenador y apartó una cortina verde que hacía de puerta entre la habitación y la parte delantera de la tienda. A medida que la luz se filtraba en la sala delantera, pude distinguir más y más expositores de juguetes antiguos muy bien ordenados.

—Es él —anunció Lewis sin dirigirse a nadie en particular mientras salía de la habitación.

¿Quién era *él*? Habían mencionado más de una vez que alguien quería hablar con nosotros; alguien a quien Lewis y Nicole mantenían informado.

No estaba menos asustado de lo que había estado desde que habíamos salido de casa, pero también sentía curiosidad. Cuando estás casi seguro de que vas a acabar muerto, preguntarte con quién te encontrarás después te sirve de distracción.

Oí tintinear una campanilla cuando Lewis abrió la puerta. Se oyó una conversación apagada y, a continuación, dos pares de pisadas que se dirigían a la parte trasera de la tienda.

—¿Qué es este lugar? —oí que un hombre le preguntaba a Lewis.

—Uno de los chicos que me ayudó a trasladar el cuerpo de Bridget es el dueño, es un loco de los juguetes —respondió.

«¿Bridget?».

Entonces apareció Lewis; descorrió la cortina para dejar entrar a un hombre corpulento, bajo y calvo de unos cincuenta años. Llevaba un abrigo que parecía hecho de pelo de camello o cachemir y un traje caro debajo.

Nos recorrió con la mirada a Thomas y a mí. Me pareció más estupefacto que amenazador.

—Así que estos son nuestros chicos —le dijo a Lewis.

—Sí —respondió.

Entonces los ojos del hombre se posaron en Nicole. Había

guardado la muñeca y estaba apoyada en una de las estanterías repletas de libros, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tú —masculló despectivamente—, tú eres la que lo ha jodido todo.

—Encantada de conocerte por fin, Howard —dijo ella, encontrándose con su mirada, mirándolo fijamente.

Thomas y yo le dimos a Howard una excusa para romper el contacto visual con ella.

—¿Quién eres tú? —me preguntó.

—Ray Kilbride, y él es Thomas, mi hermano.

—Dile a ese hombre, Lewis, que deje en paz mi ordenador —pidió Thomas.

Howard se volvió hacia Lewis.

—¿Lo has conectado?

—Sí y hay cosas muy raras, como estos correos electrónicos. —Howard buscó en su chaqueta una funda delgada, de la que extrajo un par de gafas de lectura—. Abre unos cuantos.

Lewis hizo algunos clics. Howard leyó rápidamente los correos electrónicos.

—¿Son todos así?

—Sí.

—¿Van todos a la cia, a la atención de Bill Clinton?

—Sí.

Howard nos miró y luego volvió a mirar a Lewis

—Cuéntame otra vez lo de la llamada.

—Alguien ha llamado a la casa, ha preguntado por ese y ha dicho que era Bill Clinton, lo que te he contado.

—Pero también me has dicho que no sonaba como él.

Lewis se encogió de hombros.

—A ver, nunca he hablado con ese hombre, pero no, no creo que sonara como él.

—La gente suena diferente por teléfono —dijo Thomas.

Howard seguía mirando la pantalla.

—Estos correos electrónicos, ¿están todos en la bandeja de salida?

—Así es —respondió Lewis.

—¿Y en la bandeja de entrada, o en los mensajes eliminados, hay algún mensaje de Bill Clinton o de alguien de la cia?

Lewis hizo algunos clics.

—Nada.

—Mmm —murmuró Howard. Volvió a atravesar la cortina y regresó con otra silla. Se sentó delante de Thomas y de mí. Primero me miró a mí.

—Ray, tengo varias preguntas para las que necesito respuestas directas. Supongo que entenderás lo que pasará si no me las proporcionas.

—Me hago una idea —contesté.

Asintió lentamente, como si estuviéramos en la misma onda.

—Volveremos luego a lo de Clinton, pero es más lógico empezar por el principio. ¿Para quién trabajas?

—Soy autónomo, ilustrador; trabajo por mi cuenta.

—Ya veo. ¿No haces ningún trabajo por cuenta propia que no esté relacionado con la ilustración?

—No.

—¿Y tú? —preguntó a Thomas—, ¿para quién trabajas?

—Yo también soy una especie de autónomo —dijo—, pero trabajo para la cia.

—No es cierto —dije—. Thomas…

Howard levantó una mano para hacerme callar.

—Thomas, dime qué haces para la cia.

—No debería decírtelo —dijo—, son *black ops*.

Howard enarcó las cejas.

—¿*Black ops*?

—Eso es lo que dijo el presidente Clinton, pero eso es solo una parte.

—Si no me lo dices, Thomas, haré que le rompan un dedo a tu hermano.

—No le hagas daño —pidió Thomas, pero pude ver cómo se debatía entre sacrificarme o no para proteger la misión.

—No pasa nada —dije—, cuéntaselo. No lo digo porque no quiera que me hagan daño, Thomas. —Decidí jugar con su visión del mundo—. Imagino que ya conocen la mayor parte, de todos modos.

Asintió lentamente. No sabía si me creía de verdad o si se sentía aliviado por haber encontrado una forma de contarle a Howard lo que quería saber sin sentirse demasiado culpable por ello.

—Pues… —explicó Thomas—, los estoy ayudando para cuando desaparezcan todos los mapas *online*, porque eso va a ocurrir tarde o temprano, y también voy a estar de guardia por si hay algún agente en apuros. Por ejemplo, si está huyendo en Bombay o donde sea y no sabe qué camino tomar, me llamará y podré decírselo. —Lo dijo con toda naturalidad, como un niño que habla de su ruta al colegio.

—Cuéntame más —dijo Howard.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sea.

—Memorizo mapas. Memorizo ciudades. Memorizo las calles. Así que, cuando desaparezcan todos los mapas, podré ayudar.

—El historial del ordenador es todo de Whirl360 —intervino Lewis.

—¿Memorizas calles en Whirl360? —preguntó Howard.

Thomas asintió.

—Sí, correcto.

Howard sonrió y se golpeó la cabeza con el dedo índice.

—¿Y lo guardas todo aquí arriba?

—Sí, correcto —repitió.

—¿Cómo funciona esto? Si te doy una dirección, ¿puedes describírmela? —Thomas asintió y Howard le dirigió una mirada escéptica—. Vale —dijo, siguiéndole el juego—, mi madre vive en Atlantic Avenue, en Boston. Tiene un apartamento allí.

Thomas cerró los ojos.

—¿Cerca de la calle Beach?, esa zona es muy bonita. ¿Vive en ese edificio con la inmobiliaria en el primer piso? Todas las aceras son de ladrillo rojo, son muy bonitas. —Abrió los ojos.

Howard parecía ligeramente desconcertado. Me miró.

—Nunca ha estado en Boston —le aclaré.

—Vale, tengo uno —dijo Lewis—, el bloque dos mil setecientos de la calle California en Denver. Entre la Veintisiete y la Veintiocho. —Se dirigió hacia Howard—: Crecí allí.

Thomas volvió a cerrar los ojos.

—¿En una de las casas azules de una planta, o en el edificio de apartamentos de seis pisos al otro lado de la calle con las fachadas pintadas en una especie de blanco, que luego pasan a color ladrillo, luego de nuevo a blanco, y…

—Joder —dijo Lewis—, es como si tuviera un puto ordenador en la cabeza.

—¿Cuál era, Lewis?, ¿una de las casitas azules, o un apartamento? —preguntó Howard.

—Un apartamento —dijo en voz baja.

Howard dio un largo suspiro, entrelazó los dedos y apoyó los antebrazos en los muslos.

—¿Cuántas ciudades estás memorizando, Thomas?

—Todas.

La cabeza de Howard retrocedió un poco por la sorpresa.

—¿Todas las de Estados Unidos?

—Todas las del mundo —dijo Thomas—, pero no he terminado. El mundo es muy grande. Si me preguntaras por ejemplo, por Gómez Palacio, en México, aún no he llegado allí. Probablemente hay más lugares a los que no he llegado que a los que he llegado, como ciudades y pueblos más pequeños, porque primero intento acabar con las ciudades grandes.

—Vale —dijo Howard, mirando a Nicole, que no había movido un músculo desde la última vez que había hablado con ella—. Entonces, Thomas, digamos que hemos establecido que tienes algún tipo de don. Tengo que admitir que estoy impresionado.

—Gracias —dijo Thomas. A pesar de nuestra situación actual, los elogios lo complacieron.

—Así que esto es lo que haces, memorizar calles —dijo Howard;

era una afirmación, no una pregunta—. ¿Y qué son todos esos correos electrónicos?

—Actualizaciones —respondió Thomas, con un tono que sugería que era una pregunta bastante tonta—, ¿qué otra cosa podría ser?

—¿Actualizaciones de qué?

—De cómo va el proyecto. Cuando memorizo ciudades nuevas, o partes de ellas, se lo hago saber al presidente.

—¿Y qué es eso otro que mencionaste, lo de que van a desaparecer todos los mapas *online*?

Thomas miró a Howard con recelo.

—Apuesto a que estás bien informado sobre eso.

—Bueno, si lo estoy, no pasará nada si me lo cuentas.

—Va a haber algún tipo de evento catastrófico que va a destruir todos los mapas *online;* un virus o algo así. Tal vez causado por algún enemigo de los Estados Unidos. Esto ocurrirá cuando todo el mundo se haya deshecho de sus mapas de papel, porque ahora todos dependemos del ordenador. Es como con las fotos, antes todo el mundo revelaba sus fotos en papel, pero ahora las cuelgan *online*. Cuando todo colapse, la gente perderá todas sus fotos y pasará lo mismo con los mapas.

Ahora Howard me miró.

—¿Lo dice en serio?

—Sí —respondí.

—¿Esta extraña habilidad suya tiene algo que ver con por qué apareciste en el apartamento de Allison Fitch en la calle Orchard?

Asentí.

—Thomas estaba memorizando esa calle, y vio a una mujer en la ventana, con una bolsa en la cabeza. —Tenía la boca seca y me lamí los labios—. Quería que lo comprobara.

—¿Cómo sabía cómo dar con ello?

—No lo sabía, lo encontró por casualidad.

—No —dijo Howard—, no me lo creo. Las probabilidades son de mil millones contra una.

—No —dijo Thomas—, lo más probable es que al final lo vea todo.

Howard se volvió hacia Lewis.

—¿Qué te parece?

—No sé, me parece poco probable; quizá alguien le pidió que lo buscara.

—¿Es eso lo que pasó, Thomas?, ¿que alguien te pidió que lo buscaras?

—No —dijo—, nadie lo hizo.

—¿Ni siquiera Bill Clinton? —Howard terminó la pregunta con una risa nerviosa.

—No, solo le envío los informes de progreso. Es mi enlace con la agencia.

—Pero nunca te contesta, no hay ningún correo electrónico en tu bandeja de entrada ni en la papelera.

—Se comunica conmigo, pero no por correo electrónico.

—¿Y cómo se comunica?

—Me habla, aunque últimamente, usa el teléfono.

—¿Oyes su voz, así sin más?

Thomas asintió.

Había estado tan preocupado por todo lo que nos había pasado a Thomas y a mí en las últimas horas, que no había tenido mucho tiempo para pensar en aquella llamada. Todavía no tenía ni idea de lo que significaba, y me preguntaba si tenía que entenderlo para utilizarlo de alguna manera en mi beneficio. Esta gente estaba claramente tan perdida como yo.

Howard sacudió la cabeza y se volvió hacia Lewis.

—No puede ser que este bicho raro tenga conversaciones con un expresidente.

—Estoy de acuerdo —aceptó Lewis—, es imposible.

—Thomas —continuó Howard—, ¿ves a algún médico?, ¿a algún psiquiatra?

—Sí, se apellida Grigorin.

—¿Y ese doctor te tiene medicado?

—Es una doctora —corrigió Thomas—. Y sí, eso hace que

desaparezcan las voces, en su mayor parte, pero a veces sigo oyendo al presidente.

—Por el teléfono y sin teléfono —comentó Howard.

—Por el teléfono lo oigo más claro —dijo Thomas.

—Es imposible —repitió Howard—, es totalmente imposible.

—Tienes razón —dije tímidamente, haciendo que Howard se girara y me mirara—. No tiene sentido que un expresidente de Estados Unidos llame por teléfono a alguien como Thomas y lo utilice para que colabore con la cia. Es ridículo, tienes toda la razón. —Howard se dio cuenta de que iba a llegar a algún sitio con lo que estaba diciendo, así que esperó—. Ya has visto lo que Thomas puede hacer, tiene un don extraordinario; pero al mismo tiempo, su visión de la realidad a veces está en desacuerdo con lo que el resto de nosotros creemos. Le diagnosticaron esquizofrenia cuando era mucho más joven. —Thomas me lanzó una mirada desdeñosa que significaba: *«Eso no quiere decir que no tenga razón»—.* Todo eso de la desaparición de todos los mapas y las *black ops* es un poco exagerado, pero digamos que tienes a alguien con un don tremendo, pero que también tiende a creer en conspiraciones grandiosas, que cree que hay gente muy poderosa interesada en lo que él tiene que ofrecer. ¿Lo llamas y le dices: «Hola, soy Joe Blow, me pregunto si podrías fisgonear un poco para mí»?, ¿O lo llamas y le dices: «Hola, fui presidente de Estados Unidos y necesito tu ayuda»?

Howard me estudió durante varios segundos.

—¿Qué quieres decir?

—Vale, voy a ser sincero, lo que estoy diciendo es que mi hermano no trabaja para la cia, ni para el fbi, ni para Bill Clinton, ni para Franklin Delano Roosevelt, pero está, sin saberlo —y en este punto le dirigí una mirada de disculpa a Thomas—, ayudando a Carlo Vachon.

—¿A quién? —preguntó Thomas.

—¿Vachon? —dijo Lewis—, ¿el mafioso?

Incluso Nicole, que había hecho todo lo posible por parecer desinteresada, se animó al oír aquello.

—¿Un mafioso? —dijo Thomas.

—Y —continué— valoran tanto a Thomas y lo vigilan tan de cerca que es muy probable que su gente esté vigilando este lugar ahora mismo.

SESENTA Y UNO

—Es absurdo —dijo Howard—, eso es sencillamente absurdo.

—Un momento, un momento, un momento —pidió Lewis, haciendo un gesto con la mano a Howard—. Cuando estaba investigando a este tipo —e hizo un gesto con la cabeza mirándome —, me topé con uno de sus dibujos, o ilustraciones como diría él, de Carlo Vachon.

—Así es —asentí—, le hice una caricatura para una revista, y le gustó tanto que quiso comprarla.

—No era un retrato halagador —dijo Lewis—, el tipo estaba pegado a la Estatua de la Libertad.

—A los mafiosos les encantan ese tipo de cosas —respondí—, son como los políticos; incluso cuando haces una caricatura poniéndolos a caer de un burro, quieren el original enmarcado en la pared. Mejor ese tipo de atención que ninguna.

—Sigo sin creérmelo —negó Howard.

—No quise aceptar dinero a cambio, aunque no es que me lo ofreciera, ya que creo que esperaba que se lo regalase. Pero cuando le dije que podía quedárselo, me invitó a comer.

—Comiste con Carlo Vachon —dijo Howard.

—Sí.

—¿Dónde?

«Piensa rápido».

—En el Tribeca Grand. —Donde Jeremy y yo nos habíamos reunido con Kathleen Ford.

—¿Qué comiste? —preguntó Howard.

«No mientas más de lo necesario».

—No tengo ni idea. Estaba cagado de miedo y no recuerdo casi nada. —Hice una pausa—. Bebí mucho, pero me preguntó por mi familia y empecé a hablar de mi hermano y de lo que hace, y

Vachon parecía muy interesado. —Howard no dijo nada esa vez. Esperó.

Pero Thomas metió baza.

—Nunca me has hablado de eso. ¿Cuándo fue?

—Espera. —A Howard le dije—: A Vachon no le importaba mucho el resto del mundo, pero dijo que le vendría muy bien un tipo que se sabía la ciudad de Nueva York con los ojos cerrados, que podía recordar cada detalle de las calles, por algunas de las mismas razones que Thomas mencionó, como por ejemplo si tienes un agente a la fuga. La diferencia es que no son agentes, son empleados de Vachon.

—No estoy nada contento, Ray —se quejó Thomas—; deberías habérmelo contado.

—No es fácil decirle que no a un tipo así —dije—, ¿sabes cuántos asesinatos están vinculados a la familia Vachon?, ¿crees que iba a mandar a la mierda a alguien así?

Howard y Lewis intercambiaban miradas, preguntándose si debían creerse esa sarta de estupideces. Lo bueno era que parecía que estaba ganando algo de tiempo; tiempo para qué, no lo sabía, pero aún no estábamos muertos, y eso era sin duda una ventaja. Me preguntaba si alguien estaba haciendo algún esfuerzo por encontrarnos. Julie tenía la intención de ir a nuestra casa. ¿Qué habría hecho cuando la había encontrado vacía, sin rastro de nosotros y con el coche aún en la entrada?

Howard estaba a punto de decir algo, cuando sonó su móvil. Lo sacó, vio quién era e hizo una mueca.

Se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, Morris… No, no, no te preocupes, no me has despertado. Sí, estoy en la cama, pero no consigo calmarme. Sí, claro, puedo llamarlo mañana. Ajá… Hizo un buen trabajo en esa campaña. No, no me importa, y de nuevo, lo siento por tener que cancelar esta noche. Simplemente no estaba en condiciones de… Ajá. De acuerdo, entonces. Cuídate tú también. —Colgó, guardó el teléfono, miró a Lewis y dijo—: Quería quedar esta noche.

Terminada la llamada, Howard volvió a centrar su atención en mí.

—A ver, ¿dónde estábamos? Ah, sí, tu historia. Me parece inverosímil en el mejor de los casos.

—¿Qué parte de todo lo que has oído hasta ahora te parece verosímil? —pregunté—. Mi hermano encontró en Internet un asesinato que cometisteis vosotros. ¿Eso te parece verosímil? ¿Suena verosímil que un puñado de asesinos profesionales como vosotros os quedarais tan vulnerables y expuestos? —Lo tenía a mi merced—. Si no me crees, ¿por qué no lo llamas?

—¿Perdón? —dijo Howard.

—A Vachon, llámalo.

Howard se rio.

—Qué buena idea, llamar al jefe de una de las familias criminales más poderosas de Nueva York en mitad de la noche; seguro que todo iría como la seda. —Luego se puso serio—. ¿Por qué estarían vigilando a Thomas?, ¿por qué debería creer que podrían estar vigilándolo ahora?

Tragué saliva.

—Si tuvieras un recurso como Thomas, ¿no querrías mantenerlo a salvo?

Pude ver un leve atisbo de preocupación en los ojos de Howard. No creo que se lo creyera, pero temía descartar por completo lo que le había dicho.

—Digamos que esta historia tuya es cierta —dijo—, que Carlo Vachon es el ángel de la guarda de Thomas. ¿Fue Vachon quien le hizo buscar la ventana?

¿Cuál era la mejor respuesta?, ¿sí, que Vachon sabía lo que habían hecho, o no, que no sabía nada? Tal vez, si hubiera tenido alguna idea de quién había muerto realmente en el apartamento, sabría qué respuesta dar. En un momento dado creímos que a Allison Fitch la habían asesinado allí, pero había muerto el día anterior. Lewis había dicho las palabras: «El cuerpo de Bridget» a Howard cuando había llegado. No tenía ni idea de quién era Bridget, pero me preguntaba si era la víctima de la calle Orchard.

Mientras pensaba, Thomas se me adelantó.

—Lo encontré por mi cuenta, ya te lo he dicho.

Howard se reclinó en su silla y respiró hondo.

—Juro por Dios, que no sé qué pensar. —Se giró para poder mirar directamente a Lewis—. Si se trata de un suceso aleatorio, si este *Rain Man* friki realmente se tropezó con esa imagen en la página web por casualidad, entonces nuestros problemas acaban aquí.

—Sí —dijo Lewis.

—Lo de Clinton, los correos electrónicos a la cia…, desterrar esos detalles me tranquiliza de un modo que no te imaginas. —Se frotó la barbilla pensativo—. Pero este otro asunto de Vachon…

—Yo no me lo creo —dijo Lewis.

Howard giró el culo en el asiento para poder dirigirse a Nicole.

—Has estado bastante callada. —Ella no respondió—. ¿Tienes alguna opinión sobre este asunto?

Ella reflexionó durante un momento.

—Creo que, si estuvieran vigilando a Thomas, ya lo habrían rescatado. Si sientes que tus otras preocupaciones están desterradas, entonces lo único que te queda por hacer es librarte de estos dos.

—Sí —dijo Howard—, puede que tengas…

Creo que es justo decir que en ese momento todos estuvimos a punto de morirnos del susto. Alguien estaba golpeando la puerta de la tienda.

—¡Joder! —exclamó Lewis.

Howard me miró.

—¿Son ellos?

Como no dije nada, le hizo la misma pregunta a Thomas.

—Tal vez —respondió Thomas.

Los golpes continuaron. Entonces, alguien empezó a gritar.

—¡Howard!, ¡Howard, sé que estás ahí! —Howard abrió mucho los ojos. En ese instante, parecía realmente desconcertado, más que en cualquier otro momento desde que había llegado.

—Dios mío —dijo—, es Morris.

SESENTA Y DOS

Poco después de guardar el teléfono, Morris Sawchuck se dirigió a Heather, su chófer.

—No voy a quedarme aquí, voy a averiguar qué trama ese hijo de puta.

—Espero aquí —dijo ella.

Morris salió del coche, cruzó la calle y golpeó la puerta de la juguetería.

—¡Howard!, ¡Howard, sé que estás ahí!

Morris se acercó al cristal y se enmarcó la cara con las manos. Había una luz encendida en la parte trasera de la tienda. Entonces, se descorrió una cortina y apareció Howard dirigiéndose hacia la puerta. Giró el pestillo y abrió la puerta quince centímetros.

—Estás sano y salvo —dijo Sawchuck.

—Dios mío, Morris, ¿qué estás haciendo aquí?

—Abre la puerta —ordenó Morris.

—Morris, no puedes…

Morris golpeó la puerta con el hombro y la abrió de par en par, empujando a Howard, lo que lo hizo tropezar con un coche de pedales infantil de los años cincuenta. Tirado en el suelo, se encontró mirando a Morris.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Morris.

—Tienes que irte, no quieres estar aquí. Tienes que…

—¡No me voy a ninguna parte! Me has mentido, Howard. Me has mentido diciendo que estabas enfermo y sobre lo que ibas a hacer esta noche, y tengo la sensación de que llevas mintiéndome mucho tiempo. Lo juro por Dios, si no me dices lo que está pasando, voy a…

Miró hacia la parte trasera de la tienda, y vio la luz que entraba por la cortina y sombras moviéndose detrás de ella.

—¿Qué está pasando ahí?

—Tienes que irte —pidió Howard, suplicante—. Eso es lo que hago por ti, Morris, ocultarte cosas, solucionar cosas. Yo soy el que hago las salchichas, a nadie le gusta saber cómo se hacen, pero yo las hago por ti, para protegerte…

—Vamos, vete a la mierda —masculló—. Esto es diferente.

Morris dio un paso hacia la cortina y Howard le agarró la pierna.

—¡No! —Morris tropezó, dio una patada y alcanzó a Howard bajo la barbilla con la puntera de sus Florsheims—. ¡Mierda! —gritó, soltándolo. Morris llegó a la cortina en menos de dos segundos, la abrió y se quedó mirando.

Había un hombre, al que reconoció —Lewis, que llevaba bastantes años trabajando para Howard—, una mujer desconocida, que estaba de pie al fondo de la sala y dos hombres atados a unas sillas.

—Hola, Morris —saludó Lewis mientras el fiscal general contemplaba, boquiabierto, la escena que tenía ante sí.

Howard, sin aliento y con la barbilla ensangrentada, atravesó la cortina.

—Morris, te he dicho…

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó Morris.

—Yo me llamo Ray Kilbride —respondió uno—, y este es mi hermano, Thomas.

—¿Quién eres tú? —preguntó Morris a la mujer.

—La que lo ha jodido todo —dijo.

—Soltad a estos hombres —ordenó Morris. No le había dado la orden a nadie en particular, pero estaba claro que esperaba que Lewis o Howard le hicieran caso.

—No es tan sencillo —dijo Howard.

—Ya lo creo que sí —balbuceó Morris—. No sé qué demonios está pasando aquí, pero esto es un secuestro y no podéis retener a estos hombres aquí contra su voluntad.

—Hay cosas que no sabes —insistió Howard.

—Entonces, cuéntamelas —pidió.

—Es… complicado.

Los ojos de Morris se entrecerraron al mirar a Howard.

—Quizá, si hablas muy despacio, podré entenderte.

—Se trata del asesinato —intervino el que se llamaba Thomas—, el que ocurrió en la calle Orchard.

—¿Qué asesinato?, ¿de qué hablas?

—¡Cállate! —exclamó Howard. —Morris, nos vamos ya…

Por detrás, Howard lo agarró por los brazos e intentó sacarlo de la habitación, pero Morris se sacudió para soltarse.

—¿Qué asesinato? —repitió.

—No lo sabemos —respondió el que se llamaba Ray—, pero podría ser el de alguien llamada Bridget.

SESENTA Y TRES

En el momento en que pronuncié esas palabras, fue como si de repente hubieran succionado todo el aire de la habitación. En ese preciso instante, algo tangible les ocurrió a Howard, Lewis y Nicole; se les cortó la respiración y no sabían qué hacer al respecto.

Y en cuanto a ese hombre al que llamaban Morris, parecía que le había caído un rayo, como si estuviera congelado y electrificado al mismo tiempo, y asombrado por lo que yo había dicho, demasiado asombrado para reaccionar de otra manera que no fuera mirar estupefacto. Y, sin embargo, pude ver que los motores estaban en marcha. Había algo en sus ojos, como si se movieran a cien millas por hora mientras procesaba la última información.

En esos segundos, todo cambió: el equilibrio de fuerzas había cambiado y estábamos en una situación muy diferente a la de cinco minutos antes. Si eso significaba que las cosas iban mejor para Thomas y para mí, no lo sabía, aunque no sabía cómo podía empeorar nuestra situación.

Y sobre Morris, en cuanto entró en la habitación, lo había reconocido. Al principio no podía situarlo, quizá porque no lo veía en el contexto adecuado. Si hubiera estado mirando las noticias, lo habría sabido al instante. Pero al verlo allí, en la trastienda de la juguetería, con tres personas muy malas, no se me ocurría quién podía ser. Era como cuando, cada mañana, la misma persona te sirve el café en el Dunkin' Donuts, y luego ves a esa persona en el centro comercial. Sabes que la conoces de algo, pero no sabes de dónde.

Así que tardé más o menos un minuto en darme cuenta de que ese hombre era el fiscal general del Estado de Nueva York: Morris Sawchuck.

Había leído cosas sobre él. Lo había visto en las noticias. De

hecho, ¿no le habían pasado muchas cosas hacía unos meses…?

En medio de todo lo que ocurría en aquella habitación, mi mente iba a toda velocidad. ¿Por qué había salido tanto en las noticias? ¿Por qué veía su foto tan a menudo? Y en todas esas fotos, ¿no solía aparecer con una hermosa…?

«Joder».

La verdad es que no me había dado cuenta hasta después de nombrar a Bridget.

En ese momento recordé las noticias. La repentina e inexplicable muerte de Bridget Sawchuck, esposa del fiscal general de Nueva York. Había que leer entre líneas para adivinar lo que había pasado: que se había suicidado.

Aunque Lewis había dicho que esa tienda era de alguien que lo había ayudado a trasladar el cuerpo de Bridget.

«Oh Dios mío, Thomas, ¿en qué nos has metido?».

El silencio que siguió a mi comentario duró varios minutos, o varias horas, pero en realidad probablemente no duró más de cuatro o cinco segundos.

Morris fue el primero en hablar, y se dirigió a mí.

—¿Qué acabas de decir?

—Que la persona que fue asesinada podría haber sido Bridget. —Me daba cuenta por fin de la importancia de lo que estaba diciendo; estaba hablando de la mujer de ese hombre. Lo que aún no sabía era si Morris Sawchuck parecía sorprendido porque no lo sabía o porque lo sabía yo. Cabía la posibilidad de que el tipo hubiera mandado matar a su mujer.

Todo eso estaba a punto de aclararse, del todo.

Morris le habló a Howard, con tanta calma que daba miedo.

—¿De qué está hablando?

—No lo sé —respondió Howard demasiado rápido—. Él y su hermano son una especie de locos, un par de chiflados que van por ahí difundiendo historias que podrían perjudicarte. Eso es lo que están haciendo.

—No —intervine—, mi hermano descubrió lo que hicieron, nos han

traído aquí para matarnos y…

—Cierra la boca —ordenó Lewis.

—No, déjale hablar —pidió Morris—, quiero escuchar lo que este loco tiene que decir.

—Thomas estaba navegando por Internet —expliqué—, en Whirl360 y vio cómo asesinaban a alguien en la ventana de un apartamento de la calle Orchard. Creo que se trataba de tu mujer. Se llamaba Bridget, ¿verdad?

Asintió lentamente. Su rostro se estaba poniendo rojo.

—De verdad, no deberías escuchar…

—Howard —interrumpió Lewis—, ¡basta ya!

—¿Qué?, Lewis, deja que…

—No, tenemos que meterle en esto —dijo Lewis—, o está a bordo, o tendremos que matarlo también.

—¿Qué? —se sorprendió Morris, volviéndose hacia Lewis—, ¿quién demonios te crees que eres?

—Soy un superviviente —contestó—, Howard también, y tú también. Solo hay una forma de que todos sobrevivamos a esto, y es subirse a bordo.

—¿Qué le pasó a Bridget? —preguntó Morris—. Quiero la verdad.

La habitación se quedó en silencio durante unos segundos. Howard habló primero.

—Fue un accidente, un error terrible.

—Dios mío —dijo Morris—, tú no…

Howard continuó

—Había una mujer, Allison Fitch que estaba chantajeando a Bridget. Intentaba hacerle daño, hundirte. Temíamos que supiera cosas que podían hacerte mucho daño.

—Howard…

—Habrías muerto políticamente hablando. Al principio iba a pagarle, de verdad, pero quedó claro que eso no iba a solucionar nuestro problema. Lewis y yo hablamos y decidimos que teníamos que tratar con Fitch de forma más… permanente.

—No puedo creer que esté escuchando esto. —Morris no podía

apartar los ojos de Howard.

—Pero cuando llegó el momento de hacerlo, de ocuparse del problema, surgió algo que nadie podía prever. Ella no estaba allí, Fitch no estaba en el apartamento. —Hizo una pausa y tragó saliva —. Pero Bridget sí, y la confundieron con Fitch.

—Pero… pero nosotros la encontramos en su antiguo apartamento —dijo Morris—. Tú y yo la encontramos allí.

—La… la movieron.

—¡Pero tú hablaste con ella! —gritó Morris—, ¡hablaste con ella por teléfono! ¡Te dijo que yo le estaba chupando la vida!, ¡que iba a suicidarse!

Howard tuvo que apartar la mirada.

—Yo… lo fingí. No hubo ninguna llamada, me lo inventé.

Morris agarró a Howard por las solapas y lo arrojó contra las estanterías, y el camión cisterna de Esso y un Batmóvil cayeron al suelo con gran estrépito.

—¡Hijo de puta! —chilló, sacudiendo al hombre. Soltó una solapa, cerró el puño y se lo estampó en la cara a Howard, que gritó y cayó al suelo. Morris se abalanzó sobre él y estaba a punto de darle otro puñetazo cuando Lewis lo rodeó con los brazos y se lo quitó de encima.

—¡Para! —lo frenó Lewis—, puedes resolver esto más tarde, pero ahora tenemos que pensar qué vamos a hacer.

—Te voy a matar —dijo Morris, todavía sujeto por Lewis, mirando fijamente a Howard—, ¡cabrón!, ¡maldito hijo de puta!

—¡No fue error mío! —exclamó Howard—, ¡no fue culpa mía! —Señaló al otro lado de la habitación—. ¡Fue culpa de ella!

Ahora todas las miradas estaban puestos en Nicole.

—¿Tú? —preguntó Morris.

—Como ya te han dicho, fue un error —respondió con frialdad.

—¿Mataste a Bridget?

—Me dijeron que Fitch estaría allí; y había alguien, pero no era Fitch. —Nicole se encogió de hombros—. Lo siento.

—¿Perdón? —dijo Morris.

—He dicho que lo siento; no hay mucho más que pueda decir en este momento, la verdad.

Morris, atónito, miró a Howard y luego a Lewis, que fue el primero en hablar.

—Tiene algo de razón. —Al notar que Morris se quedaba mudo por la rabia, continuó—: Howard, creo que podríamos tener un gesto de buena fe con Morris para poder pasar página.

—¿De qué estás hablando? —dijo Howard.

—No podemos traer de vuelta a Bridget, pero podemos poner las cosas en su sitio —dijo Lewis; metió la mano en su chaqueta y sacó la pistola.

Giró sobre sí mismo, apuntó a Nicole y apretó el gatillo. Yo esperaba una explosión más fuerte, pero el arma estaba equipada con uno de esos silenciadores que se ponen en el extremo del cañón.

Lo que hizo ruido fue que Nicole salió disparada contra las estanterías, se golpeó la nuca contra ellas y cayó bocabajo al suelo. Dos estanterías cedieron y una avalancha de juguetes se precipitó al suelo. Una Super Ball empezó a rebotar en arcos grandes por la habitación.

—De todos modos, lo iba a hacer tarde o temprano —comentó Lewis.

SESENTA Y CUATRO

Había tanto silencio en la habitación como la primera vez que mencioné a Bridget. Morris Sawchuck miró incrédulo a Lewis y luego a Nicole.

—En nombre de Dios, ¿qué has hecho? —le preguntó.

—Lo que siempre hago —replicó Lewis—, ocuparme de tus problemas y de los de Howard.

De repente, Morris metió la mano en la chaqueta y sacó también una pistola. Supuse que, si eres fiscal general, tienes que protegerte. Lewis pareció que sabía instintivamente lo que Morris pretendía, así que para cuando Morris tenía su arma apuntando a su cabeza, este tenía la suya apuntando a la de él.

Se quedaron allí, congelados, apuntándose con las armas.

—Intentemos calmarnos todos —pidió Howard.

Morris respondió sin apartar la mirada de Lewis.

—Nadie mata por mí, nadie hace ese tipo de cosas en mi nombre.

—Ya está hecho —dijo Howard en voz baja, de pie detrás de Morris—. Esto no va a mejorar si disparas a Lewis. Lo necesitamos.

—Joder, Howard, cállate.

Lewis tenía los brazos en posición, el dedo en el gatillo y seguía apuntando con la pistola directamente a la cabeza de Morris. Su postura sugería que estaba más acostumbrado a hacerlo que Morris, pero el fiscal general parecía igual de seguro, dispuesto a disparar si era necesario.

—No —dijo Howard—, tienes que escucharme. Ya se han hecho cosas en tu nombre; cosas malas, cosas feas, cosas de las que, si salen a la luz, nunca podrás distanciarte y nunca podrás convencer a la gente de que no las ordenaste tú. Morris, escúchame. Te encerrarán para siempre. No solo a mí, no solo a Lewis, a todos nosotros. Puede que no seas capaz de verlo, pero tienes las manos

manchadas de sangre. —Morris y Lewis seguían apuntándose el uno al otro con sus armas. Howard continuó—: Y lo que es peor es que el mundo entero creerá que mataste a Bridget. Van a pensar que hiciste que la mataran, Morris. Sé que quieres hacer lo correcto, pero es demasiado tarde para eso. Y saldrán cosas sobre ella, sobre Bridget. Aunque… —su voz se entrecortó— ahora apenas importan.

Morris respiraba por la nariz; inspiraba y espiraba, inspiraba y espiraba, y sus fosas nasales se movían con cada respiración agitada. Luego, tan repentinamente como había levantado el arma, la bajó y miró al suelo, admitiendo su derrota. Volvió a guardarse la pistola en la chaqueta.

Lewis bajó lentamente el brazo, pero mantuvo la pistola firmemente agarrada.

A pesar de que, si Morris hubiera disparado a Lewis podría haberme beneficiado, respiré aliviado junto con todos los demás. Miré a Thomas, esperando que estuviera hecho un manojo de nervios, pero tenía los ojos cerrados. Supuse que los había tenido cerrados durante casi todo el rato.

—Thomas —susurré—, puedes abrir los ojos.

Lo hizo, miró brevemente el cuerpo de Nicole y luego a mí. No dijo nada, pero sus ojos eran suplicantes. Me pedían que lo sacara de allí. Mis ojos no tenían una respuesta tranquilizadora.

Morris negaba con la cabeza. Lewis y Howard lo observaron con recelo, inseguros de lo que haría a continuación.

Morris se dio la vuelta, pasó rozando a Howard, abrió la cortina y echó a andar hacia la puerta principal.

—¿Morris? —lo llamó Howard.

—¿Qué demonios va a hacer? —dijo Lewis—, maldita sea.

Howard fue tras él. Pude ver que Lewis también quería ir. Nos echó una mirada rápida a Thomas y a mí, supuso que no íbamos a ninguna parte y siguió a los otros dos hombres.

Oí abrirse la puerta, pero se cerró casi de inmediato, lo que me sugirió que Morris había intentado salir, pero uno de los otros hombres había cerrado la puerta de golpe antes de que pudiera

hacerlo. Los tres empezaron a discutir, hablando a la vez. No sabía lo que estaban diciendo y, en ese momento, me daba igual.

Pensé que esa era la única oportunidad que íbamos a tener Thomas y yo.

Me eché hacia delante en la silla para apoyar los pies en el suelo de madera. No me habían atado las piernas, así que tenía cierta movilidad.

—¿A dónde vas? —preguntó Thomas.

—Shhh —lo acallé.

Me desplacé hacia atrás, con la silla pegada, de modo que quedé espalda con espalda con Thomas. Dejé caer la silla en el suelo con cuidado de no hacer ningún ruido, aunque era poco probable que los demás oyeran algo con la discusión tan acalorada que estaban teniendo. La cortina había vuelto a su sitio y no podían vernos a no ser que volvieran a entrar.

Acerqué la silla lo suficiente para que mis dedos pudieran alcanzar la cinta que sujetaba las muñecas de Thomas a la suya.

—Vamos a salir de aquí —dije, luchando por poner los dedos de mis dos manos en la cinta para poder romperla. Había varias capas, e iba a ser difícil rasgarlas solo con la punta de los dedos. Si pudiera rasgarla un poco…

—Deprisa —me apresuró Thomas.

—Espera.

—Ray, deberías haberme dicho que me tenías trabajando para un mafioso.

—Todo era mentira —susurré, mientras manipulaba la cinta con los dedos—, me lo he inventado para ganar tiempo.

—Ah. Eso ha sido muy inteligente por tu parte.

—¡Por el amor de Dios, no, no te atreverías! —gritó Morris, el primer fragmento de frase claro que oía desde que habían salido de la habitación.

Podía sentir cómo el desgarrón se hacía más grande.

—Ya me aprieta menos —dijo Thomas.

—Cuando estés libre, me sueltas a mí y nos vamos de aquí.

—Vale —respondió—. Ray, ni siquiera sé dónde estamos.

—En cuanto salgamos a la calle seguro que lo sabrás.

Rasgué la cinta medio centímetro más y sentí cómo se partía.

—Ya está —dijo Thomas—. tengo las muñecas libres, pero todavía hay cinta alrededor de mi cuerpo.

—Suéltate tan rápido como puedas.

Podía oír a Thomas luchando con la cinta. Me di la vuelta y vi cómo se sacudía trozos de cinta de la muñeca; luego se concentró en las tiras que le rodeaban la cintura.

—Ya casi está —dije. Los hombres no discutían tan fuerte, pero seguían hablando—. Más rápido —susurré.

—Vale, vale —dijo Thomas, y se levantó de la silla, ya liberado de ella—. Ahora tú.

—Voy a ver cómo están —oímos a Lewis, tan claro como el agua.

—Vete —susurré.

—Solo tardo un segundo —dijo mi hermano, quitándome la cinta de las muñecas. Los pasos de Lewis se acercaban.

—¡No hay tiempo! —susurré con urgencia—. ¡Vete! ¡Corre! ¡Busca ayuda!

Podía sentir el pánico de Thomas. No quería dejarme allí.

—Pero…

—¡Lárgate de aquí!

Me hizo caso y se dirigió al corto pasillo lateral que conducía a una puerta exterior. Corrió, empujó la puerta y desapareció.

—Sí, sí —dijo Lewis, deteniéndose a mitad de su camino hacia la trastienda—, no te preocupes.

Justo antes de que atravesara la cortina, miré a Nicole y me pregunté: «¿Por qué no hay sangre debajo de ella?».

SESENTA Y CINCO

Thomas irrumpió en el estrecho callejón, con la furgoneta blanca justo delante de él, llenando el espacio entre los edificios. Tuvo que parpadear un par de veces hasta que sus ojos se adaptaron a la oscuridad, luego miró en ambas direcciones, calculando al instante cuál era el camino a la calle. Se puso a correr como un loco.

Salió del callejón, giró a la derecha sin más motivo que el que su instinto se lo dictaba así, y siguió corriendo, pasando por delante de una tienda de bicicletas, una sastrería y otros negocios, pero no les prestó mucha atención. Lo único en lo que podía pensar era que tenía que escapar lo más rápido posible y que tenía que conseguir ayuda.

En condiciones normales, habría sabido al instante dónde estaba, pero había dos cosas que jugaban en su contra: en primer lugar, estaba en estado de pánico y segundo lugar, era de noche. Las imágenes del mundo de Whirl360 se tomaban de día.

Las dos primeras manzanas corrió casi a toda velocidad, pero para alguien que había pasado años y años sentado en su habitación frente al ordenador sin salir nunca a hacer ejercicio, era bastante imposible mantener el ritmo.

Así que Thomas pasó del galope a la marcha rápida. Dio varias vueltas al azar por el camino, un giro a la izquierda en ese cruce, un giro a la derecha en el siguiente.

«Huye, huye, huye».

Llegó a un punto en el que tuvo que parar; se inclinó, apoyó las palmas de las manos en las rodillas y recuperó el aliento. Jadeaba y le dolía el pecho.

Se enderezó, dio un par de vueltas y, una vez recuperado el aliento, miró a su alrededor. Aunque estaba oscuro, había suficientes

farolas para que pudiera enfocar las cosas, ver los escaparates, leer las señales con los nombres de las calles…

En una esquina, un local con un letrero donde ponía «Stromboli Pizza», con unas palabras escritas en la pared: «Este momento es más precioso de lo que crees». Al lado, un local de comida vegetariana, Al otro lado de la calle, una zapatería con todo tipo de zapatillas de deporte diferentes en el escaparate.

Sin mirar las señales con los nombres de las calles, Thomas dijo: «Saint Marks Place y Primera Avenida».

Entonces se permitió mirar la señal y vio que tenía razón.

—Sé dónde estoy —dijo en voz alta—, sé dónde está esto.

—Bien por ti —lo felicitó un hombre bajo con una melena hasta los hombros que pasaba por ahí en ese momento.

Thomas, demasiado hipnotizado por lo que le rodeaba, no reparó en el hombre.

—Esto es Nueva York —dijo Thomas—; es Manhattan. Sé dónde estoy.

Se acercó al escaparate de la pizzería y lo tocó con la punta de los dedos.

Podía sentirlo; Thomas podía sentir el cristal bajo sus dedos.

Vio algo en aquel escaparate, algo que nunca había visto antes en ninguna de las ciudades del mundo que había explorado: vio su reflejo.

Whirl360 nunca había sido así. Había podido ver las casas, los escaparates, las señales, los bancos y los buzones; e Incluso podía centrarse en ellos y ampliarlos para examinarlos de cerca, pero solo podía imaginar cómo eran estos objetos al tacto.

Olió algo.

Pan recién hecho. Masa. Masa de *pizza*. Era demasiado tarde para que el restaurante estuviera abierto, pero había aromas persistentes.

Olía muy bien, de maravilla. Thomas se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no comía nada. Nunca había sido capaz de oler las cosas que veía cuando estaba en el ordenador.

Detrás de él, retumbó un camión al pasar. Thomas se dio la vuelta

y lo vio subir por la Primera Avenida. Ahí, los camiones se movían, hacían ruidos; la gente caminaba y sus caras no estaban borrosas.

Su mundo de Whirl360 era silencioso, sin olores y sin nada que tocar.

Thomas se maravillaba de todo lo que lo rodeaba. Estar allí de pie, en la esquina de First y Saint Marks Place, era como estar dentro del monitor de su ordenador, pero aún más real. Era increíble.

Por primera vez, pensó en todos los demás lugares en los que había estado, alrededor del mundo: Tokio, París, Londres, Bombay, San Francisco, Río de Janeiro, Sídney, Auckland, Ciudad del Cabo…

¿Cómo sería estar en esos lugares físicamente? ¿Sentir las calles bajo sus pies? ¿Oler esos lugares? ¿Oír sus sonidos?

Sentía tanta curiosidad que casi fue suficiente para hacerle olvidar lo que tenía que hacer; pero no fue así.

—Mierda —musitó—, tengo que ayudar a Ray.

Pero ¿cómo iba a hacerlo?

No veía ningún coche de policía cerca ni ninguna cabina telefónica, y aunque viera una, no llevaba dinero encima. Sin monedas, sin billetes y sin cartera llena de tarjetas de crédito. Thomas no tenía ninguna tarjeta de crédito, ni tenía ni idea de cómo usar una.

—¡Taxi!

Thomas miró calle arriba, a un hombre que había levantado el brazo en el aire para llamar la atención de alguien que conducía uno de esos coches amarillos. El hombre se subió y el coche amarillo arrancó.

Thomas tampoco tenía móvil, si lo hubiera tenido, podría llamar a la policía. Pero Ray siempre llevaba un móvil, y su padre había tenido uno, y Julie también, así que parecía seguro suponer que la mayoría de la gente los llevaba. Cualquiera de esas personas que pasaban por la calle probablemente llevaban uno también.

Dos adolescentes, con los brazos entrelazados como para apoyarse mutuamente mientras se tambaleaban sobre sus tacones altos, venían del sur.

—Perdonad —dijo Thomas, poniéndose directamente en su

camino—, seguro que tenéis teléfonos móviles. ¿Me dejáis uno para llamar al 911?

Las chicas se detuvieron bruscamente y parpadearon. Thomas pensó que parecían asustadas por algo. Desenlazaron los brazos, lo rodearon rápidamente, una por cada lado y una de ellas murmuró: «Asqueroso».

Thomas supuso que no debían de tener teléfono, así que intentó detener a otras dos personas. El primero era un anciano vestido con ropas andrajosas que se interesaba intensamente por el contenido de un cubo de basura. Parecía más interesado en el vaso medio lleno de café que había encontrado que en ayudar a Thomas. La otra persona era una mujer de mediana edad que apretó con fuerza el bolso contra su pecho y aceleró el paso cuando Thomas le pidió el teléfono.

Tal vez nadie en Nueva York tuviera teléfono móvil. Thomas deseaba que Julie estuviera allí para ayudarlo. Le gustaba Julie. Julie sabría qué hacer.

Pero ¿cómo podía ponerse en contacto con ella? Aunque tuviera teléfono, no sabía su número. Entonces, ¿qué podría…?

Un momento, Julie tenía una hermana que vivía en la ciudad. Tenía un local que vendía magdalenas. ¿Cómo había dicho Julie que se llamaba?, ¿Candace?; sí, ese era su nombre y su tienda se llamaba Candy's Cupcakes. Julie había dicho que Candace vivía encima de su tienda, en la Octava Oeste.

Thomas cerró los ojos un segundo. Podía verlo. El escaparate lleno de productos horneados. El toldo a rayas rojas y blancas. Dos mesas de hierro forjado con sillas a juego delante, en la acera.

Thomas estaba seguro de que, si encontraba a Candace, ella sabría cómo ponerse en contacto con Julie. Solo tenía que llegar a la Octava Oeste.

Thomas miró la calle y vio que se acercaba otro de esos coches amarillos; así que salió a la carretera, se puso justo en medio del carril, levantó las dos manos y gritó.

—¡Taxi!

El conductor pisó el freno y el coche se detuvo bruscamente.

—¿Qué eres?, ¿un pirado? —gritó el taxista.

Thomas se acercó a la ventanilla del conductor.

—Señor, necesito que me lleve a la tienda Candy's Cupcakes, en la Octava Oeste de Nueva York.

—¿Dónde demonios crees que estamos ahora?

—Estamos en Saint Marks Place y la Primera Avenida —dijo Thomas, pensando que un hombre que conducía un taxi debería saber ese tipo de cosas.

—Entra —dijo. Thomas corrió alrededor del coche para sentarse en el asiento del copiloto—. ¡En la parte de atrás! —gritó el conductor, sacudiendo la cabeza. Thomas se sentó en el asiento trasero y, aunque hacía mucho tiempo que no veía una película, dijo lo que le pareció lógico en un momento así.

—Pise a fondo.

El conductor le hizo caso.

—Tengo que conseguir ayuda para mi hermano, que está secuestrado —explicó Thomas.

—Ajá —dijo el conductor.

—Por eso tengo tanta prisa. Todo es por culpa de la mujer que fue asesinada en la ventana.

—Escucha, amigo, todos tenemos problemas, ¿sabes?

Thomas, observó las señales de las calles a su paso.

—Creo que podría ir por un camino mejor.

—Nunca me habían dicho eso —replicó el taxista.

Había tan poco tráfico que el taxi no tardó en parar delante de la tienda de *cupcakes*.

—Parece cerrado —dijo el conductor—. Si te mueres por comerte un *cupcake*, conozco unos cuantos *diners* que abren por la noche.

Thomas miró las ventanas del segundo piso, imaginando que era allí donde vivía Candace, pero no sabía cómo subir. A lo mejor la entrada del apartamento era a través de la tienda. Si golpeaba la puerta con fuerza, tal vez ella se despertaría y bajaría.

Thomas tiró de la manilla de la puerta y apoyó un pie en el

pavimento.

—Muchas gracias.

—¡Eh! —dijo el taxista—, el contador marca cinco ochenta.

—¿Qué?

—Me debes cinco ochenta.

—No tengo dinero —respondió Thomas—; no lo necesito porque estoy en casa todo el tiempo.

—¡Cinco ochenta!

—Mi hermano tiene dinero, puede pagarte cuando ya no esté secuestrado.

—Sal de mi taxi, joder —dijo el conductor, y salió zumbando en cuanto Thomas cerró la puerta.

Se acercó a la puerta de Candy's Cupcakes y golpeó el cristal. La tienda estaba a oscuras, pero le pareció ver luz en la parte de atrás.

—¡Hola! —gritó—, ¿Candace?

Golpeaba la puerta sin parar y el cristal traqueteaba sin descanso. Por fin, un hombrecillo negro atravesó la tienda a grandes zancadas, giró el cerrojo de la puerta y la abrió un palmo.

—¡Ya basta! —gritó.

—Necesito que Candace llame a Julie —lo urgió Thomas. Podía oler aromas de pastelería, y ese hombre tenía la camisa salpicada de lo que parecía masa de *cupcake*. ¿Estaba trabajando en mitad de la noche?

—¿Qué? —dijo el hombre.

—Tengo que hablar con Julie, se trata de Ray; lo tienen atado a una silla.

—¡Vete a la mierda! —exclamó el hombre, y empezó a cerrar la puerta, pero Thomas la empujó.

—¡Tengo que hablar con Candace! —gritó—. ¿Ella sabe el número de teléfono de Julie?

El hombre gritó en dirección a la parte trasera de la tienda.

—¡Jefa!, ¡eh, jefa!

Segundos después apareció una mujer con un delantal blanco y el pelo recogido en una redecilla y se acercó a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Este pirado te está llamando a gritos, quiere saber algo sobre una hermana, ¿Julie?

La mujer apartó al hombre y abrió más la puerta.

—¿Quién eres tú?

—Thomas.

—¿Thomas qué?

—Thomas Kilbride. ¿Eres la hermana de Julie?

—Sí.

—¿Tienes que trabajar en mitad de la noche?

—¿Qué demonios quieres?, ¿qué es todo eso de Julie?

—¿Sabes su número de móvil?

—¿Por qué?

—Quiero que me ayude a salvar a Ray.

Candace sacudió la cabeza, exasperada, se metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil. Llamó a un número, pulsó el botón y se acercó el teléfono a la oreja.

Parecía sorprendida de que alguien respondiera tan rápido.

—Oye, escucha, soy yo; Siento mucho llamarte, pero hay un loco aquí, dice que tiene que hablar con… Eh, Thomas, dice que se llama Thomas. Vale. —Le dio el teléfono—. Quiere hablar contigo.

Thomas cogió el teléfono.

—Hola, Julie, nos han secuestrado a Ray y a mí y nos han traído aquí y yo me he escapado, pero aún tienen a Ray y él me ha ayudado a desatarme pero no he tenido tiempo de desatarlo a él y…

—¿Estás en la tienda de *cupcakes*? —preguntó Julie con incredulidad.

—Sí.

—Puedo estar allí en dos minutos, ¡no te muevas!

Thomas le devolvió el teléfono a Candace.

—Ahora viene.

Candace lo miró con cara de perplejidad y desconcierto.

—¿Por qué, si mi hermana está en Nueva York, no me ha llamado?

SESENTA Y SEIS

Morris Sawchuck había vuelto a enfundar su pistola, la que había empezado a llevar en los días en que recibía amenazas de muerte, y tenía la mano en el picaporte interior de la puerta principal de Ferber's Antiques, pero antes de que pudiera abrirla del todo, Howard levantó una mano y la cerró de golpe.

—¿Cuáles son tus intenciones, Morris? —preguntó Howard.

—Fuera de mi camino.

Lewis los había alcanzado.

—Es una buena pregunta —dijo—. ¿Qué piensas hacer cuando salgas de aquí?

—Me da igual lo que pase —dijo Morris—, nada vale esto. Voy a decirles lo que sé, me crean o no.

Morris sintió que algo frío y duro le tocaba la sien. Desvió la mirada hacia la izquierda y vio que Lewis estaba apuntando el cañón de su pistola a la sien del fiscal general.

—¿Crees que volarme los sesos facilitará las cosas, Lewis? ¿Crees que ahora estás en un lío? ¿Crees que así desaparecerán tus problemas?

—Tal vez —dijo—. Howard, coge su pistola.

Howard metió la mano bajo el abrigo de Morris, sacó el arma y se la entregó a Lewis, que se la metió en la cintura del pantalón.

—Sé que todo esto ha sido un *shock* terrible y que tienes que asimilar muchas cosas —dijo Howard—, es normal, pero tienes que pensar antes de hacer nada precipitado. La cosa es, Morris, que aunque todo esto se hizo para ayudarte, ahora las tornas han cambiado. Tienes que ayudarnos a seguir ayudándote, o ya no existirás.

—No sé por qué no te dejé marchar hace años.

—No lo hiciste porque siempre he hecho muy bien mi trabajo; tú

lo sabes y yo lo sé, pero escucha lo que va a pasar si no cooperas: que Lewis te meterá una bala en la cabeza, ¿y sabes lo que tendrá que hacer?

Howard ladeó la cabeza en dirección a la calle. Morris tardó un momento en comprender a qué se refería Howard.

Entonces lo supo.

—Dios mío, por el amor de Dios, no.

Howard asintió.

—Díselo, Lewis.

—Si te matamos, tendremos que matar a Heather —dijo Lewis—, porque tarde o temprano, vendrá aquí a buscarte.

—He estado en tu lugar, Morris —explicó Howard—. Cuando todo esto empezó, cuando le di a Lewis el visto bueno para tomar medidas drásticas en lo que respectaba a Allison Fitch, no podía creer que lo estuviera haciendo. Nunca había dado un paso así. Nunca, créeme. Todas las cosas que había hecho por ti en el pasado, nunca habían incluido el asesinato. Y entonces… entonces todo salió horriblemente mal, y me sentí como una mierda. ¿Pero sabes qué? Llegas a un punto en el que te das cuenta de que no hay vuelta atrás. Has tomado tus decisiones y tienes que vivir con ellas. Eso es lo que tendrás que hacer, Morris. Tendrás que tomar una decisión y vivir con ella.

Morris puso un brazo en la puerta y apoyó la cabeza en él.

—Necesito un minuto.

—Claro.

—Háblame de esa mujer —le pidió a Lewis, que le había quitado el cañón de la sien—, la que has matado.

—Era una asesina a sueldo —respondió Lewis—, se lo merecía. Hizo muchas cosas malas, y la peor de todas fue meter la pata al matar a Bridget. Tienes que saber que no iba a dejar que se fuera de rositas.

Morris sintió como si fuera a desmayarse y apoyó una mano en el hombro de Howard. Los tres hombres permanecieron así un rato;

Lewis y Howard aparentemente estaban dispuestos a esperar a que Morris cambiase de opinión.

¿Qué otra opción tenía, en realidad?

—No quiero que hagas daño a Heather —dijo—. Ella es… es una buena persona.

—No puedo creer que no te la hayas tirado —comentó Lewis, tratando de romper el hielo.

—Tiene dos hijas —respondió Morris—, dos niñas pequeñas.

—Sí, bueno.

Howard dijo algunas palabras de consuelo a Morris y repitió algunos de los argumentos que ya había expuesto.

Finalmente, Lewis miró hacia la cortina.

—Deberíamos ir a ver cómo están.

—Quiero saber más sobre ese asunto de Vachon —dijo Howard—. Haz lo que tengas que hacer para averiguar si Ray nos está contando una milonga.

—¿Vachon? —preguntó Morris.

—Es una larga historia —contestó Howard, y luego le dijo a Lewis —: Una vez que estemos seguros de que no tenemos nada de qué preocuparnos, entonces, bueno, quiero que te ocupes de ellos tan misericordiosamente como sea posible.

—Sí, sí, no te preocupes.

Lewis se dirigió a la trastienda.

—Howard —suplicó Morris—, por el amor de Dios, no puedes…

—¡Mierda! —gritó Lewis, cuando descorrió la cortina; después se dirigió a Howard—: Tenemos un problema.

SESENTA Y SIETE

Nicole va a hacer el desmontaje de las barras asimétricas. Un doble salto hacia atrás con giro completo. Un doble salto hacia atrás. Un giro hacia abajo con medio giro con salto hacia atrás y aterrizaje con un giro completo.

No puede hacerlo bien, sigue cayéndose de cabeza, una y otra vez. Su cabeza se hunde como un misil. Golpea la colchoneta. Siente que su voluntad se quiebra. El dolor es tremendo. Le palpita el cráneo y se pone peor; hay un picahielos clavado en el tapiz. Cuando su cabeza golpea el tapiz, su cuerpo se desploma y el punzón se clava en su pecho.

Sucede una y otra vez. Suelta la barra, gira en el aire, se retuerce y gira, pero nada va como debería. Le dice a su cuerpo que gire en una dirección y hace lo contrario.

«Esto no está pasando —se dice a sí misma—. Esto no puede estar pasando».

Nicole tenía razón, no estaba ocurriendo. Aunque era cierto que su cabeza estaba herida y que había recibido un golpe en el pecho.

Poco a poco se iba dando cuenta. Antes de que abriera los ojos, las cosas empezaron a cobrar sentido.

Lewis le había disparado.

Sí.

Así, sin más, queriendo impresionar a Morris. Ella ya se imaginaba que Lewis lo intentaría tarde o temprano. Simplemente no se lo había esperado en ese momento.

Pero también sabía que eso podía pasar, que podías estar en guardia y aun así cometer un desliz.

La bala le había dado, le había dado de lleno. Allí tumbada, antes de abrir los ojos, se preguntó si habría atravesado el kevlar, si habría

llegado hasta el chaleco ceñido, pero creía que no. Se sentía como si la hubieran pateado, pero no como si le hubieran disparado.

No había sido la bala lo que la había dejado inconsciente. Había salido despedida hacia atrás y se había golpeado la cabeza contra el borde de esa maldita estantería. Ya veía las estrellas antes de caer al suelo.

Pero se estaba despertando y estaba escuchando.

Probablemente sería mejor quedarse quieta durante un tiempo.

SESENTA Y OCHO

—¿Dónde está? —me ladró Lewis—, ¿dónde diablos está?

—Se ha ido —dije.

Apareció Howard y fijó la vista en la silla vacía llena de restos de cinta adhesiva. El poco color que quedaba en su rostro pareció desvanecerse al instante.

—Dios mío. —Luego miró fijamente a Lewis—. Has dejado que se escape.

Lewis salió corriendo de la habitación por la puerta lateral, sin duda con la esperanza de que Thomas acabara de salir y pudiera alcanzarlo y llevarlo de vuelta a rastras. Thomas solo se había ido hacía unos segundos, medio minuto como mucho, pero si corría a toda velocidad, le daría tiempo suficiente para sacar una buena ventaja.

Solo esperaba que, una vez libre, Thomas tuviera la sensatez de acudir a la policía, aunque eso no fuera exactamente lo que le había pedido. Solo le había dicho que buscara ayuda. Supuse que él sabría lo que significaba, pero en cuanto había salido por la puerta, había deseado ser más específico.

Por el momento, era mi única esperanza.

—¿Cómo… cómo demonios se ha soltado? —preguntó Howard.

—Te he dicho que tenía un don —respondí, quizá con un deje de suficiencia—. Puede que haya ido a buscar a Vachon, a lo mejor su gente estaba ahí fuera esperándolo. Me pregunto qué harán cuando les cuente lo que tú…

Howard estalló. Echó el brazo hacia atrás y me golpeó en la cara con el dorso de la mano. Puso más ímpetu de lo que habría creído posible para el pequeño cabrón.

—¡Basta de tonterías! —exclamó.

Me ardía la mejilla y me traqueteaban los sesos.

Se abrió la cortina y apareció Morris.

—¿Qué demonios ha pasado ahora?

—Uno de ellos se ha escapado —respondió Howard—, el del atlas en la cabeza.

—¿Atlas? —Morris tenía un largo camino por recorrer para ponerse al día.

—Lewis ha ido a buscarlo. Que Dios nos ayude, será mejor que lo encuentre.

—No puedes seguir con esto —dijo Morris—, no puedes. Está descontrolado; tú estás descontrolado y llevas meses así. —Sacó su teléfono y lo levantó—. Me has cogido la pistola, pero no me has quitado esto. Le he dicho a Heather que se tomara el resto de la noche libre; de hecho, le he dicho que se tomara dos días libres y que saliera de la ciudad. No quería correr riesgos. Ya no está. Creo que esa ha sido la gota que ha colmado el vaso para mí, Howard; que amenazaras a Heather, una persona totalmente inocente. Ya no te queda ninguna línea por cruzar.

Howard lo miró, sin duda evaluando las implicaciones.

—¿Qué más le has dicho?

—Que Lewis y tú me llevaríais a casa.

—Así que, si te pasa algo, ella lo sabrá.

Morris asintió. Su voz estaba extrañamente tranquila.

—Deja que se vaya este hombre. Y lo más inteligente que podéis hacer Lewis y tú es entregaros, o más os vale estar a mediodía en un avión rumbo a Bolivia con un par de identidades nuevas. Conoces a los mejores abogados de la ciudad, Howard. Elige uno para ti y otro para Lewis. Entonces empezará a correr el reloj, a ver quién hace el mejor negocio delatando al otro. Nadie sabe mejor que nosotros cómo se juega a esto. Supongo que eso es básicamente lo que voy a hacer yo también. Howard, deja que se vaya este hombre.

Yo ya estaba trabajando en ello. Llevaba tirando de la cinta que tenía alrededor de las muñecas desde el momento en que Thomas se había ido. Había estado pellizcando los bordes con las uñas, tratando de crear una mínima holgura.

—Ojalá fuera tan sencillo, Morris —respondió Howard.

Lewis reapareció, sin aliento.

—No hay rastro de él —dijo.

—Morris dice que deberíamos conseguirnos un abogado —dijo Howard.

—¿Qué?

—No va a jugar.

Lewis resopló.

—Morris, pensaba que teníamos un acuerdo. ¿Qué pasa con…?

—Heather se ha ido —dijo— y yo también me voy. No os preocupéis, llamaré a un taxi.

Morris apartó la cortina y se dirigió a la puerta principal. Lewis, pistola en mano, lo siguió.

—¡Morris! —gritó.

Oí el mismo sonido rápido que cuando Lewis le había disparado a Nicole y luego un cuerpo golpeando el suelo.

Howard ni siquiera fue a mirar, ni corrió la cortina, sabía lo que debía de haber pasado. Cuando Lewis reapareció, pasó junto a Howard y se acercó a mí por el lado derecho.

—¿Adónde iría tu hermano? —me preguntó—. ¿Tendrá el sentido común de ir a la policía o simplemente correrá y se esconderá en algún sitio?

Tuve que admitir que eso último era una posibilidad.

—No lo sé —respondí—, si yo fuera tú, asumiría lo peor.

Evidentemente, Lewis sentía la necesidad de desahogarse igual que Howard, así que también me pegó; pero no me dio con la mano en la cara, sino un culatazo con la pistola en la sien. La oreja derecha me estalló de dolor y la izquierda casi me rozó el hombro. Grité y vi cómo la habitación daba vueltas durante varios segundos.

Fue durante ese período de desorientación cuando me pareció ver que el brazo de Nicole se movía y tropezaba levemente con una grúa de juguete Dinky Toy que se había caído de la estantería, había aterrizado sobre sus ruedas y había rodado unos seis metros. Pero

casi todo parecía que se movía en los segundos posteriores a aquel golpe en la cabeza, así que supuse que me lo había imaginado.

—Tenemos que asumir que no disponemos de mucho tiempo —afirmó Lewis.

—Genial —dijo Howard—, sencillamente genial. Puede que venga la policía y ahora tenemos que deshacernos de tres cadáveres.

Aún no estaba muerto, pero supuse que ese momento no iba a tardar en llegar. Seguí retorciendo las muñecas de un lado a otro.

—No hay tiempo para eso —dijo Lewis—, tenemos que salir de aquí.

—¿Dónde demonios vamos a ir? —preguntó Howard.

—Conozco a gente —respondió Lewis—. Conozco gente que puede escondernos hasta que consigamos los documentos que necesitamos.

—Dios, llevas jodiéndolo todo desde el principio —se quejó Howard—; desde el momento en que decidiste matar a Fitch, pasando por contratarla —señaló a Nicole—, hasta que has dejado escapar a ese pirado.

—Puedo irme solo —dijo Lewis, caminando a mi alrededor, de pie entre el cuerpo de Nicole y yo—, si eso es lo que prefieres.

—¡Jesús! —exclamó Howard, sacudiendo la cabeza en señal de derrota—. Terminemos con esto y larguémonos de aquí.

Seguí retorciendo y retorciendo, pensando que, si lograba liberarme las muñecas, podría impulsarme, con la silla atada hacia Lewis y agarrarlo de algún modo por el cuello, o lo que fuera, porque tenía la pistola en la mano y sabía que su intención era usarla contra mí en los próximos segundos.

Pero todavía no podía.

—Vale —dijo Lewis, doblando el codo para que la pistola me apuntara a la cabeza.

Y entonces gritó. Fue un grito horrible, desgarrador.

Cuando bajó la mirada hacia la fuente de su dolor, yo también lo hice.

Había un picahielos atravesándole la pantorrilla.

SESENTA Y NUEVE

—¿Dónde está Ray? —le preguntó Julie a Thomas—. Piensa, ¿vale?, Piensa.

Estaban sentados en su coche, con el motor en marcha, delante de la tienda de *cupcakes* de su hermana. Candace estaba de pie en la acera, observándolos a los dos, preguntándose, obviamente, qué demonios estaba pasando.

—Estaba oscuro y yo corría —respondió Thomas. Su cuerpo temblaba y su ropa estaba empapada de sudor—. Corría tan rápido que no estaba prestando atención, no hasta que llegué a Saint Marks y la Primera Avenida. —Miró a Julie—. Era como en Whirl360, pero podías tocar las cosas y olerlas.

—Concéntrate —le pidió Julie—. Dices que saliste corriendo al callejón y a la acera, ¿por dónde te fuiste luego?

—Por la derecha.

—¿Entonces no corriste por delante de la tienda donde estabas retenido?

—No, para el otro lado.

—¿Qué fue lo primero que pasaste?

Thomas se puso a pensar.

—Había una sastrería y una tienda de bicicletas y…

—¿Qué?

—Creo que se llamaba Mike's Bikes —dijo.

—Vale. —Julie cogió su teléfono de encima del salpicadero—. Voy a ver si lo encuentro.

—Espera —dijo Thomas. Ahora tenía los ojos cerrados—. Mike's Bikes, está al lado de la sastrería. —Movió ligeramente la cabeza hacia un lado, hizo una pausa, volvió a moverla, hizo una pausa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Julie.

—Me abro camino calle arriba —explicó Thomas. Estaba haciendo

clic con el ratón, en su cabeza; avanzando por las imágenes de Whirl360.

—¿Qué calle es?

—Cuarta Este —contestó—, está en la Cuarta Este.

Julie ya tenía el coche en marcha y, sin siquiera despedirse de su hermana con un gesto de la mano, pisó a fondo el acelerador y salió a toda velocidad, haciendo que la cabeza de Thomas se apoyara en el reposacabezas. Él abrió los ojos.

—Puedo decirte cómo llegar a la Cuarta —dijo.

—No hace falta, tú dime en qué parte de la Cuarta.

Thomas volvió a cerrar los ojos. Su cabeza seguía sacudiéndose.

—Estoy en una tienda de antigüedades —dijo—, Antigüedades Ferber. Parece que hay juguetes en el escaparate.

—¿Cuál es la dirección?

Le dio un número.

—Creo que ese es el lugar; ahí es donde está Ray.

Julie se saltó un semáforo, giró en una calle transversal y aceleró a fondo.

—¿Tienes una pistola? —preguntó Thomas, con los ojos abiertos de nuevo.

—¿Qué?

—¿Tienes una pistola? El hombre tenía una pistola y la mujer un picahielos.

—No tengo una puta pistola. —Julie sabía que no podía irrumpir en ese lugar ella sola, necesitaba a la policía y al Departamento de Bomberos. Lo que no tenía era tiempo para explicarse. Julie señaló el móvil—. Llama al 911 y luego dámelo.

Thomas cogió el teléfono.

—¿Primero pulsas el botón de hablar y luego el número?

Ella se lo arrebató de la mano, miró el teléfono, luego al parabrisas y viceversa un par de veces, y luego se puso el teléfono en la oreja.

Cuando entró el operador del 911, Julie adoptó un tono de pánico.

—¡Hay un incendio!, ¡parece que ha empezado en la parte de

atrás de Ferber! ¡La tienda de antigüedades de la Cuarta Este! Y creo que también he oído disparos. —Indicó el número de la calle, terminó la llamada antes de que la operadora pudiera preguntarle nada más y arrojó el teléfono al regazo de Thomas.

Siempre le funcionaba cuando iba al colegio y no quería hacer algún examen.

SETENTA

El picahielos había penetrado en el lateral de la pierna derecha de Lewis unos diez centímetros por debajo de la rodilla. Nicole se lo había clavado muy fuerte, a través de los vaqueros, y la punta había salido por el otro lado, manchada de carmesí, y asomaba a través de los pantalones.

Tuvo el efecto de ponerle la zancadilla, porque se dejó caer allí mismo, de rodillas, aplastando una de las cajas de juegos de mesa y sin dejar de gritar. Soltó la pistola y se giró para poder agarrar el mango del picahielos para sacarlo.

No era algo que quisiera ver, pero me quedé paralizado, al igual que Howard. Lo que ambos acabamos viendo fue aún peor: Nicole se incorporó y puso la mano en el picahielos antes de que Lewis pudiera hacerlo y, en lugar de sacarlo y volver a clavárselo en otro lugar o de empujarlo aún más adentro, tiró de él hacia un lado. El acero que tenía en la pierna se abrió paso a través de su carne, haciéndole gritar de nuevo. Sacudió la pierna con furia y el tacón de la bota le dio de lleno en el pecho a Nicole, que estaba apoyada en un brazo y de lado.

La tumbó de espaldas, pero se levantó en un segundo.

Lewis se revolvía, buscando su arma, que estaba en el suelo, en un charco de su sangre que crecía rápidamente. Fue a cogerlo, pero Nicole la agarró primero.

Rodeó con la mano la empuñadura húmeda y ensangrentada y apuntó con ella a la cabeza de Lewis. Él había rodado sobre su espalda, se había levantado a medias con los brazos y retrocedía arrastrando la pierna herida.

Nicole estaba de rodillas, con las dos manos en la pistola y los brazos estirados y firmes.

—Odio las pistolas —dijo. Su blusa estaba abierta, revelando algo

oscuro y acolchado. Un chaleco.

—Nicole —suplicó Lewis—, escucha, escucha…

Apretó el gatillo y le voló una esquina de la cabeza. Su cuerpo se desplomó y el suelo se convirtió en un amasijo de sangre, cráneo y masa encefálica.

Howard se llevó la mano a la boca, como si fuera a vomitar. Se dio la vuelta, corrió la cortina y echó a correr. Nicole corrió tras él.

A lo lejos, oí sirenas.

Tiré de mi mano izquierda para liberarla de la cinta, que ahora colgaba suelta de mi mano derecha, y empecé a rasgar la cinta que tenía alrededor del vientre y que me sujetaba a la silla.

Las sirenas sonaban cada vez más fuerte, pero oí, con más claridad, el sonido de un coche chirriando hasta detenerse en el callejón. Alguien estaba gritando; era una mujer.

—¡Thomas!

«Mierda».

Me solté de la silla y me tiré al suelo, desparramando los juguetes. Quería acercarme a Lewis, a su cuerpo.

Había una pistola, metida en la parte delantera de sus pantalones. El arma de Morris, tal vez.

En la habitación delantera, oí un «puf, puf» y luego el sonido de otro cuerpo al caer.

Fuera alguien gritó.

—¡Ray!

—¡Thomas, para!

Era Julie.

Estaba de rodillas, cogiendo la pistola, con los dedos tocando la empuñadura, cuando la cortina se descorrió. Levanté la vista, justo a tiempo para ver cómo la bota de Nicole me golpeaba la mandíbula.

Fue una patada infernal y vi las estrellas mientras mi cuerpo era catapultado hacia atrás. Mis brazos salieron instintivamente para frenar la caída, pero aun así me dolió muchísimo cuando aterricé. Algo puntiagudo se clavó en mi espalda y se escabulló por debajo de mí: un camión volquete de juguete.

Mi mano derecha se había posado en otro de los objetos que habían caído de las estanterías. Incluso antes de mirarlo pude sentir que era en parte de plástico y en parte de metal.

Nicole me apuntó con su arma. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, se oyó un fuerte estruendo procedente del corto pasillo que conducía al callejón: una puerta abriéndose de golpe.

—¡He conseguido ayuda! —gritó Thomas—. ¡Tengo a Julie!

—¡No! —gritó Julie y su voz sonaba como si estuviera un paso por detrás de él.

Los ojos de Nicole se volvieron hacia las voces, y la pistola los siguió. En cuanto Thomas apareciera, estaba muerto.

Eché un vistazo a mi mano derecha, que estaba cubierta por las aletas de plástico azul de un dardo de césped metálico de treinta centímetros de largo.

No era exactamente una jabalina, pero no solo era bueno lanzando jabalinas en el instituto, era bastante bueno en los dardos normales.

En los milisegundos que tuve antes de que Thomas entrara corriendo, esperaba que lanzar dardos fuera como montar en bicicleta, que nunca se olvidara.

A pesar de las punzadas que sentía en la sien, el dolor en la mandíbula y la espalda, me moví a la velocidad del rayo, agarré el dardo por el extremo de la cola, lo balanceé hacia atrás por encima del hombro y luego lo lancé hacia delante con todas mis fuerzas.

—¡Ray!

Thomas irrumpió en la habitación.

El dardo entró en el cuello de Nicole. Entró lo suficiente, uno o dos centímetros, para quedarse allí colgando. Su boca se abrió pero no salió ningún grito. Su mano derecha sujetaba el arma mientras la izquierda volaba hacia arriba. Agarró el dardo y lo sacó de un tirón.

Empezó a brotar sangre a borbotones, como cuando abres un grifo y sale el agua.

Nicole soltó el dardo y se cubrió la herida con la mano izquierda.

Dejó caer la pistola de su mano derecha, se dio la vuelta y tropezó con el escritorio.

Tosió y le brotó sangre de la boca y de la garganta. Utilizó el escritorio para apoyarse brevemente, pero solo durante unos segundos. Se cayó al suelo cuando las sirenas se hicieron casi ensordecedoras.

Julie ya había entrado en la habitación, y echó el freno en cuanto vio la carnicería. Un bombero que corría detrás de ella casi la embistió al detenerse tan bruscamente.

—¿Ray? —dijo.

Thomas ya me estaba ayudando a ponerme de pie.

—Mira a quién he encontrado —dijo—, he traído a Julie. —Sonrió —. He vuelto.

SETENTA Y UNO

Durante las veinticuatro horas siguientes, Thomas, Julie y yo tuvimos que responder a muchas preguntas de muchos organismos diferentes. Nos interrogaron por separado y juntos; policías de Nueva York, la policía estatal, el fbi e incluso la Autoridad Portuaria, por lo que yo sabía. Más tarde me dijeron que también había un tipo del Departamento de Seguridad Nacional, pero había tanta gente que quería sacarnos información que no supe cuál era.

Thomas, cuando tuvimos un momento juntos, expresó cierta preocupación por que no hubiera nadie de la cia.

—Pensaba que estarían aquí, para comprobar cómo estoy —susurró. Pude ver la decepción en sus ojos; estaba triste.

La ventaja de tantas horas de interrogatorio fue que así sacamos información sobre lo que había ocurrido. Los espacios en blanco empezaron a llenarse, en gran parte porque los bomberos y los paramédicos habían llegado a tiempo para salvar a Howard Talliman y a Morris Sawchuck, que se encontraban desangrándose en el suelo de la juguetería.

Talliman, cuyo estado era crítico, no se había mostrado muy comunicativo hasta el momento, pero Sawchuck, que había recibido un disparo en el pulmón y se encontraba en estado grave, estaba contando a los fiscales todo lo que sabía. Como estaba conectado a varias máquinas que lo ayudaban a respirar, respondía a las preguntas tan rápido como podía teclearlas en el portátil que habían llevado a la uci.

Mucho de lo que había sucedido quedó claro durante nuestro secuestro. El intento de chantaje de Fitch —lo que sabía o decía saber aún no nos había quedado del todo claro— había conducido a la decisión de matarla. Bridget Sawchuck fue asesinada por error.

Nicole mató a esa pareja de Chicago como parte de su misión de borrar de Internet la imagen de la mujer asfixiada.

Eso era todo, en pocas palabras.

Lewis Blocker, por supuesto, estaba muerto.

Y los paramédicos no pudieron salvar a Nicole; resultó que ese no era su verdadero nombre; se decía que en otra vida había sido una especie de atleta olímpica —eso explicaba la potencia de esa patada —, pero la policía seguía intentando recomponer muchas cosas.

No me sentí bien matando a esa mujer. Sabía que no había tenido elección, pero no me produjo ningún placer. Iba a tener pesadillas durante mucho tiempo.

Aunque, en resumidas cuentas, prefería que la enterraran a ella antes que a mí o a Thomas.

Muchas de las preguntas que me hacían, cuando me interrogaban a solas, eran sobre Thomas y su extraña preocupación. Sé que estaban en contacto con la doctora Grigorin, y nuestros buenos amigos, los agentes Parker y Driscoll del fbi, hicieron acto de presencia. Confirmaron gran parte de lo que había estado diciendo: que aunque Thomas era ciertamente único, no era una amenaza para nadie ni para sí mismo. Al final, parecía que las distintas fuerzas del orden no solo estaban convencidas de que Thomas era inofensivo, sino también de que era un héroe. El asesinato de Bridget Sawchuck nunca habría salido a la luz sin sus exploraciones en Whirl360.

Lo que no se dijo fue que esas mismas exploraciones fueron las que condujeron, en última instancia, a la muerte de Kyle y Rochelle Billings. No sé si eso se le pasó por la cabeza a Thomas, y desde luego no se lo dije; quizá porque sus muertes fueron tanto culpa mía como suya. Yo era el idiota que había mostrado la imagen cuando llamé a la puerta del apartamento de Allison Fitch, que, evidentemente, había sido captada por una cámara de vigilancia.

Lo único que nunca salió a relucir fue la llamada que Lewis cogió en el dormitorio de Thomas. Thomas me dijo que nunca lo había mencionado, y yo tampoco lo hice.

Thomas estaba más retraído que de costumbre tras todo lo ocurrido. Lo que habíamos pasado sería traumático para cualquiera. Sin embargo, me preguntaba si la idiosincrasia de Thomas lo hacía estar mejor preparado para afrontar la situación. Por lo general, se aislaba del mundo, excepto de las partes a las que podía acceder por Internet. Con esa especie de muro a su alrededor, tal vez habría asimilado menos el horror.

No lo sabía.

Sin embargo, había estado pensativo, y me pregunté si no tendría menos que ver con nuestra reciente experiencia y más con lo que parecía dispuesto a decirme justo antes de que Nicole y Lewis invadieran la casa; eso que le había pasado cuando tenía trece años, lo que había provocado problemas entre papá y él.

Había dicho entonces que podría estar dispuesto a hablar de ello con Julie, pero que aún no era el momento. Necesitábamos descomprimirnos antes de abordar cualquier otro asunto y, además, yo también tenía un par de cosas en la cabeza.

Había estado debatiendo si quedarme a vivir en casa de mi padre, con Thomas, al menos en el futuro inmediato. Pero, para mi sorpresa, cuando le propuse la idea a Thomas se mostró reacio.

—No creo que quiera vivir contigo —dijo—, mira en qué lío me has metido. —Dijo que quería vivir en el lugar que yo había ido a visitar, siempre y cuando pudiera conservar su ordenador.

Lo que aún me dejaba la opción de vender mi casa en Burlington y mudarme a casa de papá permanentemente. Así estaría cerca de Thomas y podría verlo tan a menudo como quisiera. Durante el desayuno, en nuestra última mañana en Nueva York, hablamos de viajar. Thomas dijo que quería tocar el escaparate de una pastelería concreta de París.

—Creo que, si vamos hasta allí —respondí—, tal vez queramos entrar y comprarnos unos pasteles.

—Supongo que eso estaría bien —aprobó.

Nuestros planes de futuro no eran lo único en lo que pensaba, no podía dejar de pensar en la llamada.

Fuimos a casa con Julie, en su coche.

No debería haberme sorprendido encontrar un coche de policía bloqueando el final del camino de entrada a la casa de mi padre cuando volvimos. La prensa, aparte de Julie, se había enterado de la noticia y trataba de encontrarnos a Thomas y a mí. Hasta entonces, habíamos conseguido evitarlos. No solo porque lo último que nos hacía falta era que nos molestasen, sino también porque quería que Julie tuviera la oportunidad de contar toda la historia antes de que nadie más conociera los detalles. Nuestros relatos de primera mano de lo sucedido —bueno, sobre todo los míos— le iban a dar una exclusiva tremenda.

El agente uniformado que iba al volante se bajó para ver quiénes éramos. Una vez identificados, apartó su coche del camino. Julie condujo hasta la casa y paró. Thomas salió primero. Aunque nunca era muy expresivo, me di cuenta de que estaba emocionado por estar en casa.

—No toques el teléfono de tu habitación —le pedí cuando nos acercábamos a la casa.

—¿Por qué?

—No lo hagas —insistí—, ni te acerques.

No discutió. No le importaban mucho los teléfonos. Lo que más le molestaba era no tener un ordenador al que volver. Si no me había preguntado diez veces de camino a casa cuándo íbamos a ir a comprarle uno nuevo, no me lo había preguntado ninguna.

Me acerqué a la puerta del conductor. Julie bajó la ventanilla.

—Gracias —dije, agachándome, con media cabeza dentro.

—Dices mucho eso.

—Es porque eres condenadamente buena.

—Me voy a la oficina, tengo que escribir un artículo. ¿Te lo había contado?

—Un par de veces.

—A lo mejor te llamo luego.

—Lo estoy deseando —dije, luego me incliné hacia ella y la besé.

La vi marcharse y entré en casa. Lo primero que iba a hacer era

subir a la habitación de Thomas, pero vi que la luz del teléfono de la cocina parpadeaba y pensé que sería mejor comprobar los mensajes.

Había cinco.

—Hola, Ray, soy Alice. Harry necesita que vengas y firmes un par de cosas más. Llámame.

«*Bip*». Pulsé el siete para borrarlo.

—¿Ray?, hola, soy Harry. Alice te dejó un mensaje ayer, ¿verdad?, dame un toque.

«Bip». Volvía a pulsar el siete

—Ray, Jesús, soy Harry; he visto las noticias. Dios mío, espero que estéis bien. Oye, llámame cuando volváis.

«Bip». Pulsé el siete otra vez.

—Hola, estoy intentando contactar con Thomas o Ray Kilbride. Me llamo Tricia, soy productora del programa *Today* y nos gustaría mucho ponernos en contacto contigo. Es muy importante que...

Esta vez no tuve que esperar al pitido, pulsé el siete.

—Hola, soy Angus Fried, del *New York Times*, y…

Siete.

Estaba muerto de sed, así que abrí el grifo hasta que empezó a salir agua fría, llené un vaso y me lo bebí todo sin respirar.

Había llegado el momento; no sabía lo que iba a descubrir cuando comprobara el historial de llamadas de la línea de teléfono independiente de Thomas. Quizá nada. Tal vez la identificación había sido bloqueada, y la identidad de quien llamara a la casa seguiría siendo un misterio para siempre.

Dejé el vaso vacío en el fregadero y me dirigí a las escaleras.

Se oyó un golpe en la puerta principal.

Allí de pie había un hombre de mediana edad, con sobrepeso, con un traje desaliñado, el cuello de la camisa abierto y la corbata negra colgando hacia abajo, enseñándome una placa.

—¿Señor Kilbride? —preguntó—. El policía que hay al final del camino me ha dicho que había vuelto. Tengo entendido que han tenido unos días muy moviditos. Al final no tuvimos la oportunidad

de terminar nuestra charla telefónica de la otra noche. Soy el inspector Barry Duckworth, de la policía de Promise Falls. Ha pasado por un infierno, me han contado todo. Pero me preguntaba si aún podríamos hablar de su padre.

SETENTA Y DOS

—Adelante —dije.

El inspector Duckworth y yo nos sentamos en el salón.

—Supongo que tiene mucho con lo que lidiar, con todo lo que le ha pasado en los últimos días. ¿Cómo está?

—Bien, supongo. Ha sido… desgarrador.

—Sí, esa es la palabra perfecta. ¿Le apetece terminar la conversación que iniciamos la otra noche?

—Sí —dije—, parece que fue hace mucho tiempo. —Me rasqué la frente—. Había estado hablando con mi padre.

—Correcto.

—¿Se había puesto en contacto con usted?

—Sí.

—Cuénteme cómo fue.

Duckworth se acomodó en la silla, relajando los brazos a los lados.

—Su padre se puso en contacto conmigo por algo que le ocurrió a su hermano, Thomas, cuando era adolescente. Pero durante años, no creyó que hubiera ocurrido, no creyó a su hermano. Porque él…, bueno, ¿cómo decirlo?

—Mi hermano no es lo que se dice un testigo creíble —dije.

—Exacto.

—Porque oye voces cuando no las hay y ve conspiraciones que no existen. —Titubeé—. La mayor parte del tiempo.

—Así que cuando Thomas acudió a su padre hace muchos años, alegando una agresión, él era reacio a creerlo. De hecho, se negó a creerlo, porque Thomas señalaba con el dedo a uno de los amigos de su padre. Acusó a su hermano de inventárselo todo y le dijo que nunca hablara de ello, que no volviera a sacar el tema.

—Una agresión —repetí—. Thomas logró contarme algo, antes de que nos secuestraran.

—Una agresión sexual —puntualizó Duckworth—. O, como mínimo, un intento; un intento de violación.

Sentí que me invadía la ira.

—¿Quién le dijo Thomas a mi padre que era?

Duckworth levantó una mano.

—Ahora voy a eso. Su padre habló con el hombre, su amigo, y el hombre estaba aturdido, conmocionado por la acusación y lo negó completamente, y su padre se lo creyó, porque no podía creer a Thomas. Thomas contaba muchas historias por aquel entonces, según tengo entendido.

—Siempre ha sido así.

—Pero entonces ocurrió algo que hizo cambiar de opinión a su padre —dijo Duckworth.

—¿Y qué fue?

Duckworth echó un vistazo a la habitación, vio la televisión nueva y el reproductor de Blu-Ray.

—A su padre le gustaban los cachivaches de alta tecnología, ¿verdad?

—Sí —dije—, a mi padre le gustaban sus juguetes, sus artilugios. Muchos hombres, al llegar a su edad, se resisten a las nuevas tecnologías, pero a él le parecían geniales. Le encantaba ver los deportes en esa televisión.

—Su padre estaba pensando en comprarse un teléfono nuevo —comentó Duckworth.

Eso me pilló por sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo él, por eso lo sé.

Me agarré a los brazos de la silla, como si me estuviera poniendo el cinturón antes de unas turbulencias.

—Continúe.

—Su padre quería un móvil que le sirviera para hacer muchas cosas extravagantes, en lugar de solo para llamar. Yo tengo un teléfono que hace muchas cosas pero no sé usarlo para que haga casi ninguna. Tarde un año en aprender a hacer una foto con él.

Pero eso era precisamente para lo que a su padre le interesaba tener un teléfono, para hacer fotos.

Asentí.

—Vale.

—Me dijo que había estado mirando unos cuantos, pero que no se fiaba de los dependientes de la tienda, porque a lo mejor solo querían venderle el más caro; que lo mejor era preguntarles a los amigos; el boca a boca, ya sabe.

—Claro.

—Su padre me dijo que estaba con uno de sus amigos, el mismo amigo al que su hermano había acusado tiempo atrás, y cogió su teléfono para echarle un vistazo, solo por curiosidad. Este amigo no estaba en la habitación en ese momento, pero su padre no le dio importancia, no creyó que le molestara. Quería ver cómo funcionaba la cámara de ese teléfono, así que pulsó la aplicación de la cámara y se abrió, y luego volvió a pulsar, de modo que aparecieron las fotos que ya se habían hecho. —Duckworth hizo una pausa para recuperar el aliento.

—¿Y qué? —lo insté.

—No le gustó lo que vio.

Tragué saliva.

—¿De qué eran las fotos?

—De chicos —respondió Duckworth—, eran fotos de chicos jóvenes. No eran fotos de familiares, ya me entiende. Eran chicos jóvenes, de diez, doce, trece años, en posturas y posiciones provocativas. Su padre apenas podía describírmelas del asco que le daban.

—Eran fotos que había hecho su amigo.

Duckworth asintió.

—Parece que acababa de volver de algún viaje a un lugar donde una persona con ese tipo de gustos puede encontrar justo lo que busca. Y en ese instante, cuando vio esas fotos, se dio cuenta de que lo que su hermano había dicho años atrás era verdad. No se lo

había inventado. Un hombre que tomaría este tipo de fotos es el tipo de hombre que habría agredido a su hermano.

—¿Quién? —pregunté, pero creía que ya tenía la respuesta.

Duckworth volvió a levantar la mano.

—Déjeme contarle algo más. Cuando este amigo de su padre volvió a la habitación, su padre se enfrentó a él, le preguntó qué demonios era eso y le dijo que por fin se había dado cuenta de que tenía que ser verdad lo que Thomas le había dicho.

—¿Qué dijo el hombre?

—Lo negó rotundamente, por supuesto.

—¿Y qué hizo mi padre? —Una cosa que estaba bastante seguro que había hecho era buscar «prostitución infantil» en su portátil.

—Supongo que lo pensó durante un tiempo y al final, me llamó. Dijo que todo este asunto le ponía enfermo, que había intentado disculparse con su hermano y que se habían peleado por ello. Quería saber si aún podía denunciar al hombre, por lo que le hizo a Thomas. Le dije que era bastante improbable, que había ocurrido hacía demasiado tiempo, y dadas las peculiaridades de su hermano, iba a ser bastante difícil conseguir que lo condenaran.

—¿Y qué pasó con las fotos que había en el teléfono del hombre?

—Su padre sabía que probablemente las borraría enseguida, en cuanto se fuera, pero aun así, me preguntaba si podrían detenerlo por pagar para tener sexo con niños en algún país extranjero.

—Tailandia —dije.

—¿Perdón?

—Creo que probablemente estemos hablando de Tailandia. Sé que no es el único país del mundo donde se pueden hacer ese tipo de cosas, demonios, estoy seguro de que en este país se hacen, pero uno de los amigos de mi padre ha viajado a Tailandia.

—No he respondido a su pregunta sobre quién es el amigo —dijo Duckworth—, porque no lo sé. Su padre nunca me lo dijo, porque no había decidido qué hacer con ese hombre. —Suspiró—. Y entonces tuvo ese accidente y murió.

—Sí —dije—, tuvo ese accidente.

SETENTA Y TRES

—Len Prentice —dije.

—¿Perdón? —dijo Duckworth, sacando su cuaderno.

—Mi padre trabajó para él durante años. Eran amigos desde hacía mucho tiempo. A Thomas nunca le ha gustado. Len vino aquí el otro día y trató de obligar a Thomas a que fuera a comer con él. Quizá intentaba averiguar qué le había dicho nuestro padre antes de morir. —Lo pensé un momento—. Y hace viajes sin su mujer, a Tailandia.

—¡Vaya! —exclamó Duckworth—, eso es muy interesante, ¿no?

Sentí que me invadía el agotamiento por todo lo que había pasado en los últimos días y por lo que ocurría en ese momento.

—Qué hijo de puta, el maldito pervertido. Abusa de Thomas y sabe que puede salirse con la suya, porque si alguna vez Thomas dice algo, Len puede limitarse a decir: «Oye, ya conocéis a ese chico, está loco».

—Forma parte del patrón —dijo Duckworth—, sus objetivos son gente vulnerable, a la que pueden controlar.

La sangre me latía en las sienes. Quería meterme en el coche, ir a casa de Len Prentice y estrangularlo; asfixiar al bastardo con mis propias manos.

—Thomas se ha pasado muchos años sin hablar de esto —murmuré.

—Porque se metió en muchos problemas cuando se lo contó a su padre —dijo Duckworth— y solo quería olvidarlo.

—Y cuando mi padre volvió a sacar el tema, cuando intentó decirle a mi hermano que ya le creía, ¿cómo debió de sentirse Thomas? —me pregunté en voz alta—. Debió de enfadarlo mucho que, por fin, nuestro padre estuviera dispuesto a hacer algo al respecto, cuando el daño ya estaba hecho.

Duckworth asintió solemnemente.

—Puede que sí.

Me agarré la cabeza con las manos.

—Estoy sobrepasado.

—No me extraña.

Los dos nos quedamos callados un momento. Al final fui yo quien habló.

—Hay algo que me ha estado preocupando desde el momento en que llegué a casa, después de enterarme de que mi padre había muerto. —Duckworth esperó—. Las circunstancias, no me cuadran.

—¿A qué se refiere?

—Sé que parecía un accidente, que iba con el tractor por la ladera de una colina empinada y volcó; pero llevaba años cortando la hierba así, y nunca le había pasado nada.

—Mucha gente hace la misma tontería durante años y un día les pasa factura —refutó Duckworth.

—Lo sé, lo sé, pero cuando bajé a llevar el tractor de vuelta al granero, que no se había movido desde el accidente, aparte de cuando Thomas se lo quitó a papá de encima, me di cuenta de que la llave estaba en la posición *off*, y la carcasa de las cuchillas, levantada. Era lo que habría hecho mi padre si alguien hubiera bajado de la colina para hablar con él. Habría tenido que apagar el motor y levantar las cuchillas, porque ya no iba a cortar más hierba.

—Nadie dijo que hubiera hablado con su padre antes del accidente, ni que estuviera allí cuando ocurrió.

—¿Quién lo haría? —pregunté—, desde luego no lo haría si esa persona lo hubiera empujado.

Duckworth se lo pensó.

—No lo sé, pero es una teoría interesante.

—Mientras mi padre se debatía sobre qué hacer con Len Prentice, este debía de estar volviéndose loco. ¿Mi padre iría a la policía? Bueno, lo hizo, pero nunca dio un nombre. ¿O se lo diría a la mujer de Len, a sus amigos? Si no podía acusarlo de nada, quizá intentara destruir su reputación, que todos supieran qué clase de hombre era Len Prentice.

—Es posible.

—Len se preocupa tanto que un día viene a casa e intenta convencer a mi padre de que no haga nada, quizá inventándose alguna explicación disparatada de por qué hay fotos de chicos desnudos en su móvil. Lo encuentra cortando hierba en la ladera de la colina. Mi padre detiene el cortacésped, se enzarzan en una discusión, Len le da un empujón y mi padre retrocede, arrastrando el tractor, y este lo mata. Len podría haber tenido tiempo de pedir ayuda, o de quitarle el tractor de encima, pero decide no hacerlo. Len sabe, desde hace años, que mi padre se jugaba la vida en esa colina. Mi madre le rogaba a Len que le dijera que no lo hiciera más.

El inspector Duckworth frunció los labios mientras pensaba en todo eso.

—¿Cree que un tipo casado guardaría ese tipo de fotos en su teléfono? —preguntó—. Su esposa podría encontrarlas.

Levanté las manos.

—No sé, Marie, no es muy aficionada a los artilugios. Mire, no tengo todas las respuestas, pero hay algo en ese hombre que no está bien; lo noto.

—Supongo que valdría la pena acercarse a hablar con él sobre el tema, a ver qué dice.

—Sí, hagámoslo —dije.

—No tan rápido —soltó, levantando la mano.

—Voy a ir, quiero preguntarle algunas cosas. Si no me deja ir con usted, voy a estar aporreando su puerta dos segundos después de que se marche.

Duckworth lo consideró.

—Déjeme hablar a mí. —No dije nada—. Vale, vamos a pasarnos por allí. ¿Puede indicarme dónde es?

—Claro —dije—, pero primero quiero decirle a mi hermano que voy a salir un rato. Y tengo que hacer otra cosa.

—Le espero en el porche.

Duckworth se levantó y se dirigió al exterior mientras yo subía las escaleras.

Los mapas seguían colgados por todas partes y tuvieron, por primera vez, un efecto reconfortante en mí. Entré en la habitación de Thomas.

Estaba sentado en la silla de su ordenador, mirando fijamente el monitor y el teclado; sin la torre, eran como un coche sin motor.

—¿Vamos a ir comprar el ordenador ya? —preguntó.

—Ahora mismo no —dije—. ¿Estarás bien aquí tú solo un rato? Todavía hay policías en la carretera.

—Vale, ¿adónde vas?

—Voy a ver a Len Prentice.

Thomas frunció el ceño.

—No me cae bien.

Consideré la posibilidad de pedirle a Thomas, en ese mismo momento, que me contara qué le había pasado y quién lo había hecho, pero decidí no hacerlo. Ya había sufrido bastante en los últimos días como para que yo lo obligara a hablar de aquel suceso.

—A mí tampoco me cae bien —confirmé.

Dirigí mi atención al teléfono que había en su mesa.

—¿Has tocado esto? —pregunté.

—Me dijiste que no lo hiciera.

—Solo preguntaba.

—No lo he tocado.

Extendí la mano por la mesa y acerqué el teléfono a mí. Pulsé el botón que me daría el historial de llamadas.

No había habido llamadas a ese teléfono desde la noche en que nos secuestraron.

Hubo una llamada a las diez y trece de esa noche. Era el único número del historial de llamadas y estaba bastante seguro de que era un número local.

—Thomas —dije—, aquí solo aparece una llamada. ¿Nunca has recibido otras llamadas aquí? ¿Ni siquiera de teleoperadores?

—Siempre borro el historial después de cada llamada —dijo—, eso es lo que el presidente Clinton me pedía que hiciera.

Pero Thomas no había podido borrar el historial aquella noche,

cuando Lewis Blocker contestó al teléfono.

No me pareció inteligente marcar este número directamente desde el teléfono de Thomas, así que usé mi móvil. Introduje el número, me acerqué el teléfono a la oreja y escuché.

—¿A quién llamas? —preguntó Thomas—, ¿estás llamando al presidente? Me dijo que nunca le llamara yo. Y si ese es su número, debería haber sido borrado.

Levanté una mano para hacerlo callar. El teléfono del otro lado sonó una vez, luego una segunda vez, una tercera; luego, una traqueteo, algunos ruidos, y finalmente, una voz.

—Hola, soy Harry Peyton.

SETENTA Y CUATRO

—¿Hola? —dijo Harry de nuevo—, ¿hay alguien ahí?

—Soy Ray —dije, cuando encontré mi voz.

—¡Ray! —exclamó Harry, emocionado—. ¡Dios mío!, ¡has vuelto!

—Hemos vuelto —dije.

—Madre mía, ¿qué os ha pasado? Los detalles que salen en las noticias son bastante escasos, pero ¿descubristeis que la mujer de Morris Sawchuck había sido asesinada? Dios mío, tío, ¿cómo demonios te has metido en todo eso? Bueno, vale, sé que Thomas tuvo algo que ver, pero Cristo todopoderoso, podríais haber acabado muertos.

—Estuvimos a punto —respondí, mientras le daba vueltas a la cabeza para intentar entenderlo todo.

—Llamamos a tu casa varias veces y no pudimos localizarte, y al principio pensamos que tal vez habías vuelto a Burlington para pasar un par de días y te habías llevado a tu hermano contigo.

—No.

Harry se echó a reír.

—Sí, bueno, eso ya lo sabemos, verdad? ¿Estáis bien?, me refiero a que si estáis bien físicamente.

—Me duelen un poco las muñecas —contesté—; bueno, todo el cuerpo en general.

—Vaya historia —dijo Harry—. Escucha, esos documentos que necesito que firmes, podemos hacerlo en cualquier momento, cuando vuelvas a tu vida normal y…

—No —dije—, lo podemos hacer ahora.

—Bueno, claro, déjame revisar mi agenda…

—Estaré allí en unos minutos.

—Ray, espera. ¿Ray? ¿Sabes que me has llamado a mi móvil

personal? ¿Por qué no has llamado al teléfono de la oficina? ¿De dónde has sacado este número?

—Hasta pronto —dije, y colgué.

Thomas me miró.

—¿Cómo está el presidente? —preguntó.

Bajé por el pasillo hasta la habitación de mi padre, cerré la puerta y me senté en el borde de la cama. Dejé el teléfono sobre la colcha y pasé las manos por la tela, sintiendo la textura de sus crestas en las palmas.

¿Qué demonios estaba pasando?

Harry Peyton había llamado por teléfono a casa haciéndose pasar por el expresidente Clinton. La única persona que podía esperar que se lo creyera era mi hermano. Harry sabía de las fantasías de mi hermano.

Estaba jugando con ellas.

La llamada que recibió Lewis no pudo ser la primera. No, tuvo que haber otras antes. Llamadas que había cogido mi hermano. Conversaciones que mi hermano creía tener con Bill Clinton.

Pero también sabía, porque lo había visto con mis propios ojos, que Thomas había mantenido esas conversaciones cuando realmente no había nadie al otro lado de la línea. Lo había visto mantener charlas imaginarias sin la ayuda de un teléfono.

Harry Peyton sabía de esas charlas y había decidido hacerlas realidad.

Cogí el teléfono, salí de la habitación de papá y volví a entrar para ver a Thomas, que seguía sentado, abatido, en la silla de su ordenador.

—Cuando recibías una llamada, en ese teléfono, de…, ya sabes, ¿qué te decía?

Thomas parpadeó.

—¿Recuerdas que te dije que no había sido muy amable últimamente?

—Sí.

—Dijo que nos pasaría algo malo si hablaba contigo de cosas que

me habían pasado, y cosas que el presidente me estaba contando. Decía que todo tenía que quedar entre nosotros, y quería saber cosas de mí, de ti y de papá. No solía hacer ese tipo de preguntas cuando hablaba conmigo sin el teléfono. Cuando solo lo oía en mi cabeza.

—¿Qué preguntó sobre papá?

—Quería saber si hablaba de sus amigos, si papá me había dicho algo malo de ellos, porque el señor Clinton tenía que estar seguro de que nadie de mi círculo era un enemigo o un espía o algo así.

—¿Qué le dijiste?

Thomas se encogió de hombros.

—No mucho, le dije que no me caía bien Len Prentice, y que me caía fatal el señor Peyton, que por eso no había ido al funeral de papá, porque supuse que estaría allí.

—Thomas —le dije suavemente—, lo que te pasó, hace mucho tiempo, en la ventana, fue el señor Peyton quien lo hizo, ¿verdad?

Sus ojos parecían distantes.

—Papá dijo que no debía hablar de eso, nunca. Incluso después de decir que lo sentía, después de saber que era verdad, dijo que no podía hablar de ello hasta que supiera qué hacer al respecto. Pero que después, con el tiempo, a lo mejor tendría que hacerlo. —Desvió la mirada—. Yo no quería tener que hacerlo nunca. Papá me hizo intentar olvidarlo durante tanto tiempo que no creía que pudiera hacer eso, contárselo a la policía o en un juzgado. No, nunca.

Cogí mi teléfono y busqué un número que resultó que no estaba en la memoria. Necesitaba una guía telefónica.

—Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo Thomas? —dije—, e iremos a comprar el ordenador.

—Vale —dijo—. ¿Quieres que haga la cena? —Fue una oferta tan inesperada que pensé que iba a llorar.

—Ni siquiera sé si tenemos comida —dije—, ya nos ocuparemos de ello cuando vuelva.

Bajé las escaleras, miré fuera y vi al inspector Duckworth en el

porche, esperándome. Encontré la guía telefónica en un cajón de la cocina, la abrí y busqué el número de casa de Len Prentice.

—¿Hola? —Era Marie.

—Hola, Marie, soy Ray.

—Oh, Ray, oh, Dios, Len y yo hemos oído lo que os pasado a Thomas y a ti en…

—Me gustaría hacerte una pregunta rápida, y necesito que me des una respuesta.

—¿Qué?, ¿Qué quieres saber?

—Cuando Len fue a Tailandia, sé que tú no fuiste con él, pero ¿fue alguien más?

—Sí, por supuesto; Harry fue con él, Harry Peyton. Aunque Len estaba un poco decepcionado porque Harry siempre estaba fuera haciendo sus cosas. Dime cómo estáis tú y Thomas…

Colgué y salí al porche para reunirme con Duckworth.

—Cambio de planes —dije.

De camino a la ciudad en el coche de Duckworth, intenté explicarle lo que creía que había ocurrido, que cuando Harry Peyton descubrió que mi padre sabía de sus aventuras en Tailandia y que creía lo que Thomas le había contado sobre lo que Harry le había hecho cuando era niño, Peyton entró en pánico.

—Creo que mató a mi padre —deduje—, o que, como mínimo, no hizo nada para salvarlo. Y que tal vez incluso antes de que mi padre muriera, y ciertamente después, Harry empezó a llamar a mi hermano a su línea telefónica y jugó con su delirio. Intentaba asegurarse de que Thomas no iba a hablar de lo que Harry le había hecho, creo. Supuso que Thomas se callaría si era una orden presidencial.

—Esto es lo más retorcido que me he encontrado nunca —dijo Duckworth—, y créame, me he encontrado con todo tipo de cosas.

—¿Qué le dijo Harry cuando lo llamó? —pregunté—. ¿Cuándo le habló sobre Thomas, y lo que había visto en la página de Whirl360?

—¿De qué está hablando? —preguntó Duckworth, con la muñeca

apoyada en el volante.

—Fui a ver a Harry, le conté lo que Thomas había visto en Internet, que a lo mejor significaba algo y que necesitaba hablar con la policía, pero que me iba a costar mucho convencerlos. Harry dijo que lo conocía, que lo llamaría de mi parte.

Duckworth negó lentamente con la cabeza.

—Conozco a Harry Peyton desde hace mucho tiempo, pero nunca me llamó para contarme eso.

—Qué cabrón —mascullé—, menudo hijo de puta.

Duckworth me miró.

—¿Cree que se ha enterado de que lo sabe todo?

—Lo último que me preguntó fue que por qué lo había llamado a su móvil, quería saber cómo había conseguido el número.

Duckworth se pasó la lengua por el labio superior.

—Yo diría que lo sabe.

—Sí —dije—, creo que sí.

Entramos en el bufete de Harry Peyton. Duckworth había insistido en tomar la delantera, y entró por la puerta antes que yo.

Alice, la secretaria de Peyton, levantó la vista de su mesa y nos sonrió a los dos.

—Hola, Barry —saludó al inspector Duckworth y se dirigió a mí—. Ray, Dios mío, no puedo creer por lo que has pasado.

—Tenemos que hablar con Harry —pidió Duckworth.

—¿Habéis venido los dos juntos? —preguntó Alice.

—Tenemos que hablar con Harry, Alice —repitió Duckworth con una severidad que no había utilizado antes.

La sonrisa de Alice se desvaneció y cogió el teléfono.

—Hay gente que quiere verte —dijo.

La pesada puerta de madera situada tres metros más allá de su mesa se abrió un par de segundos después. Harry mantuvo agarrado el pomo de su lado mientras su mirada se posaba en nosotros, primero en mí y luego en Barry.

Al verme allí, con un inspector de la policía, se dio cuenta; pude

verlo en sus ojos. Sabía que se había acabado.

—Harry —dijo Duckworth, empezando a caminar hacia la puerta —, necesito hacerte unas preguntas.

Harry dio un paso atrás y cerró de un portazo.

Duckworth se adelantó, giró el pomo y empujó, pero la puerta no cedió. Me puse a su lado y, como un idiota, intenté abrir la puerta yo mismo.

—¿Harry? —gritó Duckworth—, ¡abre la puerta! —Harry no dijo nada. Duckworth le espetó a Alice—: ¿Hay otra forma de salir de esa oficina?

—No —dijo—, las ventanas no se abren.

—¿Tienes otra llave?

Mientras Alice rebuscaba en el cajón de su mesa, yo acerqué la boca a la puerta y grité.

—¡Lo sé, Harry!, ¡sé lo que hiciste!, a mi padre y a mi hermano. —La golpeé con el puño—. ¡Sal aquí! ¡Sal, maldita sea!, ¡lo sabemos! Mi padre encontró esas fotos en tu teléfono y…

—¡Largaos de aquí! —gritó desde el interior de su despacho.

—¡Él encontró esas fotos en tu teléfono y lo supo!, supo que Thomas había dicho la verdad.

—Encuentra esa maldita llave —urgió Duckworth a Alice.

—¡Estás acabado, Harry! —grité—, aunque no te condenen por lo que le hiciste a Thomas o a mi padre, perderás tu prestigio en esta ciudad. —Bajé la voz, pero todavía podía oírme—. Todo el mundo va a saber lo que eres, Harry, me aseguraré de ello. Todo el mundo sabrá que eres un pervertido y un asesino.

—Aquí está —anunció Alice.

—Dámela —ordenó Duckworth, cogiendo la llave.

—Hay algo que debéis saber —dijo Alice.

—¿Me oyes, Harry? —dije, alzando de nuevo la voz—. ¿Me oyes?

Duckworth me dio un codazo, preparándose para introducir la llave en la cerradura.

—¿Qué? —le preguntó a Alice.

—Tiene una…

Fue entonces cuando oímos el disparo.

—¡Abajo! —dijo Duckworth y al instante me rodeó con sus brazos y nos tiró a los dos al suelo.

Alice, todavía detrás de su mesa, gritó, y siguió gritando.

—Quédate en el suelo —ordenó Duckworth, presionando su mano en mi espalda mientras se ponía de pie. Sacó una pistola de su chaqueta y gritó—: ¡Harry! —No hubo respuesta—. ¿Harry? —Duckworth introdujo la llave en la cerradura, la giró, puso la mano en el pomo y giró, empujando lentamente la puerta al mismo tiempo —. Oh, tío.

SETENTA Y CINCO

—Solo he estado aquí una vez —dijo Thomas cuando salimos de la carretera principal y entramos en los cuidados terrenos del cementerio de Promise Falls—. Cuando mamá murió, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —dije, reduciendo la velocidad del Audi mientras serpenteábamos por la estrecha calzada asfaltada, con piedras y monumentos conmemorativos deslizándose junto a nuestras ventanillas. Thomas, que no tenía muy buena opinión de las habilidades de navegación de María, la señora del gps integrado en el salpicadero, no tocó el sistema durante el trayecto.

Los acontecimientos de la última semana lo habían cambiado. Nos habían cambiado a todos, pero Thomas no era como el resto de nosotros. Siempre me había parecido incapaz de cambiar. Era prisionero de su enfermedad y, sin embargo, no era la misma persona que solía ser.

Un par de días después de que Harry Peyton se quitara la vida, le compré a Thomas un ordenador nuevo. Lo conectamos en casa y volvió a Whirl360 mientras yo bajaba a abrir una cerveza.

Veinte minutos después, estaba en la cocina. No era hora de comer ni de cenar, solo necesitaba un descanso. Sacó una Coca-Cola del frigorífico, se sentó a la mesa, se la bebió y volvió a subir. Cuando le eché un vistazo más tarde, estaba leyendo el *Times online*.

No dejaba de sorprenderme.

Había ido a ver a la doctora Grigorin y, cuando habló conmigo después de su cita, me dijo que ella también había notado un cambio.

—Vamos a ver —dijo, con cuidado de no crear expectativas—, pero creo que va a hacer bien la adaptación. Es posible, y no quiero darle demasiada importancia a esto, pero la muerte de Harry Peyton

puede haber sido, de alguna manera, liberadora. Quizá Harry era una de las razones por las que Thomas no quería salir de casa.

Thomas estaba deseando llegar a su nuevo alojamiento.

—Esta casa —me había dicho aquella mañana—, me recuerda demasiado a mamá y papá. Cuando vivíamos papá y yo, estaba bien, pero sin ninguno de los dos, siento la casa un poco extraña. —Hizo una pausa—. Y sé que no quieres vivir aquí conmigo.

—Thomas, eso es…

—Quieres vivir con Julie, para poder acostarte con ella.

—Sí, bueno…

—Y no quiero que me metas en más problemas —dijo; un estribillo bastante familiar en esos días. Como si hubiera derribado yo la primera ficha de dominó, como si hubiera sido yo el que había visto a Bridget Sawchuck *online*.

Después de desayunar, me había pedido que lo llevara a la tumba de nuestro padre, para poder presentar por fin sus respetos.

Le había contado lo que había pasado en la oficina de Peyton, que había averiguado algunas cosas; que Peyton lo había agredido cuando vivía encima de una tienda de Saratoga y que papá, al ver las fotos del teléfono de Peyton, por fin había creído a Thomas. Ahora todos le creían. La policía, como parte de la investigación del suicidio de Peyton, se incautó de todos sus ordenadores y encontró un montón del tipo de imágenes que hacían que se me revolviera el estómago solo de pensar en ellas.

No le dije a Thomas que pensaba que Harry Peyton era responsable de la muerte de nuestro padre; eran más que nada conjeturas mías, pero tenían sentido. Podía imaginarme a Harry yendo a nuestra casa para intentar que mi padre diera marcha atrás, a los dos discutiendo y al tractor volcando.

Decidí no decírselo a Thomas porque sentía que ya había sufrido bastante y, como no se iban a presentar cargos contra Harry, el asunto nunca iba a llegar a los tribunales. Nunca saldría a la luz.

—Están en la misma parcela, ¿verdad? —dijo Thomas mientras yo detenía el coche—. ¿Mamá y papá?

—Sí, correcto.

—¿Sabías que puedes ver este cementerio en el ordenador? Hay una imagen de satélite muy buena, la he mirado muchas veces, sé exactamente dónde ir.

Y lo hizo. Saltó del coche con entusiasmo y se alejó por el césped. Rodeé el coche y lo alcancé.

Cuando se acercó a la lápida, aminoró la marcha, se situó a una distancia respetuosa de dos metros, justo delante de ella, e inclinó ligeramente la cabeza, con las manos juntas delante de él.

Me acerqué por detrás de mi hermano y apoyé una mano en su hombro.

—Hola, papá —dijo—, habría ido al funeral, pero no quería ver al señor Peyton, pero he pensado que debía venir a verte de una vez. El señor Peyton ya está muerto, y creo que eso es bueno, aunque probablemente no se deben decir esas cosas. —Le apreté el hombro —. De todos modos, te echo de menos. Ray me está enseñando a hacer más cosas. Estoy haciendo la comida y aprendiendo a cuidarme más, que es otra cosa buena, porque me voy a mudar a un sitio donde tienes que ayudar. —Dejó de hablar, pero no dio muestras de querer marcharse. Tenía la sensación de que había algo más que quería decirle a nuestro padre. Le di otro apretón en el hombro—. También quería decirte que lo siento, no solo por no ir al funeral y por no ayudarte más. —Tragó saliva—. Quería decirte que siento haberte empujado, en las escaleras —hizo una pausa—, y en la colina. —Mi mano se congeló—. Siento haberme alterado tanto por tener que contar a la policía cosas sobre el señor Peyton; tenía que salir para hablarte de ello, pero no quería empujarte y siento mucho no haber pedido ayuda enseguida. —Otra pausa—. Estaba muy asustado. —Quité la mano del hombro de Thomas—. Bueno, supongo que eso es todo —le dijo a nuestro padre—, subiré a verte pronto. —Luego se volvió hacia mí y me dijo—: ¿Podemos ir ahora a ver mi nueva casa?, me gustaría saber dónde voy a poner todas mis cosas.

Me rodeó y empezó a caminar. Me quedé allí, entumecido, y vi

cómo Thomas volvía al coche.

Table of Contents

Confía en lo que ves
Prólogo
DOS SEMANAS ANTES
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIÚNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE

TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO
SESENTA Y CINCO

SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE
SETENTA
SETENTA Y UNO
SETENTA Y DOS
SETENTA Y TRES
SETENTA Y CUATRO
SETENTA Y CINCO